

JUAN

AD AUTONOMA DE NUEVA
CION GENERAL DE BIBLIOTE

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVA LEON

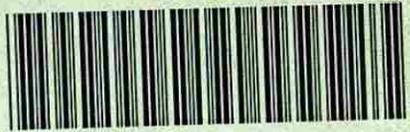
КРОТКИН

EL APOYO
MUTUO

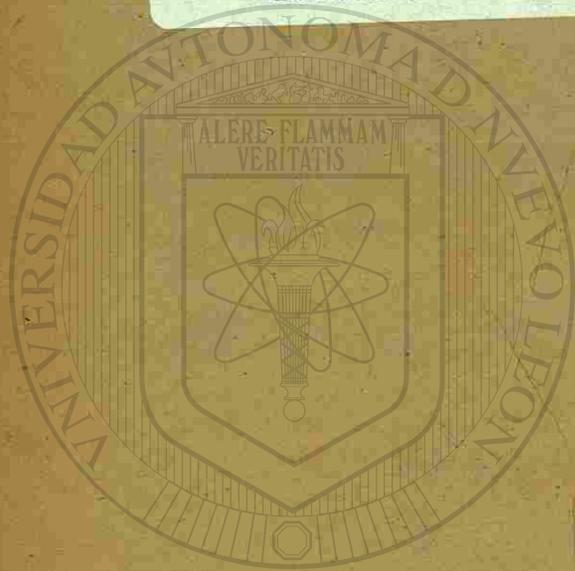
HM131

K-7

K95a



1020025477



UANL



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS





EL APOYO MUTUO
UN FACTOR DE LA EVOLUCION

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

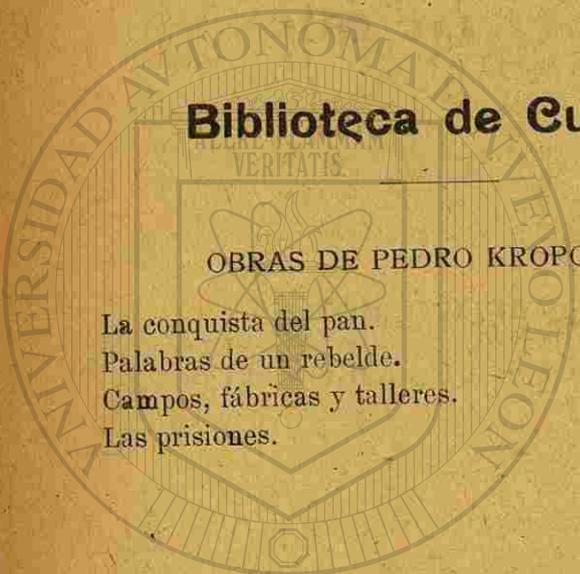


234
v.

Biblioteca de Cultura

OBRAS DE PEDRO KROPOTKINE

La conquista del pan.
Palabras de un rebelde.
Campos, fábricas y talleres.
Las prisiones.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PEDRO KROPOTKINE

EL APOYO MUTUO

UN FACTOR DE LA EVOLUCION

TRADUCCIÓN DE LA JUVENTUD LITERARIA



FONDO
PRIMERA FUNDACION
LIBROS



BIBLIOTECA DE CULTURA

EDITORIAL B. BAUZA

Aribau, 175 a 179

BARCELONA

VICENTE MATERA

C. de Chile, núm. 2115

BUENOS AIRES

099452

Núm. Clas. 334
Núm. Autor K93a
Núm. Adg. 21614
Procedencia —
Precio —
Fecha —
Clasificó —
Catalogó —



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
H. A. N. L.

Imprenta B. BAUZA.—Aribau, 175 a 179.—BARCELONA

INTRODUCCIÓN

Durante uno de los viajes que en mi juventud hube de hacer a través de la Mandchuria y de la Siberia, me llamaron poderosamente la atención dos aspectos de la vida animal. Veía de una parte la extraordinaria lucha por la existencia que tienen que sostener en estas regiones la mayor parte de las especies animales contra una Naturaleza inclemente; el aniquilamiento periódico de un número enorme de existencias, debido a causas naturales. y, consiguientemente, una pobreza de la vida sobre todo el vasto territorio que tuve ocasión de observar. De otra parte, aun en aquellos lugares donde la vida animal abundaba, no pude hallar—a pesar de mi deseo de reconocerla— esta lucha encarnizada por los medios de existencia *entre animales de la misma especie*, que la mayor parte de darwinistas (aunque no siempre el mismo Darwin) consideraban como la característica principal de la lucha por la vida y el principal factor de la evolución.

Los furiosos temporales de nieve que en el Norte de Eurasia se desencadenan al final del invierno; las heladas que cada año se reproducen a mediados de Mayo, cuando las plantas y los seres todos de la Naturaleza despiertan a la vida con nuevo vigor y savia nueva; las abundantes nevadas en los meses de Julio y de Agosto, destruyendo por miriadas los insectos, así como las segundas nidadas de los pájaros en las praderas; las lluvias torrenciales, debidas a los monzones, que caen en las regiones más templadas en Agosto y Septiembre, ocasionando en las tierras bajas inmensas inundaciones y transformando las mesetas, tan vastas como Estados europeos, en pantanos y en barrancos; en fin, las grandes caídas de nieve al principio de Octubre, que vuelven un territorio tan grande como Francia y Alemania impracticable a

los rumiantes y los destruyen a millares: he aquí las condiciones en que vi se debatía la vida animal en el Asia septentrional. Todo esto me hizo comprender en un principio la importancia primordial en la Naturaleza de lo que Darwin describía como «los obstáculos naturales a la surmultiplicación», en comparación de la lucha por los medios de existencia entre individuos de una misma especie, que se encuentra en ciertas circunstancias determinadas, pero que está muy lejos de tener el mismo alcance. La rareza de la vida, la despoblación—no la surpoblación,—es el rasgo distintivo de esta inmensa parte del globo que llamamos Asia septentrional, y desde entonces concebí serias dudas (y mis estudios posteriores no han hecho más que confirmarlas) respecto a la realidad de esta terrible competencia por el alimento y por la vida en el seno de cada especie, artículo de fe para la mayor parte de los darwinistas. Así llegué a poner en duda el papel dominante que se atribuye a este género de competencia en la evolución de las nuevas especies.

Por otra parte, donde quiera que hallé la vida animal en su apogeo; en los lagos, por ejemplo, donde miles y miles de individuos de diversas especies se reúnen y mancomunan para alimentar a su prole; en las colonias de roedores, en las emigraciones de pájaros que tuvieron lugar en aquella época a lo largo del Ussuri en proporciones verdaderamente «americanas», y particularmente en una emigración de corzos de que fui testigo y donde vi unas veintenas de miles de estos inteligentes animales viniendo de un territorio inmenso donde vivían diseminados, huyendo de las grandes tempestades de nieve y reuniéndose para atravesar el Amur en el punto más estrecho; en todas estas escenas de la vida animal que se desarrollaban ante mis ojos, vi la ayuda recíproca y el apoyo mutuo practicados en proporciones que me hicieron pensar que se trataba de un rasgo de la más alta importancia para el mantenimiento de la vida, para la conservación de cada especie y para su evolución ulterior.

En resumen; observé que los indómitos caballos de la Transbaikalia, los rumiantes más ariscos, las inquietas

y desconfiadas ardillas, los animales en fin, de toda especie, cuando tienen que luchar contra la escasez de víveres, a consecuencia de una de las causas que acabo de mencionar, todos los individuos de la especie que han sufrido de la calamidad salen de la prueba de tal modo desmejorados en vigor y en salud, que *ninguna evolución de la especie podría fundarse sobre estos períodos de ruda competencia.*

De igual manera, cuando mi atención se detuvo más tarde, en las relaciones entre la sociología y el darwinismo, no pude en modo alguno hallarme de acuerdo con ninguna de estas obras que sobre tan importante tema fueron escritas. Todas esfuézanse por probar que el hombre, gracias a su elevada inteligencia y a sus conocimientos, *podría moderar el rigor de la lucha por la vida entre los hombres; pero sostienen asimismo que la lucha por los medios de existencia de todo animal contra sus congéneres y de todo hombre contra todos los demás hombres, es «una ley de la Naturaleza».* No podía aceptar esta opinión porque estaba persuadido de que admitir una guerra despiadada por la vida en el seno de cada especie y ver en esta guerra una condición de progreso, era anticipar una afirmación no tan sólo sin prueba alguna a su favor, sino que ni siquiera tenía el apoyo de la observación directa.

Al contrario, una conferencia «Sobre la ley del apoyo mutuo» que dió en un congreso de naturalistas rusos, en Enero de 1880, el profesor Kessler, zoólogo bien conocido (entonces decano de la Universidad de San Petersburgo), llamóme grandemente la atención, arrojando intensa luz sobre este tema. La idea de Kessler era que, al lado de la *ley de la Lucha recíproca*, hay en la Naturaleza la *ley de la Ayuda recíproca*, que es mucho más importante para el éxito de la lucha por la vida, y, sobre todo, para la evolución progresiva de las especies. Esta hipótesis, que en realidad no era más que el desarrollo de las ideas expresadas por el mismo Darwin en *Ance Descent of Man* me pareció tan justa y de tanta importancia, que desde que tuve de ella conocimiento (en 1883) principié a reunir documentos para desarrollarla. Kessler no hizo más que

indicarla brevemente en su conferencia; su muerte (en 1881) le impidió, seguramente, insistir sobre el particular.

En un punto solamente, discrepa mi opinión, del parecer de Kessler. Veía este en «los sentimientos de familia» y en el cuidado de la progenitura (véase, más lejos, capítulo I) la fuente de las inclinaciones mutuas de los animales. Pero determinar hasta qué punto estos dos sentimientos han contribuido a la evolución de los instintos sociales y hasta qué punto otros sentimientos han obrado en la misma dirección, me parece una cuestión distinta y muy compleja que aún no podemos discutir. Únicamente después que hayamos establecido bien los hechos de apoyo mutuo en las diferentes clases de animales y su importancia para la evolución, podremos estudiar lo que pertenece en la evolución de los sentimientos sociales a los sentimientos de familia y lo que pertenece a la sociabilidad propiamente dicha, la que ciertamente tiene su origen en los más bajos grados de la evolución del mundo animal, hasta, tal vez, en las «colonias animales». Por esto me apliqué en establecer primeramente y sobre todo la importancia del factor apoyo mutuo en la evolución, reservando para investigaciones ulteriores el origen del instinto de apoyo mutuo en la Naturaleza.

No escapó a la clarividencia del naturalista Goethe, la importancia del factor *apoyo mutuo*, «si tan solo se pudiera demostrar su generalidad.» Cuando un día Eckermann dijo a Goethe—era en 1827—que dos implumes rezuelos escapados del nido habían sido hallados al siguiente día en un nido de cuellorajos (Rothkehlchen), que les alimentaban al mismo tiempo que a sus propios pequeñuelos, el interés de Goethe despertóse con este relato, viendo en él una confirmación de sus concepciones panteístas, y dijo: «Si fuese verdad que este hecho de criar a un extranjero se hallare en toda la Naturaleza y tuviere el carácter de una ley general, quedarían resueltos muchos enigmas.» Volvió sobre este tema al día siguiente y rogó con insistencia a Eckermann, (que, como es sabido, era zoólogo) que hiciera un estudio especial, agregando que de él podría descubrir «consecuen-

cias de un valor inestimable». *Gespräche*, edición de 1848, vol. III, págs. 219-221.) Desgraciadamente este estudio no se hizo nunca, aunque es muy posible que Brehm, que en sus trabajos ha acumulado tantos preciosos documentos relativos al apoyo mutuo entre los animales, haya podido inspirarse en la observación de Goethe.

Importantes y variadas fueron las obras que en los años 1872-1886 se publicaron, dedicadas a tratar extensamente la vida mental y la inteligencia de los animales (quedan citadas en una nota del capítulo I) y tres de ellas se refieren más particularmente al tema que nos ocupa y son: *Les sociétés animales*, de Espinas (París, 1877), *La lutte pour l'existence et l'association pour la lutte*, conferencia por J. L. Lanessan (Abril, 1881) y el libro de Luis Büchner, *Liebe und Liebes-Leben in der Thierwelt*, cuya primera edición apareció en 1870 y una segunda en 1885, muy aumentada. Todos estos libros son excelentes, pero queda aún espacio para una obra en la que el apoyo mutuo sea considerado, no únicamente como un argumento en favor del origen prehumano de los instintos morales, sino asimismo como una ley de la Naturaleza y un factor de la evolución. Espinas consagró toda su atención sobre estas sociedades animales (hormigas y abejas) que descansan sobre una división fisiológica del trabajo, y por más que su libro esté lleno de ingeniosas sugerencias de todo género, fué escrito en una época en que la evolución de las sociedades humanas no podía ser estudiada con los conocimientos que poseemos actualmente. La conferencia de Lanessan es mejor una brillante exposición del plan general de una obra sobre el apoyo mutuo, comenzando por los peñascos del mar y pasando revista al mundo de las plantas, de los animales y de los hombres. Tocante a la obra de Büchner, por fértil que sea en ideas y a pesar de su riqueza de hechos, no puedo aceptar su pensamiento dominante. El libro comienza con un himno al amor, y casi todos los ejemplos están escogidos con la intención de probar la existencia del amor y de la simpatía entre los animales. Pero reducir la sociabilidad animal al amor y a la simpa-

ta, significa asimismo reducir su generalidad y su importancia; del mismo modo, basar la moral humana únicamente en el amor y en la simpatía personal, es restringir el sentido del sentimiento moral en su conjunto. No es el amor a mi vecino—que a menudo ni siquiera conozco—lo que me lleva a coger un cubo de agua para atajar el incendio de su morada; es un sentimiento más amplio aunque más vago: un instinto de solidaridad y de sociabilidad humana. Lo mismo ocurre en los animales. No es el amor ni la simpatía (en el estricto sentido de la palabra) lo que impulsa a un rebaño de rumiantes o de caballos a formar un círculo para resistir un ataque de lobos: ni el amor quien empuja a los lobos a juntarse en bandadas para cazar; ni tampoco es el amor quien impulsa a los gatitos y corderillos a jugar juntos, o en otoño a que vivan juntas una docena de especies de jóvenes pájaros; no es el amor ni la simpatía personal lo que empuja a millares de corzos, diseminados sobre un territorio tan grande como Francia, a constituir rebaños en marcha todos hacia una misma dirección, a fin de atravesar un río en un punto dado. Es un sentimiento infinitamente más amplio que el amor y la simpatía personal; es un instinto que poco a poco se ha ido desarrollando entre los animales y los hombres, en el curso de una evolución extremadamente lenta, y que ha enseñado a los animales y a los hombres la fuerza que podían hallar en la práctica del apoyo mutuo y de la ayuda recíproca, así como los placeres que podía darles la vida social.

Fácilmente será apreciada la importancia de esta distinción, por todo aquel que con algún amor se dedique al estudio de la psicología animal y aún más por los que se ocupen de la moral humana. El amor, la simpatía y el propio sacrificio desempeñan, ciertamente, un papel inmenso en el desarrollo progresivo de nuestros sentimientos morales. Pero, seguramente, ni en el amor ni en la simpatía se ha basado la sociedad en la humanidad: está basada en la conciencia de la solidaridad humana—aunque sólo sea al estado de instinto;—sobre el sentimiento inconsciente de la fuerza que da a cada miembro la

práctica del apoyo mutuo; sobre el sentimiento de la estrecha dependencia de la felicidad de cada uno y de la felicidad de todos, y sobre un vago sentido de justicia o de equidad, que conduce al individuo a considerar los derechos de cada otro individuo como iguales a los suyos. Sobre esta amplia base se desarrollan los sentimientos morales superiores. Pero este tema traspasa los límites de esta obra, y me limitaré aquí a indicar una conferencia, «Justicia y moralidad», que hice en respuesta al folleto de Huxley, *Ethics*, y en la que traté esta cuestión con algún detalle, y los artículos sobre la Ética, que he comenzado a publicar en la revista *Nineteenth Century*.

Llegué, pues a la convicción, de que un libro consagrado al examen del *Apoyo mutuo considerado como una ley de la Naturaleza y como factor de la evolución* podría llenar una laguna importante. Cuando en 1888 Huxley publicó su manifiesto de la lucha por la vida *Struggle for Existence and its Bearing upon Man*), que, a mi juicio, daba una interpretación muy incorrecta de los hechos de la Naturaleza tales como los vemos en los bosques y en las malezas, púseme en relación con el director de la revista *Nineteenth Century*, pidiéndole si quería publicar una refutación metódica de las opiniones de uno de los más eminentes darwinistas. M. James Knowles recibió esta proposición con la mayor simpatía. Hablé al propio tiempo de ello con W. Bates, el gran colaborador de Darwin. «Sí, ciertamente; esto es el verdadero darwinismo—respondió.—Lo que han hecho de Darwin es abominable. Escribid esos artículos y cuando estén impresos os enviaré una carta que podréis publicar.» Desgraciadamente, estuve siete años para escribir estos artículos, y cuando se publicó el último, Bates había muerto.

Después de haber examinado la importancia del apoyo mutuo en las diferentes clases de animales, tuve que examinar el papel del mismo factor en la evolución del hombre. Era esto tanto más necesario cuanto que un cierto número de evolucionistas, que no pueden negarse a admitir la importancia de la mutua ayuda entre los animales,

se niegan, como ha hecho Herbert Spencer, a admitirla en el hombre. Sostienen que en el hombre primitivo la guerra de cada uno contra todos era *la ley* de la vida. En los capítulos consagrados a los Salvajes y a los Bárbaros, examinaré hasta qué punto esta afirmación, que ha sido demasiado complacientemente repetida, sin crítica suficiente, desde Hobbes, está confirmada por lo que sabemos de los periodos primitivos del desarrollo humano.

Después de haber examinado el número y la importancia de las instituciones de apoyo mutuo, formadas por el genio creador de las masas salvajes y salvajes a medias durante el periodo de los clanes y mejor durante el periodo siguiente de los Comunes lugareños, y después de haber comprobado la inmensa influencia que estas instituciones primitivas han ejercido sobre el desarrollo ulterior de la humanidad hasta la época actual, vime como de la mano conducido a extender mis investigaciones igualmente sobre las épocas históricas. Estudié, particularmente, este periodo tan interesante de las libres repúblicas urbanas de la Edad Media, de las que no se ha reconocido aún suficientemente la universalidad ni apreciado la influencia sobre nuestra civilización moderna. En fin, he intentado indicar brevemente la inmensa importancia que los instintos de apoyo mutuo, transmitidos a la humanidad por las herencias de una evolución muy larga, desempeñan aún presentemente en nuestra sociedad moderna, en esta sociedad que se pretende reposa sobre el principio de «cada uno para sí y el Estado para todos», pero que jamás lo ha realizado ni lo realizará nunca.

Podrá objetarse a las teorías que en este libro sustenté, que tanto los animales como los hombres están en él presentados bajo un aspecto demasiado favorable; que se ha insistido sobre las cualidades sociales, mientras que sus instintos antisociales e individualistas apenas si se mencionan. Pero esto era inevitable. Tanto hemos oído hablar últimamente de «la ruda y despiada lucha por la vida» que se pretende sostiene cada animal contra todos los demás animales, cada «salvaje» contra

todos los demás «salvajes» y cada hombre civilizado contra todos sus conciudadanos—y estas aseercciones se han vuelto artículos de fe,—que era necesario, primero, oponerles una vasta serie de hechos que revelaran la vida animal y humana bajo un aspecto enteramente diferente. Era necesario indicar la importancia capital que las costumbres sociales tienen en la Naturaleza y en la evolución progresiva, tanto de las especies animales como de los seres humanos; probar que aseguran a los animales una mejor protección contra los enemigos, muy a menudo facilidades para la busca de su alimento (provisiones de invierno, emigraciones, etc.), una mayor longevidad y, por consiguiente, una mayor posibilidad de desarrollo de las facultades intelectuales; en fin, era necesario enseñar que han dado al hombre, además de estas ventajas, la posibilidad de crear las instituciones que han permitido a la humanidad triunfar en su lucha encarnizada contra la Naturaleza y progresar a despecho de todas las vicisitudes de la historia. Y esto he hecho. Por esto es un libro sobre la ley del apoyo mutuo considerado como uno de los principales factores de la evolución; pero no es un libro sobre *todos* los factores de la evolución y sobre su valor respectivo. Era necesario que este primer libro se escribiese para que fuese posible escribir el otro.

Reconozco desde luego, el papel importantísimo que la reivindicación del «yo» del individuo ha desempeñado en la evolución de la humanidad. De todos modos, este tema exige, a mi modo de ver, ser tratado mucho más a fondo de lo que lo ha sido hasta el presente. En la historia de la humanidad, la reivindicación del «yo» individual ha sido a menudo, y es constantemente, algo muy diferente, algo mucho más amplio y mucho más profundo que este «individualismo» estrecho, que esta «reivindicación personal» ininteligente y limitada que invocan un gran número de escritores. Y los individuos que han hecho la historia no han sido únicamente los que los historiadores nos han pintado como héroes. Mi intención es, pues, si las circunstancias lo permiten, examinar separadamente la parte que ha tenido la reivindi-

cación del «yo» individual en la evolución progresiva de la humanidad. Aquí no puedo hacer más que las raras observaciones siguientes de un carácter todo general. Cuando las diversas instituciones sucesivas de apoyo mutuo—la tribu, la comuna lugareña, las guildas, la ciudad de la Edad Media—comenzaron, en el curso de la historia, a perder su carácter primitivo, a ser invadidas por crecimientos parásitos y a convertirse de este modo en obstáculo al progreso, la rebeldía del individuo contra estas instituciones presentó siempre dos aspectos diferentes. Una parte de los que se sublevaban luchaban para mejorar las viejas instituciones o para elaborar una organización mejor, basada en los mismos principios de apoyo mutuo. Por ejemplo, ensayaban introducir el principio de la «compensación» en lugar de la ley del Talión, y más tarde el perdón de las ofensas, o un ideal más elevado aún de igualdad ante la conciencia humana, en lugar de una «compensación» proporcional a la casta del individuo perjudicado. Pero al lado de estos esfuerzos, otros individuos se rebelaban para romper las instituciones protectoras de apoyo mutuo, sin otra intención que acrecentar sus propias riquezas y su propio deber. En esta triple lucha entre dos clases de rebeldes y los partidarios del orden establecido, es donde se revela la verdadera tragedia de la historia. Pero para trazar esta lucha y para estudiar con sinceridad el papel desempeñado en la evolución de la humanidad por cada uno de estos tres factores, se necesitarían por lo menos tantos años como he necesitado para escribir este libro.

*
* *

A partir de la aparición de mis artículos tratando del apoyo mutuo entre los animales, han sido varias las obras que sobre el mismo tema se han publicado. Entre ellas merecen especial mención, *The Lowell Lectures on the Ascent of Man*, por Henry Drummond (Londres, 1894) y *The Origin and Growth of the Moral Instinct*,

por A. Sutherland (Londres, 1898). Estos dos libros están concebidos según las grandes líneas de la obra de Büchner sobre el amor, y en el segundo de estos libros el sentimiento de la familia y de parentesco, considerado como la única influencia que obra sobre el desarrollo de los sentimientos morales, está tratado bastante largamente. Una tercera obra que trata del hombre, y construída sobre análogo plan, *The Principles of Sociology*, por el profesor F. A. Giddings, se publicó primero en New York y en Londres en 1896, y las ideas dominantes fueron ya indicadas por el autor en un folleto que vio la luz en 1894. Pero dejó a la crítica científica el cuidado de discutir los puntos de contacto y de semejanza o semejanza entre estas obras y la mía.

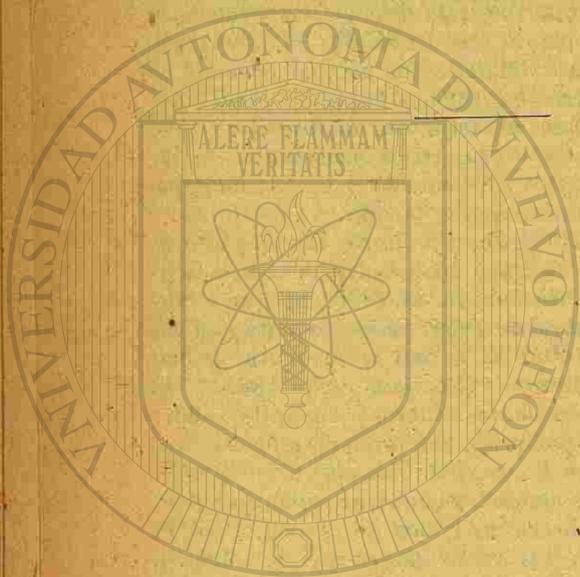
Varios de los capítulos de este libro, fueron publicados en la *Nineteenth Century*. (El apoyo en los animales, en Septiembre y Noviembre de 1890. El apoyo mutuo en los salvajes, Abril de 1891. El apoyo mutuo en los bárbaros, Enero de 1892. El apoyo mutuo en la ciudad de la Edad Media, Agosto y Septiembre de 1894, y El apoyo mutuo en los modernos Enero y Junio de 1896.) Recopilándolos en un volumen, mi primera intención fué reunir en un apéndice la masa de documentos, así como la discusión de varios puntos secundarios, que no hubieran estado en su sitio en artículos de revista. Pero el apéndice hubiera sido dos veces mayor que el volumen, y forzoso me fué, si no abandonar, por lo menos demorar su publicación. El apéndice del presente libro comprende la discusión de algunos puntos que han dado lugar a controversias científicas durante estos últimos años; en el texto no he intercalado más que lo preciso, sin que cambiara la estructura de la obra.

Aprovecho esta ocasión para testimoniar a M. James Knowles, director de la *Nineteenth Century*, todo mi agradecimiento, tanto por la amable hospitalidad que en su revista ofreció a estos artículos tan pronto como conoció las ideas generales, como por el permiso que ha tenido a bien darme para reproducirlos en volumen.

Bromley, Kent, 1902.

P. S.—He aprovechado la ocasión que me ofrecía la publicación de la traducción francesa para revisar cuidadosamente el texto y agregar algunos hechos al apéndice.

Enero 1906.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

EL APOYO MUTUO UN FACTOR DE LA EVOLUCION

CAPITULO PRIMERO

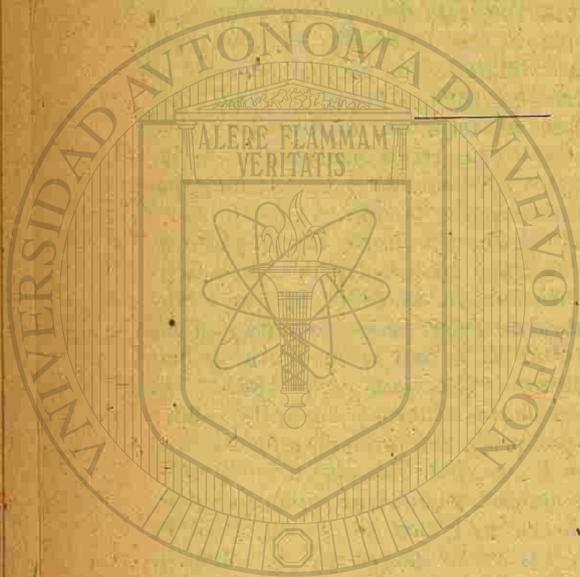
EL APOYO MUTUO ENTRE LOS ANIMALES

La lucha por la existencia.—El apoyo mutuo, ley de la Naturaleza y principal factor de la evolución progresiva.—Invertebrados.—Hormigas y abejas.—Pájaros asociaciones para la caza y la pesca.—Sociabilidad.—Protección mutua entre los pájaros pequeños.—Grullas; papagayos.

La lucha por la existencia como factor de la evolución, cuya concepción fué introducida en la ciencia por Darwin y Wallace, nos permitió abarcar un vasto conjunto de fenómenos en una sola generalización, que bien pronto se convirtió en la base misma de nuestras especulaciones filosóficas, biológicas y sociológicas. Una inmensa variedad de hechos; adaptaciones de función y de estructura de los seres organizados a su medio; evolución fisiológica y anatómica; progreso intelectual y hasta desarrollo moral, que antes explicábamos por tantas causas diferentes, fueron reunidos por Darwin en una sola concepción general. Darwin reconoció en ella un esfuerzo continuo, una lucha contra las circunstancias adversas, para un desarrollo de los individuos, de las razas, de las especies y de las sociedades tendiendo a un maximum de plenitud, de variedad y de intensidad de vida. Tal vez, al principio, el mismo Darwin no se dió plena cuenta de la importancia ge-

P. S.—He aprovechado la ocasión que me ofrecía la publicación de la traducción francesa para revisar cuidadosamente el texto y agregar algunos hechos al apéndice.

Enero 1906.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

EL APOYO MUTUO UN FACTOR DE LA EVOLUCION

CAPITULO PRIMERO

EL APOYO MUTUO ENTRE LOS ANIMALES

La lucha por la existencia.—El apoyo mutuo, ley de la Naturaleza y principal factor de la evolución progresiva.—Invertebrados.—Hormigas y abejas.—Pájaros asociaciones para la caza y la pesca.—Sociabilidad.—Protección mutua entre los pájaros pequeños.—Grullas; papagayos.

La lucha por la existencia como factor de la evolución, cuya concepción fué introducida en la ciencia por Darwin y Wallace, nos permitió abarcar un vasto conjunto de fenómenos en una sola generalización, que bien pronto se convirtió en la base misma de nuestras especulaciones filosóficas, biológicas y sociológicas. Una inmensa variedad de hechos; adaptaciones de función y de estructura de los seres organizados a su medio; evolución fisiológica y anatómica; progreso intelectual y hasta desarrollo moral, que antes explicábamos por tantas causas diferentes, fueron reunidos por Darwin en una sola concepción general. Darwin reconoció en ella un esfuerzo continuo, una lucha contra las circunstancias adversas, para un desarrollo de los individuos, de las razas, de las especies y de las sociedades tendiendo a un maximum de plenitud, de variedad y de intensidad de vida. Tal vez, al principio, el mismo Darwin no se dió plena cuenta de la importancia ge-

neral del factor que invocó, por de pronto, para explicar una sola serie de hechos, relativos a la acumulación de variaciones individuales en el origen de una especie. Pero previó que el término que introducía en la ciencia perdería su significación filosófica, la única verdadera, de emplearse exclusivamente en su estrecho sentido, el de una lucha entre individuos aislados para la simple conservación de la existencia de cada uno de ellos. En los primeros capítulos de su memorable obra insistió ya para que el término se tomara en su «sentido amplio y metafórico, comprendiendo la dependencia de los seres entre sí y comprendiendo asimismo (lo que es más importante) no solamente la vida del individuo, sino también el éxito de la vida de su progenitura».

Aunque él mismo, por necesidades de su tesis especial, haya empleado sobre todo el término en su sentido estrecho, ponía a sus continuadores en guardia contra el error (que él mismo parece cometió una vez) de exagerar el alcance de esta significación restringida. En *The Descent of Man* escribió algunas páginas poderosas para explicar su sentido propio, el sentido amplio, señalando cómo en innumerables sociedades animales desaparece la lucha por la existencia entre los individuos aislados; cómo la *lucha* es reemplazada por la *cooperación* y cómo esta sustitución conduce al desarrollo de facultades intelectuales y morales que aseguran a la especie las mejores condiciones para sobrevivir. Declara que en semejante caso los aptos no son los más fuertes físicamente ni los más astutos, sino los que aprenden a unirse de modo que se sostengan mutuamente, los fuertes como los débiles, para la prosperidad de la comunidad. «Las comunidades—escribió—que encierren la mayor proporción de miembros más simpáticos unos a otros, prosperan mejor y crían el mayor número posible de retoños.» (2.^a edición inglesa, pág. 163.) La idea de competencia entre cada uno y todos, nacida de la estrecha concepción malthusiana, perdía así su estrechez en el espíritu de un observador que conocía la Naturaleza.

Desgraciadamente estas observaciones, que podían haberse convertido en base de investigaciones muy fecundas, quedaban en la sombra por la masa de hechos que Darwin había reunido con el propósito de mostrar las consecuencias de una real competencia por la vida. Además, no ensayó jamás someter a una más rigurosa investigación la importancia relativa de los dos aspectos bajo los cuales se presenta la lucha por la existencia en el mundo animal, y nunca escribió la obra que se había prometido escribir sobre los obstáculos naturales a la reproducción animal, obra que hubiera sido la piedra de toque del exacto valor de la lucha individual. Más aún: en las mismas páginas de que acabamos de hablar, entre hechos refutando la estrecha concepción malthusiana de la lucha reaparece la vieja levadura malthusiana, por ejemplo, en las observaciones de Darwin sobre los pretendidos inconvenientes de mantener «los débiles de espíritu y de cuerpo» en nuestras sociedades civilizadas (cap. V). Como si de millares de poetas, de sabios, de inventores, de reformadores, débiles de cuerpo o enfermos, así como de otros millares de sedicentes «locos» o «entusiastas, débiles de espíritu», no hubiesen salido las armas más preciosas de que la humanidad hace uso en su lucha por la existencia, armas intelectuales y morales, como el mismo Darwin nos ha enseñado en estos mismos capítulos de *Descent of Man*.

No logró sustraerse la teoría de Darwin a la suerte que parece estar reservada a todas las teorías que tratan de las relaciones humanas. Los continuadores de las enseñanzas darwinianas, lejos de ampliarlas con nuevas investigaciones, restringieron aquella teoría. Y mientras que Herbert Spencer, partiendo de observaciones independientes, pero muy análogas, intentaba ensanchar el debate planteando este gran problema: «¿Quiénes son los más aptos?» (particularmente en el apéndice de la tercera edición de los *Data of Ethics*), los innumerables continuadores de Darwin reducían la noción de la lucha por la existencia a su sentido más restringido. De este modo llegaron a concebir el mundo animal como un mundo de lucha perpetua entre individuos hambrien-

tos, ávidos de sangre, e hicieron resonar por la literatura moderna el grito de guerra: ¡Ay de los vencidos! como si esta fuese la última palabra de la biología moderna. Erigieron la «lucha despiadada» por las ventajas personales a la altura de un principio biológico, al que el hombre debe someterse so pena de sucumbir en un mundo fundado sobre el exterminio mutuo. Dejando a un lado a los economistas, que de las ciencias naturales no saben más que algunas palabras tomadas a préstamo de los vulgarizadores; de segunda mano, nos es necesario hacer constar que hasta los más autorizados intérpretes de Darwin hicieron cuanto pudieron para sostener estas falsas ideas. En efecto, si tomamos a Huxley, que es considerado como uno de los mejores intérpretes de la teoría de la evolución, nos enseña en su artículo «Struggle for Existence and its Bearing upon Man», que «juzgado desde el punto de vista moral, el mundo animal está, poco más o menos, al nivel de un combate de gladiadores. Las criaturas están bien tratadas y enviadas al combate; los más fuertes, los más vivos y los más astutos, sobreviven para el combate de otro día. Ni siquiera el espectador tiene que bajar el pulgar, pues no se da cuartel».

Y más lejos, en el mismo artículo, no deja de agregar que, igual que entre los animales, entre los hombres primitivos asimismo, «los más débiles y los más estúpidos quedan aplastados, mientras que sobreviven los más resistentes y los más astutos, los más aptos para triunfar de las circunstancias, pero no los mejores bajo otros aspectos. La vida es una perpetua lucha abierta, y aparte los lazos de familia limitados y temporales, la guerra de que habla Hobbes de cada uno contra todos, es el estado normal de la existencia».

Esta vista de la Naturaleza no está suficientemente confirmada por los hechos, según tendrá ocasión de comprobar el lector por los datos que más adelante someteremos a su consideración. Pero desde ahora podemos decir que la manera de ver de Huxley tenía tan poco derecho a ser considerada como una conclusión científica, como la teoría contraria de Rousseau, que en la Natu-

leza sólo veía amor, paz y armonía, destruidos por el advenimiento del hombre. Basta, en efecto, un paseo por el bosque, echar una mirada sobre no importa cuál sociedad animal, o hasta la lectura de cualquier obra seria que trate de la vida animal (d'Orbigny, Audubon, Le Vaillant o cualquier otro), para conducir al naturalista a tener en cuenta el lugar que ocupa la sociabilidad en la vida de los animales; para impedirle que no vea en la Naturaleza más que un campo de batalla, o no descubrir en ella más que paz y armonía. Si Rousseau cometió el error de suprimir de su concepción la lucha «a dentelladas y zarpazos», Huxley ha cometido el error opuesto; pero ni el optimismo de Rousseau ni el pesimismo de Huxley podían ser aceptados como una interpretación imparcial de la Naturaleza.

Cuando estudiamos a los animales—no en los laboratorios y en los museos solamente, sino en los bosques y en las praderas, en las estepas y en las montañas—nos apercibimos en seguida de que aunque haya en la Naturaleza una suma enorme de guerra entre las diferentes especies, y sobre todo entre las diferentes clases de animales, hay asimismo y tal vez mucho mayor, una suma de apoyo mutuo, de ayuda recíproca y de mutua defensa entre los animales pertenecientes a la misma especie, o por lo menos pertenecientes a la misma sociedad. La sociabilidad es asimismo tan ley de la Naturaleza como la lucha entre semejantes. Muy difícil sería, sin duda, evaluar, siquiera aproximadamente, la importancia numérica relativa de estas dos series de hechos. Pero si acudimos a un testimonio indirecto y pedimos a la Naturaleza que nos diga «cuáles son los mejor adaptados, los que están continuamente en guerra unos contra otros, o los que se sostienen unos a otros», entonces vemos que los mejor adaptados son, incontestablemente, los animales que han adquirido hábitos de mutuo apoyo. Tienen más probabilidades de sobrevivir y alcanzan, en sus clases respectivas, el más alto desarrollo de inteligencia y de organización física. Si los innumerables hechos que pueden citarse para sostener esta tesis se toman en consideración, podemos decir con toda seguridad que el apoyo mutuo es tan

ley de la vida animal como la lucha recíproca, pero que, como factor de la evolución, la primera tiene probablemente una importancia mucho más grande, en cuanto que favorece el desarrollo de hábitos y de caracteres eminentemente propios para asegurar la conservación y el desarrollo de la especie, procurando, asimismo, con menos pérdida de energía, una suma mayor de bienestar y de placer para cada individuo.

De todos los continuadores de Darwin, el primero, que yo sepa, que comprendió todo el alcance del apoyo mutuo como *ley de la Naturaleza y principal factor de la evolución progresiva*, fué un zoólogo ruso bien conocido, el decano de la Universidad de San Petersburgo, el profesor Kessler, que desarrolló sus ideas en un discurso pronunciado en Enero de 1880, pocos meses antes de su muerte, ante un congreso de naturalistas rusos; pero como tantas otras buenas cosas publicadas solamente en ruso, esta notable alocución quedó casi desconocida.

En su cualidad de «viejo zoólogo» se sentía obligado a protestar contra el abuso de una expresión—la lucha por la existencia—sacada de la zoología, o a lo menos contra la importancia exagerada que se atribuye a esta expresión. «En zoología—decía—y en todas las ciencias que tratan del hombre, se insiste sin cesar sobre lo que ha dado en llamarse la ley despiadada de la lucha por la vida. Pero se olvida la existencia de otra ley, que puede ser llamada ley del apoyo mutuo, y esta ley, por lo menos para los animales, es mucho más importante que la primera.» Hacía observar que la necesidad de criar a su progenie reunía a los animales, y que «cuanto más los individuos se unen y más se sostienen mutuamente, mayores son para la especie las probabilidades de sobrevivir y de progresar en desarrollo intelectual». «Todas las clases de animales—añadía—, y sobre todo las más elevadas, practican el apoyo mutuo», y daba en favor de su idea ejemplos sacados de la vida de los necróforos y de la vida social de los pájaros y de algunos mamíferos. Los ejemplos eran poco numerosos, como conviene en una breve alocución de apertura, pero los puntos principales estaban establecidos con claridad, y después de haber indi-

cado que en la evolución de la humanidad el apoyo recíproco desempeña un papel mucho más importante aun, Kessler concluía en estos términos: «Ciertamente, yo no niego la lucha por la existencia, pero sostengo que el desarrollo progresivo del reino animal, y particularmente de la humanidad, está mucho más favorecido por el apoyo mutuo que por la lucha recíproca... Todos los seres organizados tienen dos necesidades esenciales: la de la nutrición y la de la propagación de la especie. La primera, los conduce a la lucha y al exterminio mutuo, mientras que la necesidad de conservar la especie los lleva a unirse y a sostenerse mutuamente. Pero me inclino a creer que en la evolución del mundo organizado—en la modificación progresiva de los seres organizados—el apoyo mutuo entre los individuos desempeña un papel mucho más importante que su lucha recíproca.»

La precisión de este modo de ver las cosas llamó la atención de la mayor parte de los zoólogos que estaban presentes, y Siévertsoff, cuyo nombre es bien conocido de los ornitólogos y de los geógrafos, las confirmó y apoyó con nuevos ejemplos. Citó ciertas especies de halcones que están «organizados de un modo ideal para poder ejercer el bandidaje», y sin embargo, están en decadencia, mientras prosperan otras especies de halcones que practican el apoyo mutuo. «De otro lado—dijo—considerad un pájaro sociable, el ánade; su organismo está muy lejos de ser perfecto, pero practica el apoyo mutuo, y ha podido invadir casi la tierra entera, como puede juzgarse por sus innumerables variedades y especies.»

La simpática acogida que dispensaron los zoólogos rusos a las ideas de Kessler era muy natural, pues casi todos habían tenido ocasión de estudiar el mundo animal en las grandes regiones deshabitadas del Asia septentrional y de la Rusia oriental, siendo imposible estudiar regiones parecidas sin verse conducido a adoptar estas mismas ideas. Me acuerdo de la impresión que me produjo el mundo animal de la Siberia cuando exploré la región de Titim, en compañía del excelente zoólogo mi amigo Poliakov. Los dos nos hallábamos bajo la impresión reciente de la lectura del *Origen de las especies*, pero en

vano buscamos pruebas de la ruda competencia entre animales de la misma especie que la lectura de la obra de Darwin nos hacía prever, aun teniendo en cuenta las observaciones del tercer capítulo (ed. ingl., pág. 54). Comprobamos buen número de adaptaciones para la lucha—a menudo para la lucha en común—contra las circunstancias adversas del clima o contra enemigos variados, y Poliakoff escribió varias excelentes páginas sobre la dependencia mutua de los carnívoros, de los rumiantes y de los roedores, en lo que concierne a su distribución geográfica. Yo observé, por otra parte, un gran número de hechos de apoyo mutuo, particularmente cuando las emigraciones de pájaros y de rumiantes; pero hasta en las regiones del Amur y del Ussuri, donde la vida animal pulula, raramente pude notar, a pesar de toda mi atención, hechos de real competencia, de verdadera lucha entre animales superiores de la misma especie. La misma impresión se desprende de las obras de la mayor parte de los zoólogos rusos, y esto explica sin duda por qué las ideas de Kessler fueron tan bien acogidas por los darwinistas rusos, mientras que estas mismas ideas no tienen curso entre los discípulos de Darwin en la Europa occidental.

Lo que desde el principio llama la atención cuando se comienza a estudiar la lucha por la existencia bajo sus dos aspectos—en el sentido propio y en el sentido metafórico—es la abundancia de hechos de apoyo mutuo, no solamente para la cría de la progenitura, como lo reconocen la mayor parte de los evolucionistas, sino asimismo para la seguridad del individuo y para proporcionarle el alimento necesario. En numerosas categorías del reino animal, el apoyo mutuo es la regla. Se descubre e apoyo hasta entre los animales más feroces, y tal vez podemos esperar que los observadores que estudian con el microscopio la vida acuática nos demuestren algún día hechos de mutua asistencia inconsciente entre los micro-

organismos. Verdad que nuestros conocimientos de la vida de los invertebrados, a excepción de los termitidos, de las hormigas y de las abejas, son extremadamente limitados, y sin embargo, hasta en lo que concierne a los animales inferiores podemos recoger algunos hechos, debidamente comprobados, de cooperación. Las innumerables asociaciones de langostas, de cigarras, de cicindelas, de vanesas, etc., son, en realidad, mal conocidas; pero el hecho mismo de su existencia indica que deben estar organizadas poco más o menos según los mismos principios que las asociaciones temporales de hormigas y de abejas para las emigraciones (1). Respecto a los coleópteros, poseemos hechos de apoyo mutuo perfectamente observados entre los necróforos. Necesitan éstos materia orgánica en descomposición para poner sus huevos y para asegurar de este modo el alimento a sus larvas; pero esta materia orgánica no debe descomponerse demasiado rápidamente, y por esto tienen la costumbre de enterrar en el suelo los cadáveres de toda clase de pequeños animales que encuentran en su camino. De ordinario suelen vivir aislados, pero cuando uno de ellos ha descubierto el cadáver de un ratón o de un pájaro, que le sería difícil enterrar solo, llama en su auxilio a cuatro o seis necróforos para terminar la operación, reuniendo todos sus esfuerzos, y si es necesario transportan el cadáver a un terreno blando y lo entierran, dando pruebas de mucho sentido, sin disputarse por la elección del que tendrá el privilegio de poner sus huevos en el cuerpo sepultado. Y cuando Gleditsch ató un pájaro muerto a una cruz formada por dos palos, o suspendió un sapo a un palo plantado en el suelo, vió a los pequeños necróforos unir sus inteligencias del mismo modo amigable para triunfar del artificio del hombre (2).

Hasta entre los animales que están en un grado muy poco desarrollado de organización podemos hallar ejemplos análogos. Ciertos cangrejos terrestres de las Indias occidentales y de la América del Norte se reúnen en grandes

(1) Véase apéndice I.

(2) Véase apéndice I.

masas para ir hasta el mar, donde ponen los huevos. Cada una de estas emigraciones supone acuerdo, cooperación y mutua asistencia. Respecto a la tortuga grande de las Molucas (*Limulus*), llaméme la atención (en 1882, en el acuario de Brighton) ver hasta qué punto estos animales tan torpes, son capaces de dar pruebas de mutua ayuda para socorrer a un camarada en peligro. Uno de ellos había caído sobre sus espaldas en un rincón del estanque, y su pesado caparazón, en forma de cacerola, le impedía recobrar su posición natural, tanto más que en aquel rincón había una barra de hierro que aumentaba la dificultad de la operación. Sus compañeros fueron en su socorro, y durante una hora observé como se esforzaban ayudando a su camarada de cautiverio. Venían dos a la vez y empujaban a su amigo por debajo; después de enérgicos esfuerzos, lograban casi ponerle derecho, pero entonces la barra de hierro les impedía acabar el salvamento, y la tortuga recaía pesadamente sobre su espalda. Después de varios ensayos vimos bajar a uno de los salvadores al fondo del estanque y volver con dos compañeros de refresco que comenzaron los mismos esfuerzos para levantar a su camarada impotente. Permanecimos en el acuario durante dos horas, y antes de partir quisimos ver de nuevo el estanque: el trabajo de socorro continuaba aún. Desde que vi esta escena, no puedo negarme a creer la observación citada por el doctor Erasmus Darwin, o sea que «el cangrejo común, durante la estación de la muda, apostá en centinela a un cangrejo de costra dura que aún no haya mudado, para impedir a los animales marinos hostiles que perjudiquen a los individuos que están mudando y que se hallan sin defensa».

Los hechos que hacen visible el apoyo mutuo entre los termitidos, las hormigas y las abejas, son tan bien conocidos por las obras de Forel, de Romanes, de L. Büchner y de sir Jhon Lubbock, que puedo limitar mis observaciones a algunas indicaciones. Si, por ejemplo, consideramos un hormiguero, no tan sólo vemos que toda especie de trabajo—cría de la progenie, aprovisionamiento, construcción, cría de pulgones, etc.—se efectúa según

los principios del apoyo mutuo voluntario, sino que asimismo tenemos que reconocer con Forel que el rasgo principal, fundamental, de la vida de muchas especies de hormigas, es el hecho, o mejor, la obligación para cada hormiga de compartir su alimento, ya ingerido y en parte digerido, con cualquier miembro de la comunidad que lo pida. Dos hormigas pertenecientes a dos especies diferentes o a dos hormigueros enemigos, cuando por casualidad se encuentran se evitan. Pero dos hormigas pertenecientes al mismo hormiguero o a la misma colonia de hormigas, se acercan una a la otra, cambian algunos movimientos de sus antenas, y «si una de ellas tiene hambre o sed, y sobre todo, si la otra tiene el estómago lleno... le pide inmediatamente alimento». Así solicitada, la hormiga no se niega nunca; separa sus mandíbulas, se pone en posición adecuada y se desprende de una gota de un fluido transparente que engulle en seguida la hormiga hambrienta. Esta devolución de alimento para las demás es un rasgo tan característico de la vida de las hormigas (en libertad) y recurren tan constantemente a él para alimentar a las camaradas hambrientas y para alimentar a las larvas, que Forel considera el tubo digestivo de las hormigas como formado de dos partes distintas, una, la posterior, para uso especial del individuo, y la otra, la parte anterior, para uso principal de la comunidad. Si una hormiga que tiene el papo lleno ha sido bastante egoísta para negar el alimento a una compañera, será tratada como una enemiga o peor aún. Si la negativa se ha efectuado mientras sus compañeras se batían contra otro grupo de hormigas, éstas caerán sobre la glotona con una violencia mayor que sobre las mismas enemigas. Y si una hormiga no se ha negado a alimentar a otra perteneciente a una especie enemiga, será tratada como verdadera amiga por las compañeras de esta última. Todos estos hechos están confirmados por las observaciones más prolijas y las experiencias más decisivas.

Tan fabulosamente numerosa es esta categoría del reino animal, que los naturales del Brasil pretenden que su país no pertenece a los hombres, sino a las hormigas; a pesar de todo, la competencia entre los miembros de un mismo

hormiguero, o de la misma colonia de hormigueros, no existe. Por terribles que sean las guerras entre las diferentes especies, y a pesar de las atrocidades cometidas en tiempo de guerra, el apoyo mutuo dentro de la comunidad, la abnegación en estado de hábito, y muy a menudo el sacrificio del individuo para el bienestar común, son la regla. Las hormigas y los termitidos han repudiado la «ley de Hobbes» sobre la guerra, y no dejan de hallarse bien por esto. Sus maravillosas habitaciones, sus construcciones, relativamente más grandes que las del hombre; sus caminos enlosados y sus galerías arqueadas debajo del suelo; sus salas y sus graneros espaciosos; sus campos de trigo, sus cosechas y sus preparaciones para transformar los granos en *malt* (1); sus métodos racionales para cuidar los huevos y las larvas y para construir nidos especiales destinados a la cría de pulgones, que Linneo ha descrito de modo tan pintoresco como las «varas de las hormigas»; en fin, su valor, su atrevimiento y su elevada inteligencia, todo esto es el resultado natural del apoyo mutuo, que practican en todos los grados de sus vidas activas y laboriosas. Además, este modo de existencia ha dado necesariamente por resultado otro rasgo esencial de la vida de las hormigas: el gran desarrollo de la iniciativa individual, el cual, a su vez, ha conducido al desarrollo de esta inteligencia elevada y variada que llama la atención de todo observador humano.

Si no conociéramos otros hechos de la vida animal que lo que sabemos de las hormigas y de los termitidos, podríamos ya sacar con certeza la conclusión de que el apoyo mutuo (que conduce a la confianza mutua, primera condición del valor) y la iniciativa individual (primera condición del progreso intelectual) son dos factores infinitamente más importantes que la lucha recíproca en la evolución del reino animal. Y de hecho, la hormiga prospera sin tener ninguno de los órganos de protección de que no pueden pasarse los animales que viven aislados.

(1) La agricultura de las hormigas es tan maravillosa, que durante mucho tiempo no se quiso creer en ella. El hecho está tan bien probado actualmente por M. Moggrioge, el doctor Linnequin, M. Mac Cook, el coronel Sykos y el doctor Jenpon, que la duda ya no es posible.

Su color la hace muy visible a sus enemigos, y los hormigueros elevados que construyen varias especies son muy visibles en las praderas y en los bosques. La hormiga no está protegida por ningún caparazón duro, y su aguijón, aunque peligroso cuando centenares de picaduras criban el cuerpo de un animal, no es de gran valor como defensa individual, mientras que los huevos y las larvas de las hormigas son un verdadero regalo para un gran número de habitantes de los bosques. Sin embargo, unidas en sociedades, las hormigas son poco destruidas por los pájaros, ni los hormigueros tampoco, y, en cambio, las temen insectos mucho más fuertes que ellas. Vaciando un día Forel un saco lleno de hormigas en una pradera, vió huir a los grillos, que abandonaron sus agujeros al saqueo que efectuaron las hormigas; las cigarras, los grillos, huyeron en todas direcciones; las arañas, los escarabajos y los *staphilinus* abandonaron sus presas, para no ser ellos a su vez presa de las hormigas. Los nidos de avispas fueron invadidos por las hormigas después de una batalla, durante la cual muchas hormigas sucumbieron en pro del interés común. Hasta los insectos más vivos no pudieron escapar, y Forel vió a menudo mariposas, mosquitos y moscas sorprendidos y muertos por las hormigas. Su fuerza estriba en su mutua asistencia y en su confianza recíproca. Y si la hormiga—dejando a un lado los termitidos, de un desarrollo aún más elevado—se halla en la cumbre de toda la clase de los insectos por sus capacidades intelectuales, si su valor no está igualado más que por el de los más valerosos de los vertebrados y si su cerebro—para emplear las palabras de Darwin—«es uno de los más maravillosos átomos de materia del mundo, tal vez más que el cerebro del hombre», ¿acaso no es debido al hecho de que el apoyo mutuo ha sustituido a la lucha recíproca en las comunidades de hormigas?

Las mismas cosas son verdaderas por lo que concierne a las abejas. Estos pequeños insectos, que tan fácilmente podrían ser presa de tantos pájaros, y cuya miel tiene tantos aficionados en todas las clases de animales, desde el coleóptero al oso, tienen, igual que las hormigas, medios de protección, debidos al mimetismo o a otra causa

sin los cuales un insecto, viviendo aislado, podría a duras penas escapar a una destrucción total. Sin embargo, gracias al apoyo mutuo alcanzan la gran extensión que conocemos y la inteligencia que admiramos. Por el trabajo en común multiplican sus fuerzas individuales; por medio de una división temporal del trabajo y de la aptitud que tiene cada abeja para efectuar toda especie de trabajo cuando esto es necesario, llegan a un grado de bienestar y de seguridad que ningún animal aislado puede alcanzar, por fuerte y bien armado que esté. A menudo logran más éxito en sus combinaciones que el hombre, cuando éste descuida de sacar ventaja de un apoyo mutuo bien combinado. Así, cuando un nuevo enjambre está a punto de abandonar la colmena para ir en busca de una nueva habitación, un cierto número de abejas efectúan un reconocimiento preliminar de los alrededores y si descubren una habitación conveniente—una canasta vieja o algo por el estilo—toman posesión, la limpian y la guardan a veces durante una semana entera, hasta que todo el enjambre va a establecerse en ella. ¡Cuántos colonos humanos, menos prudentes que las abejas, perecen en países nuevos por no haber comprendido la necesidad de combinar sus esfuerzos! Asociando sus inteligencias, las abejas logran triunfar de las circunstancias adversas, hasta en los casos del todo imprevistos y extraordinarios. En la Exposición Universal de París (1889) las abejas habían sido colocadas en una colmena provista de una placa de cristal, que permitía al público ver su interior, entreabriendo una puercecita situada en la placa; pero como la luz producida por la abertura las molestaba, acabaron por soldar la puerta a la placa por medio de su propóleo resinoso. De otra parte, las abejas no muestran ninguna de estas inclinaciones sanguinarias ni este amor por los combates inútiles que muchos escritores atribuyen tan fácilmente a los animales. Las centinelas que guardan la entrada de la colmena matan sin piedad a las abejas ladronas que intentan penetrar; pero las abejas extranjeras que por error se acercan a la colmena no son atacadas, sobre todo si vienen cargadas de polen o si son jóvenes abejas que fácil-

mente pueden extraviarse. La guerra no existe sino en los límites estrictamente necesarios.

La sociabilidad de las abejas es tanto más instintiva cuanto que los instintos de saqueo y de pereza existen entre ellas y reaparecen cada vez que su desarrollo se ve favorecido por alguna circunstancia. Sabido es que hay siempre un cierto número de abejas que prefieren una vida de saqueo a la vida laboriosa de las obreras, y los períodos de carestía, así como los períodos de extraordinaria abundancia, hacen recrudecer la clase de las saqueadoras. Cuando nuestras cosechas están almacenadas y en los campos y praderas les queda poco botín, se encuentran con más frecuencia abejas ladronas; de otra parte, en torno de las plantaciones de caña de azúcar de las Indias occidentales y en las refinerías de Europa, el robo, la pereza, y a menudo la borrachera, se vuelven habituales en las abejas. Asimismo vemos que los instintos antisociales existen entre los melíficos; pero la selección debe constantemente eliminarlos, pues que a la larga la práctica de la solidaridad se muestra más ventajosa para la especie que el desarrollo de los individuos dotados de instinto de saqueo. «Los más astutos y los más malignos» quedan eliminados a favor de los que comprenden las ventajas de la vida social y del mutuo apoyo.

Cierto; ni las hormigas, ni las abejas, ni siquiera los termitidos, se han elevado hasta la concepción de una más alta solidaridad que comprenda el conjunto de la especie. A este respecto no han alcanzado un grado de desarrollo que tampoco hallamos, por lo demás, en nuestras cimas políticas, científicas y religiosas. Sus instintos sociales no se extienden mucho más allá de los límites de la colmena y del hormiguero. No obstante, colonias que no cuentan menos de doscientos hormigueros, y pertenecientes a dos especies diferentes (*Formica execta* y *F. pressilabris*), han sido descritas por Forel, que las ha observado en el monte Tendre y en el monte Salève; Forel afirma que los miembros de estas colonias se reconocen unos a otros y que todos toman parte en la defensa común. En Pensylvania M. Mac Cook vió una verdadera nación de 1.600 a 1.700 hormigueros de hormigas

constructoras de colinas, viviendo todas en perfecta inteligencia, y Bates ha descrito los montículos de termitidos cubriendo grandes superficies en los «campos», siendo estos montículos refugio de dos o tres especies diferentes, y la mayor parte unidos por arcadas y galerías arqueadas. En los invertebrados se comprueban de igual modo algunos ejemplos de asociación de grandes masas de individuos para la protección mutua.

Pasando ahora a los animales más elevados, hallamos muchos más ejemplos de apoyo mutuo, incontestablemente consciente; pero nos es necesario reconocer por de pronto que nuestro conocimiento de la vida misma de los animales superiores es aún muy imperfecto. Un gran número de hechos han sido recogidos por eminentes observadores, pero hay categorías enteras del reino animal de las que no conocemos casi nada. Informaciones dignas de fe concernientes a los peces son en extremo raras, lo cual se debe, en parte, a las dificultades de la observación, y en parte a que este asunto no ha sido suficientemente estudiado. Respecto a los mamíferos, Kessler ya hizo observar lo poco que conocemos de su modo de vivir. Muchos de ellos son nocturnos, otros se ocultan bajo tierra, y los rumiantes cuya vida social y las emigraciones ofrecen el mayor interés, no dejan que el hombre se acerque a sus rebaños. De los pájaros poseemos muchas más informaciones y, sin embargo, la vida social de muchas especies es conocida de modo bastante deficiente. Pero de todos modos, no podemos quejarnos de falta de hechos bien comprobados, como veremos por lo que sigue.

No tengo necesidad de insistir sobre las asociaciones del macho y de la hembra para la cría de sus pequeños, para alimentarlos durante su primera edad o para cazar en común. Observemos de paso que estas asociaciones constituyen la regla, hasta en los carnívoros menos sociables y en las aves de rapiña. Lo que les da un interés especial es que estas asociaciones son el punto de

partida de ciertos sentimientos de ternura hasta en los animales más crueles. Asimismo podemos añadir que la rareza de asociaciones más amplias que la de la familia entre los carnívoros y los rapaces, aun debiéndose en gran parte a su mismo modo de alimentarse, puede, hasta cierto punto, mirarse como una consecuencia del cambio producido en el mundo animal por el acrecentamiento rápido de la humanidad. En efecto, es necesario hacer observar que los animales de ciertas especies viven aislados en las regiones donde los hombres son numerosos, mientras que estas mismas especies o sus congéneres más próximos viven en bandadas en los países inhabitados. Los lobos, los zorros y varias aves de rapiña son ejemplo de esto.

Sin embargo, las asociaciones que no se extienden más allá de los lazos de la familia son, relativamente, de pequeña importancia en lo que nos ocupa, tanto más cuanto conocemos un gran número de asociaciones para objetivos más generales, como la caza, la protección mutua y hasta simplemente para gozar de la vida. Audubon mencionó que a veces las águilas se asocian para cazar; su relato de dos águilas calvas, macho y hembra, cazando en el Mississipi, es bien conocido. Pero una de las observaciones más concluyentes en este orden de ideas, se debe a Siévertsoff. Mientras estudiaba la fauna de las estepas rusas, vió una vez un águila perteneciente a una especie cuyos miembros viven generalmente en cuadrilla (el águila de cola blanca, *Haliaeetus albicilla*) elevándose a gran altura; durante media hora describió sus largos círculos en silencio, cuando de golpe dejó oír un grito penetrante; a su grito respondió prontamente otra águila que se acercó a la primera y fué seguida por una tercera, una cuarta, hasta que se reunieron nueve o diez, que desaparecieron en seguida. Por la tarde, Siévertsoff se dirigió al sitio hacia el cual vió que las águilas volaron, y oculto por una ondulacion de la estepa, acercóse y descubrió que se habían reunido alrededor del cadáver de un caballo. Las viejas, que según su costumbre comienzan su comida las primeras —son sus reglas de *urbanidad*—, estaban ya vigilando por

allí cerca, mientras las jóvenes continuaban su comida, rodeadas por una bandada de cuervos. De esta observación y otras parecidas, Siévertsoff sacó en conclusión que las águilas de cola blanca se unen para la caza. Cuando se han elevado a una gran altura, pueden, si son diez, inspeccionar un espacio de cuarenta kilómetros cuadrados, y tan pronto como una descubre algo, lo advierte a las demás. Se puede objetar, sin duda, que un simple grito instintivo de la primera águila o sus movimientos podría tener el mismo efecto de atraer a las otras hacia la presa; pero hay una fuerte presunción en favor de un aviso mutuo, porque las diez águilas se juntaron antes de dejarse caer sobre la presa, y Siévertsoff tuvo más tarde ocasiones de comprobar que las águilas de cola blanca siempre se reúnen para devorar un cadáver, y que algunas de entre ellas (las más jóvenes primero) vigilan mientras las demás comen. De hecho, el águila de cola blanca—una de las más valientes y mejores cazadoras—vive, generalmente, en cuadrilla, y Brehm dijo que cuando se la guarda en cautividad, contrae en seguida afecto para con sus guardianes.

Uno de los rasgos más comunes entre las aves de rapiña es la sociabilidad. Entre éstas se cuenta el milano, del Brasil, que no obstante ser tal vez, el ladrón más audaz de entre los alados, es también uno de los más sociables. Sus asociaciones para la caza han sido descritas por Darwin y por otros naturalistas, y es un hecho verificado que, cuando se ha apoderado de una presa demasiado grande, llama a cinco o seis amigos para que le ayuden a llevársela. Después de una jornada activa, cuando estos milanos se retiran para descansar de noche sobre un árbol o sobre los breñales, se reúnen siempre en bandadas, franqueando alguna vez para conseguirlo una distancia de quince kilómetros o más, y a menudo se les reúnen varios otros buitres, particularmente los perenópteros, «sus fieles amigos», como dice d'Orbigny. En nuestro continente, en los desiertos transcaásicos, según Zarusnyi, tienen la misma costumbre de cobijarse juntos. El buitre sociable, uno de los más fuertes, debe su mismo nombre a su amor por la sociedad. Estos pájaros viven

en bandadas numerosas y se complacen en estar juntos. Gústales reunirse numerosamente por el gusto de volar juntos a grandes alturas. «Viven en muy buena amistad—dice Vaillant—y en la misma caverna he hallado a veces hasta tres nidos muy cerca unos de otros.» Los buitres urubus del Brasil son tan sociables como las cornejas y tal vez más. Los pequeños buitres egipcios viven en una estrecha amistad. Juegan en bandadas, se reúnen para pasar la noche y por la mañana juntos se van a buscar el alimento; jamás se ha presentado la menor querrela entre ellos, dice Brehm, que ha tenido muchas ocasiones de observar su vida. El halcón de cuello rojo se encuentra asimismo en bandadas numerosas en los bosques del Brasil y el cernícalo (*Tinnunculus cenchris*), cuando abandona Europa y va a pasar el invierno en las praderas y los bosques de Asia, forma numerosas compañías. En las estepas del Sur de Rusia estos pájaros son (o mejor dicho, eran) tan sociables, que Nordmann los veía en bandadas numerosas con otros halcones (*Falco tinnunculus*, *F. asulon* y *F. subbuteo*), reuniéndose todas las tardes, hacia las cuatro, y jugando hasta el anochecer. Volaban todos a la vez, en línea recta, hacia un punto determinado y cuando lo habían alcanzado volvíanse inmediatamente, siguiendo el mismo trayecto, al punto de partida, para recomenzar en seguida otra vez el juego. En todas las especies de pájaros se encuentran muy comúnmente vuelos por el estilo, por el simple placer de volar. «En el distrito de Humber—escribió C. Dixon—se ven grandes vuelos de tringas, hacia fines de Agosto, sobre los bajofondos que son su estación invernal. Los movimientos de estos pájaros son de lo más interesante; evolucionan en bandadas, se dispersan y estrechan sus filas con tanta precisión, que parecen soldados ejercitados. Dispersos entre ellos vense a muchas alondras de mar, sanderlings y pluviales de collar.»

Tarea, punto menos que imposible sería enumerar aquí

(1) Durante sus emigraciones, las aves de rapiña se asocian a menudo. Un vuelo que vió H. Seebohm atravesando los Pirineos, presentaba una curiosa reunión de «ocho milanos, una grulla y un halcón peregrino».

las diferentes asociaciones de pájaros cazadores; pero las asociaciones de pelícanos para la pesca merecen ser citadas a causa del orden notable y de la inteligencia de que dan pruebas estos pájaros pesados. Pescan siempre en bandadas numerosas, y después de haber escogido una enseada conveniente, forman un ancho medio círculo, de cara a la orilla, y lo estrechan nadando hacia el borde, cogiendo de este modo los peces que se hallan encerrados en el círculo. En los canales y ríos estrechos se dividen en dos grupos, y cada uno forma el medio círculo para nadar en seguida al encuentro del otro, exactamente como si dos tripulaciones de hombres, llevando a rastra los filetes de pesca, avanzaran para capturar los peces cogidos entre las dos redes cuando las dos tripulaciones se topan. Cuando llega la noche vuelan hacia un determinado sitio donde duermen—siempre el mismo para cada grupo—y nadie les ha visto disputarse por la posesión de la bahía ni por los sitios de descanso. En la América del Sur se reúnen en bandadas de cuarenta a cincuenta mil; unos duermen mientras otros vigilan o pescan. En fin, sería imperdonable no citar los gorriones francos, tan calumniados, y no mencionar la abnegación con que cada uno comparte el alimento que descubre con los demás miembros de la sociedad a que pertenece. El hecho era ya conocido de los griegos, y la tradición cuenta que un orador griego exclamó una vez (cito de memoria): «Mientras os estoy hablando, un gorrion ha venido a decir a otros gorriones que un esclavo ha dejado caer un saco de trigo y juntos se han marchado para ir a comer el grano.» Esta antigua observación se halla confirmada en un pequeño y reciente libro de M. Gurney, que no duda de que el gorrion franco informa siempre a los demás de la comarca donde hay alimento, y agrega: «Cuando los campesinos baten el trigo, por lejos que estén los gorriones de la comarca siempre tienen el buche lleno de sus granos.» Verdad es que los gorriones son muy estrictos para apartar de sus dominios toda invasión extranjera; los del jardín de Luxemburgo combaten encarnizadamente a todos los demás gorriones que quisieran aprovecharse a su vez del jardín y de sus

visitantes; pero en el seno de sus propias comunidades practican a la perfección el apoyo mutuo, aunque a veces haya disputas entre ellos, como es natural haberlas aun entre los mejores amigos.

La caza y la alimentación en común son de tal modo un hábito en el mundo alado, que apenas serían necesarios más ejemplos; es un hecho establecido. Respecto a la fuerza que dan estas asociaciones, es de toda evidencia. Las aves de rapiña más fuertes son impotentes contra las asociaciones de los pájaros más pequeños. Hasta las águilas—incluso la poderosa y terrible águila marcial, que es bastante fuerte para llevarse una liebre o un antílope joven en sus garras—vense obligadas a abandonar su presa a estas bandadas de chisgarabís, los milanos que cazan en toda regla a las águilas tan pronto las han visto hacer presa. Los milanos cazan asimismo al rápido halcón pescador y le arrebatan el pescado que ha capturado; pero nadie ha visto a los milanos combatir mutuamente por la posesión de la presa arrebatada de tal modo. En las islas Kerguelen vió el doctor Couës cómo el buphagus—la gallina de mar de los cazadores de focas—perseguía a los goelands para hacerles vomitar la comida, mientras que de otro lado, los goelands y las golondrinas de mar se reúnen para dispersar a las gallinas de mar cuando éstas se acercan a sus moradas, particularmente en el momento de construir los nidos. Los avefrías (*Vanellus cristatus*), tan pequeños, pero tan vivos, atacan sin miedo a las aves de rapiña. «Es uno de los espectáculos más divertidos verles atacar a un mochuelo, un milano, un cuervo o un águila. Se ve en seguida que se sienten seguros de la victoria y se adivina la rabia del ave de rapiña. En estas circunstancias, se sostienen admirablemente unos a otros y su valor crece con el número.» El avefría ha merecido con justicia el nombre de «buena madre» que le daban los griegos, pues jamás dejó de proteger a los otros pájaros acuáticos contra los ataques de sus enemigos. Hasta los pequeños *motacilla alba*, tan frecuentes en nuestros jardines, y que apenas llegan a una longitud de veinte centímetros, obligan al gavilán a abandonar su caza. «A menudo he admirado su valentía y

su agilidad—escribió el viejo Brehm—y estoy persuadido que solamente un halcón podría hacerle frente y capturar a uno. Cuando una bandada de estos pajarillos ha logrado que un enemigo abandone el campo, aturden con sus gritos de triunfo y luego se separan.» Reúnense con el determinado objeto de cazar a su enemigo, de igual modo que vemos a los pájaros de un bosque juntarse tan pronto advierten que un pájaro nocturno apareció y todos juntos—aves de rapiña y pequeños cantadores inofensivos—dan caza al intruso hasta que le obligan a volverse a su madriguera.

¡Qué diferencia entre la fuerza de un milano, de un mochuelo o de un halcón, y la de los pequeños pájaros, como la «bergeronnette!» Y, sin embargo, estas pequeñas avecillas se muestran superiores por su acción común y su valentía a estos rapaces de alas y armas poderosas. En Europa atacan no solamente a las aves de rapiña que pueden constituir un peligro para ellos, sino que cazan también al halcón pescador, «más por divertirse que para hacerle daño alguno», y en la India, según el testimonio del doctor Jerdon, las cornejas cazan al milano-govinda «simplemente para divertirse». El príncipe Wied vió al águila brasileña *urubitinga* rodeada de innumerables bandadas de fucanes y de cassiques (pájaro muy próximo pariente de nuestra corneja) que se burlaban de ella. «El águila—añade—soporta ordinariamente estos insultos con tranquilidad, pero a veces da un zarpazo y coge a un burlón.» En todas estas ocasiones, los pequeños pájaros, aunque muy inferiores en fuerza al ave de rapiña, se muestran superiores a ella por su acción común.

Donde mejor se comprueban los beneficios de la vida en común para la seguridad del individuo, el placer de la vida y el desarrollo de las capacidades intelectuales, es en las dos grandes familias de las grullas y de los papagayos. Las grullas son en extremo sociables y viven en excelentes relaciones, no tan sólo con sus congéneres, sino con la mayor parte de los pájaros acuáticos. Su prudencia es verdaderamente asombrosa, así como su inteligencia; en un instante se dan cuenta de las circunstancias nuevas y obran en consecuencia. Sus centinelas vigilan siempre

atentosamente, mientras la bandada está comiendo o descansa, y los cazadores saben lo difícil que resulta aproximarseles. Si el hombre logró sorprenderlas, ya no vuelven al mismo sitio sin antes enviar una compañera y luego toda una vanguardia exploradora, y cuando ésta regresa avisando que no hay peligro, aún envían otra vanguardia para comprobarlo, mientras la bandada entera espera el resultado de estas exploraciones repetidas. Las grullas contraen verdaderas amistades con especies parientes, y en cautividad no hay pájaro (excepto el papagayo, sociable también y en extremo inteligente) que se haga tan amigo del hombre. «No ven en el hombre un dueño, sino un amigo, y se esfuerzan por demostrárselo»—concluye Brehm después de una larga experiencia personal. La grulla está en continua actividad desde la mañana hasta muy entrada la noche, pero solamente consagra algunas horas a la busca del alimento, vegetal en gran parte. Todo el resto del día lo consagra a la vida social. «Recogen pequeños trozos de madera o piedrecitas, las arrojan al aire e intentan atraparlas al vuelo; tuercen sus cuellos, abren sus alas, danzan, saltan, corren y manifiestan por todos los medios sus felices disposiciones de espíritu, conservándose siempre bellas y graciosas.» Como viven en sociedad, casi no tienen enemigos, y Brehm, que tuvo ocasión de ver a una capturada por un cocodrilo, escribe que, a excepción de éste, no sabe que las grullas tengan otros enemigos. Su proverbial prudencia les burla. Ordinariamente alcanzan una edad avanzada. Así no tiene nada de extraño que para la conservación de la especie, la grulla no tenga necesidad de criar numerosos retoños; generalmente empolla dos huevos. Respecto a su superior inteligencia, basta decir que todos los observadores están unánimes en reconocer que sus capacidades intelectuales recuerdan mucho las del hombre.

El papagayo, cuya inteligencia extraordinariamente desarrollada, lo coloca a la vanguardia de los volátiles, es otro de los animales en extremo sociables. Brehm ha resumido tan bien las costumbres del papagayo, que prefiero citar la frase siguiente: «Exceptuado el tiempo del

apareamiento, viven en numerosas sociedades. Escogen un sitio en el bosque para habitarlo y de él parten todas las mañanas para sus expediciones de caza. Los miembros de una misma agrupación están fielmente unidos y en común comparten buena y mala fortuna. Se reúnen todos juntos por la mañana en un campo, en un jardín o sobre un árbol para alimentarse de frutos. Apostan centinelas que vigilan por la seguridad de la bandada y están muy atentos a sus advertencias. En caso de peligro, vuelan sosteniéndose unos a otros y se vuelven a sus moradas. En una palabra, viven estrechamente unidos.»

También gustan de la sociedad de otros pájaros. En la India, los cuervos y los grájos vienen juntos de una distancia de varias millas para pasar la noche en compañía de los papagayos entre los espesos bambús. Cuando los papagayos cazan dan pruebas de una inteligencia, de una prudencia, de una aptitud maravillosas para luchar contra las circunstancias. Tomemos, por ejemplo, una bandada de cacatúas blancas de Australia. Antes de partir para saquear un campo de trigo, comienzan por enviar un grupo de reconocedores del terreno, que ocupa los árboles más altos en la vecindad del campo, mientras otros exploradores se sitúan entre los árboles intermediarios entre el campo y el bosque y transmiten las señales de los primeros. Si todo marcha bien, una veintena de cacatúas se separan del grueso del grupo, toman vuelo y se dirigen hacia los árboles más próximos al campo de trigo. Esta vanguardia examina asimismo la vecindad durante mucho tiempo, y solamente después de haber dado la señal de avance en toda la línea se lanza la bandada entera al unísono y saquea el campo en un instante. Los colonos australianos se ven apuradísimos para engañar la prudencia de los papagayos; pero si el hombre, con todos sus artificios y sus armas, logra matar alguno de los cacatúas se vuelven tan prudentes y tan vigilantes, que a partir de aquel momento burlan todas las humanas estratagemas.

No hay duda que el hábito de vivir en sociedad es lo que permite a los papagayos alcanzar este elevado nivel de inteligencia y estos sentimientos casi humanos que les

conocemos. Su grande inteligencia ha hecho que los mejores naturalistas describieran algunas especies, particularmente el papagayo gris, calificándole «el pájaro hombre». Tocante a su abnegación mutua, es sabido que cuando un papagayo ha sido muerto por un cazador, los demás vuelan por encima del cadáver de su camarada lanzando gritos lastimeros y «ellos mismos son víctimas de su amistad», como dice Audubon. Cuando dos papagayos cautivos, aunque pertenecientes a dos especies diferentes, han contraído una amistad recíproca, la muerte accidental de uno de los dos amigos es seguida a veces de la muerte del otro, que sucumbe de dolor y de tristeza. No es menos evidente que su estado de sociedad les suministra una protección infinitamente más eficaz que cualquier desarrollo de pico y de garra, por perfecto que uno pudiera imaginárselo.

Pocas son las aves de rapiña y los mamíferos que osan atacar a los papagayos; en todo caso atacarán a las especies más pequeñas, y Brehm tiene razón al decir de los papagayos, como dice igualmente de los grullas y de los monos sociables, que no tienen otros enemigos que el hombre, y agrega: «Es muy probable que los papagayos más grandes mueren sobre todo de vejez, mejor que sucumbir a la zarpa de enemigos.» Únicamente el hombre, gracias a las armas y a la inteligencia superior, que asimismo debe a la asociación, logra destruirlos en parte. Su misma longevidad es un resultado de su vida social. ¿No podríamos decir otro tanto de su memoria, cuyo desarrollo debe estar asimismo favorecido por la vida en sociedad y por el pleno disfrute de sus facultades mentales y físicas hasta una edad muy avanzada?

Como se ve por lo que precede, la guerra de cada uno contra todos no es la ley de la Naturaleza. El apoyo mutuo es tan ley de la Naturaleza como la lucha recíproca, y esta ley nos aparecerá aún más evidente cuando hayamos examinado algunas otras asociaciones en los pájaros y en los mamíferos. Se puede ya entrever la importancia de la ley del apoyo mutuo en la evolución del reino animal, pero la significación de esta ley será más clara aún cuando, después de haber examinado otros ejemplos, tengamos que sacar la conclusión.

21.614

CAPITULO II

EL APOYO MUTUO ENTRE LOS ANIMALES

(Continuación)

migraciones de pájaros. — Asociaciones para la cría. — Sociedades otoñales. — Mamíferos: número pequeño de especies no sociables. — Asociación para la caza en los robos, los leones, etc. — Sociedades de roedores, de rumiantes, de monos. — Apoyo mutuo en la lucha por la vida. — Argumentos de Darwin para demostrar la lucha por la vida en una misma especie. — Obstáculos naturales a la surmultiplicación. — Supuesto exterminio de las especies intermedias. — Eliminación de la competencia en la Naturaleza.

Así que vuelve la primavera en las zonas templadas, miriadas de pájaros dispersos por las cálidas regiones del Sur se reúnen en bandadas innumerables, y llenos de vigor y de alegría vuelan hacia el Norte para criar a su progenitura. Cada uno de nuestros setos, cada bosquecillo, cada costa del Océano, todos los lagos y todos los estanques de que están sembrados la América del Norte, el Norte de Europa y el Norte de Asia, nos muestran en esta época del año todo lo que el apoyo mutuo significa para los pájaros, la fuerza, la energía y la protección que da a todo ser viviente, por débil y sin defensa que pueda hallarse. Tomad, por ejemplo, uno de los innumerables lagos de las estepas rusas o siberianas. Sus orillas están pobladas de miriadas de pájaros acuáticos pertene-

cientes, por lo menos, a una veintena de especies diferentes, todos viviendo en perfecta paz, todos protegiéndose unos a otros.

«En varios centenares de metros de la orilla, el aire está lleno de goelands y de golondrinas de mar, pareciendo copos de nieve en un día de invierno. Millares de becadas y de pluviales corren por los bordes buscando su alimento, silbando y gozando de la vida. Más lejos, casi en cada ola, se balancea un ánade, mientras por el agua se zambullen a bandadas los ánades casarka. La vida exuberante abunda en todas partes.»

Y he aquí los bandidos, los más fuertes, los más hábiles, aquellos que están «organizados de un modo ideal para la rapiña». Durante horas enteras podréis escuchar sus gritos de hambrientos, irritados y lúgubres, mientras esperan la ocasión de arrebatarse de entre esta masa de seres vivientes un solo individuo sin defensa. Pero tan pronto se acercan, su presencia queda señalada por docenas de centinelas voluntarios y centenares de goelands y golondrinas de mar se aprestan para arrojar al intruso. Alocado por el hambre, el rapaz pronto olvida sus habituales precauciones, arrojándose de repente sobre la masa viviente; pero atacado por todas partes, tiene que retirarse con las garras vacías. Desesperado, se arroja entonces sobre los ánades salvajes, pero éstos, inteligentes y sociables, se reúnen rápidamente en bandadas y huyen volando si el rapaz es un águila; se zambullen en el agua si es un halcón, o levantan una nube de espuma y aturden al asaltante si se trata de un milano. Y mientras que la vida continúa pululando sobre el lago, el rapaz huye chillando, colérico, yendo en busca de alguna carroña o de un pajarillo joven o de un ratón de los campos que aún no esté acostumbrado a obedecer a tiempo los avisos de sus compañeros. En presencia de estos tesoros de vida exuberante, el rapaz idealmente armado tiene que contentarse con desechos.

Más lejos, hacia el Norte, en los archipiélagos árticos, «navegando a lo largo de la costa durante leguas, se ven todos los arrecifes, todas las quebradas y rincones de las pendientes de montañas hasta una altura de dos

a quinientos pies, literalmente cubiertos de pájaros marinos, cuyos pechos blancos se destacan sobre las sombrías rocas como si éstas estuvieran manchadas de creta. Cerca o lejos, el aire está, por así decirlo, lleno de pájaros».

Cada una de estas «montañas de pájaros» es un ejemplo viviente del apoyo mutuo, así como de la infinita variedad de caracteres individuales y específicos que resultan de la vida social. El ostrero es citado por su disposición en atacar las aves de rapiña. La barga es conocida por su vigilancia y se convierte fácilmente en jefe de otros pájaros más plácidos. El rodapiedras es un pájaro casi tímido cuando está rodeado de compañeros pertenecientes a otras especies más enérgicas, pero se encarga de vigilar por la seguridad común cuando está rodeado de pájaros más pequeños. Ahí tenéis a los cisnes dominadores; a las mudas tridáctilas, extremadamente sociables, entre las cuales rarísimas son las disputas, y aun cortas; a los guillemots polares, tan amables, y que se acarician continuamente. Si una oca egoísta ha repudiado los huérfanos de una camarada muerta, a su lado veréis otra hembra que adopta a todos los huérfanos que se presentan, rodeada de cincuenta o sesenta pequeñuelos que conluce y vigila como si todos fuesen de su nidada. Ved a los pingüinos que se roban los huevos unos a otros; a los guignards, cuyas relaciones de familias son tan «amables y conmovedoras», que hasta los cazadores más apasionados se retienen de matar a una hembra rodeada de sus pequeños; o a los eiders, en los cuales (como entre los coroyas de los Savanas) varias hembras empollan juntas en un mismo nido; o a los guillemots polares, que por turno empollan una nidada común. La Naturaleza es la variedad misma, ofreciendo todos los matices posibles de caracteres, desde el más bajo al más elevado, y por esto no puede ser descrita con asertos demasiado generales. Menos aún puede ser juzgada desde el punto de vista del moralista, porque las mismas vistas de éste son un resultado, en gran parte inconsciente, de la observación de la Naturaleza (1).

(1) Véase apéndice III.

Es tan común para la mayor parte de los pájaros reunirse durante la estación de los nidos, que apenas si son necesarios otros ejemplos. Nuestros árboles están coronados de grupos de nidos de cuervos; nuestros setos están llenos de nidos de pájaros más pequeños; nuestras granjas cobijan colonias de golondrinas; nuestras viejas torres son el refugio de centenares de pájaros nocturnos, y páginas enteras podrían consagrarse a las encantadoras descripciones de la paz y de la armonía que reinan en casi todas estas asociaciones. Respecto a la protección que los pájaros más débiles hallan en esta unión, es a todas luces evidente. El doctor Couës, un excelente observador, vió, por ejemplo, pequeñas golondrinas anidando en la inmediata vecindad del halcón de las praderas (*Falco polyargus*). El halcón tenía su nido en lo alto de uno de estos minaretes de arcilla que son tan comunes en los cañones del Colorado, mientras que una colonia de golondrinas cobijábase precisamente debajo. Los pequeños pájaros pacíficos no temían a su rapaz vecino; no le dejaban nunca que se acercara a su colonia. Cuando lo intentaba, rodeábanle inmediatamente y lo arrojaban de modo que tenía que largarse al instante.

La vida en sociedad no cesa cuando termina el período de los nidos; entonces comienza bajo otra forma. Las jóvenes nidadas se reúnen en sociedades, comprendiendo generalmente varias especies. En esta nueva época la vida social se practica sobre todo por sí misma, en parte para la seguridad, pero principalmente por los placeres que procura. Así vemos en nuestros bosques las sociedades formadas por los jóvenes *sitta caesia* unidos a los pinzones, a los reyezuelos, a los trepadores y a algunos picos.

En España se encuentra a la golondrina en compañía de cernícalos, de atrapamoscas y hasta de palomas. En el Far-West americano las jóvenes cogujadas viven en numerosas sociedades con otras alondras (*Sprague's lark*), con gorriónes de las savanas y varias especies de rálidos. Y de hecho, más fácil sería describir las especies que viven aisladas que enumerar únicamente las especies que se reúnen en sociedades otoñales de pája-

ros jóvenes, no con objeto de cazar o de anidar, sino simplemente para gozar de la vida en sociedad y para pasar el tiempo en juegos y distracciones después de consagrar algunas horas a la busca del alimento.

Tenemos, en fin, este otro maravilloso ejemplo de apoyo entre los pájaros: sus emigraciones, tema tan vasto que apenas me atrevo a abordarlo aquí. Bastará decir que pájaros que han vivido durante meses en pequeños grupos diseminados sobre un gran territorio se reúnen a millares, se juntan en un sitio determinado durante varios días seguidos, antes de ponerse en camino, y discuten manifiestamente los detalles del viaje. Algunas especies se libran cada tarde, a vuelos preparatorios de la larga travesía. Todos esperan a los retardados, y, por último, se lanzan en una cierta dirección bien escogida, resultado de experiencias colectivas acumuladas, volando los más robustos a la cabeza de la bandada y relevándose en esta difícil misión. Atraviesan los mares en grandes bandadas comprendiendo pájaros grandes y pequeños, y cuando retornan en la primavera próxima vuelven al mismo sitio, cada uno tomando nuevamente posesión del mismo nido que había construido o reparado el año anterior (1).

Es tan vasto este tema y tan imperfectamente estudiado, ofrece tantos ejemplos sorprendentes de hábitos de apoyo mutuo, consecuencias del hecho principal de la emigración, y cada uno exigiría un estudio tan especial, que debo abstenerme de entrar aquí en más detalles. Recordaré tan sólo de paso las reuniones numerosas y animadas que tienen lugar, siempre en el mismo sitio, antes de la partida para los largos viajes hacia el Norte o hacia el Sur, así como las que se ven en el Norte desde que los pájaros han llegado a sus lugares de nidada, sobre el Yenisei o en los condados del Norte de Inglaterra. Durante varios días seguidos, a veces durante un mes, se reúnen una hora cada mañana, antes de echarse a volar en busca de comida, discutiendo tal vez el sitio donde

(1) Se ha dicho a menudo, que los pájaros grandes transportan a veces sobre sus espaldas a los pequeños cuando atraviesan el Mediterráneo, pero el hecho es dudoso. De otro lado, es cierto que los pequeños se juntan a los más grandes para las emigraciones.

habrán de construir sus nidos. Si durante la emigración una tempestad sorprende sus columnas, los pájaros de las especies más diferentes quedan fuertemente unidos por la desgracia común. Los pájaros que no son propiamente de las especies emigradoras, pero que se trasladan lentamente hacia el Norte o el Sur, según las estaciones, efectúan asimismo estos traslados a bandadas. Bien lejos de emigrar aisladamente, a fin de que cada individuo separado pueda asegurarse las ventajas de un alimento o de un mejor abrigo en una región nueva, se esperan unos a otros y se reúnen en cuadrillas antes de dirigirse hacia el Norte o el Sur, según las estaciones.

*
* *

Respecto a los mamíferos, la primera cosa que llama la atención en esta inmensa división del reino animal es el enorme predominio numérico de las especies sociales sobre las pocas especies carnívoras que no se asocian. Las mesetas, las regiones alpinas y las estepas del nuevo y del antiguo continente están pobladas de rebaños de ciervos, de antílopes, de gacélas, de gamos, de bisontes; de corzos y de carneros salvajes, que todos son animales sociables. Cuando los europeos fueron a establecerse en América hallaron en ella una cantidad tan considerable de bisontes que los hombres se veían detenidos en sus marchas cuando tropezaban con una de estas columnas en emigración. El desfile de sus columnas cerradas duraba a veces dos y tres días. Y cuando los rusos tomaron posesión de la Siberia la hallaron tan abundantemente poblada de corzos, de antílopes, de ardillas y otros animales sociables, que la misma conquista de la Siberia no fué otra cosa que una expedición de caza que duró doscientos años. Las llanuras herbosas del Africa oriental están todavía cubiertas de rebaños de cebras, de bubales y otros antílopes.

No hace mucho tiempo que los pequeños cursos de agua del Norte de América y del Norte de Siberia estaban poblados por las colonias de castores, y hasta en el si-

glo XVII colonias parecidas abundaban en el Norte de Rusia. Las regiones llanas de los cuatro grandes continentes, cubiertas están todavía de innumerables colonias de ratones, de ardillas, de marmotas y otros roedores. En las bajas latitudes del Asia y Africa, los bosques continúan siendo habitación de numerosas familias de elefantes, de rinocerontes y de una profusión de sociedades de monos. En el Norte, los renos se reúnen en innumerables rebaños, y hacia el extremo Norte hallamos rebaños de bueyes almizclados y bandadas de zorros polares. Las costas del Océano están animadas por las bandadas de focas y de morsas, el mismo Océano por multitudes de cetáceos sociables y hasta en el corazón de la gran meseta del Asia central hallamos rebaños de caballos salvajes, de asnos salvajes, de camellos salvajes y de carneros salvajes. Todos estos mamíferos viven en sociedades y en naciones que cuentan a veces centenares de millares de individuos, por más que hoy, tres siglos después de la introducción del fusil, no hallemos más que restos de las inmensas agregaciones de antes. ¡Cuán insignificante en comparación es el número de los carnívoros! Y, por consiguiente, ¡cuán falsa es la opinión de los que hablan del mundo animal, como si en él no debiera verse más que leones y hienas hundiendo sus dientes sangrientos en la carne de sus víctimas! De igual modo podría pretenderse que toda la vida humana no es más que una sucesión de guerras y de asesinatos. La asociación y el apoyo mutuo son la regla en los mamíferos. Encontramos hábitos de sociabilidad hasta en los carnívoros, y únicamente podemos citar la tribu de los felinos (leones, tigres, leopardos, etc.), cuyos miembros prefieren el aislamiento a la sociedad y no se reúnen sino raramente en pequeños grupos. Y, sin embargo, hasta entre los leones «es una costumbre corriente cazar en compañía». Las dos tribus de los gatos de algalia (*vulpírida*) y de las comadreja (*mustelída*) pueden asimismo ser caracterizados por su vida aislada; pero es sabido que en el siglo pasado la comadreja común era más sociable de lo que actualmente es, viéndosela entonces en grupos mucho más importantes en Escocia y en el cantón de Unterwälden,

en Suiza. Referente a la gran tribu canina, es eminentemente sociable, y la asociación para la caza puede ser considerada como un rasgo característico de sus numerosas especies. En efecto, es bien conocido que los lobos se reúnen en grupos para cazar, y Tschudi nos ha descrito a la perfección cómo se forman en semicírculo para rodear a una vaca que padece en la pendiente de una montaña y se lanzan de golpe sobre ella aullando desafortadamente, haciéndola rodar hasta un precipicio. En 1830, Audubon vió también a los lobos del Labrador cazar juntos, y a una de sus bandadas seguir a un hombre hasta su cabaña y matarle los perros. Durante los inviernos rigurosos constituyen un peligro para los hombres, como sucedió en Francia cuarenta y cinco años atrás. En las estepas rusas jamás atacan a los caballos sino en cuadrilla, y, sin embargo, tienen que sostener encarnizados combates, en el curso de los cuales los caballos, (según el testimonio de Kohl) toman a veces la ofensiva; en este caso, si los lobos no se retiran a tiempo, corren el riesgo de verse envueltos por los caballos y matados a coces. Es sabido que los lobos de las praderas (*canis latrans*) se asocian en grupos de veinte a treinta cuando dan caza a un bisonte accidentalmente separado de su rebaño. Los chacales, que son en extremo valientes y pueden ser considerados como uno de los representantes más inteligentes de la tribu de los perros, cazan siempre en grupo: unidos de este modo no temen a los grandes carnívoros. Los perros salvajes del Asia (los *kholzuns* o *dholes*) fueron vistos por Williamson en bandadas numerosas atacando a todos los grandes animales, excepto a los elefantes y a los rinocerontes, y vencer a los tigres y a los osos. Las hienas viven siempre en sociedad y cazan en grupos, y las asociaciones para la caza de los cynhienas pintadas son muy alabadas por Cumming. Los zorros, que habitualmente viven aislados en nuestros países civilizados, se unen a veces para cazar. El gorro polar es —o mejor, era en tiempos de Steller— uno de los animales más sociables, y cuando se lee la descripción que nos dejó Steller de la lucha que se trabó entre la desgraciada

tripulación de Behring y estos inteligentes pequeños animales, uno no sabe de qué maravillarse más: si de la inteligencia extraordinaria de estos zorros y del apoyo mutuo que se prestan desenterrando alimentos ocultos bajo montículos de piedras o puestos en reserva sobre un pilar (un zorro salta para cogerlo y lo arroja a sus compañeros) o de la crueldad del hombre, desesperado por estos saqueadores. También hay algunos osos que viven en sociedad allí donde el hombre no les molesta. Steller ha visto al oso pardo del Kamtchatka en grupos numerosos, y a los osos polares se les ve a veces en pequeños grupos. Los mismos ininteligentes insectívoros no desprecian la asociación.

Sin embargo, principalmente entre los roedores, los ungulados y los rumiantes, es donde hallamos más desarrollado el apoyo mutuo. Las ardillas son muy individualistas. Cada una construye su propio nido a su gusto y recoge sus propias provisiones. Sus inclinaciones las llevan hacia la vida de familia, y Brehm ha observado que una familia de ardillas no es nunca tan feliz como cuando las dos crías del mismo año pueden reunirse con sus padres en un rincón apartado de un bosque. Y no obstante, mantienen relaciones sociales. Los habitantes de los diferentes nidos manteniéndose en estrecha relación, y cuando las piñas se hacen raras en el bosque que habitan, emigran en bandadas. Las ardillas negras del Far-West son eminentemente sociables. Salvo algunas horas del día empleadas en buscar víveres, pasan la vida jugando juntas. Y cuando se han multiplicado demasiado en una región, se reúnen en grupos casi tan numerosos como los de las langostas, y avanzan hacia el Sur, devastando los bosques, los campos y los jardines, mientras que los zorros, los putorius, los halcones y otras aves de rapiña, siguen en pos de sus espesas columnas y se nutren de ardillas aisladas que quedan rezagadas. Los tamias, género muy pariente, son más sociables aún. Atesoran, amasando en sus subterráneos grandes cantidades de raíces comestibles y de nueces, de las que el hombre suele despojarles en el otoño. Según ciertos observadores, conocen algunos de los placeres del avaro. No obstante, permanecen socia-

bles. Viven siempre en grandes poblados; Audubon abrió en invierno habitaciones de hakees y halló varios individuos en el mismo subterráneo, que ciertamente habían provisionado en común.

La gran familia de los marmotas, con sus tres géneros de los *Arctomys*, *Cynomys* y *Spermophilus*, es aún más sociable y más inteligente. Estos animales prefieren asimismo tener su habitación particular, pero viven en grandes poblaciones. Los terribles enemigos de las cosechas de Rusia del Sur, los *sushiks*, de los que algunas decenas de millones el hombre extermina cada año, viven en innumerables colonias, y mientras que las asambleas provinciales rusas discuten gravemente los medios de desembarazarse de estos enemigos de la sociedad, ellos, a millones, gozan de la vida del modo más alegre posible. Sus juegos son tan encantadores que todos los observadores no pueden librarse de pagarles un tributo de elogios y mencionan los conciertos melódicos que forman los silbidos agudos de los machos y los silbidos melancólicos de las hembras; después, volviendo a tomar sus deberes de ciudadanos, estos mismos observadores inventan los medios más diabólicos para exterminar a estos pequeños ladrones. Todas las especies de pájaros rapaces y todas las especies de bestias de presa se han declarado impotentes para su exterminio, y la última palabra de la ciencia en esta lucha es la inoculación del cólera. Los pueblos de los perros de pradera en América forman uno de los espectáculos más sorprendentes. Hasta perderse de vista en la pradera se ven colinas, y sobre cada colina se mantiene un perro, sosteniendo con sus aullidos una conversación animada con sus vecinos. En cuanto se les acerca un hombre se hunden en sus madrigueras y desaparecen como por encanto. Pero cuando el peligro ha pasado, reaparecen en seguida. Familias enteras surgen de sus galerías y se ponen a jugar. Los jóvenes se rascan unos a otros, se burlan y despliegan todas sus gracias, mientras los viejos vigilan. Se visitan unos a otros, y los senderos trillados que unen todas sus colinas son testimonio de la frecuencia de estas visitas. Los mejores naturalistas han consagrado algunas de sus más bellas páginas

a la descripción de las asociaciones de los perros de pradera de América, de las marmotas del antiguo continente y de las marmotas polares de las regiones alpestres. De todos modos he de hacer con respecto a las marmotas las mismas observaciones que hice con respecto a las abejas. Han conservado sus instintos combativos y estos instintos reaparecen cuando están en cautividad. Pero en sus grandes asociaciones, ante la Naturaleza libre, los instintos antisociales no tienen ocasión de desarrollarse y resulta una paz y una armonía generales.

Hasta animales tan belicosos como los ratones, que continuamente se batan en nuestras bodegas, son suficientemente inteligentes para no disputarse cuando saquean nuestras despensas, ayudándose mutuamente en sus expediciones de saqueo y en sus emigraciones. Hasta a sus enfermos alimentan. Las ratas castores o ratas almizcladas del Canadá son en extremo sociables. Audubon admira «sus comunidades pacíficas, que sólo piden las dejen tranquilas para vivir placenteramente». Como todos los animales sociables, son alegres y juguetones, reuniéndose fácilmente a otras especies, y habiendo alcanzado un desarrollo intelectual muy elevado. En sus poblaciones, situadas siempre en los bordes de los lagos y de las rieras, tienen en cuenta el nivel variable del agua; sus cabañas en forma de cúpulas, construidas con arcilla entremezclada de cañahojas, tienen rincones separados para los detritus orgánicos, y sus salas están bien tapiadas en invierno, calientes y bien ventiladas.

Los castores, que como es sabido están dotados de un carácter muy simpático, asombran con sus diques y sus pueblos, en los cuales, generaciones y más generaciones viven y mueren sin conocer otro enemigo que el hombre, demostrando admirablemente lo que puede efectuar el apoyo mutuo para la seguridad de la especie, para el desarrollo de hábitos sociales y para la evolución de la inteligencia. Por esto los castores son tan familiares a todos los que se interesan por la vida animal. Quiero solamente hacer observar que en los castores, las ratas almizcladas y en algunos

otros roedores hallamos ya lo que será asimismo rasgo efectivo de las comunidades humanas: el trabajo en común.

Paso en silencio las dos grandes familias que comprenden el gerbo, la vizcacha, el chinchilla y el lagomis o liebre subterránea de la Rusia meridional, pudiéndose considerar a todos estos pequeños roedores como excelentes ejemplos de los placeres que los animales pueden sacar de la vida social. (En lo que concierne a la vizcacha, es interesante observar que estos pequeños animales tan sociables, no tan sólo viven pacíficamente juntos en cada pueblo suyo, sino que por la noche pueblos enteros se visitan mutuamente. De este modo la sociabilidad se extiende a la especie entera, no únicamente a una sociedad especial o a una nación, como ya hemos visto en las hormigas. Cuando un campesino destruye un terreno de vizcachas y las entierra bajo un montón de tierra, en seguida otras vizcachas, nos dice Hudson, «vienen de lejos para desenterrar a las sepultadas vivas». Este es un hecho bien conocido en la región del Plata, donde lo comprobó el autor.) A sabiendas he nombrado los placeres, pues es en extremo difícil determinar si lo que reúne a los animales es la necesidad de mutua protección o simplemente el placer de sentirse rodeados de congéneres..

En todo caso nuestras liebres, que no viven en sociedad y que ni siquiera están dotadas de vivos sentimientos de familia, no pueden vivir sin reunirse para jugar juntas. Dietrich de Winckell, que es considerado como uno de los autores que mejor conocen las costumbres de las liebres, las describe como apasionados jugadores, excitándose de tal modo en sus juegos, que una vez se vió a una liebre que tomó por compañero a un zorro que se le acercó. El conejo vive en sociedad y su vida de familia es la imagen de la vieja familia patriarcal; los jóvenes obedecen en absoluto al padre y a la madre y hasta al abuelo. Y aquí tenemos un ejemplo de dos especies parientes que no pueden sufrirse, no porque se nutran poco más o menos

del mismo alimento, explicación que a menudo se ha dado a casos semejantes, sino muy probablemente porque la liebre, apasionada y eminentemente individualista, no puede trabar amistad con esta criatura plácida, tranquila y sumisa que se llama conejo. Sus temperamentos son demasiado profundamente diferentes para no ser un obstáculo a su amistad.

La vida en sociedad es asimismo la regla para la gran familia de los caballos, que comprende los caballos y los asnos salvajes de Asia, las cebras, los mustangs, los *cimarrones* de las Pampas y los caballos semisalvajes de Mongolia y de Siberia. Todos viven en numerosas asociaciones compuestas de muchos grupos cada uno constituido por un cierto número de jumentos bajo la vigilancia de un caballo padre. Estos innumerables habitantes del antiguo y del nuevo continente, mal organizados, en suma, para resistir tanto a sus numerosos enemigos como a las condiciones adversas del clima, pronto hubieran desaparecido de la superficie de la tierra sin su espíritu de sociabilidad. Cuando se les acerca una bestia de presa se unen inmediatamente varios grupos y la rechazan, y ni el lobo, ni el oso, ni siquiera el león pueden capturar a un caballo o a una cebra mientras no esté separado del rebaño. Cuando la sequedad quema la hierba en los prados se reúnen en rebaños a veces de diez mil individuos y emigran. Y cuando se desencadena una tempestad de nieve en las estepas, todos los grupos se mantienen apretados unos a otros y se refugian en una barranca abrigada. Pero si la confianza mutua desaparece, o si el rebaño se dispersa sobrecogido por el pánico, los caballos perecen en gran número y a los sobrevivientes se les halla después de la tempestad medio muertos de fatiga. La unión es su principal arma en la lucha por la vida, y el hombre es su principal enemigo. Ante la invasión de éste, los antepasados de nuestro caballo do-

méstico (el *equus przewalskii*, así nombrado por Poliakov) prefirieron retirarse hacia las mesetas más salvajes y menos accesibles de la extremidad del Thibet, donde continúan viviendo rodeados de carnívoros, bajo un clima tan malo como el de las regiones árticas, pero en una región inaccesible al hombre. A propósito de los caballos, haremos observar que la cebra cuagga, que no se reúne jamás con la cebra dow, vive, sin embargo, en excelentes relaciones, no tan sólo con los avestruces, que son muy buenos centinelas, sino con las mismas gacelas, así como con varias especies de antílopes y con los gnus. Tenemos asimismo un caso de antipatía entre el cuagga y el dow, antipatía que no puede explicarse por su competencia por el mismo alimento. El hecho de que el cuagga viva en buenas relaciones con los rumiantes que se nutren de la misma hierba, excluye esta hipótesis, y forzosamente debe ser por una incompatibilidad de carácter, como en el caso de la liebre y del conejo.

Muchos ejemplos curiosos de la vida social podrían sacarse de las costumbres del reno, y particularmente de esta gran división de los rumiantes, que podría comprender a los corzos, el daim leonado, los antílopes, las gacelas, el rezevo y todo el conjunto de las tres numerosas familias de los antelópodos, de los caprinos y de los ovidos. Su vigilancia para impedir el ataque de sus rebaños por los carnívoros; la ansiedad que demuestran todos los individuos de un rebaño de camellos mientras no logran franquear el difícil pasaje de escarpadas rocas; la adopción de los huérfanos; la desesperación de la gacela cuyo macho o un camarada del mismo sexo ha sido muerto; los juegos de los jóvenes, y muchos otros rasgos, pueden ser mencionados. Pero, acaso, el ejemplo más notable de apoyo mutuo se encuentra en las emigraciones de los corzos, tales como las vi una vez sobre el río Amur. Cuando al dirigirme desde la Transbaikalia a Merghen atravesé la alta meseta y la cadena del Gran-Khingan que la bordea, y más lejos, hacia el Este, las altas praderas situadas entre el Nonni y el Amur, observé cuán en pequeño número se hallaban

los corzos en estas regiones deshabitadas. Dos años más tarde remonté el Amur, y a fines de Octubre alcancé la extremidad inferior de esta garganta pintoresca que atraviesa el Amur en el Dousé-alin (Pequeño Khingan), antes de entrar en las tierras bajas, donde se reúne con el río Sungari. Hallé a los cosacos de los pueblos de esta garganta en la mayor de las agitaciones, porque millares y millares de corzos estaban próximos a atravesar el Amur, por donde es más estrecho, a fin de alcanzar las tierras bajas. Durante varios días seguidos, en toda una longitud de unos sesenta kilómetros a lo largo del río, los cosacos hicieron una carnicería de corzos, mientras éstos atravesaban el Amur, que comenzaba a acarrear témpanos en gran número. A millares matábanlos todos los días, y, sin embargo, el éxodo continuaba. Emigraciones semejantes no han sido vistas ni antes ni después, y esto debía ser causado por las nieves precoces y abundantes en el Gran-Khingán, que forzaron a estos animales a tentar un esfuerzo para alcanzar las tierras bajas al Este de las montañas Doussé. En efecto, algunos días más tarde el Doussé se hallaba cubierto por una capa de nieve de dos o tres pies de espesor. Ahora bien; cuando uno se representa el inmenso territorio (casi tan grande como la Gran Bretaña) sobre el cual estaban esparcidos los grupos de corzos que tuvieron que juntarse para una emigración emprendida en circunstancias excepcionales, y nos figuramos cuán difícil sería a estos grupos entenderse para atravesar el Amur en un sitio dado, más al Sur, allí donde se estrecha más, no podemos dejar de admirar el espíritu de solidaridad de estas inteligentes bestias. El hecho no es menos sorprendente si recordamos que los bisontes de la América del Norte mostraban antiguamente las mismas cualidades de unión. Véaseles pacer en gran número en las praderas, pero estas grandes asambleas estaban compuestas de una infinidad de pequeños grupos que nunca se mezclaban. Y, sin embargo, cuando la necesidad se dejaba sentir, todos los grupos, por diseminados que estuviesen sobre un inmenso territorio, se reunían tal como precedentemente

he mencionado, y formaban aquellas inmensas columnas compuestas de centenares de miles de individuos.

Algunas palabras he de decir asimismo de las «familias compuestas» de los elefantes, de su abnegación mutua, del modo experto como colocan a sus centinelas y de los sentimientos de simpatía desarrollados por una vida semejante de estrecho sostén mutuo. Según Samuel W. Baker, los elefantes se reúnen en grupos más numerosos que las «familias compuestas». «Con frecuencia he observado—escribió—en la parte de Ceylán conocida con el nombre de Región del Parque, huellas de elefantes en gran número, procedentes, evidentemente, de rebaños considerables que se habían unido para operar una retirada general de un territorio que consideraban peligroso.» Podría mencionar los sentimientos sociales de los jabalíes salvajes y hallar unas palabras de elogio para sus facultades de asociación en caso de ataque de un rapaz cualquiera (1). El hipopótamo y el rinoceronte podrían asimismo ocupar un lugar en una obra consagrada a la sociabilidad en los animales. Varias páginas conmovedoras podrían describir la abnegación mutua y la sociabilidad de las focas y de las morsas, y en fin, se podría mencionar los sentimientos en un todo excelentes que existen entre los cetáceos sociables. Pero aún es necesario decir unas palabras más de las sociedades de los monos, que poseen un interés tanto mayor cuanto constituyen el rasgo de unión que nos lleva a las sociedades de los hombres primitivos.

Innecesario es decir que estos mamíferos, a los cuales la inteligencia de que se hallan dotados los coloca a la vanguardia del mundo animal y se parecen tanto al hombre por su estructura y su inteligencia, son eminentemente sociables. Ciertamente nos es necesario esperar hallarnos con toda clase de variedades de caracteres y de hábitos en esta gran división del reino animal que comprende centenares de especies. Pero todo considerado, puede decirse que la sociabilidad, la acción en común,

(1) Los puercos atacados por los lobos hacen lo mismo.

la protección mutua y un gran desarrollo de los sentimientos que son un resultado natural de la vida social, caracterizan la mayor parte de las especies de monos: en las más pequeñas como en las más grandes, la sociabilidad es una regla a la que pocas excepciones conocemos. Los monos nocturnos prefieren la vida aislada; los capuchinos (*cebús capucinus*), los monos aulladores viven en pequeñas familias; A. R. Wallace vió siempre solitarios o en pequeños grupos a los orangutanes; los gorilas parece que no se reúnen nunca en bandadas. Pero todas las demás especies de la tribu de monos—los chimpancés, los sajús, los sakis, los mandriles, los babuinos, etc.—son sociables en su más alto grado. Viven en grandes bandadas y hasta se juntan con otras especies diferentes. La mayor parte se vuelven desgraciados cuando están solitarios. Los gritos de angustia de uno atraen inmediatamente a la bandada entera, y rechazan con valentía los ataques de la mayor parte de los carnívoros y de las aves de rapiña. Las mismas águilas no osan atacarles. En bandadas saquean siempre nuestros campos, y los viejos toman a su cuidado la seguridad de la comunidad. Los pequeños titis, cuyas carías dulcemente infantiles llamaron tanto la atención de Humboldt, se abrazan y se protegen unos a otros cuando llueve, arrollando su coia al cuello de los compañeros que tiran de frío. Varias especies demuestran la mayor solicitud para con sus heridos y jamás abandonan a uno de éstos durante una retirada, hasta que se han asegurado de que ha muerto o que se ven impotentes para llamarle a la vida. James Forbes cuenta en sus *Memorias de Oriente* que algunos de estos monos demostraron una tal perseverancia en reclamar a sus compañeros de caza el cadáver de una hembra, que se comprende perfectamente por qué «los testimonios de esta escena extraordinaria resolvieron no disparar jamás sobre ninguna especie de monos». En ciertas especies se ve a varios individuos unirse para remover las piedras y buscar los huevos de hormigas que pueden hallarse debajo. Los amadryas colocan centinelas y se les ha visto formar la cadena para transportar el botín a

lugar seguro. Su valor es bien conocido. La descripción que Breh hace de la batalla cerrada que su caravana tuvo que sostener contra los amadryas para poder continuar su camino en el valle del Mansa, en Abisinia, se ha hecho clásica. El jugueteo de los monos de cola larga y la abnegación mutua que reina en las familias de chimpancés, son conocidos de la mayor parte de nuestros lectores. Y si entre los monos más elevados hallamos dos especies, el orangután y el gorila, que no son sociables, debemos acordarnos de que las dos, limitadas por otra parte en pequeños espacios, una en el corazón del Africa y la otra en las dos islas de Borneo y de Sumatra, son, según toda apariencia, los últimos vestigios de dos especies antiguamente mucho más numerosas. El gorila, por lo menos, parece haber sido sociable en tiempos muy lejanos, si los monos mencionados en el *Périplo* eran realmente gorilas.

*
* *

Así vemos, hasta por este breve examen, que la vida en sociedad no es la excepción en el mundo animal. Es la regla, la ley de la Naturaleza, y ésta alcanza su desarrollo más completo en los vertebrados más elevados. Las especies que viven solitarias, o solamente en pequeñas familias, son relativamente muy poco numerosas y sus representantes rarísimos. Más aún: parece muy probable que, a parte algunas excepciones, los pájaros y los mamíferos que actualmente no se reúnen en tropel vivían en sociedades antes de que el hombre invadiera el globo terrestre, antes de la guerra permanente que emprendió contra ellos y de la destrucción de sus primitivas fuentes de alimentación. «Nadie se asocia para morir», fué la profunda observación que hizo Espinas, y Houzéau, que conocía la fauna de ciertas partes de la América cuando este país no había sido aún modificado por el hombre, escribió en el mismo sentido.

La asociación se encuentra en el mundo animal en todos los grados de la evolución, y siguiendo la gran idea

de H. Spencer, tan brillantemente desarrollada en las *Colonias animales*, de Perier, se halla en el mismo origen de la evolución en el reino animal. Pero a medida que se efectúa la evolución progresiva, vemos que la asociación se hace cada vez más consciente. Pierde simplemente su carácter físico, cesa de ser únicamente instintiva, y se hace razonada. En los vertebrados superiores es periódica, o bien los animales recurren a ella para la satisfacción de una necesidad especial: la propagación de la especie, las emigraciones, la caza o la defensa mutua. Hasta se produce accidentalmente cuando los pájaros, por ejemplo, se asocian contra un rapaz, o cuando los mamíferos se unen bajo la presión de circunstancias excepcionales para emigrar. En este caso es una verdadera derogación voluntaria de las costumbres habituales. La unión aparece a veces en dos o varios grados, primero la familia, después el grupo, por último la asociación de grupos, habitualmente diseminados, pero uniéndose en caso de necesidad, como lo hemos visto en los bisontes y en otros rumiantes. La asociación puede asimismo tomar una forma más elevada, asegurando más independencia al individuo sin privarle de las ventajas de la vida social. En la mayor parte de los roedores el individuo tiene su habitación particular, en la cual puede retirarse cuando prefiere estar solo; pero estas habitaciones están dispuestas en pueblos y en ciudades de modo que aseguran a todos los habitantes las ventajas y los placeres de la vida social. En fin, en varias especies, como en las ratas, las marmotas, las liebres, etc., la vida social está mantenida a pesar del carácter quisquilloso y de otras inclinaciones egoistas del individuo aislado. Así la asociación no es impuesta, como en el caso de las hormigas y de las abejas, por la estructura fisiológica de los individuos; se cultiva por los beneficios del apoyo mutuo, por los placeres que proporciona. Esto, naturalmente, se muestra en todos los grados posibles y con la mayor variedad de caracteres individuales y específicos, y la misma variedad de los aspectos que toma la vida social es una consecuencia, y, para nosotros, una prueba más en favor de su generalidad.

La sociabilidad—es decir, la necesidad del animal de asociarse a su semejante—, el amor a la sociedad misma y por el «placer de vivir», son hechos que principian a recibir por parte de los zoólogos la atención que merecen. Al presente sabemos que todos los animales desde las hormigas hasta los pájaros y los mamíferos más elevados, gustan de jugar, luchar, correr uno en pos de otro, intentan atraparse, burlarse, etc... Y mientras que muchos juegos son, por decirlo así, una escuela en que los jóvenes aprenden el modo de conducirse en la vida, otros, además de sus objetivos utilitarios, son, como las danzas y los cantos, simples manifestaciones de un exceso de fuerzas. Es el «placer de vivir», el deseo de comunicarse de uno u otro modo con otros individuos de la misma especie y hasta de otra especie; son las manifestaciones de la sociabilidad, en el sentido propio de la palabra, rasgo distintivo de todo el reino animal. No tan sólo numerosas especies de pájaros tienen la costumbre de reunirse (a menudo en un sitio fijo) para divertirse y danzar, sino que según las observaciones de W. H. Hudson, todos los mamíferos y los pájaros («probablemente no hay excepción») se entregan frecuentemente a series de recreos, cantos, danzas y ejercicios más o menos organizados y acompañados de ruidos y de cantos.

Que el sentimiento proceda del temor de que se acerca un ave de rapiña o de un «acceso de placer» que estalla cuando los animales se hallan en buena salud, y particularmente cuando son jóvenes, o que sea simplemente la necesidad de dar libre curso a un exceso de impresiones y de fuerza vital, la necesidad de comunicar sus impresiones, de jugar, de charlar o de sentir la proximidad de otros seres semejantes, se deja sentir en toda la Naturaleza, y es, tanto como cualquier otra función fisiológica, un rasgo distintivo de la vida y de la facultad de recibir impresiones. Esta necesidad alcanza su más alto desarrollo y una más bella expresión en los mamíferos, particularmente entre los jóvenes, y sobre todo en los pájaros; pero se hace sentir en toda la Naturaleza y ha sido netamente observada por los mejores natura-

listas, incluso Pedro Huber, hasta en las hormigas. Es el mismo instinto que impulsa a las mariposas a formar estas inmensas columnas de que hemos hablado.

La costumbre de reunirse para danzar y de decorar los lugares donde los pájaros ejecutan sus danzas, es bien conocida por las páginas que Darwin escribió sobre este tema en *The Descent of Man* (cap. XIII). Los visitantes del jardín zoológico de Londres conocen asimismo la «cuna» del *philonorhynchus holosericeus* de Australia. Pero esta costumbre de danzar parece mucho más extendida de lo que antes se creía, y N. H. Hudson hace en su libro admirable sobre El Plata una descripción de gran interés (es necesario leerla en el original) de las complicadas danzas ejecutadas por un gran número de pájaros: rálidos, jacanas, avefrías, etc.

La costumbre de cantar a coro, que existe en varias especies de pájaros, pertenece a la misma categoría de instintos sociales. Este hábito está desarrollado del modo más sorprendente en el chakar (*chacama chavarria*), que los ingleses malamente apodaron «abubilla chillona». Estos pájaros se juntan a veces en inmensas bandadas, y entonces cantan frecuentemente todos a coro. W. H. Hudson los encontró una vez en bandadas innumerables, situados alrededor de un lago de las Pampas, por grupos bien definidos de unos quinientos pájaros cada uno.

«Pronto—escribió—un grupo a mi cercano comenzó a cantar y sostuvo su canto poderoso durante tres o cuatro minutos: cuando cesó, el grupo siguiente reanudó el mismo canto, y después el siguiente grupo, y así sucesivamente, hasta que las notas de los grupos situados sobre la otra orilla llegaron una vez más a mi oído claras y poderosas, flotando en el aire por encima del lago, desvaneciéndose después gradualmente, cada vez más débiles, hasta que de nuevo el sonido se acercaba a mí, reanudándose a mi lado.»

En otra ocasión, el mismo escritor vió una llanura entera cubierta de una bandada innumerable de chaunas, no en orden cerrado, sino diseminadas a pares y en grupos pequeños. Hacia las nueve de la noche, «de repente la multitud de pájaros que cubrían la marisma en una

extensión de varias millas, entonaron ruidosamente un extraordinario canto de la noche... Era un concierto que bien hubiera valido una cabalgada de un centenar de millas para oírlos» (1). Agreguemos que, como todos los animales sociables, el chauna se domestica fácilmente y se hace muy amigo del hombre. «Son pájaros muy dulces y que se querellan poquisimo», nos dicen, aunque formidablemente armados. La vida en sociedad hace inútiles sus armas.

*
* *

Los ejemplos citados nos demuestran que la vida en sociedad es el arma más poderosa en la lucha por la vida, tomada en el sentido amplio del término, y fácilmente podrían aportarse más ejemplos si fuese necesario insistir. La vida en sociedad hace que los insectos más débiles, los pájaros más débiles y los más débiles mamíferos, se vuelvan capaces de luchar y de protegerse contra los más terribles carnívoros y aves de rapiña; favorece la longevidad, capacita a las diferentes especies para criar a sus pequeños con un minimum de pérdida de energía. La asociación permite que subsistan ciertas especies, a pesar de su escasa natalidad. Gracias a la asociación, los animales que viven en grupos pueden emigrar para ir en busca de nuevas moradas. Así, pues, aún admitiendo plenamente que la fuerza, la rapidez, los colores protectores, la astucia, la resistencia al hambre y a la sed, mencionados por Darwin y Wallace, sean otras tantas cualidades que aventajan al individuo o a la especie de ciertas circunstancias, nosotros afirmamos que la sociabilidad representa una gran ventaja en todas las circunstancias de la lucha por la vida. Las especies que voluntariamente o no, abandonan este instinto de asociación, están condenadas a desaparecer, mientras que los animales que mejor saben unirse tienen mayores probabilidades de sobrevivir y de evolucionar más completamente, aunque

(1) Para los coros de monos, véase Brehm.

sean inferiores a otros animales en *cada una* de las facultades enumeradas por Darwin y Wallace, salvo la inteligencia. Los vertebrados más elevados, y particularmente los hombres, son la mejor prueba de esta aserción. Respecto a la inteligencia, si todos los darwinistas están de acuerdo con Darwin, pensando que la inteligencia es el arma más poderosa de la lucha por la vida y el factor más poderoso de evolución progresiva, admitirán asimismo que la inteligencia es una facultad eminentemente social. El lenguaje, la imitación y la experiencia acumulada, son otros tantos elementos de progreso intelectual de que está privado el animal que no es sociable. Así, hallamos a la cabeza de las diferentes clases de animales a las hormigas, a los papagayos, a los monos, que todos unen una gran sociabilidad a un mayor desarrollo de la inteligencia.

Es además evidente que la vida en sociedad sería completamente imposible sin un desarrollo correspondiente de los sentimientos sociales, y particularmente de un cierto sentido de justicia colectiva, tendiendo a convertirse en costumbre. Si cada individuo abusase constantemente de sus ventajas personales, sin que los demás intervinieran en favor del lesionado, ninguna vida social sería posible. Sentimientos de justicia se desarrollan de este modo, más o menos, en todos los animales que viven en grupos. Sea cual fuere la distancia de donde vengan las golondrinas y las grullas, cada una retorna al nido que construyó o reparó el año precedente. Si un gorrion perezoso quiere apropiarse el nido que un compañero está construyendo, o si quiere arrebatarse algunas briznas de paja, interviene el grupo de gorriones contra el perezoso, y es evidente que si esta intervención no fuese la regla, jamás los pájaros podrían, como hacen en realidad, asociarse para anidar. Grupos distintos de pingüinos tienen cada uno lugares distintos para descansar o para pescar y no se los disputan. Los rebaños de ganado de Australia tienen sitios determinados que cada grupo conserva para su descanso y de los que no se apartan nunca. Y así por el estilo.

Existe un gran número de observaciones referentes

a la paz que reina en las asociaciones de nidos de los pájaros, en los pueblos de los roedores y en los rebaños de herbívoros; de otra parte, conocemos muy pocos animales sociables que se querellen continuamente como hacen las ratas de nuestras bodegas, o las morsas que se batan por la posesión de un sitio al sol sobre la costa. La sociabilidad pone de este modo un límite a la lucha física y deja lugar para el desarrollo de mejores sentimientos sociables. El gran desarrollo del amor maternal en todas las clases de animales, hasta en los leones y los tigres, es bien conocido. Tocante a los pájaros jóvenes y a los mamíferos que constantemente vemos asociarse, la simpatía—y no el amor—alcanza en sus asociaciones mayor desarrollo aún. Dejando de lado los hechos verdaderamente conmovedores de abnegación mutua y de compasión que se cuentan de los animales domésticos y de los animales cautivos, poseemos un gran número de ejemplos verídicos de compasión entre los animales salvajes en libertad. Max Perty y L. Büchner han dado un gran número de hechos de este orden. Por no citar más que unos cuantos ejemplos: Un tejón herido fué transportado por otro que llegó de improviso. Se ha visto a ratas alimentar a otras ciegas. El propio Brehm vió a dos cornejas que alimentaban a una tercera herida, en un hueco de un árbol; la herida era vieja de algunas semanas. Blyth ha visto cornejas de la India alimentar a dos o tres compañeras ciegas, etc. El relato de J. C. Wood, a propósito de una comadreja que fué a recoger y se llevó a una compañera herida, goza de una popularidad bien merecida. Lo mismo ocurre con la observación del capitán Stansbury durante su viaje hacia Utah (observación citada por Darwin); vió a un pelicano ciego alimentado, y bien alimentado, por otros pelicanos que le llevaban pescados desde una distancia de cuarenta y cinco kilómetros. Más de una vez, en sus viajes por Bolivia y el Perú, vió H. A. Wedell que cuando un rebaño de vicuñas veíase perseguido por los cazadores, los machos más fuertes permanecían a retaguardia protegiendo la

retirada del rebaño. Respecto a los hechos de compasión para con sus compañeros heridos, los zoólogos exploradores los citan continuamente. Hechos semejantes son del todo naturales. La compasión es un resultado necesario de la vida social. Pero la compasión prueba asimismo un grado muy elevado de inteligencia natural y de sensibilidad. Es el primer paso hacia el desarrollo de sentimientos morales más elevados. Es también un poderoso factor de evolución ulterior.

*
* * *

Si los datos desarrollados en las precedentes páginas son exactos, se plantea necesariamente la siguiente pregunta: ¿hasta qué punto estos hechos son compatibles con la teoría de la lucha por la vida, tal como la expusieron Darwin y Wallace y sus discípulos? Quiere responder brevemente a tan importante cuestión. En primer lugar, no hay naturalista que pueda dudar que la idea de una lucha por la vida, extendida a toda la naturaleza orgánica, no sea la generalización más grande de nuestro siglo. La vida es una lucha, y en esta lucha el más apto es el que sobrevive. Pero las respuestas a estas preguntas: ¿con qué armas esta lucha se sostiene mejor? ¿quiénes son los más aptos para esta lucha? difieren grandemente según la importancia que se dé a los dos aspectos diferentes de la lucha: el uno directo, la lucha por el alimento y la seguridad de los individuos separados, y el otro la lucha que Darwin describió como «metafórica», lucha muy a menudo colectiva, contra las circunstancias adversas. Nadie puede negar que haya, en el seno de cada especie, una cierta lucha real por el alimento, por lo menos en ciertos períodos. Pero la cuestión estriba en saber si la lucha tiene las proporciones admitidas por Darwin y por el mismo Wallace, y si esta lucha ha desempeñado en la evolución del reino animal el papel que se le designa.

La teoría darwiniana está erigida sobre la presunta competencia que en el seno de cada grupo animal se

efectúa por el alimento, la seguridad del individuo y la posibilidad de dejar una progenitura. El gran naturalista habla a menudo de regiones que están tan pobladas de vida animal que ya no pueden contener más, y de esta surpoblación saca en conclusión la necesidad de la lucha. Pero cuando buscamos en su obra pruebas reales de esta lucha, es necesario confesar que no las hallamos tales que puedan convencernos. Si nos referimos a su parágrafo titulado: «la lucha por la vida es tanto más ruda cuanto que tiene lugar entre individuos y variedades de la misma especie», no encontramos en él esta abundancia de pruebas y de ejemplos que tenemos costumbre de hallar en los escritos de Darwin. La lucha entre individuos de la misma especie no está confirmada en este parágrafo por ningún ejemplo: está admitido como un axioma, y la lucha entre especies estrechamente emparentadas no está demostrada más que por cinco ejemplos, de los que uno al menos (concerniente a dos especies de torlos) parece actualmente dudoso. Se dice que una especie de golondrinas ha causado el decrecimiento de otra especie de golondrinas de la América del Norte; el reciente aumento de los grandes torlos (misselthrush) en Escocia ha causado la disminución del tordo cantor (song-thrush); la rata gris ha tomado el lugar de la rata negra en Europa; en Rusia, el pequeño gazmoño ha arrojado de todas partes a su gran congénere, y en Australia, la abeja enjambredora, que fué importada, extermina rápidamente a la pequeña abeja sin aguijón. Otros dos casos, pero que se refieren a animales domésticos, se citan en el párrafo siguiente. Pero A. R. Wallace, que recuerda los mismos hechos, observa en una nota sobre los torlos de Escocia: «Sin embargo, el profesor A. Newton me informa que estas especies no se perjudican de ese modo que se cuenta.» (*Darwinism*, página 34.) Respecto a la rata gris se sabe que a consecuencia de sus costumbres de anfibia, permanece habitualmente en las partes bajas de nuestras habitaciones (bodegas profundas, albañales, etcétera), así como en las orillas de los canales y rieras, emprendiendo asimismo lejanas emigraciones en masas innumera-

bles. La rata negra, al contrario, prefiere permanecer en nuestras mismas casas, en los establos y en las granjas. Así está más expuesta a que el hombre la extermine, y por esto no se tiene derecho a afirmar que la rata negra es exterminada por la gris y no por el hombre. Pero cuando buscamos más detalles para determinar hasta qué grado el decrecimiento de una especie ha sido verdaderamente producido por el crecimiento de otra, Darwin, con su acostumbrada buena fe, nos dice:

«Podemos entretener vagamente por qué la competencia debe ser más implacable entre especies emparentadas que ocupan más o menos la misma área en la Naturaleza; pero, probablemente, en ninguna ocasión podemos decir con certeza por qué una especie triunfa mejor que otra en la gran batalla de la vida.»

Respecto a Wallace, que cita los mismos hechos bajo un título ligeramente modificado, «la lucha por la vida entre animales y plantas estrechamente emparentadas es a menudo de las más rigurosas», hace la siguiente observación (lo subrayado lo es por mí), que da aspecto diferente a los hechos arriba citados:

«En ciertos casos, sin duda, hay guerra verdadera entre dos especies, la más fuerte matando a la más débil; pero esto no es de ningún modo necesario, y puede haber casos en que la especie más débil físicamente triunfe por su poder de multiplicación más rápido, su mayor resistencia a las vicisitudes del clima, o su mayor habilidad para escapar a los enemigos comunes.»

En tales casos, lo que se llama competencia puede dejar de ser una real competencia. Sucumbe una especie, no porque se vea exterminada o reducida al hambre por otra especie, sino porque no se adapta bien a nuevas condiciones, mientras que la otra sabe adaptarse perfectamente. Aquí también la expresión «lucha por la vida» se emplea en sentido metafórico y no puede emplearse en otro. Respecto a una real competencia entre individuos de la misma especie, de que se ha dado un ejemplo en otro párrafo concerniente al ganado de la América del Sur durante un período de sequía, el valor de este ejemplo está aminorado por el hecho de que se

trata de animales domésticos. En circunstancias parecidas, los bisontes emigran a fin de evitar la lucha. Por dura que sea la lucha entre las plantas—y esto está abundantemente probado—no podemos hacer más que repetir la nota de Wallace, el cual hace observar que las plantas viven donde pueden», mientras que los animales tienen ampliamente la posibilidad de escoger su residencia. Por esto nos preguntamos nuevamente: ¿hasta qué punto la competencia existe realmente en cada especie animal? ¿Sobre qué se basa esta presunción?

Precisa hacer la misma observación al referirse al argumento indirecto en favor de una implacable competencia y de una lucha por la vida en el seno de cada especie; argumento sacado de «el exterminio de las variedades de transición», tan a menudo mencionado por Darwin. Es sabido que durante mucho tiempo Darwin se vió atormentado por la dificultad que veía en la ausencia de una cadena continua de formas intermediarias entre las especies vecinas, y que halló la solución de esta dificultad en el supremo exterminio de las formas intermedias. Sin embargo, una atenta lectura de los diferentes capítulos en los cuales Darwin y Wallace hablan de este asunto, nos lleva prontamente a la conclusión de que no hay que entender este «exterminio» en el sentido propio de esta palabra; la observación que hizo Darwin referente a la expresión «lucha por la existencia», ha de aplicarse asimismo a la palabra «exterminio». No puede tomarse en el sentido literal, ha de ser comprendida «en sentido metafórico».

Si partimos de la suposición de que un determinado espacio está poblado de animales en tan gran número que no puede contener más y que, por consiguiente, se produce una real competencia por los medios de existencia entre todos los habitantes—cada animal obligado a combatir contra todos sus congéneres a fin de poder obtener su comida diaria,—entonces ciertamente la aparición de una nueva variedad triunfante significaría en muchos casos (aunque no siempre) la aparición de individuos capaces de apropiarse más que su parte de los medios de existencia, y el resultado sería que estos individuos triunfarían

por el hambre, a la vez que de la variedad ancestral que no posee las nuevas modificaciones, de las variedades intermedias que tampoco las poseen en el mismo grado. Es posible que Darwin se haya representado al principio de este modo la aparición de nuevas variedades; por lo menos el frecuente empleo de la palabra «exterminio» causa esta impresión. Pero Darwin y Wallace conocen demasiado bien la Naturaleza para no darse cuenta de que esta marcha de las cosas no es la única posible y de que de ningún modo es necesaria.

Si las condiciones físicas y biológicas de una dada región, la extensión del área ocupada por una especie y las costumbres de todos los miembros de esta especie permanecieran invariables, en estas condiciones la aparición repentina de una nueva variedad podría significar, en efecto, el aniquilamiento por hambre y el exterminio de todos los individuos no dotados en grado suficiente de las nuevas cualidades características de la nueva variedad. Pero un tal concurso de circunstancias es precisamente lo que no se ve en la Naturaleza. Cada especie, fiende continuamente a ensanchar su territorio; las emigraciones hacia nuevos dominios son la regla, tanto en el lento «colimazón» como en el rápido pájaro; las condiciones físicas se transforman incesantemente en cada región, y las nuevas variedades de animales se forman en un gran número de casos—tal vez en la mayoría—no por el desarrollo de nuevas armas capaces de arrebatar el alimento a sus congéneres—el alimento no es más que una de las centenares de condiciones variadas necesarias a la vida,—sino como el mismo Wallace, demuestra en un hermoso párrafo sobre la «divergencia de los caracteres» (*Darwinism*, página 107), estas diferentes variedades se forman por la adopción de nuevas costumbres, por el cambio de habitación y por el acostumbrarse a nuevos alimentos. En tales casos no habrá exterminio, ni siquiera competencia, puesto que la nueva adaptación *disminuye la competencia en el caso de que haya existido*. Sin embargo, después de un cierto tiempo habrá ausencia de formas intermedias, simplemente a consecuencia de la supervivencia de los mejor

dotados por las nuevas condiciones, y esto con tanta seguridad como en la hipótesis del exterminio de la forma ancestral. Apenas es necesario añadir que si admitimos con Spencer, con todos los lamarckianos y con el mismo Darwin, la influencia modificadora de los medios sobre las especies, menos necesario nos será aún admitir el exterminio de las formas intermedias.

La importancia de las emigraciones y del aislamiento de grupos de animales, que es su consecuencia, para la evolución de nuevas variedades y luego de nuevas especies, fué indicada por Moritz Wagner y reconocida plenamente por el mismo Darwin. Las investigaciones sucesivamente efectuadas no han hecho más que acentuar la importancia de este factor; han demostrado cómo una gran extensión del área ocupada por una especie—extensión que Darwin consideraba con razón como una condición importante para la aparición de nuevas variedades—puede combinarse con el aislamiento de ciertos grupos de la especie considerada, resultando de cambios geológicos locales o de obstáculos topográficos. Es imposible entrar aquí en la discusión de esta importante cuestión, pero algunas advertencias podrán explicar la acción combinada de estas diferentes causas. Es sabido que grupos de una cierta especie de animales se acostumbra a menudo a una nueva clase de alimentos. Las ardillas, por ejemplo, cuando hay carestía de piñas en los bosques se trasladan a los bosques de abetos, y estos cambios de alimento ejercen sobre ellas ciertos efectos fisiológicos bien conocidos. Si el cambio no dura, si la abundancia renace al año siguiente, es evidente que no se producirá ninguna nueva variedad. Pero si una parte del gran espacio ocupado por las ardillas sufre un cambio de condiciones físicas, si el clima, por ejemplo, se vuelve más dulce o si hay sequedad local (dos causas que producirían un aumento de los bosques de abetos) y si otra causa cualquiera empuja a las ardillas hasta el límite de la región desecada, entonces tendremos una nueva variedad, es decir, una especie nueva que comienza, sin que haya pasado nada que merezca el nombre de exterminio entre las ardillas. Una proporción cada

vez mayor de las arpillas de la nueva variedad, mejor adaptadas a las circunstancias, supervivirá cada año, y los eslabones intermedios desaparecerán en el curso del tiempo, sin haber sido reducidos por hambre por los rivales malthusianos. Precisamente esto es lo que vemos producirse después de los grandes cambios que se efectúan en los vastos espacios del Asia central y que resultan del desecamiento progresivo en estas regiones desde el período glacial.

Tomemos otro ejemplo. Ciertos geólogos han demostrado que el actual caballo salvaje (*equus przewalski*) es el producto de una lenta evolución que se ha efectuado durante las épocas pliocena y cuaternaria, pero que durante esta sucesión de tiempo los antepasados del caballo no estuvieron confinados en un espacio limitado del globo. Hicieron, al contrario, varias largas emigraciones en el viejo y nuevo mundo, retornando, según toda probabilidad, después de un cierto tiempo, a los pastos que precedentemente habían abandonado. Por consiguiente, si actualmente no encontramos en Asia los eslabones intermedios entre el caballo salvaje actual y sus antepasados asiáticos del final de la época terciaria, esto no quiere decir de ningún modo que estos eslabones hayan sido exterminados. Jamás se ha producido un exterminio de este género. Tal vez ni siquiera hubo mortalidad excepcional entre las especies ancestrales: los individuos pertenecientes a las especies y variedades intermedias han muerto de un modo muy ordinario, a menudo en medio de pastos abundantes, y sus restos han quedado sepultados en el mundo entero.

En una palabra, si examinamos cuidadosamente este tema y si volvemos a leer atentamente lo que el mismo Darwin escribió, vemos que si queremos emplear la palabra «exterminio» al hablar de las variedades de transición, es necesario tomarla en su sentido metafórico. Respecto a la «competencia», también este término lo emplea continuamente Darwin (vea, por ejemplo, el párrafo «sobre la extinción») en un sentido imaginado, como un modo de hablar, mejor que con la intención de dar la idea de una real lucha entre dos grupos de la

misma especie por los medios de existencia. Sea lo que fuere, la ausencia de formas intermedias no es un argumento que pruebe esta competencia.

En realidad, el principal argumento a favor de una ruda competencia por los medios de existencia desarrollándose incesantemente en el seno de cada especie animal es, sirviéndome de la expresión del profesor Geddes, «el argumento aritmético» tomado de Malthus. Pero este argumento no es en un todo probatorio. Podríamos presentar un cierto número de pueblos en la Rusia del Suroeste, cuyos habitantes gozan de una real abundancia de alimento, pero que no tienen ninguna organización sanitaria, y viendo que durante los últimos ochenta años, a pesar de una natalidad de un sesenta por mil, la población ha permanecido estacionada en lo que era ochenta años atrás, podríamos sacar en conclusión que hubo una terrible competencia por la vida entre los habitantes. Y no es así. La verdad es que de año en año la población queda estacionaria por la simple razón de que un tercio de los recién nacidos mueren antes de seis meses, una mitad en los cuatro años siguientes, y de cada cien niños únicamente diecisiete o dieciocho llegan a la edad de veinte años. Los recién nacidos se marchaban antes de haber alcanzado la edad en que hubieran podido convertirse en competidores. Es evidente que si este es el curso de las cosas en los hombres, peor debe ser aún en los animales. En el mundo de los pájaros la destrucción de los huevos se efectúa en proporciones terribles, hasta el punto que los huevos son el principal alimento de varias especies a principios del verano. ¿Y qué diremos de los vendavales, de las inundaciones que destruyen los nidos a millones en América y en Asia, o de los repentinos cambios de temperatura que matan a los mamíferos jóvenes en masa? Cada huracán, cada inundación, cada visita de rata a un nido de pájaro, cada cambio súbito de temperatura es mucho más mortífero que estos competidores que en teoría parecen tan terribles.

Referente a los hechos de multiplicación extremadamente rápida de caballos y ganados en América, de cerdos y de conejos en Nueva Zelanda y de animales salvajes

importados de Europa (donde su acrecentamiento está limitado por el hombre, no por la competencia), hechos que se citan para demostrar la surpoblación, mejor nos parecen opuestos a esta teoría. Si los caballos y los ganados han podido multiplicarse tan rápidamente en América, ello prueba, simplemente, que a pesar del gran número de bisontes y de otros rumiantes que antes había en el Nuevo Mundo, la población herbívora estaba aún por debajo de la que las praderas habrían podido mantener. Si millones de recién llegados han hallado un alimento abundante, sin por esto suprimirlo a los primitivos habitantes de las praderas, debemos mejor sacar en conclusión que los europeos hallaron los herbívoros en pequeña cantidad y no en demasiado gran número. Y tenemos bonísimas razones para creer que la falta de población animal es el estado natural de cosas para el mundo entero, con muy pocas excepciones temporales a esta regla. En efecto, el número de los animales en una región cualquiera está determinado no por la mayor cantidad de alimento que esta región pueda suministrar, sino al contrario, por el producto de los años más malos. Por esta sola razón, la competencia no puede ser una condición normal; pero aún intervienen otras causas para hacer bajar aún más la población animal por debajo de este mismo nivel. Si tomamos los caballos y los ganados que pacen en invierno en las estepas de la Transbaikalia, los hallamos muy flacos y extenuados al final del invierno. Sin embargo, están extenuados, no porque no hay bastante alimento para todos—la hierba sepultada bajo una débil capa de nieve abunda en todas partes—, sino a causa de la dificultad de poder cogerlo de bajo la nieve, y esta dificultad es la misma para todos los caballos. Además, los días de escarcha son frecuentes al principio de la primavera, y si sobreviene una serie de días parecidos, los caballos se debilitan aún más. Después se suceden las tempestades de nieve que obligan a los caballos a ayunar durante muchos días, y mueren en gran número. Tan enormes son las pérdidas durante la primavera, que si la estación ha sido un poco más ruda que de ordinario, estas pérdidas no llegan a cubrirse con los nacimien-

tos, tanto más cuanto que *todos* los caballos están extenuados y que los potros nacen débiles. De este modo el número de los caballos y de los ganados permanece siempre por debajo de lo que podría ser si estuviese determinado por la cantidad de alimento. Todo el año hay alimento para cinco o diez veces más de animales, y no obstante su número crece de modo muy lento. Pero por poco que el propietario del ganado haga en la estepa una provisión de heno, por mínima que sea y la suministre a los animalés durante los días de escarcha o de nieve demasiado abundante, en seguida comprueba que hay un aumento en sus rebaños. Casi todos los herbívoros en estado libre y muchos roedores de Asia y de América se hallan en condiciones parecidas, y podemos decir con certeza que su número no está limitado por la competencia, que en ninguna época del año tienen que luchar unos contra otros por el alimento, y que si quedan bien distantes de una surpoblación, es el clima y no la competencia la causa de esto.

Nos parece que nunca se ha tomado en consideración suficiente la importancia de los obstáculos naturales a la surpoblación y el modo con que estos obstáculos debilitan la hipótesis de la competencia vital. Los obstáculos, o mejor, algunos de ellos, quedan mencionados, pero su acción raramente se estudia en detalle. Sin embargo, si consideramos los efectos de la competencia y los efectos de las reducciones naturales, tenemos que reconocer en seguida que estos últimos son mucho más importantes. Bates menciona el número verdaderamente espantoso de hormigas aladas que quedan destruidas durante su éxodo. Los cuerpos muertos o moribundos de las «hormigas de fuego» (*myrmica savissima*) que una tempestad arrojó a un torrente, «estaban amontonados en una línea de una pulgada o dos de altura y de anchura, línea que continuaba sin interrupción sobre varios kilómetros a lo largo del ribazo». Miriadas de hormigas quedan así destruidas en medio de una naturaleza rica, que podría alimentar cien veces más de las que actualmente existen. El doctor Altum, un forestal alemán, que ha escrito un libro muy interesante sobre los animales que perjudican nuestros

bosques, relata asimismo muchos hechos demostrativos de la inmensa importancia de los obstáculos naturales. Dice que una continuación de tempestades o de tiempos tríos y húmedos durante el éxodo de las *bombix pini*, las destruye en cantidades increíbles, y en la primavera de 1871 todas desaparecieron de repente, probablemente muertas a consecuencia de una serie de noches frías. Buen número de ejemplos semejantes, relativos a los insectos, podrían mencionarse. El doctor Altum cita también los pájaros enemigos del bombyx del pino y la inmensa cantidad de huevos de esta mariposa destruílos por los zorros; pero agrega que los hongos parásitos que la infectan periódicamente son enemigos mucho más temibles que cualquier pájaro, porque destruyen los bombyx en grandes espacios a la vez. Respecto de ciertas especies de ratones (*mus sylvaticus*, *arvicola arvalis* y *A. agrestis*), el mismo autor da una larga lista de sus enemigos, pero añade esta observación: «De todos modos, los enemigos más terribles de estos ratones no son otros animales, sino los bruscos cambios de tiempo que suelen producirse todos los años.» Las alterativas de heladas y temperatura calurosa los destruyen en cantidades innumerables; «un solo cambio de temperatura pueda reducir millares de ratones a algunos individuos». De otro lado, un invierno caluroso o un invierno gradual los multiplica en proporciones amenazadoras a despecho de todo enemigo; tal fué el caso en 1876 y en 1877; por esto la competencia, en el caso de los ratones, parece factor de muy poca importancia en comparación de la temperatura. Hechos análogos han sido observados por lo que afecta a las ardillas.

Respecto a los pájaros, es sabido cuánto sufren por los cambios bruscos de tiempo. Las tempestades tardías de nieve son tan destructoras de pájaros en las landas inglesas como en Siberia, y C. Dixon ha visto a las *grusas rojas* tan debilitadas en ciertos inviernos excepcionalmente rigurosos, que abandonaron sus landas en gran número y «se las cogió hasta en las calles de Sheffield. Las lluvias persistentes—agrega—casi siempre les son fatales».

De otra parte, las enfermedades contagiosas que hieren continuamente a la mayor parte de las especies animales, los destruyen en tal cantidad, que las pérdidas necesitan, a veces, años para ser reparadas, hasta en los animales que se reproducen más rápidamente. Hace cerca de sesenta años desaparecieron de repente los *sustiks* de la región de Sarepta, en la Rusia del Sudeste, a consecuencia de alguna epidemia, y durante mucho tiempo no se vió ni uno. Años y años transcurrieron hasta verlos tan numerosos como antes.

Hechos parecidos, todos tendiendo a reducir la importancia que se ha dado a la competencia, podríamos citarlos en gran número. Ciertamente se podría replicar, citando palabras de Darwin, que de todos modos cada sér organizado, «en algún periodo de su vida, durante alguna estación del año, en cada generación o a intervalos, tiene que luchar por su vida y experimentar grandes pérdidas», y que los mejor dotados sobreviven durante estos periodos de rudo combate por la vida. Pero si la evolución del mundo animal estuviese basada exclusivamente, o hasta principalmente, sobre la supervivencia de los mejor dotados durante los periodos de calamidades; si la selección natural estuviese limitada en su acción a periodos excepcionales de sequedad o a repentinos cambios de temperatura o a inundaciones, la decadencia sería la regla en el mundo animal. Los que sobreviven después de una carestía o después de una violenta epidemia de cólera o de viruela o de difteria, tal como vemos en los países no civilizados, ni son los más fuertes, ni los más sanos, ni los más inteligentes. Ningún progreso podría basarse sobre estas supervivencias, mucho menos cuanto que todos los supervivientes salen por lo general de estas pruebas con una salud debilitada, como por ejemplo, estos caballos de la Transbaikalia que acabamos de mencionar, o las tripulaciones de las expediciones árticas, o la guarnición de una fortaleza, que después de haber vivido durante varios meses a media ración sale de la prueba con una salud arruinada, seguida de una mortalidad del todo anormal. Todo lo que la selección natural puede hacer durante las

épocas de calamidades, es ahorrar los individuos dotados de una gran resistencia para las privaciones de toda clase. Así sucede con los caballos y con el ganado siberianos. Son resistentes; pueden alimentarse de abedul polar en caso de necesidad; resisten al frío y al hambre. Pero un caballo siberiano no puede llevar la mitad del peso que lleva fácilmente un caballo europeo; una vaca siberiana no da la mitad de la leche dada por una vaca de Jersey, y los indígenas de los países no civilizados no pueden ser comparados a los europeos. Soportan mejor el hambre y la sed, pero su fuerza física está muy por debajo de la de un europeo bien alimentado y sus progresos intelectuales son extremadamente lentos. «El mal no puede producir el bien», como ha dicho Tchernychevsky en un notable ensayo sobre el darwinismo.

Afortunadamente la competencia no es la regla en el mundo animal ni en la humanidad. Está limitada, en los animales, a períodos excepcionales, y la selección natural halla mejores ocasiones para obrar. Se crean mejores condiciones con la *eliminación de la competencia*, por medio del apoyo mutuo y del mutuo sostén. En la gran lucha por la vida—para la mayor plenitud y mayor intensidad de vida con la menor pérdida de energía—la selección natural busca siempre los medios de evitar la competencia tanto como le es posible. Las hormigas se reúnen en grupos y en naciones; acumulan provisiones, crían sus ganados, evitan de este modo la competencia, y la selección natural escoge entre las hormigas a las especies que mejor saben evitar la competencia con sus consecuencias necesariamente perniciosas. La mayor parte de nuestros pájaros retroceden lentamente hacia el Sur cuando llega el invierno, o se reúnen en innumerables sociedades y emprenden largos viajes, evitando de este modo la competencia. Muchos roedores se adormecen cuando viene la época en que comenzaría la competencia, mientras otros hacen provisión de alimento para el invierno y se reúnen en grandes poblaciones para asegurarse la protección necesaria a su trabajo. El reno emigra hacia el mar cuando los li-

queues son demasiado secos en el interior. Los bisontes atraviesan inmensos continentes a fin de hallar pastos abundantes. Cuando los castores se vuelven demasiado numerosos en un río, se dividen en dos grupos y se separan. Los viejos descienden y los jóvenes remontan el río, evitando de este modo la competencia. Y cuando los animales no pueden adormecerse, ni emigrar, ni amontonar provisiones, ni criar a los que los nutren, como las hormigas con sus pulgones, hacen como aquellos que describió Wallace (*Darwinism*, cap. V) de modo tan elocuente: recurren a nuevas clases de alimentos, y así evitan también la competencia.

«¡Nada de competencia! ¡La competencia es siempre perjudicial para la especie, y hay muchos modos de evitarla!» Esta es la *tendencia* de la Naturaleza, no siempre plenamente realizada, pero siempre presente. Es el «mot d'ordre», la lección que nos dan la maleza, el bosque, el río, el océano. «¡Uníos! ¡Practicad el apoyo mutuo! Es el medio más seguro para dar a cada uno y a todos la mayor seguridad, la mejor garantía de existencia y de progreso físico, intelectual y moral.» He aquí lo que nos enseña la Naturaleza, y esto es lo que han hecho estos animales que han alcanzado la más alta posición en sus clases respectivas. Esto es también lo que el hombre—el hombre más primitivo—ha hecho, y por esto el hombre ha podido alcanzar la posición que actualmente ocupa, como veremos en seguida en los capítulos siguientes, consagrados al apoyo mutuo en las sociedades humanas.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 AL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO III

EL APOYO MUTUO ENTRE LOS SALVAJES

La supuesta guerra de cada uno contra todos.—Origen tribal de las sociedades humanas.—Tardía aparición de la familia separada.—Hotentotes y bosquimanos.—Australianos, papús.—Esquimales, aleutas.—Los caracteres de la vida salvaje son difíciles de comprender para los europeos.—La concepción de la justicia entre los dayaks.—El derecho común.

El papel inmenso que ha desempeñado el apoyo mutuo y el mutuo sostén en la evolución del mundo animal, ha sido brevemente analizado en los capítulos precedentes. Examinaremos ahora el papel desempeñado por los mismos agentes en la evolución de la humanidad. Hemos visto cuán raras son las especies animales o los individuos que viven aislados, y cuán numerosas son las que viven en sociedades, sea para la defensa mutua, sea para la caza o para recoger provisiones, para criar a sus hijos o simplemente para gozar de la vida en común. Hemos visto asimismo que, aunque hayan tenido lugar muchas guerras entre las diferentes clases de animales, o las diferentes especies, o las diferentes tribus de la misma especie, la paz y el apoyo mutuo son la regla en el interior de la tribu o de la especie, y hemos visto que las especies que mejor saben unirse y evitar la competencia son las que tienen más probabilidades de sobrevivir y de un desarrollo progresivo ulterior. Prosperan, mientras que las especies no sociables perecen.

Sería, por lo tanto, del todo contrario a lo que conocemos de la Naturaleza que los hombres formaran ex-

cepción en una regla tan general: que una criatura desarmada, como fué el hombre en su origen, hubiese hallado la seguridad y el progreso, no en el apoyo mutuo como los demás animales, sino en una competencia desenfadada por las ventajas personales, sin consideración a los intereses de la especie. Para un espíritu acostumbrado a la idea de unidad en la Naturaleza, parece insostenible tal proposición. Y, sin embargo, por improbable y anti-filosófica que sea, no ha dejado de tener siempre partidarios. Siempre ha habido escritores para juzgar la humanidad con pesimismo. La han conocido más o menos superficialmente en los límites de su propia experiencia; sabían de la historia lo que de ella dicen los anafistas, siempre atentos a las guerras, a la crueldad, a la opresión y a nada más, y sacaron la conclusión que la humanidad no es otra cosa que una agregación flotante de individuos, siempre dispuestos a combatirse mutuamente y únicamente dificultados de hacerlo gracias a la intervención de alguna autoridad.

Esta fué la actitud que adoptó Hobbes, y mientras que algunos de sus sucesores del siglo XVIII se esforzaban por probar que en ninguna época de su existencia, ni siquiera en su condición más primitiva, la humanidad ha vivido en un estado de guerra perpetua, que los hombres han sido sociables hasta en «el estado de naturaleza» y que fué la ignorancia mejor que las malas inclinaciones naturales del hombre que impulsó la humanidad a los horrores de las primeras épocas históricas, la escuela de Hobbes afirmaba, al contrario, que el pretendido «estado natural» no era otra cosa que una guerra permanente entre individuos accidentalmente reunidos en revoltijo, por el simple capricho de su existencia bestial! Verdad es que la ciencia ha hecho muchos progresos desde Hobbes hasta nuestros días, y que nosotros poseemos bases más seguras para razonar sobre este tema que las especulaciones de Hobbes o de Rousseau. Pero la filosofía de Hobbes continúa teniendo admiradores, y últimamente hemos visto toda una escuela de escritores que, aplicando toda la terminología de Darwin mejor

que sus ideas fundamentales, han sacado argumentos de ella a favor de las opiniones de Hobbes sobre el hombre primitivo y hasta han logrado darles una apariencia científica. Huxley, como es sabido, se puso al frente de esta escuela, y en un artículo escrito en 1881 representó los hombres primitivos como una especie de tigres o de leones, privados de toda concepción ética, llevando la lucha por la existencia hasta su extremo más cruel, haciendo una vida de «libre combate continuo». Para citar sus propias palabras, «fuera de los lazos limitados y temporales de la familia, la guerra de que habla Hobbes de cada uno contra todos era el estado normal de la existencia.»

Se ha hecho observar más de una vez que el principal error de Hobbes, así como de los filósofos del siglo XVIII, consistió en suponer que la humanidad había comenzado bajo la forma de pequeñas familias aisladas, algo parecidas al género de las familias «limitadas y temporarias» de los grandes carnívoros, mientras que ahora se sabe de modo positivo que *no fué* así como comenzó la humanidad. Bien entendido, no tenemos testimonio directo respecto al modo de vida de los primeros seres humanos. Ni siquiera sabemos con certeza la época de su primera aparición; los geólogos se inclinan actualmente a ver su huella en el plioceno, hasta en el mioceno, que son depósitos del período terciario. Pero poseemos el método indirecto que nos permite arrojar alguna luz hasta sobre esta lejana antigüedad. Una investigación minuciosa de las instituciones sociales de los pueblos primitivos ha podido efectuarse en estos cuarenta últimos años y nos ha revelado entre sus instituciones actuales, huellas de instituciones mucho más antiguas, que han desaparecido hace muchísimo tiempo, pero que, sin embargo, han dejado vestigios indudables de su existencia anterior. Toda una ciencia consagrada a la embriología de las instituciones humanas se ha ido de este modo desarrollando por los trabajos de Bachofen, Mac Lennan, Morgan, Edward Tylor, Maine, Post, Kovalevsky, Lubbock y varios otros. Y esta ciencia ha establecido con certeza que la humanidad *no*

ha comenzado bajo la forma de pequeñas familias aisladas.

Lejos de ser una forma primitiva de asociación, la familia es un producto muy tardío de la evolución humana. Por lejos que nos remontemos en la paleoetnología de la humanidad, hallamos a los hombres viviendo en sociedades, en tribus parecidas a las de los mamíferos más elevados, y ha sido precisa una evolución extremadamente lenta y larga para que estas sociedades se organizaran en *gens* o en *clan*, la cual, a su vez, tuvo que sufrir otra muy larga evolución antes que los primeros gérmenes de la familia, polígama o monógama, pudiesen aparecer. Así es que fueron sociedades, bandadas, tribus —y no familias— la forma primitiva de la organización de la humanidad en sus antepasados más lejanos. A este resultado ha llegado la etnología después de laboriosas investigaciones. Y en esto ha obtenido simplemente lo que hubiera podido prever un zoólogo. Ninguno de los mamíferos superiores, salvo algunos carnívoros y algunas especies de monos, cuya declinación no cabe dudar (orangutanes y gorilas), vive en pequeñas familias errando aisladas por los bosques. Todos viven en sociedades. Por lo demás, Darwin comprendió tan bien que los monos que viven aislados no habrían podido nunca transformarse en seres humanos, que se inclinó a considerar al hombre como descendiente de una especie comparativamente débil, *pero sociable*, como el chimpancé, antes que descender de una especie más fuerte, pero no sociable, como el gorila. La zoología y la paleoetnología están así de acuerdo para admitir que la masa, no la familia, fué la primera forma de la vida social. Las primeras sociedades humanas fueron simplemente un desarrollo ulterior de estas sociedades que constituyen la esencia misma de la vida de los animales más elevados. Ciertos antropólogos que se colocan por completo al lado de estas teorías en lo que concierne al hombre, admiten a veces que los monos viven en familias polígamas, bajo la guía de «un macho fuerte y celoso». No sé hasta qué punto esta afirmación está basada sobre hechos concluyentes. Pero el pasaje de *La vida de los animales*, de Brehm, no puede ser considerado como concluyente en

este sentido. Se encuentra en su descripción general de los monos, pero sus descripciones más detalladas de las especies separadas, o no la confirman o la contradicen. Hasta en lo que se refiere a los cercopitecos, Brehm es afirmativo para decir que «viven casi siempre en bandadas y muy raramente en familias». Tocante a otras especies, el gran número de individuos que componen cada una de estas bandadas, que comprenden siempre muchos machos, hace que la familia polígama sea dudosa. Evidentemente, son necesarias más amplias observaciones.

Si nos transportamos a la evidencia positiva, vemos que las primeras huellas de los hombres, que datan del período glacial o de los comienzos de la época postglacial, prueban claramente que desde aquel tiempo el hombre vivía en masas. Los utensilios de piedra rara vez se hallan aislados, hasta cuando datan de aquella época más remota en la edad de piedra o de una época que se cree más lejana aún; al contrario, en todas partes donde se descubre un instrumento de sílex estamos seguros de hallar otros y a menudo en muy grande cantidad. En la época en que los hombres vivían en cavernas o abrigados debajo de peñascos, en compañía de mamíferos hoy desaparecidos, logrando apenas fabricar hachas de sílex de la especie más grosera, conocían ya las ventajas de la vida en sociedades. En los valles de los afluentes del Dordogna, la superficie de las rocas está en ciertos lugares cubierta de cavernas que fueron habitadas por los hombres paleolíticos. A veces están superpuestas en pisos y nos recuerdan ciertamente mucho más las colonias de nidos de golondrinas que los cubiles de los cariovtros. Tocante a los instrumentos de sílex descubiertos en estas cavernas, para servirme de las palabras de Lubbock, «puede decirse sin exageración que son innumerables». La misma cosa es verdad para las demás estaciones paleolíticas. Asimismo parece, según las investigaciones de Dartel, que en los habitantes paleolíticos de la región de Aurignac, en el Sur de Francia, la tribu entera tomaba parte en las comidas de enterramiento de los muertos. Así los hombres vivían en sociedades y poseían princi-

pios de culto por la tribu hasta en aquella tan lejanísima época.

El hecho está mejor demostrado en lo que concierne a la segunda parte, más reciente, de la edad de piedra. Las huellas del hombre neolítico han sido encontradas en cantidad innumerable, de modo que podemos reconstituir bajo muchos aspectos su modo de vivir. Cuando el gran casquete de hielo de la época glacial (que debía extenderse desde las regiones polares hasta el centro de Francia, de la Alemania central y de la Rusia central, y que en América cubría el Canadá, así como una gran parte de lo que actualmente forma los Estados-Unidos) comenzó a fundirse, las superficies libres del hielo cubriéronse al principio de marismas y de barrancas y más tarde de una multitud de lagos. (Esta extensión de la capa de hielo está hoy admitida por la mayor parte de los geólogos que han estudiado especialmente el período glacial. El Instituto geológico ruso es ya de esta opinión en lo que concierne a Rusia, y la mayor parte de los especialistas alemanes la sostienen por lo que se refiere a Alemania. Cuando los geólogos franceses estudian con más detención los depósitos glaciares, no dejarán de reconocer que casi toda la meseta central de Francia estaba cubierta por el hielo. Los lagos llenaban todas las depresiones de valles, antes que las aguas hubiesen cavado estos canales permanentes que, en una época posterior, se convirtieron en nuestros ríos. Y en todas partes donde exploremos, en Europa, en Asia, en América, en los bordes de los lagos literalmente innumerables de aquel período, cuyo verdadero nombre debiera ser «período lacustre», encontramos huellas del hombre neolítico. Tan numerosas son que no podemos dejar de asombrarnos considerando la densidad relativa de la población en aquella época. Las «estaciones» del hombre neolítico se siguen unas a otras sobre los terraplenes que marcan actualmente las orillas de los antiguos lagos. Y en cada una de estas estaciones los utensilios de piedra se hallan en tales cantidades, que es ciertísimo que estos lugares fueron habitados durante siglos por tribus bastante numerosas. Verdaderos talleres de instrumentos

de sílex testimoniando el gran número de obreros que en ellos se reunían, han sido descubiertos por los arqueólogos.

Las huellas de un período más avanzado, ya caracterizadas por el uso de vasijas, se encuentran en los montones de conchas en Dinamarca. Estos montones, como es sabido, se presentan en una extensión de dos o tres metros de espesor, de treinta a cincuenta metros de anchura y de trescientos metros o más de longitud, y son tan comunes a lo largo de ciertas partes de la costa, que durante mucho tiempo fueron considerados como productos naturales. Sin embargo, «todo lo que contienen ha servido de un modo u otro al hombre» y están tan llenos de productos de la industria humana, que Lubbock, durante una permanencia de dos días en Milgaard, desenterró más de 191 piezas de utensilios de piedra y cuatro fragmentos de alfarería. El espesor y extensión de estos montones de conchas prueban que durante generaciones y más generaciones las costas de Dinamarca fueron habitadas por centenares de pequeñas tribus que vivían juntas tan pacíficamente como viven en nuestros días las tribus fuegianas, que de igual modo acumulan estos montones de conchas.

Respecto de las habitaciones lacustres de Suiza, que representan una etapa más avanzada de la civilización, presentan muchas más pruebas de la vida y del trabajo en sociedades. Sabido es que aun en tiempo de la edad de piedra, las orillas de los lagos estaban sembradas de pueblos; cada uno estaba formado por varias cabañas construidas sobre una plataforma que descansaba sobre numerosos pilares plantados en el fondo del lago. No bajan de treinta y cuatro los pueblos, en su mayor parte datando de la edad de piedra, que han sido descubiertos sobre las orillas del lago Lemán, treinta y dos en el lago de Constanza, cuarenta y seis en el lago de Neuchâtel, y cada uno de estos pueblos es un testimonio de la inmensa suma de trabajo que fué realizado en común por la tribu, no por la familia. Ya se ha hecho observar que la vida de los hombres de las habitaciones lacustres ha debido estar muy exenta de guerras. Y probablemente

fué así, según lo que sabemos de los pueblos primitivos que aún viven en poblaciones parecidas construidas sobre pilares a lo largo de las costas.

*
* *

Se ve, hasta por este mismo corto examen, que nuestros conocimientos del hombre primitivo no son tan restringidos y que, hasta el presente, más bien son opuestos que favorables a las especulaciones de Hobbes. Además, nuestros conocimientos pueden ser completados, respecto a muchos puntos, por la observación directa de tales o cuales tribus primitivas que actualmente se hallan al mismo nivel de civilización que los habitantes de Europa en las épocas prehistóricas. Edward Tylor y Lubbock han probado suficientemente que las tribus primitivas que encontramos actualmente *no son* especies degeneradas de una humanidad que antes conociera una mayor civilización, como han sostenido algunos. Sin embargo, a los argumentos que ya se han opuesto a la teoría de la degeneración, se puede agregar lo que sigue. Excepto algunas tribus que se cobijan en las montañas menos accesibles, «los salvajes» forman una especie de cinturón que rodea las naciones más o menos civilizadas, y ocupan las extremidades de nuestros continentes, cuya mayor parte presentan aún, o presentaban recientemente, el carácter de las primeras épocas postglaciales. Tales son los esquimales y sus congéneres de la Groenlandia, de la América ártica y del Norte de la Siberia, y en el hemisferio Sur, los australianos, los papús, los fuegianos, y en parte los bosquimanos, mientras que en el interior de las zonas civilizadas no se encuentran pueblos primitivos semejantes más que en el Himalaya, en las montañas de la Australasia y en las mesetas del Brasil. Ahora bien; es necesario recordar que el período glacial no terminó de golpe en un mismo momento sobre toda la superficie de la tierra. Dura aún en la Groenlandia. Por consiguiente, en una época en que los países del litoral del Océano Indico, del Mediterráneo o del golfo de Méjico disfrutaban ya

de un clima más cálido y se convertían en foco de una civilización más elevada, inmensos territorios en el centro de Europa, en Siberia y en el Norte de América, así como en la Patagonia, en el Africa del Sur y en la Australasia meridional, permanecían en las mismas condiciones de a principios de la época postglacial, condiciones que los hacían inaccesibles a las naciones civilizadas de las zonas tórridas y subtórridas. Estos territorios eran en aquella época lo que los terribles *urmans* del Noroeste de la Siberia son actualmente, y sus poblaciones, inaccesibles y sin contacto con la civilización, conservaban los caracteres del hombre de la primera época postglacial. Cuando más tarde la desecación hizo estos territorios más aptos para la agricultura, fueron poblados por emigraciones más civilizadas, y mientras que una parte de los habitantes primitivos quedaban asimilados por los recién llegados, otros emigraron más lejos y se establecieron donde actualmente los hallamos. Los territorios que actualmente habitan son aún (o eran recientemente) subglaciales en cuanto a sus caracteres físicos; sus artes y sus instrumentos son *los mismos* que los de la edad neolítica, y a pesar de la diferencia de las razas y de las distancias que las separan, su modo de vida y sus instituciones sociales ofrecen una semejanza notable. Por esto debemos considerarlos como fragmentos de las poblaciones de la primera época postglacial que entonces ocupaban las zonas hoy civilizadas.

La primera cosa que nos llama la atención cuando comenzamos a estudiar a los primitivos, es la complejidad de su organización de los lazos matrimoniales. En la mayor parte de los primitivos, la familia, en el sentido que atribuimos a esta palabra, se halla apenas en germen. Pero no son de ningún modo vagas agregaciones de hombres y de mujeres uniéndose sin orden según sus caprichos momentáneos. Todos tienen una organización determinada que ha sido descrita, en sus grandes líneas, por Morgan, con el nombre de organización por *gens* o por clan.

Sin entrar en detalles que nos llevarían demasiado lejos—¡es tan vasto el tema!—nos bastará decir que está demostrado actualmente que la humanidad ha atravesado,

en sus comienzos, una fase que puede ser descrita como la del «matrimonio comunal», es decir, que en la tribu los maridos y las mujeres eran comunes, sin tener muchas consideraciones a la consanguinidad. Pero también es cierto que a estas libres relaciones se impusieron algunas restricciones ya desde un período muy lejano. Primeramente se prohibió el matrimonio entre los hijos de una madre y las hermanas de esta madre, sus nietas y sus tías. Más tarde se prohibió entre los hijos y las hijas de una misma madre, y otras restricciones siguieron a estas. La idea de una *gens* o de un clan, comprendiendo todos los presuntos descendientes de un mismo origen (o mejor todos los que se habían reunido en un grupo) se desarrolló, y el matrimonio en el interior del clan fué enteramente prohibido. El matrimonio permaneció siendo «comunal», pero la mujer y el marido debían buscarse en otro clan. Y cuando una *gens* se hacía demasiado numerosa, se subdividía en varias *gens*, cada una de ellas dividida en clases (generalmente cuatro) y el matrimonio no estaba autorizado sino entre ciertas clases bien definidas. Son las condiciones que actualmente hallamos entre los australianos que hablan el kamilaruá. Respecto a la familia, sus primeros gérmenes aparecieron en el seno de la organización de los clanes. Una mujer capturada en la guerra a otro clan, y que antes hubiera pasado a pertenecer a la *gens* entera, pudo el raptor guardársela en una época posterior mediante ciertas obligaciones para con la tribu. Podía conducirla a una choza separada, después de haber pagado un cierto tributo al clan, y así se constituyó en el interior de la *gens* la familia patriarcal separada, cuya aparición marcó una fase del todo nueva de la civilización (1).

Ahora bien; si consideramos que este régimen complicado se desarrolló entre los hombres que estaban en lo más bajo de la evolución que conocemos y que se mantuvo en sociedades que no tenían más autoridad que la de la opinión pública, en seguida vemos cuán arraigados deben haber estado los instintos sociales en la naturaleza

(1) Véase apéndice VII.

humana, hasta en su estado más bajo. Un salvaje que es capaz de vivir bajo una organización semejante y de someterse libremente a reglas que chocan constantemente con sus deseos personales, no es, ciertamente, una bestia desprovista de principios éticos que no conoce freno a sus pasiones. Pero este hecho resulta aún más notable si se considera la extrema antigüedad de la organización del clan. Actualmente se sabe que los semitas primitivos, los griegos de Homero, los romanos prehistóricos, los germanos de Tácito, los primeros celtas y los primeros slavos, tuvieron todos su período de organización por clanes, muy análoga a la de los australianos, de los pielesrojas, de los esquimales y de otros habitantes del «cinturón de salvajes». Así nos es necesario admitir o que la evolución de las costumbres del matrimonio siguió la misma marcha entre todas las razas humanas, o que los rudimentos de la organización del clan nacieron entre algunos antepasados comunes de los semitas, de los arayos, de los pilinesios, etc., antes de su separación en razas distintas, y que estos usos se han conservado hasta ahora entre razas separadas hace mucho tiempo de la fuente común. Sea lo que fuere, estas dos alternativas implican una tenacidad igualmente sorprendente de la institución, puesto que todos los asaltos del individuo no pudieron destruirla durante las decenas de millares de años que existe. La misma persistencia de la organización del clan muestra cuán falso resulta representar la humanidad primitiva como una aglomeración desordenada de individuos obedientes únicamente a sus pasiones individuales y sacando ventaja de su fuerza y de su habilidad personal contra todos los demás representantes de la especie. El individualismo desenfrenado es un producto moderno y no una característica de la humanidad primitiva.

(Sería imposible discutir aquí el origen de las restricciones del matrimonio. Permitaseme únicamente hacer observar que una división en grupos, parecida a los *Hawaiensis* de Morgan, existe entre los pájaros: las jóvenes nidadas viven separadas de sus padres. Una división semejante se hallaría tal vez en algunos mamíferos. Res-

pecto a la prohibición de los matrimonios entre hermanos, vino muy probablemente, no de especulaciones relativas a los malos efectos de la consanguinidad, especulaciones que parecen poco probables, sino a fin de evitar la precocidad demasiado fácil de semejantes matrimonios. Con una cohabitación estrecha, se imponía imperiosamente la necesidad de una tal restricción. Asimismo debo hacer observar que, al examinar el origen de nuevas costumbres, debemos acordarnos de que los salvajes, igual que nosotros, tienen sus «pensadores» y sus sabios, hechiceros, doctores, profetas, etc., cuyos conocimientos e ideas se adelantan a las de las masas. Con sus asociaciones secretas (otro rasgo casi universal) son ciertamente capaces de ejercer una influencia poderosa y de imponer costumbres cuya utilidad puede no haber sido aún reconocida por la mayoría de la tribu.)

Veamos ahora nuestros salvajes contemporáneos y comencemos por los bosquimanos, que están a un nivel muy bajo de desarrollo, tan bajo que no tienen habitaciones y duermen en agujeros abiertos en el suelo, a veces protegidos por un pequeño abrigo. Es sabido que cuando los europeos se establecieron en su territorio y destruyeron los animales salvajes, los bosquimanos se pusieron a robar el ganado de los colonos. Entonces comenzó una guerra de exterminio, demasiado horrible para que la contemos aquí. Quinientos bosquimanos fueron asesinados en 1774, tres mil en 1808 y 1809 por la Alianza de los Granjeros, y así por el estilo. Se les envenenaba como a ratas, fueron muertos por cazadores emboscados detrás del esqueleto de algún animal, asesinados en todas partes donde se les encontraba. De modo que nuestros conocimientos sobre los bosquimanos, sacados muy a menudo del relato de los mismos que los exterminaron, se hallan forzosamente limitados. No obstante, sabemos que cuando llegaron los europeos, vivían en pequeñas tribus (o clanes) y que estos clanes formaban algunas veces confederaciones; que tenían la costumbre de cazar en común y se repartían el botín sin disputarse; que jamás abandonaban a sus niños y daban pruebas de profundo afecto para con sus compañeros. Lichtenstein cuenta una his-

toria de lo más conmovedor sobre un bosquimano que, casi ahogado en un río, fué salvado por sus compañeros. Se despojaron de sus pieles para abrigarle, y mientras ellos tiritaban, lo secaron, le frotaron delante del fuego y untaron su cuerpo con una grasa caliente, hasta que volvió a la vida.

Y cuando los bosquimanos vieron en Johan van der Walt un hombre que les trató bien, expresáronle su reconocimiento con una abnegación de las más conmovedoras. Burchell y Moffat los representan como seres buenos, desinteresados, fieles a sus promesas y reconocidos, cualidades que no pueden desarrollarse sino cuando se practican en una sociedad estrechamente unida. Respecto a su amor por sus hijos, basta decir que, cuando un europeo deseaba apoderarse de una mujer bosquimana para esclavizarla, le robaba su hijo, segurísimo de que la madre iría a hacerse esclava para compartir la suerte de su pequeño.

Iguales costumbres sociales caracterizan a los hotentotes, que no están gran cosa más desarrollados que los bosquimanos. Lubbock los describe como «los más sucios animales», y en efecto, son sucios. Una piel suspendida de su cuello y llevada hasta que se les cae a pedazos compone todo su vestido; sus chozas las constituyen unas cuantas estacas recubiertas de esteras, sin ninguna clase de muebles. Por más que poseen bueyes y carneros, y que parece conocieron el uso del hierro antes de la llegada de los europeos, ocupan aún uno de los grados más bajos en la escala de la humanidad. Y, no obstante, todos los que los han visto de cerca alaban altamente su sociabilidad y su prontitud para ayudarse unos a otros. Si se da alguna cosa a un hotentote, la comparte inmediatamente con todos los que estén presentes. Es la costumbre que tanto llamó la atención de Darwin al estudiar a los fuegianos. Un hotentote no sabe comer solo, y por hambriento que esté, llama a los que pasen por su lado para compartir con ellos su comida. Cuando Kolben manifestó su extrañeza por este particular, recibió esta respuesta: «Es la costumbre hotentote.» Pero no es solamente una costumbre hotentote: es un hábito casi uni-

versal entre los «salvajes». Kolben, que conocía bien a los hotentotes y no pasó en silencio sus defectos, no hallaba palabras bastantes para alabar su moralidad tribal.

«Su palabra es sagrada—escribió Kolben.—Nada conocen de la corrupción y de los artificios engañosos del europeo. Viven muy tranquilamente y raras veces están en guerra con sus vecinos. Son todo bondad y buena voluntad mutuas... Los regalos y los servicios recíprocos son ciertamente su mayor placer. Su integridad, su exactitud y su celeridad en el ejercicio de la justicia, así como su castidad, son cosas en las que aventajan a casi todas las naciones del mundo.»

Tachard, Barrow y Moodie confirman plenamente el testimonio de Kolben. Quiero solamente hacer observar que cuando Kolben escribía que son «ciertamente el pueblo más amigable, el más liberal y el más benévolo que que jamás hubo en la tierra», escribió una frase que continuamente ha sido desde entonces repetida en las descripciones de salvajes. Cuando los europeos encuentran una raza primitiva, lo que generalmente hacen primero es una caricatura de sus costumbres; pero cuando un hombre inteligente permanece entre estos primitivos durante mucho tiempo, los describe generalmente como «la mejor» o «la más dulce» raza de la tierra. Estos mismos términos han sido aplicados a los ostiaks, a los samoiedos, a los esquimales, a los dayaks, a los aleutas, a los papús, etc., por los más autorizados escritores. Recuerdo asimismo haberlos leído aplicados a los tunguses, a los tchucktchis, a los siux y otros varios. La misma frecuencia de estos elogios es más elocuente que cualquier libro.

Los nativos de Australia no alcanzan un mayor grado de desarrollo que sus hermanos del Africa del Sur. Sus chozas tienen el mismo carácter. A menudo un ligero abrigo, una especie de mampara hecha con algunas ramas, es su única protección contra los vientos fríos. Para su alimentación son muy indiferentes: devoran cadáveres horriblemente putrefactos y en caso de carestía han recurrido al canibalismo. Cuando los europeos los descubrieron por primera vez, no tenían más que instrumen-

tos de piedra o de hueso de lo más rudimentario. Algunas tribus ni siquiera poseían piraguas y no conocían el comercio por cambios. Y sin embargo, cuando sus usos y costumbres fueron cuidadosamente estudiados, se halló que vivían bajo esta organización compleja del clan de que he hablado más arriba.

El territorio que habitan está generalmente repartido entre las diferentes *gentes* o clanes; pero los territorios de pesca y de caza de cada clan los poseen en común y el producto de la caza y de la pesca pertenecen a todo el clan, así como los instrumentos de caza y pesca. Las comidas las efectúan asimismo en común. Al igual que muchos otros salvajes, observan varias reglas relativas a las estaciones en que ciertas gomas y ciertas plantas pueden recogerse. Respecto a su moralidad, preferimos resumir las siguientes respuestas a las cuestiones planteadas en la Sociedad Antropológica de París, por Lumholtz, misionero que permaneció bastante tiempo en el Norte del Queensland.

«Los sentimientos de amistad existen en ellos en alto grado. Subvienen ordinariamente a las necesidades de los más débiles; cuidan atentamente a los enfermos, y ni los abandonan ni los matan. Estas poblaciones son canibales, pero raras veces se comen a los miembros de su propia tribu (supongo a los inmolados por principios religiosos) y únicamente se comen a los extranjeros. Los padres aman a sus hijos, juegan con ellos y les acarician. Comúnmente aprueban el infanticidio. Tratan bien a los viejos y no los matan. No tienen religión, no tienen ídolos; únicamente temen la muerte. El matrimonio es polígamo; las querellas que surgen en el seno de la tribu se dirimen por duelos a espada y a mazazos. No hay esclavos; no tienen cultivos de ninguna clase; nada de vasijas ni de vestidos; un simple delantal para las mujeres. El clan se compone de doscientos individuos, divididos en cuatro clases de hombres y cuatro de mujeres, y el matrimonio sólo es permitido entre ciertas clases y nunca en el interior de la tribu.»

Respecto a los papús, próximos parientes de estos últimos, tenemos el testimonio de G. L. Bink, que estuvo

en Nueva Guinea, principalmente en la bahía de Geelwink, desde 1871 a 1883. He aquí el resumen de sus respuestas:

«Son sociables y alegres, ríen mucho. Más bien tímidos que valientes. La amistad es relativamente fuerte entre individuos pertenecientes a diferentes tribus y mucho más fuerte en el seno de cada tribu.

Un amigo paga a menudo la deuda de su amigo, estipulando que este último la reembolsará sin interés a los hijos del acreedor. Cuidan a los enfermos y a los viejos; a los viejos no los abandonan jamás, en ningún caso los matan, a no ser que se trate de un esclavo enfermo hace tiempo. A veces se comen a los prisioneros de guerra. Los niños son amados y muy acariciados. A los prisioneros de guerra viejos y débiles los matan; a los otros los venden como esclavos. No tienen religión, ni dioses, ni ídolos, ni autoridad de ninguna clase; el más viejo de la familia hace de juez. En caso de adulterio, se paga una multa y una parte de ella la ingresa la *negoria* (la comunidad). Poseen la tierra en común, pero la cosecha pertenece a los que la hicieron crecer. Tienen alfarería y conocen el comercio por el cambio. La costumbre quiere que el mercader entregue las mercancías, las que se llevan a sus moradas, y vuelven luego con sus productos indígenas que desea el mercader; si no pueden entregar estos productos devuelven las mercancías. Son «cazadores de cabezas» y persiguen la venganza de sangre. «A veces—dice Finsch—el asunto se dirime ante el rajah de Namototte, que lo termina imponiendo una multa.»

Cuando se les trata bien, los papús son muy buenos. Miklukho-Maclay abordó sobre la costa oriental de Nueva Guinea con un sólo compañero; permaneció dos años entre las tribus descritas y las abandonó pesaroso; más tarde volvió y estuvo un año más entre ellos, sin que nunca tuviera que quejarse de ningún maltrato. Verdad es que tenía por regla decir siempre la verdad y prometer lo que únicamente podía cumplir. Estas pobres gentes, que ni siquiera saben hacer fuego y lo mantienen

cuidadosamente para que no se les apague, viven bajo el comunismo primitivo, sin darse jefes. En el interior de sus pueblos no hay querellas que valgan la pena de mencionar. Trabajan en común lo más preciso para obtener lá comida diaria; crían a sus hijos en común, y por la noche se adornan tanto como pueden y danzan. Como a todos los salvajes, la danza les gusta mucho. Cada pueblo tiene su *barla* o *balai*—la «casa larga» o «casa grande»—para los solteros, para las reuniones sociales y para la discusión de los asuntos comunes, lo cual es otro rasgo común a la mayor parte de los habitantes de las islas del Océano Pacífico, a los esquimales, a los pielesrojas, etc. Grupos enteros de pueblos viven en excelentes relaciones y se hacen unos a otros visitas en bloque.

Desgraciadamente, los conflictos no son raros, no a causa de la «surpoblación del país» o de una «ruda competencia» o de otras invenciones semejantes de un siglo mercantil, sino principalmente a causa de las supersticiones. Tan pronto como cae enfermo uno de ellos, se reúnen sus amigos y parientes y se ponen a discutir sobre lo que puede ser causa de su enfermedad. Pasan revista a todos los enemigos posibles, cada uno confiesa sus propias querellas, y al fin descubren la «verdadera» causa. Un enemigo del pueblo vecino atrajo el mal sobre el enfermo y acuerdan un ataque contra el pueblo. Esta es la causa de querellas frecuentes, hasta entre los pueblos de la costa, sin hablar de los canibales de las montañas, que son considerados como hechiceros y verdaderos enemigos, por más que, conocidos mejor, se ve exactamente que son la misma clase de gentes que sus vecinos de la costa.

Podríanse escribir páginas interesantes sobre la armonía que reina en los pueblos polinesios de las islas del Pacífico. Pero pertenecen a una fase más avanzada de la civilización. Así que tomaremos nuestros ejemplos del extremo Norte. De todos modos es necesario mencionar, antes de abandonar el hemisferio Sur, que hasta los fuegianos, cuya reputación era tan mala, aparecen bajo mejor aspecto desde que principian a ser más conocidos.

Algunos misioneros franceses que han permanecido entre ellos «no han conocido ningún acto de malevolencia de que puedan quejarse». En sus clanes, compuestos de ciento veinte a ciento cincuenta personas, practican los fuegianos el mismo comunismo primitivo que los papús; se lo reparten todo en común y tratan muy bien a sus viejos; la paz reina entre estas tribus.

Los esquimales y sus congéneres más cercanos, los fhlinkets, los bolochos y los aleutas, son los ejemplos más aproximados de lo que el hombre puede haber sido durante el periodo glacial. Sus utensilios apenas difieren de los del hombre paleolítico, y algunas tribus ni siquiera conocen la pesca; hieren simplemente al pez con una especie de harpón. Conocen el uso del fuego, pero lo reciben de los europeos o lo encuentran sobre los buques naufragados. Su organización social es muy primitiva, aunque ya salieron de la fase del «matrimonio comunal», hasta con las restricciones del clan. Viven en familias, pero los lazos de familia se rompen a menudo: los maridos y las mujeres se cambian frecuentemente. Las familias, no obstante, permanecen reunidas en clanes. ¿Podría ser de otro modo? ¿Cómo podrían sostener la dura lucha por la vida sin unir estrechamente todas sus fuerzas? Y así hacen. Y los lazos de tribu son mucho más estrechos allí donde la lucha por la vida es más dura, como por ejemplo, en el Noroeste de la Groenlandia. La «casa larga» es su habitación usual y la habitan varias familias, separadas una de otra por pequeños tabiques de pieles usadas, con un pasadizo común delante. A veces la casa afecta la forma de una cruz, y en este caso el fuego común se mantiene en el centro. La expedición alemana que pasó un invierno cerca de una de estas «casas largas», pudo certificar que «ninguna querella turbó la paz, ninguna disputa se armó por el uso de este estrecho espacio» durante todo el largo invierno. Los reproches, hasta las palabras malsonantes, las consideran como una ofensa si no se pronuncian según la forma acostumbrada, la canción burlesca, cantada por las mujeres, el «nithsong».

Una estrecha cohabitación y una estrecha dependencia

mutua bastan para mantener siglo tras siglo este profundo respeto a los intereses de la comunidad que caracteriza la vida de los esquimales. Hasta en sus comunidades más grandes «la opinión pública forma el verdadero tribunal, y el castigo ordinario es una censura al culpable en presencia de la comunidad.»

La vida de los esquimales está basada sobre el comunismo. Lo que se captura en la pesca o en la caza pertenece al clan. Pero en varias tribus, particularmente al Oeste, bajo la influencia de los daneses, la propiedad privada penetra en las instituciones. Sin embargo, poseen un medio propiamente suyo para obviar los inconvenientes que nacen de una acumulación de riquezas personales que destruiría pronto la unidad de la tribu. Cuando un hombre se ha hecho rico, invita a toda la gente de su clan a una gran fiesta, y después que todos han comido abundantemente les distribuye toda su fortuna. En el río Yukon, Dall vió a una familia aleuta distribuir de este modo diez fusiles, diez vestidos completos de pieles, doscientos collares de perlas de vidrio, numerosos abrigos, diez pieles de lobo, doscientas de castor y quinientas de cibelina. Después de esta distribución los donantes se despojaron de sus vestidos de fiesta, los dieron y endosándose viejas pieles destrozadas, dirigieron algunas palabras a su clan, significando que aunque se hubiesen vuelto más pobres que algunos de entre ellos, en cambio habían ganado su amistad. Estas distribuciones de riquezas parece que son una costumbre ordinaria en los esquimales y tienen lugar en ciertas estaciones, después de una exposición de todo lo que se han procurado durante el año. A mi modo de ver, estas distribuciones revelan una institución muy vieja, contemporánea de la primera aparición de la riqueza personal; deben haber sido un medio de restablecer la igualdad entre los miembros del clan cuando esta igualdad quedaba rota por el enriquecimiento de algunos. Los nuevos repartos de tierras y la anulación periódica de todas las deudas que han tenido lugar en las épocas históricas en tantas razas diferentes (semitas, aryas, etc.), deben haber sido un resto de esta vieja costumbre. Y la costumbre de quemar con el muerto o de destruir sobre su tumba todo lo que

le había pertenecido personalmente—costumbre que hallamos en todas las razas primitivas—debe haber tenido igual origen. En efecto, mientras todo lo que ha pertenecido *personalmente* al muerto se quema o se destruye sobre su tumba, no se destruye nada de lo que le perteneció en común con la tribu, por ejemplo, los botes o los instrumentos comunes para la pesca. Únicamente se destruye la propiedad personal. En época posterior esta costumbre se convierte en una ceremonia religiosa: se le da una interpretación mística y la impone la religión, cuando la opinión pública no es por sí sola capaz de imponerla a todos. Por último, se la sustituye, sea quemando únicamente los modelos de los bienes del muerto (como se efectúa en China), sea simplemente conduciendo estos bienes sobre su tumba y retornándolos a la casa al final de la ceremonia, costumbre que aún está en vigor entre los europeos con las espadas, las condecoraciones y otras señales de distinción (1).

A menudo se menciona la elevación de la moralidad mantenida en el seno de los clanes esquimales. Sin embargo, los siguientes datos sobre las costumbres de los aleutas, proporcionados por uno de los hombres más notables, el misionero ruso Veniaminoff, darán una idea más clara de la moral de los salvajes en su conjunto. Han sido escritos después de una permanencia de diez años entre los aleutas. Las resumo conservando en lo posible sus propias palabras:

«Su resistencia—escribe—es su rasgo principal. Es prodigiosa. No tan sólo se bañan cada mañana en el helado mar y permanecen desnudos sobre la orilla, respirando el viento glacial, sino que su resistencia, hasta cuando tienen que efectuar un duro trabajo con una alimentación insuficiente, traspasa todo lo que puede imaginarse. Durante una carestía prolongada, el aleuta piensa primero en sus hijos, dándoles todo lo que tiene, mientras él ayuna. No están inclinados al robo; esto ya lo observaron los primeros emigrantes rusos. No es que no roben alguna vez; cualquier aleuta confesará haber robado alguna cosa, pero es siem-

(1) Véase apéndice VIII.

pre una bagatela, una verdadera inocentada. La abnegación de los padres para sus hijos es conmovedora, aunque jamás se expresa con palabras o caricias. Dificilmente se obtiene una promesa de un aleuta, pero cuando ha prometido mantendrá su palabra, suceda lo que quiera. (Un aleuta regaló a Veniaminoff pescado salado que fué olvidado sobre la costa en la precipitación de la marcha. Lo retornó a su casa y no tuvo ocasión de enviarlo al misionero hasta el mes de Enero siguiente, y en Noviembre y Diciembre hubo gran carestía de alimento en el campamento. Pero ninguno de los hambrientos aleutas tocó el pescado, y en Enero fué enviado a su destino.) Su código de moralidad es a la vez variado y severo. Se considera vergonzoso temer una muerte inevitable, pedir gracia a un enemigo, morir sin haber matado un enemigo, hacer zozobrar un bote en el puerto, espantarse de hacerse a la mar con temporal, ser el primero en caer enfermo a causa de falta de alimento durante una expedición o en el curso de un largo viaje, demostrar avaricia cuando se reparte el botín—en este caso los demás le dan su parte para avergonzarle—; divulgar un secreto de los asuntos públicos a su mujer; cuando dos van de caza es vergonzoso no ofrecer la mejor presa al compañero; vanagloriarse de sus acciones, sobre todo si son imaginarias; dirigir reproches a nadie en tono despreciativo. Igualmente es vergonzoso mendigar, requebrar a su mujer en presencia de otras personas y danzar con ella; cerrar un trato por sí mismo: la venta debe hacerse siempre por intermediación de una tercera persona que fija el precio. Para una mujer es vergonzoso no saber coser, danzar ni hacer toda clase de labor femenina; acariciar a su marido o a sus hijos, o hablar de su marido en presencia de un extranjero.»

Tal es la moral aleuta, de la que podría darse una idea más completa relatando sus cuentos y sus leyendas. Quiero agregar que, cuando Veniaminoff escribía (en 1840), no se había cometido un solo asesinato desde el último siglo en una población de 60.000 habitantes, y que entre 1.800 aleutas ni una sola violación de derecho común se había cometido en el espacio de cuarenta años. Esto no parecerá extraño si hacemos observar que los reproches, el des-

precio y el uso de las palabras groseras son absolutamente desconocidos en la vida aleuta. Los mismos muchachos no se baten ni se dicen nunca palabras injuriosas. Todo lo más que dicen es: «Tu madre no sabe coser» o «tu padre es tuerto». Es muy interesante hacer constar que varios escritores han descrito a los *ostyaks* y a los *samoyedos* casi en los mismos términos. «Hasta cuando están borrachos sus disputas son insignificantes.» «En cien años se cometió un sólo asesinato en la *tundra*.» «Sus niños no se baten nunca.» «Puede uno dejar lo que quiera, durante años, en la *tundra*, hasta alimento o aguardiente, y nadie lo tocará.» Y así por el estilo. Gilbert Sproat no ha «sido jamás testimonio de una batalla entre dos nativos que no hayan bebido» en los indios Aht de la isla de Vancouver. «Las disputas son raras asimismo entre los niños», y así siempre por el estilo.

Muchos rasgos de la vida salvaje continúan siendo, sin embargo, un enigma para los europeos. El gran desarrollo de la solidaridad en la tribu y los buenos sentimientos hacia sus semejantes que animan a los primitivos, podríamos demostrarlos con un gran número de testimonios dignos de fé. Y, sin embargo, no es menos cierto que estos mismos salvajes practican el infanticidio; que en ciertos casos abandonan a sus viejos y que obedecen ciegamente las reglas de la venganza de sangre. Por consiguiente, nos es necesario explicar la coincidencia de hechos que, para un espíritu europeo, parecen tan contradictorios a primera vista. Ya he dicho que el padre aleuta se privará durante días y semanas para dar todos los víveres que posee a sus hijos, y que la madre bosquímana se hace esclava para seguir a su hijo, y páginas enteras podrían llenarse describiendo las relaciones verdaderamente *tiernas* que existen entre los salvajes y sus hijos. Sin cesar tienen los viajeros ocasión de citar ejemplos. En uno leeréis la descripción del profundo amor de una madre; en otro veis un padre corriendo locamente a través del bosque llevando sobre sus espaldas a su hijo, a quien mordió una serpiente; lo bien es un misionero que cuenta la desesperación de los padres a la muerte del mismo hijo, que, recién nacido, habían salvado de la in-

molación algunos años atrás; o bien sabréis que la «madre salvaje» amamanta generalmente a sus hijos hasta la edad de cuatro años, y que, en las Nuevas Hébridas, a la muerte de un hijo particularmente amado, su madre o su tía se mata para ir a cuidarle en el otro mundo.

Hechos semejantes se encuentran en abundancia, de modo que, cuando se ve a estos mismos padres afectuosos practicando el infanticidio, vémonos obligados a reconocer que esta costumbre (hayan sido las que fueren sus transformaciones ulteriores) ha debido originarse bajo la presión de la necesidad, como una obligación para con la tribu y un expediente para poder criar a los hijos mayores. El hecho es que los salvajes no se multiplican «sin ninguna restricción», como se anticipan a decir algunos escritores ingleses. Al contrario, toman toda clase de medidas para disminuir los nacimientos. Toda una serie de restricciones que los europeos hallarían extravagantes, se imponen a este efecto, se obedecen estrictamente, y, a pesar de todo, los primitivos no pueden mantener a todos sus hijos. De todos modos se ha observado que tan pronto como logran aumentar sus medios de subsistencia de un modo regular, abandonan la práctica del infanticidio. En suma, los padres obedecen mal de su grado a esta obligación, y tan pronto como pueden recurren a toda clase de compromisos para salvar la vida de sus recién nacidos. Como ha demostrado muy bien mi amigo Elías Reclús, inventan los días de nacimiento faustos e infaustos; ensayan demorar la sentencia algunas horas, y dicen entonces que si el bebé ha vivido un día, debe vivir toda su vida natural. Oyen los gritos de los pequeños viniendo del bosque, y dicen que estos gritos, si han sido escuchados, son presagio de desgracia para la tribu, y como no tienen nodrizas ni casas de expósitos para desembarazarse de sus recién nacidos, cada uno de ellos retrocede ante la necesidad de cumplir la cruel sentencia, prefiriendo exponer el bebé en el bosque antes que quitarle la vida violentamente. Es la ignorancia y no la crueldad la que mantiene el infanticidio, y en lugar de moralizar a los salvajes con sermones, mejor harían los misioneros siguiendo el ejemplo de Veniaminoff, que cada año,

hasta una edad muy avanzada, atravesaba el mar de Okhotsk en un mal barco, o viajaba haciéndose llevar por los perros entre sus amigos los tehuktchis, y les proveía de pan y de instrumentos para pescar. De este modo —me lo dijo él mismo— llegó a suprimir completamente el infanticidio.

Lo mismo puede decirse de la costumbre que observadores superficiales llaman parricidio. Hemos visto hace poco que la costumbre de abandonar a los viejos no está tan extendida como pretenden algunos escritores. Se ha exagerado de modo enorme esta costumbre, pero la costumbre de abandonar a los viejos se encuentra ocasionalmente en los salvajes; en este caso tiene el mismo origen que el infanticidio. Cuando un «salvaje» siente que es una carga pesada para su tribu; cuando cada mañana ve que su parte de alimento reduce la de los hijos, que no son tan estóicos como sus padres; cuando ve que cada día tienen que transportarle en hombros de los más jóvenes a través de los bosques o de largos pedregales (allí donde no hay carruajes, ni indigentes para arrastrarlos), comienza entonces a repetir lo que los viejos campesinos rusos dicen aún en nuestros días: *Tchujoi vek zavedáiv, porá na pokói* (Vivo la vida de los demás; es tiempo de retirarme). Y se retira. Hace como el soldado en caso parecido. Cuando la suerte de su batallón depende de una marcha de frente y él no puede ya marchar más y sabe que morirá si queda rezagado, el soldado ruega a su mejor amigo que le haga un último favor antes de abandonar el campamento. Y el amigo descarga con mano temblorosa su fusil sobre el cuerpo del moribundo. Y esto es lo que hacen los salvajes. El mismo viejo pide la muerte; insiste sobre este último deber para con la tribu. Abre él mismo su tumba e invita a sus parientes a una última comida de despedida. Su padre obró de igual modo; ahora le toca el turno a él y se separa de su clan dándole pruebas de afecto. Tan cierto es que el salvaje considera la muerte como una parte de sus deberes para con la comunidad, que no tan sólo niegase a que lo salven (como cuenta Moffat), sino que una mujer que debía ser inmolada sobre la tumba de su marido, y que fué salvada por unos misio-

neros y conducida a una isla, se escapó de noche, atravesó a nado un ancho brazo de mar y fué a reunirse con su tribu, para morir sobre la tumba. Esto se ha ido convirtiendo en ellos en un asunto de religión. Pero en general los salvajes experimentan tanta repugnancia a quitar la vida a nadie fuera de un combate, que ninguno de ellos quiere encargarse de verter sangre humana. Recurren a toda clase de extratagemas, que han sido interpretadas muy falsamente. En la mayor parte de los casos abandonan al viejo en el bosque después de haberle dado más que su parte de comida común. Ha habido expediciones árticas que han hecho lo mismo cuando no pudieron ya llevar consigo a sus compañeros enfermos. «¡Vivid algunos días más! Tal vez llegue algún socorro inesperado.»

Cuando nuestros sabios occidentales se hallan en presencia de estos hechos, no pueden comprenderlos. Les parecen inconciliables con un alto desarrollo de la moralidad en la tribu y prefieren arrojar una duda sobre la exactitud de observaciones dignas de fe, en lugar de intentar explicar la existencia paralela de dos series de hechos, a saber: una moralidad elevada en la tribu al mismo tiempo que el abandono de los padres y el infanticidio. Pero si estos mismos europeos tuvieran que explicar a un salvaje que gentes en extremo amables, que quieren tiernamente a sus hijos, y tan impresionables que lloran cuando ven un infortunio simulado en el escenario de un teatro, viven en Europa a algunos pasos de tugurios donde los niños mueren literalmente de hambre, el salvaje, a su vez, tampoco comprendería esto. Me acuerdo de los vanos esfuerzos que hice para hacer comprender a mis amigos tunguses nuestra civilización individualista. No les entraba, y recurrían a las más fantásticas suposiciones. El hecho es que un salvaje educado en las ideas de solidaridad de la tribu—para el bien como para el mal—es incapaz de comprender a un europeo «moral», que no conoce nada de esta solidaridad, como son incapaces la mayor parte de europeos para comprender al salvaje. Pero si uno de nuestros sabios hubiese vivido algún tiempo con una tribu medio hambrienta, que a menudo no posee el

alimento de un solo hombre para los ocho días siguientes, probablemente comprendería entonces los móviles de los salvajes. Del mismo modo, si el salvaje hubiese vivido entre nosotros y recibido nuestra educación, tal vez comprendería nuestra europea indiferencia para con nuestros vecinos y nuestras comisiones parlamentarias para impedir el exterminio de los niños puestos a nodriza. «Las casas de piedra hacen los corazones de piedra»—dicen los campesinos rusos. Por de pronto precisaría hacer vivir al salvaje dentro una casa de piedra.

Iguales observaciones pueden hacerse respecto al canibalismo. Si tenemos en cuenta hechos que se sacaron a luz en una reciente discusión sobre este particular en la Sociedad Antropológica de París, así como de las notas accesorias diseminadas en las obras que tratan de los «salvajes», vémonos obligados a reconocer que esta costumbre debe tener asimismo origen en la presión de la necesidad. Más tarde fué desarrollada por la superstición y la religión en las espantosas proporciones que alcanzó en Méjico y en las islas Fidji. Está comprobado que presentemente los salvajes se ven algunas veces reducidos a devorar cadáveres en un estado de putrefacción muy avanzado, y que en caso de absoluta carestía han tenido que desenterrar cadáveres humanos para poder comer, hasta en tiempo de epidemia. Estos son hechos comprobados. Pero si nos trasladamos con la imaginación a las condiciones que tuvo que afrontar el hombre durante el período glacial, en un clima frío y húmedo, no teniendo sino muy poco alimento vegetal a su disposición; si tenemos en cuenta los terribles estragos que hacía el escorbuto entre los primitivos insuficientemente alimentados, y si nos acordamos de que la carne fresca y la sangre son los únicos reconstituyentes que conocen, nos es necesario admitir que el hombre, que al principio fué un animal granívoro, se convirtió en un carnívoro durante el período glacial. En aquella época encontraba a los renos, pero éstos emigran a veces hacia las regiones árticas y hasta abandonan enteramente un territorio durante varios años. En este caso desaparecen los últimos recursos del hombre. En terribles pruebas parecidas, los mismos

Europeos han recurrido al canibalismo. Esto han hecho los salvajes. En la época actual devoran a veces los cadáveres de sus propios muertos: entonces devoraron los cuerpos de los que iban a morir. Los viejos murieron convencidos de que con su muerte prestaban el último servicio a la tribu. Es por esto que ciertos salvajes representan el canibalismo como de origen divino, como alguna cosa ordenada por un mensajero del cielo. Más tarde el canibalismo perdió su carácter de necesidad y sobrevivió como superstición. Comiéronse a sus enemigos para heredar su valor. En una época posterior comíanse, con el mismo objeto, el ojo y el corazón del enemigo, mientras que entre otros pueblos que tenían numerosos sacerdotes y una mitología desarrollada, se inventaron los dioses malos, sedientos de sangre, y los sacrificios impusieronlos los sacerdotes para aplacar a los dioses. En esta fase religiosa de su existencia, el canibalismo alcanzó sus caracteres más repugnantes. Méjico es un ejemplo bien conocido, y en las islas Fidji, donde el rey podía comerse a cualquier súbdito suyo, hallamos asimismo una casta poderosa de sacerdotes, una teología complicada y un desarrollo completo de la autocracia. El canibalismo, hijo de la necesidad, convirtiéndose, en una época posterior, en institución religiosa, y bajo esta forma resurgió mucho tiempo después que hubo desaparecido de las tribus que ciertamente lo habían practicado en épocas precedentes, pero que no habían llegado a la fase teocrática de la evolución. Igual observación debe hacerse por lo que se refiere al infanticidio y al abandono de los padres. En ciertos casos, estas prácticas han sido asimismo conservadas como una supervivencia de los tiempos viejos, como una tradición religiosa.

al 53

1870

1871

Terminaré mencionando otra costumbre que da igualmente lugar a muy erróneas conclusiones: la costumbre de la venganza de sangre. Todos los salvajes viven con el sentimiento de que la sangre vertida debe ser vengada con sangre. Si alguno ha matado, debe morir; si uno ha

sido herido, debe verterse sangre del agresor. No hay excepción a la ley, ni siquiera por los animales; la sangre del cazador se verterá cuando retorne al pueblo, si hizo correr sangre de un animal. Es la concepción de la justicia de los salvajes, concepción que aún existe en la Europa occidental por lo que concierne al homicidio. Entre los salvajes, cuando el ofensor y el ofendido pertenecen a la misma tribu, la tribu y la persona ofendida arreglan el asunto. (Hay que hacer observar que en caso de sentencia de muerte, nadie quiere tomar sobre sí la responsabilidad de ejecutarla. Cada individuo arrojará su piedra o dará su golpe de hacha, evitando cuidadosamente dar un golpe mortal. Más tarde será el sacerdote quien herirá a la víctima con un cuchillo sagrado. Más tarde aún será el rey, hasta que la civilización invente el verdugo. Sobre el particular, léase lo que dice Bastian: «Un resto de esta antigua costumbre—me dijo el profesor E. Nys—ha sobrevivido en las ejecuciones militares hasta nuestros días. Hasta mediados del siglo XIX se tenía la costumbre de cargar los fusiles de los doce soldados designados para disparar sobre el condenado, con once cartuchos con bala y un cartucho en blanco. Como los soldados no sabían a cuál de ellos le había tocado el cartucho sin bala, cada uno podía consolar su conciencia pensando que no era él el homicida.»). Pero cuando el ofensor pertenece a otra tribu, y esta tribu, por uno u otro motivo, se niega a dar una compensación, entonces la tribu ofendida decide vengarse por sí misma. Los pueblos primitivos consideran hasta tal punto los actos de cada individuo como un asunto que obliga a toda la tribu, que nada puede hacerse sin haber recibido la aprobación general, llegando fácilmente a la idea de que el clan es responsable de los actos de cada miembro. Por consiguiente, la justa revancha puede ejercerse sobre no importa el miembro del clan ofensor o sobre uno de sus parientes. En Africa y también en otras partes, es una costumbre muy extendida que si se ha cometido un robo, el clan vecino debe devolver el equivalente de la cosa robada, y después buscar él mismo quién ha sido el ladrón. Puede suceder, sin embargo, que las represalias vayan más lejos que la ofensa. Inten-

tando infligir una herida, puede darse el caso de que muera el ofensor o herirle más de lo que se quería, y esto es causa de una nueva vindicta; de modo que los legisladores primitivos tenían buen cuidado de especificar que las represalias se limitarían a ojo por ojo, diente por diente y sangre por sangre.

Haremos observar, no obstante, que en los pueblos primitivos estos parecidos casos de vindicta son infinitamente más raros de lo que pudiera esperarse, aunque en algunos su número alcance proporciones anormales, particularmente entre los montañeses, rechazados hacia las alturas por invasores extranjeros, como los montañeses del Cáucaso y sobre todo los de Borneo, los dayaks. En los dayaks—se nos ha dicho recientemente—los odios llegan hasta tal extremo, que un joven no puede casarse ni ser declarado mayor de edad si no trae antes la cabeza de un enemigo. Esta horrible costumbre ha sido ampliamente descrita en una obra inglesa moderna. Parece, por otra parte, que esta afirmación es exageradísima. Además, la «caza de cabezas» de los dayaks toma otro aspecto cuando averiguamos que el pretendido cazador de cabezas no está impulsado por una pasión personal. Si busca matar un hombre lo hace para obedecer lo que considera como una obligación moral para con su tribu, exactamente como el juez europeo que, obedeciendo al mismo principio, evidentemente falso, que quiere asimismo «sangre por sangre», pone al asesino condenado en manos del verdugo. Los dos, el dayak y el juez europeo, sentirían remordimientos si les conmoviera alguna simpatía y ésta les llevara a evitar la pena al homicida. Por esto los dayaks, cuando se deja a un lado los homicidios que cometen para satisfacer su concepción de justicia, resultan el pueblo más simpático para todos los que les conocen. Y por esto mismo Carlos Bock, el autor que tan terrible descripción ha hecho de la caza de cabezas, escribió lo siguiente:

«Por lo que concierne a la moralidad, tengo que asignar a los dayaks un lugar elevado en la escala de la civilización... El bandidaje y el robo son del todo desconocidos entre ellos. Son también muy veraces... Si yo no obtenía siempre de ellos «toda» la verdad, por lo menos

lo que obtenía de ellos era siempre la verdad. Otro tanto quisiera poder decir de los malayos.» (Págs. 209 y 210.)

El testimonio de Bock está plenamente corroborado por el de Ida Pfeiffer. «Reconozco plenamente—escribe ésta—que me gustaría viajar más tiempo entre ellos. Generalmente los he hallado honrados, buenos y reservados... mucho más que en ninguna otra nación de las que conozco». Stoltze emplea casi las mismas palabras hablando de ellos. Generalmente los dayaks no tienen más que una mujer y la tratan bien. Son muy sociables, y cada mañana el clan entero sale a pescar, cazar o cultivar en numerosos grupos. Los poblados consisten en grandes chozas, cada una habitada por una docena de familias, y a veces por varios centenares de personas, viviendo pacíficamente juntos. Demuestran un gran respeto a sus mujeres y aman mucho a sus hijos. Cuando uno de estos cae enfermo, las mujeres se relevan para prodigarle sus cuidados. En general comen y beben muy moderadamente. Tal es el dayak en su verdadera vida diaria.

*
* *

Fatigoso sería aportar más ejemplos de la vida salvaje. A cualquier parte que vayamos hallamos las mismas costumbres sociales, el mismo espíritu de solidaridad. Y cuando nos esforzamos para penetrar en la noche de los tiempos lejanos, hallamos la misma vida del clan, las mismas asociaciones de hombres, por primitivos que sean, para el apoyo mutuo. Darwin tenía, por consiguiente, razón cuando veía en las cualidades sociales del hombre el principal factor de su evolución ulterior, y los vulgarizadores de Darwin están absolutamente equivocados cuando sostienen lo contrario.

«La poca fuerza y escasa rapidez del hombre—escribía Darwin,—su carencia de armas naturales, etc., son defectos que están contrabalanceados, primero por sus facultades intelectuales (las cuales, hace observar además, han sido principalmente y hasta exclusivamente adquiridas por el beneficio de la comunidad), y en segundo lugar

por sus cualidades sociales que condujéronle a dar su apoyo a sus semejantes y a recibirlo de ellos.»

En el siglo XVIII el salvaje y su vida «al estado de naturaleza» fueron idealizados. Pero hoy los abios han caído en el extremo opuesto, particularmente después que algunos de ellos, deseosos de demostrar el origen animal del hombre, pero poco familiarizados con los aspectos sociales de la vida animal, han recargado la pintura de los salvajes con todos los rasgos «bestiales» imaginables. Es sin embargo evidente que esta exageración es mucho más anticientífica que la idealización de Rosseau. El salvaje no es un ideal de virtud, pero tampoco es un ideal de «salvajismo». El hombre primitivo tiene sin embargo una cualidad, producida y mantenida por las necesidades mismas de su dura lucha por la vida; identifica su propia existencia con la de su tribu; sin esta cualidad la humanidad no habría alcanzado jamás el nivel a que ha llegado.

Los primitivos, como dejamos dicho, identifican de tal modo su vida con la de su tribu, que cada uno de sus actos, por insignificante que sea, es considerado como un asunto que a todos concierne. Su conducta está regulada por una infinidad de reglas de conveniencia no escritas, que son el fruto de la experiencia común sobre lo que es bien y sobre lo que es mal, es decir, ventajoso o perjudicial para su propia tribu. Los raciocinios son a veces absurdos en extremo, muchos nacidos de la superstición, y, en general, en todo lo que hace, el salvaje no ve más que las consecuencias inmediatas de sus actos: no puede prever las consecuencias indirectas y ulteriores. En esto no hace más que exagerar un defecto que Bentham reprocha a los legisladores civilizados. Pero, absurdas o no, el salvaje obedece a las prescripciones del derecho común, por desagradables que le sean. Las obedece hasta más ciegamente que el hombre civilizado obedece las prescripciones de la ley escrita. El derecho común es su religión; son sus mismas costumbres. La idea del clan está siempre presente en su espíritu, y el temor de sí mismo y el sacrificio de sí mismo en interés del clan se encuentran cotidianamente. Si el salvaje ha infringido una de las

reglas más pequeñas de la tribu, se ve perseguido por las burlas de las mujeres. Si la infracción es grave, está torturado día y noche por el temor de haber atraído una calamidad sobre su tribu. Si por accidente ha herido a alguno de su clan y ha cometido de este modo el mayor de todos los crímenes, se vuelve miserable: huye a los bosques, dispuesto a suicidarse, a no ser que la tribu lo absuelva infligiéndole un castigo físico y vertiendo su sangre. En el interior de la tribu todo es común; cada porción de alimento se divide entre todos los presentes, y si el salvaje está solo en los bosques, no comenzará a comer sin antes haber dirigido en alta voz por tres veces una invitación a compartir su comida a todos los que pudieren oírle.

En una palabra, en el interior de la tribu la regla de «cada uno para todos» es soberana, y lo ha sido mientras la familia separada no ha roto la unidad tribal. Pero esta regla no se extiende a los clanes vecinos, o a las tribus vecinas, ni siquiera en caso de federación para protegerse mutuamente. Cada tribu o clan es una unidad separada, absolutamente como en los mamíferos y en los pájaros. El territorio está repartido aproximadamente entre las diversas tribus, y excepto en caso de guerra, los límites se respetan. Al penetrar en territorio del vecino se ha de demostrar que no se va con malas intenciones. Cuanto más alto pregona su proximidad, más gana su confianza, y si entra en una casa, debe dejarse el hacha a la puerta. Pero ninguna tribu está obligada a compartir su alimento con las demás: pueden hacerlo o dejar de hacerlo. De este modo, la vida del salvaje está dividida en dos series de acciones y se muestra bajo dos aspectos diferentes: de una parte, las relaciones en el interior de la tribu; de otra, las relaciones con las gentes de exterior, y (como nuestro derecho internacional) el derecho «intertribal» difiere bajo muchos aspectos del derecho común. Así, cuando estalla una guerra, las más repugnantes crueldades pueden ser consideradas como otros tantos títulos a la admiración de la tribu. Esta doble concepción de la moralidad se encuentra a través de toda la evolución de la humanidad y se ha mantenido hasta

nuestros días. Los europeos hemos realizado algunos progresos, no muy grandes, para desembarazarnos de esta doble concepción de la moral; pero, es necesario decir asimismo que si en cierta medida hemos extendido nuestras ideas de solidaridad—por lo menos en teoría—a la nación, y en parte a las demás naciones. por otro lado hemos debilitado los lazos de sòlidad en el interior de nuestras propias naciones y hasta en el seno de la familia.

La aparición de una familia separada en el seno del clán quebranta necesariamente la unidad establecida. Una familia separada significa bienes separados y la acumulación de riquezas. Hemos visto de qué modo los esquimales subsanan estos inconvenientes; es un estudio muy interesante seguir a través de las edades las diferentes instituciones (comunidades rurales, guildas, etc.), en virtud de las cuales las masas se han esforzado para mantener la unidad de la tribu, a despecho de los agentes que trabajan para destruirla. De otro lado, los primeros rudimentos de sabiduría que aparecieron en una época lejanísima, cuando se confundían con la hechicería, se convirtieron también en un poder en manos del individuo que podía emplearlo contra la tribu. Eran secretos cuidadosamente guardados y transmitidos únicamente a los iniciados, en las sociedades secretas de hechiceros, de magos y de sacerdotes que hallamos en todos los salvajes. Al mismo tiempo, las guerras y las invasiones crearon la autoridad militar, así como las castas de guerreros cuyas asociaciones o clubs adquirieron un gran poder. De todos modos, en ningún período de la vida del hombre las guerras han sido el estado *normal* de la existencia. Mientras los guerreros se exterminaban unos a otros y los sacerdotes celebraban estas matanzas, las masas continuaban viviendo su vida diaria y efectuaban su trabajo ordinario. Es una de las investigaciones más atractivas seguir paso a paso esta vida de las masas, estudiar los medios en virtud de los cuales conservaron su propia organización social, basada en sus concepciones de equidad, de ayuda recíproca y de apoyo mutuo—el derecho común, en una palabra—hasta bajo los regímenes más ferozmente teocráticos y autocráticos.

CAPITULO IV

EL APOYO MUTUO ENTRE LOS BARBAROS

La emigración de los pueblos.—Una nueva organización que se ha hecho necesaria.—La comunidad rural.—El trabajo comunal.—El procedimiento judicial.—La ley intertribal.—Ejemplos sacados de la vida de nuestros contemporáneos.—Buriatas.—Kabylas.—Montañeses caucásicos.—Razas del Africa.

Es imposible estudiar al hombre primitivo sin sentirse profundamente impresionado por la sociabilidad de que ha dado pruebas desde sus primeros pasos en la vida. La existencia de sociedades humanas está ya demostrada por los vestigios que encontramos en la edad de piedra paleolítica y neolítica, y cuando estudiamos a los salvajes contemporáneos cuyo género de vida es aún el mismo del hombre neolítico, los hallamos a todos estrechamente unidos por la organización en extremo antigua del clán, que les permite combinar sus fuerzas individuales, débiles aún, gozar de la vida en común y progresar. El hombre no es una excepción en la Naturaleza. También él se conforma al gran principio del apoyo mutuo, que da las mejores probabilidades de sobrevivir a los que mejor saben ayudarse en la lucha por la vida. A estas conclusiones hemos llegado en el capítulo precedente.

Sin embargo, desde que llegamos a un grado más elevado de la civilización y hurgamos en la historia, cuando ya puede decir algo sobre este período, nos confunden las luchas y los conflictos que ella nos revela. Los lazos antiguos parecen completamente rotos. Las razas se com-

nuestros días. Los europeos hemos realizado algunos progresos, no muy grandes, para desembarazarnos de esta doble concepción de la moral; pero, es necesario decir asimismo que si en cierta medida hemos extendido nuestras ideas de solidaridad—por lo menos en teoría—a la nación, y en parte a las demás naciones. por otro lado hemos debilitado los lazos de sòlidad en el interior de nuestras propias naciones y hasta en el seno de la familia.

La aparición de una familia separada en el seno del clán quebranta necesariamente la unidad establecida. Una familia separada significa bienes separados y la acumulación de riquezas. Hemos visto de qué modo los esquimales subsanan estos inconvenientes; es un estudio muy interesante seguir a través de las edades las diferentes instituciones (comunidades rurales, guildas, etc.), en virtud de las cuales las masas se han esforzado para mantener la unidad de la tribu, a despecho de los agentes que trabajan para destruirla. De otro lado, los primeros rudimentos de sabiduría que aparecieron en una época lejanísima, cuando se confundían con la hechicería, se convirtieron también en un poder en manos del individuo que podía emplearlo contra la tribu. Eran secretos cuidadosamente guardados y transmitidos únicamente a los iniciados, en las sociedades secretas de hechiceros, de magos y de sacerdotes que hallamos en todos los salvajes. Al mismo tiempo, las guerras y las invasiones crearon la autoridad militar, así como las castas de guerreros cuyas asociaciones o clubs adquirieron un gran poder. De todos modos, en ningún período de la vida del hombre las guerras han sido el estado *normal* de la existencia. Mientras los guerreros se exterminaban unos a otros y los sacerdotes celebraban estas matanzas, las masas continuaban viviendo su vida diaria y efectuaban su trabajo ordinario. Es una de las investigaciones más atractivas seguir paso a paso esta vida de las masas, estudiar los medios en virtud de los cuales conservaron su propia organización social, basada en sus concepciones de equidad, de ayuda recíproca y de apoyo mutuo—el derecho común, en una palabra—hasta bajo los regímenes más ferozmente teocráticos y autocráticos.

CAPITULO IV

EL APOYO MUTUO ENTRE LOS BARBAROS

La emigración de los pueblos.—Una nueva organización que se ha hecho necesaria.—La comunidad rural.—El trabajo comunal.—El procedimiento judicial.—La ley intertribal.—Ejemplos sacados de la vida de nuestros contemporáneos.—Buriatas.—Kabylas.—Montañeses caucásicos.—Razas del Africa.

Es imposible estudiar al hombre primitivo sin sentirse profundamente impresionado por la sociabilidad de que ha dado pruebas desde sus primeros pasos en la vida. La existencia de sociedades humanas está ya demostrada por los vestigios que encontramos en la edad de piedra paleolítica y neolítica, y cuando estudiamos a los salvajes contemporáneos cuyo género de vida es aún el mismo del hombre neolítico, los hallamos a todos estrechamente unidos por la organización en extremo antigua del clán, que les permite combinar sus fuerzas individuales, débiles aún, gozar de la vida en común y progresar. El hombre no es una excepción en la Naturaleza. También él se conforma al gran principio del apoyo mutuo, que da las mejores probabilidades de sobrevivir a los que mejor saben ayudarse en la lucha por la vida. A estas conclusiones hemos llegado en el capítulo precedente.

Sin embargo, desde que llegamos a un grado más elevado de la civilización y hurgamos en la historia, cuando ya puede decir algo sobre este período, nos confunden las luchas y los conflictos que ella nos revela. Los lazos antiguos parecen completamente rotos. Las razas se com-

baten unas a otras, las tribus contra las tribus, los individuos contra individuos, y del caos y de los choques de estas fuerzas hostiles sale la humanidad dividida en castas, esclavizada por déspotas, separada en Estados, dispuestos siempre a hacerse la guerra. Apoyándose sobre esta historia de la humanidad, el filósofo pesimista saca en conclusión triunfal que la guerra y la opresión son la esencia misma de la Naturaleza humana; que los instintos de guerra y de rapiña del hombre no pueden ser contenidos en ciertos límites más que por una potente autoridad que le obligue a la paz y da de este modo a unos cuantos hombres selectos la ocasión de preparar una vida mejor para la humanidad en el porvenir.

Con todo esto, desde que sometemos a un análisis cerrado—es lo que se ha hecho recientemente en numerosos y pacientes estudios referentes a las instituciones más antiguas—la vida diaria de los hombres durante el período histórico, esta vida aparece bajo un aspecto del todo diferente. Si dejamos a un lado las ideas preconcebidas de la mayor parte de los historiadores y su marcada predilección por los aspectos dramáticos de la historia, vemos que los mismos documentos que estudian exageran la parte de la vida humana consagrada a las luchas y que descuidan sus lados pacíficos. Los días brillantes y asoleados piérdense de vista ante las tormentas y los huracanes. En nuestra misma época, los voluminosos documentos que preparamos a los futuros historiadores en nuestra prensa, nuestros tribunales, nuestras oficinas gubernamentales y hasta en las novelas y en las obras poéticas, afectan la misma parcialidad. Transmiten a la posteridad las descripciones más minuciosas de cada guerra, de cada batalla o escaramuza, de cualquier acto de violencia, de toda especie de sufrimiento individual; pero apenas si dejan alguna huella de los innumerables actos de mutuo apoyo y de abnegación que cada uno de nosotros conoce, sin embargo, por propia experiencia; apenas si tienen en cuenta lo que constituye la esencia misma de nuestra vida diaria, de nuestros instintos sociales y de nuestras costumbres sociales. Nada de extraño tiene que los testimonios del pasado fuesen tan imperfectos. Los analistas,

en efecto, nunca dejaron de encontrar las guerras más pequeñas y las calamidades de que fueron víctimas sus contemporáneos; pero ninguna atención prestaron a la vida de las masas, por más que la mayor parte de estas masas hayan vivido trabajando pacíficamente, mientras un reducidísimo número de hombres guerreaban entre sí. Los poemas épicos, las inscripciones sobre los monumentos, los tratados de paz, casi todos los documentos históricos, llevan el mismo carácter; se refieren a las violaciones de la paz, pero no a la misma paz. De modo que el historiador mejor intencionado traza inconscientemente un cuadro inexacto de la época que trata de historiar. Para hallar la proporción real entre los conflictos y la unión, nos es necesario recurrir al análisis minucioso de millares de pequeños hechos y de indicaciones fugitivas, accidentalmente conservadas entre las reliquias del pasado; luego tenemos que interpretarlas con ayuda de la etnología comparada, y después de haber oído hablar tanto de todo lo que ha dividido a los hombres, tenemos que reconstruir piedra por piedra las instituciones que los mantuvieron unidos.

Dentro de poco precisará escribir de nuevo la historia sobre un nuevo plan, a fin de tener en cuenta estas dos corrientes de la vida humana y poder apreciar la parte desempeñada por cada una de ellas en la evolución. Pero interinamente podemos sacar partido del inmenso trabajo preparatorio recientemente efectuado con objeto de hallar nuevamente los rasgos principales de la segunda corriente, antes tan descuidada. De los períodos mejor conocidos de la historia podemos ya sacar ejemplos de la vida de las masas, a fin de indicar el papel que ha jugado el apoyo mutuo durante estos períodos, y para no extender demasiado este trabajo podemos dispensarnos de remontarnos hasta los egipcios o hasta la antigüedad griega y romana. En efecto, la evolución de la humanidad no afecta el carácter de una serie sin interrupción. Varias veces la civilización ha terminado en una cierta región, en una cierta raza, y ha recommenzado en otra parte, entre otras razas. Pero a cada nueva aparición recommenzó con las mismas instituciones del clan que hemos visto en los

salvajes, De modo que si tomamos el último renacimiento, el de nuestra civilización actual en su principio, en los primeros siglos de nuestra era, entre aquellos que los romanos llamaban «bárbaros», tendremos toda la escala de la evolución, comenzando con las *gentes* y terminando por las instituciones de nuestro propio tiempo. Las páginas siguientes van a ser consagradas a este estudio.

Los sabios aún no han establecido convenientemente las causas que empujaron, hace cerca de dos mil años, del Asia a Europa, a naciones enteras y produjeron estas grandes emigraciones de bárbaros que pusieron fin al imperio romano de Occidente. Una causa, no obstante, se presenta naturalmente al espíritu del geógrafo cuando considera las ruinas de las ciudades populosas en los desiertos del Asia central, o cuando remonta los lechos de los ríos hoy desaparecidos y las depresiones antes llenadas por los lagos de los que actualmente no quedan más que simples estanques. Es el desagüe, un desagüe reciente, que comenzó con el período postglacial y ha continuado durante los tiempos históricos con una rapidez que antes no estábamos preparados para admitir. En el Asia central, occidental y septentrional se hallan innumerables huellas de lagos del período postplioceno, actualmente desaparecidas. De otra parte, conchas de las mismas especies que las que viven actualmente en el mar Caspio se hallan extendidas sobre la superficie del suelo al Este de este mar, hasta la mitad del camino del lago Aral; se las halla en los recientes depósitos hacia el Norte hasta Kazan, y huellas de golfos dependientes del mar Caspio, que antes se suponía eran antiguos lechos del Amur, surcan el territorio turcomán. Debemos tener naturalmente en cuenta las oscilaciones, que debían ser temporales y periódicas. Pero aparte éstas, el desagüe progresivo es evidente y procede con una rapidez inesperada. Hasta en las partes relativamente húmedas del Sudoeste de la Siberia, la serie de alzados, dignos de confianza, publicados por Ya-

drintseff, demuestran que se han levantado poblaciones sobre lo que hace ochenta años era el fondo de uno de los lagos del grupo Tchani, mientras que los otros lagos del mismo grupo, que cubrían centenares de kilómetros cuadrados hace cerca de cincuenta años, son actualmente simples estanques. En una palabra, el desagüe del Noroeste del Asia sigue una marcha cuyas etapas podemos contar por siglos, en lugar de servirnos de las unidades de tiempo geológicas de que teníamos la costumbre de hablar. Contra este fenómeno de la Naturaleza el hombre era impotente. Cuando los habitantes del Noroeste de la Mongolia y del Turkestán oriental vieron que el agua les abandonaba, no tuvieron más remedio que descender hacia los anchos valles que conducían a las tierras más bajas y rechazar hacia el Oeste a los habitantes de las llanuras. Así han desaparecido poblaciones enteras, como ha sido demostrado por los notables descubrimientos hechos en Mongolia sobre el Orkhon, en las depresiones de Luktchum, en los desiertos del Takla-maklan, alrededor del Lob-nor, etc. Poblaciones y más poblaciones se vieron así arrojadas sobre Europa, obligando a otros pueblos a cambiar de sitio y a avanzar siempre durante sucesiones de siglos hacia el Oeste o hacia el Este en busca de nuevos lugares más o menos permanentes. Las razas se mezclan a otras razas durante estas emigraciones, los aborígenes con los inmigrantes, los aryaos con los uralaltaicos, y nada de extraño hubiera sido que las instituciones sociales que les habían mantenido unidos en sus comarcas de origen, desaparecieran completamente durante las estratificaciones de razas que se produjeron en Europa y en Asia. Pero no sucedió así. Estas instituciones sufrieron únicamente las modificaciones requeridas por las nuevas condiciones de existencia.

Cuando los teutones, los celtas, los escandinavos, los slayos y otros entraron por primera vez en contacto con los romanos, hallábanse en un estado de organización social transitoria. Las uniones por clanes, basadas sobre un origen común, supuesto o real, habíanse mantenido unidos durante varios millares de años. Pero estas uniones respondieron a su objeto mientras no hubo familias se-

paradas en el seno de la *gens* o del clan. Sin embargo, por causas que hemos mencionado, se desarrollaba ya la familia patriarcal separada, lenta, pero seguramente, en el interior del clan, y a la larga esto significaba, evidentemente, la acumulación individual de la riqueza y el poder y su transmisión hereditaria. Las frecuentes emigraciones de bárbaros y las guerras, que eran su consecuencia, apresuraron la división de las *gentes* en familias separadas, mientras que la dispersión de las diversas poblaciones y sus mezcolanzas con extranjeros ofrecían nuevas facilidades para la última desintegración de las uniones basadas hasta entonces en la comunidad de origen. Los bárbaros hallábanse de este modo en la alternativa de ver sus clanes disueltos en grupos esparcidos de familias, entre las cuales las más ricas, sobre todo si podían unir a su riqueza las funciones sacerdotales o la gloria militar, debían lograr imponer su autoridad a las demás, o bien inventar alguna nueva forma de organización basada en algún principio nuevo.

Varias tribus no tuvieron fuerza para resistir a la desintegración; se disgregaron y se perdieron para la historia. Pero las más vigorosas conservaron su cohesión y salieron de esta prueba con una nueva organización—el *municipio lugareño* (la *commune villageoise*)—que las mantuvo unidas durante los quince siglos siguientes y más tiempo aún. La concepción de un territorio común, adquirido y protegido por los esfuerzos comunes, nació y substituyó a las concepciones debilitadas de un origen común. Los dioses comunes perdieron gradualmente su carácter de antepasados y dotáronse de un carácter local y territorial. Convirtiéronse en los dioses o los santos de una dada localidad; la «tierra» fué identificada con sus habitantes. Desarrolláronse uniones territoriales en lugar de las uniones consanguíneas del pasado, y esta nueva organización ofrecía ciertas ventajas incontestantes en las nuevas circunstancias. Reconocía la independencia de la familia y hasta la aumentaba; el municipio rural renunciaba al derecho de mezclarse en los asuntos interiores en el seno del cercado de cada familia; en principio no era hostil a la unión entre individuos de origen diferente y mantenía

al propio tiempo la cohesión necesaria de acción y de pensamiento; en fin, era bastante fuerte para oponerse a las tendencias dominadores de las minorías de hechiceros, de sacerdotes o de guerreros profesionales. La *commune* lugareña convirtióse así en la célula fundamental de la organización futura, y en muchas naciones ha conservado este mismo carácter hasta hoy.

*
* *

Actualmente se sabe, y ya casi nadie lo pone en duda, que el municipio rural no era un rasgo específico de los slavos ni siquiera de los antiguos teutones. Existía en Inglaterra durante el período sajón tanto como bajo el dominio normando y, en parte, ha sobrevivido hasta el siglo XIX, y era la base de la organización social de la antigua Escocia, de la antigua Irlanda, y del antiguo País de Gales. En Francia, las posesiones comunales y las distribuciones de tierras arables por la asamblea del lugar, persistieron desde los primeros siglos de nuestra era hasta Turgot, que halló que las asambleas lugareñas eran «demasiado ruidosas» e inauguró su abolición. El municipio lugareño sobrevivió al dominio romano en Italia y reapareció después de la caída del imperio. Era la regla entre los escandinavos, los slavos, los finlandeses (en la *pittäyä*, como también probablemente, en la *kömlakunta*), los curdas y los livonios. El municipio lugareño en la India—antigua y moderna, arya o no arya—es bien conocido por las obras de sir Henry Maine, que forman época; Elphinstone lo ha descrito entre los afganes. Lo encontramos igualmente en el *ulús* de los mogoles, la *thaddart* de los kabyas, la *dessa* de los javaneses, la *kota* o *lofa* de los malayos y bajo otros nombres en Abisinia, en el Sudán, en el interior del Africa, en los indígenas de ambas Américas y entre todas las grandes y pequeñas tribus de los archipiélagos del Pacífico. En una palabra, no conocemos una sola raza humana o una sola nación que no haya tenido su período de *communas* lugareñas. Este solo hecho destruye la teoría según la cual el municipio rural en Europa

habría sido un resultado de la servidumbre. Es anterior a ésta, y hasta la sumisión a la servidumbre fué impotente para romperlo. Fué una fase universal de la evolución, una transformación inevitable de la organización por clanes, por lo menos para todos los pueblos que han desempeñado y representan aún algún papel en la historia.

El municipio lugareño era un crecimiento natural, y por esta razón una uniformidad absoluta en su estructura no era posible. En general era una unión entre familias consideradas como de origen común y poseyendo en común un cierto territorio. Pero en ciertos pueblos, y en virtud de ciertas circunstancias, las familias no se apresuraban a ramificarse en nuevas familias y, aunque vuéltose muy numerosas, permanecían indivisas. Cinco, seis y hasta siete generaciones continuaban viviendo entonces bajo el mismo techo, o dentro el mismo recinto con casa común, en común poseyendo el ganado y en común efectuando sus comidas en el hogar familiar. En este caso estaban bajo el régimen de lo que en etnología se llama «la familia compuesta» o «la familia indivisa», como la vemos aún en toda la China, en la India, en la *Zadruga* de los slavos meridionales, en Dinamarca, y ocasionalmente en la Rusia del Norte y en el Oeste de Francia. Varios autorizados escritores están dispuestos a considerar la familia compuesta como un estado intermedio entre el clan y el municipio lugareño, y no cabe duda que en muchos casos este último salió de las familias indivisas. Sin embargo, considero la familia compuesta como un hecho de orden diferente. La hallamos en el interior de las *gentes*; de otro lado, no podemos afirmar que la familia compuesta haya existido en ningún período de la historia sin pertenecer sea a una *gens*, sea a un municipio de pueblo, sea a una *gan*. Yo concibo que los primeros municipios de pueblo nacieron lentamente, pero de un modo directo, de las *gentes*, y componiéndose, según las razas y según las circunstancias locales, sea de varias familias compuestas, sea de familias simples y de familias compuestas, sea, en fin (particularmente en el caso de nuevos establecimientos), únicamente de familias simples. Si este modo de ver es justo, no habría derecho de establecer la serie: *gens*, familia

compuesta, municipio de lugar—el segundo término de la serie no tiene el mismo valor etnológico de los otros dos (1).

En otros pueblos o en otras circunstancias que no están aún bien determinadas, las familias no llegaban a tener las mismas proporciones; los nietos, y a veces hasta los hijos, abandonaban la casa tan pronto como se casaban, y cada uno creaba una nueva familia. Pero, indivisas o no, agrupadas o esparcidas en los bosques, las familias permanecían unidas en comunidad lugareña; varias comunidades lugareñas se agrupaban en tribus, y las tribus se unían en confederaciones. Tal fué la organización social que se desarrolló entre los pretendidos «bárbaros» cuando comenzaron a establecerse de modo más o menos estable en Europa.

*
* *

Hízose necesaria una larga evolución antes que las *gentes* o clanes reconociesen la existencia distinta de la familia patriarcal en una choza separada; pero después que ésta quedó reconocida, aun el clan fué lento en admitir la herencia personal de los bienes. Los pocos objetos que habían pertenecido personalmente al individuo destruíanse sobre su tumba o se enterraban con el muerto. El municipio rural, al contrario, reconocía plenamente la acumulación privada de la riqueza en la familia y su transmisión hereditaria. Pero la riqueza estaba concebida exclusivamente bajo la forma de bienes *muebles*, comprendiendo el ganado, los instrumentos de trabajo, las armas y la casa habitación, la cual—«como todas las cosas que pueden ser destruidas por el fuego»—entraba en la misma categoría. Tocante a la propiedad territorial, el municipio rural no la reconocía; no podía reconocer semejante cosa, y, en general, no la reconoce hasta nuestros días. La tierra era propiedad común de la tribu o del pueblo entero, y el mismo municipio rural no poseía su parte de territorio

(1) Véase apéndice IX.

mientras que la tribu no reclamase un reparto de lotes atribuidos a los diferentes pueblos. El desmonte de los bosques y de la tierra virgen era a menudo obra de los municipios, o por lo menos de varias familias unidas —siempre con el consentimiento de la comunidad,— las parcelas desmontadas convertíanse en propiedad de cada familia para un lapso de tiempo de cuatro, doce o veinte años, después del cual se consideraban como formando parte de las tierras arables que se poseían en común. La propiedad privada o la posesión «perpetua» era tan incompatible con los principios y las concepciones religiosas del municipio rural, como lo era con los principios de la *gens*, de modo que fué necesaria una larga influencia de la ley romana y de la iglesia cristiana, que aceptó los principios romanos, para acostumbrar a los bárbaros a la idea de propiedad territorial individual (1). Y sin embargo, hasta cuando este modo de propiedad o de posesión fué reconocido por algún tiempo, el poseedor de un dominio separado permaneció siendo copropietario de los terrenos incultos, de los bosques y de los pastos. Además, vemos continuamente, en particular en la historia de Rusia, que cuando algunas familias obrando separadamente se apoderaban de tierras pertenecientes a tribus consideradas como extranjeras, estas familias no tardaban en unirse y en constituir municipio lugareño que, a la tercera o cuarta generación, comenzaba a profesar una comunidad de origen.

Toda una serie de instituciones, en parte heredadas del período de los clanes, nacieron de esta base fundamental: la propiedad de la tierra en común, durante la larga sucesión de siglos que fué necesaria para llevar a los bárbaros bajo el dominio de Estados organizados según el sistema romano o bizantino. La comuna rural no era solamente una unión que garantizaba a cada uno una parte equitativa de la tierra común; representaba asimismo una unión para el cultivo de la tierra en común, para el sostenimiento mutuo bajo todas las formas posibles, para la pro-

(1) En el primer período bárbaro, solamente se hallan huellas de propiedad territorial particular, en los pueblos que (como los batavos y francos de la Gallia) han estado durante un cierto tiempo, bajo la influencia de la Roma imperial.

tección contra la violencia y para un desarrollo ulterior del saber, de las concepciones morales así como de los lazos nacionales. Ningún cambio en las instituciones de justicia, de la defensa armada, de la educación o de las relaciones económicas podía efectuarse, sin estar acordado por el municipio rural, por la tribu o por la confederación. Siendo la «commune» una continuación de la *gens*, heredó todas sus funciones. Era una *universitas*, un *mir* un mundo en sí (1).

La caza en común, la pesca en común y el cultivo en común de las huertas o de las plantaciones de árboles, frutales había sido la regla en las antiguas *gens*. La agricultura en común convirtiéndose en la regla en los Comunes rurales de los bárbaros. Verdad que hay pocos testimonios directos sobre este punto, y en la literatura de la antigüedad no existen más que los escritos de Diodoro y de Julio César relativos a los habitantes de las islas Lipari (una tribu de celtíberos) y a los suevos. Pero no carecemos de testimonios indirectos para probar que la agricultura en común se practicaba en ciertas tribus de teutones, de francos, en las de los antiguos escoceses, irlandeses y de los welches. Respecto a las supervivencias de esta costumbre son innumerables. Hasta en la Francia completamente romanizada era habitual el cultivo en común, hace cerca de veinticinco años, en Bretaña y en el Morbihan. El antiguo *cyfar* Welche, o asociación de labradores, así como el cultivo en común de la tierra atribuida al templo del lugar, eran del todo ordinarias entre las tribus del Cáucaso menos afectadas por la civilización. Hechos parecidos se encuentran constantemente entre los campesinos rusos. Se sabe, además, que varias tribus del Brasil, de la América central y de Méjico tenían la costumbre de cultivar sus campos en común, y que esta misma costumbre está muy extendida entre los malayos, en la Nueva Caledonia, entre varias razas negras y en otros pueblos. En una palabra, la agricultura en común es tan habitual en los arjos, los uralaltaianos, los mogoles, los negros, los pielesrojas, los malayos y los melanesios, que podemos

(1) *Mir* = universo, mundo.

considerarla como una forma de la agricultura primitiva que, sin ser la única posible, fué una forma universal.

El cultivo en común no implica, sin embargo, necesariamente el consumo en común. Ya bajo el régimen de los clanes vemos a menudo que, cuando los barcos cargados, de frutos o de pescado retornan al pueblo, el alimento que traen se reparte entre todas las chozas y las «casas largas», habitadas por varias familias o por los jóvenes; este alimento se cuece separadamente en cada hogar. La costumbre de hacer las comidas dentro de un círculo más íntimo de parientes o de asociados existía ya en el período primitivo de la organización por clanes. En el municipio rural se convirtió en la regla. Hasta el alimento producido en común dividíase, generalmente, en las diferentes casas, después de separar una parte para el uso comunal. De todos modos, la tradición de las comidas en común fué piadosamente conservada. Se aprovechó cualquier ocasión, como la conmemoración de los antepasados, las fiestas religiosas, el comienzo y fin de los trabajos campesinos, los nacimientos, los casamientos y los funerales, para que la comunidad compartiera una comida en común. De nuestros tiempos esta costumbre, bien conocida en Inglaterra con el nombre de «cena de la cosecha», es una de las últimas en desaparecer. De otra parte, hasta cuando se hubo cesado de trabajar y de sembrar los campos en común, diferentes trabajos agrícolas continuaron y continúan aún efectuándose comunalmente. Ciertas porciones de terreno, en muchos casos, se cultivan en común, sea a beneficio de los indigentes, sea para que sus productos se utilicen para las fiestas religiosas. Los canales de riego se excavan y reparan en común. Las praderas comunales las siega el común, y el espectáculo de un municipio comunal ruso segando un prado—los hombres rivalizando en ardor de segar, mientras las mujeres recogen y amontonan la hierba—impresiona grandemente: se ve entonces lo que el trabajo humano es y debiera ser. El heno, en estas circunstancias, se reparte entre las diferentes casas, y es evidente que nadie tiene derecho a tomar heno de la pila de su vecino sin su permiso. Pero esta regla la aplican de muy curioso modo los ossetas del Cáu-

caso: cuando el cucú canta y anuncia que llega la primavera y que los prados van a vestirse pronto de hierba, todos los que de ello tienen necesidad tienen el derecho de tomar de la pila del vecino el heno necesario para su caballo. Es una especie de reafirmación de los antiguos derechos comunales que parece demostrar cuán contrario es a la naturaleza humana el individualismo desenfrenado.

Cuando un viajero europeo aborda en alguna pequeña isla del Pacífico y viendo a alguna distancia un palmeral se encamina en su dirección, se asombra al descubrir que los pequeños pueblecillos están reunidos por caminos pavimentados de grandes baldosas, muy cómodas para los desnudos pies de los nativos y muy «parecidos» a los «viejos caminos» de las montañas suizas. Los «bárbaros» construyeron caminos iguales en toda Europa, y es necesario haber viajado por países no civilizados y poco poblados, lejos de las principales vías de comunicación, para tener una idea exacta del enorme trabajo que realizaron las comunidades bárbaras a fin de conquistar los inmensos bosques y los pantanales que cubrían Europa hace dos mil años. Las familias separadas, aisladas, débiles y sin instrumentos, no hubieran logrado tal conquista; la naturaleza salvaje las hubiera vencido. Únicamente los municipios lugareños, trabajando en común, podían hacerse dueños de los bosques vírgenes, de las marismas impracticables y de las estepas sin límites.

Los caminos primitivos, las balsas para atravesar los ríos, los puentes de madera que el invierno arrebatava y reconstruidos después de las crecidas, los cercados y los muros de empalizada de los pueblos, los fortines y las torrecillas de que estaba sembrado el territorio, todo esto fué obra de los municipios bárbaros. Y cuando uno se volvía demasiado numeroso, se destacaba un nuevo retoño, formándose un nuevo Común a alguna distancia del antiguo, sometiendo paso a paso bosques y estepas al poder del hombre. El mismo florecimiento de las naciones europeas no fué otra cosa que un brotar de los municipios lugareños. Aun hoy, los campesinos rusos, si la miseria no les abatió del todo, emigran por municipios enteros y

cultivan el terreno y construyen las casas en común cuando se establecen en las orillas del Amur o en el Canadá. Cuando los ingleses comenzaron a colonizar América reanudaron el antiguo sistema: agrupáronse en comunidades rurales.

*
* * *

La principal arma de los bárbaros en su penosa lucha contra una naturaleza hostil, fué el municipio rural. Fué asimismo la forma de unión que opusieron a los hábiles y a los fuertes, cuya opresión se hubiera podido desarrollar tan fácilmente en aquellas turbadas épocas. El bárbaro imaginado—el hombre que se bate y mata por simple capricho—no ha existido, de igual modo que no ha existido el salvaje «sanguinario». El verdadero bárbaro, al contrario, vivía bajo un régimen de instituciones numerosas y complejas, nacidas de consideraciones sobre lo que podía ser útil o perjudicial a la tribu o a la confederación, y estas instituciones se transmitían piadosamente de generación en generación en forma de versos, de cantos, de proverbios, de triadas, de sentencias y de enseñanzas. Cuanto más estudiamos estas instituciones, más descubrimos cuán estrechos eran los lazos que unían a los hombres en sus pueblos. Cualquier querrela que se promoviera entre los individuos, era tratada como un asunto comunal; hasta las palabras ofensivas que podían haber sido pronunciadas durante una disputa, eran consideradas como una ofensa al Común y a sus antepasados. Debían ser reparadas mediante disculpas a la vez presentadas al individuo y al Común, y si una disputa terminaba en porrazos y heridas, aquel que la había presenciado y no se había interpuesto entre los combatientes era tratado como si él mismo hubiese causado las heridas (1).

El procedimiento judicial estaba imbuído del mismo

(1) Esta es la ley de los kalmucks, cuyo derecho de costumbre tiene gran semejanza con las leyes de los teutones, de los viejos eslavones, etc.

espíritu. Cualquier disputa se llevaba primero ante mediadores y árbitros, y generalmente la terminaban satisfactoriamente, puesto que el arbitraje desempeñaba un papel importante en las sociedades bárbaras. Pero si el caso era demasiado grave para terminado de este modo, llevábase a la asamblea comunal, que debía «hallar la sentencia» y que la pronunciaba bajo una forma condicional, es decir: «débese tal compensación si se ha probado el daño causado a otro», y el daño tenía que estar probado o negado por seis o doce personas, confirmando o negando el hecho por juramento. En caso de contradicción entre las dos series de «conjugadores», se recurría a la prueba (por el duelo, el fuego o de otro modo). Procedimiento semejante, que permaneció en vigor más de dos mil años, es bastante elocuente por sí mismo y demuestra cuán estrechos eran los lazos entre todos los miembros del Común rural. Además, no había otra autoridad para apoyar los acuerdos de la asamblea comunal más que su propia autoridad moral. La única amenaza era recíproca. Un hombre descontento de la asamblea comunal podía declarar que abandonaba la tribu y pasaba a otra, amenaza terrible, pues atraía toda clase de desgracias sobre la tribu que se había mostrado injusta con uno de sus miembros (1). Una rebelión contra un fallo justo de la ley consuetudinaria era simplemente «inconcebible»—como ha dicho Maine,—«porque la ley, la moralidad y los hechos» no se distinguían unos de otros en aquellos tiempos. Tan fuerte era la autoridad moral del municipio, hasta en una época posterior, que cuando los municipios rurales cayeron en poder de los señores feudales conservaron sus poderes judiciales; únicamente permitían al señor o a su mandatario «hallar» la sentencia condicional según la ley consuetudinaria que había jurado observar y reservarse para sí la multa (o *fred*) debida a la comunidad. Pero durante mucho tiempo el mismo señor, si bien permanecía copropietario de los terrenos incultos del municipio, debió someterse a los acuerdos de éste en los asuntos comunales. Noble o

(1) Esta costumbre se halla aun en vigor en muchas tribus africanas y otras.

eclesiástico, tenía que obedecer a la asamblea del pueblo —*Wer daselbst Wasser un Weid genusst, muss gehorsam sein.*— «Quien hace uso aquí del derecho al agua y al pasto, debe obediencia», era el viejo refrán. Hasta cuando los campesinos convirtiéronse en siervos del señor, éste debía presentarse ante la asamblea del pueblo cuando se le requería.

En sus concepciones de la justicia los bárbaros diferían poco de los salvajes. También ellos consideraban que un homicidio debía ir seguido de la muerte del asesino; que las heridas debían ser castigadas con heridas absolutamente iguales, y que la familia ultrajada venía obligada a ejecutar por sí misma la sentencia de la ley consuetudinaria. Esto era un deber sagrado, un deber para con los antepasados, que debía cumplirse públicamente, jamás en secreto, hacerse público. Así, los pasajes más inspirados de los sagas y de los poemas épicos en general son los que glorifican lo que se suponía ser la justicia. Los mismos dioses ayudaban a ello. Con todo, el rasgo predominante de la justicia de los bárbaros es, de un lado, limitar el número de los individuos que pueden ser implicados en una disensión, y de otro extirpar la idea que la sangre pide sangre, que una herida requiere igual herida, y sustituirla con el sistema de las compensaciones. Los códigos bárbaros, recolección de reglas del derecho consuetudinario reunidas para uso de los jueces, permitieron primero, después estimularon, y por fin hicieron obligatoria, la compensación en lugar de la venganza. Pero los que han querido representar la compensación como si fuese una multa, como una especie de licencia otorgada al rico para hacer lo que quisiere, se han engañado por completo. La compensación (*wergeld*), del todo diferente de la multa o del *fred*, era por lo general tan elevada para toda clase de ofensas activas, que ciertamente no era un estimulante para que se produjeran. En caso de homicidio excedía generalmente a todo lo que podía ser la fortuna del asesino. «Dieciocho veces dieciocho vacas», era la compensación entre los ossetas, que no sabían contar más allá de este número, mientras que en las tribus africa-

nas se elevaba a 800 vacas o 100 camellos con sus pequeños, o 416 carneros en las tribus más pobres. En la gran mayoría de casos el matador no podía pagar la compensación, de modo que no tenía otro recurso que, mediante su arrepentimiento, hacerse adoptar por la familia lesionada. Actualmente, en ciertas tribus del Cáucaso, cuando termina una enemistad entre dos familias, enemistad que implicó venganza, el agresor toca con sus labios el seno de la mujer más anciana de la tribu y se convierte en un «hermano de leche» para todos los hombres de la familia lesionada. En varias tribus africanas debe dar su hija o su hermana en casamiento a uno de los miembros de la familia; en otras debe casarse con la que envió por culpa suya, y en todos los casos se convierte en un miembro de la familia, al cual se consulta en los asuntos importantes.

Lejos de tener en poco la vida humana, los bárbaros nada conocían de los horribles castigos introducidos en época posterior por las leyes laicas y canónicas bajo la influencia romana y bizantina. Pues si bien el código sajón admitía bastante fácilmente la pena de muerte, hasta en caso de incendio o de saqueo armado, los demás códigos bárbaros la pronunciaban exclusivamente en caso de traición a la tribu o al municipio y de sacrilegio contra los dioses del lugar. Era el único modo de aplacarles.

Todo esto, como se ve, está muy lejos de la «moral disoluta» que se atribuye a los bárbaros. Al contrario, no podemos dejar de admirar los profundos principios morales elaborados en los antiguos municipios rurales, tal como exprésanse en las triadas welches, en las leyendas del rey Arthur, en los comentarios de Brehon, en las antiguas leyendas alemanas, etc., o expresadas en los refranes de los bárbaros modernos. En su introducción a *The Story of Burnt Njal*, resume Jorge Dasent, con mucha precisión, las cualidades de un northman tal como se muestran en las sagas:

«Hacer públicamente lo que deba hacerse, como hombre que no teme ni enemigos, ni demonios, ni al desti-

no; ser libre y valiente en todas sus acciones; ser dulce y generoso con sus amigos y los de su clan; ser severo y amenazador con sus enemigos (los que están bajo la ley del talión), pero, hasta con ellos, cumplir todos los deberes obligatorios. No romper un armisticio, no mentir ni calumniar. No decir contra nadie lo que no ose decirse en su propia cara. No rechazar nunca a quien busca un asilo o alimento, aunque sea un enemigo.»

Iguales principios o mejores aún se revelan en la poesía épica y en las triadas welches. Obrar «según un espíritu de dulzura y de los principios de equidad». ya sea para con enemigos o amigos, y «reparar las ofensas» son los deberes más elevados del hombre; «el mal es la muerte, el bien es la vida», pregonaba el poeta legislador. «El mundo sería locura si los convenios que hacen los labios no fuesen respetados»—dice la ley de Brehon. Y el humilde shamanista Mordovien, después de haber alabado las mismas cualidades, añade aún en sus principios de derecho más común que «entre vecinos la vaca y la escudilla de leche son comunes»; que «la vaca debe ser ordeñada por vosotros y por el que pueda tener necesidad de leche»; que «el cuerpo de un niño enrojece con los golpes, pero la cara del que le golpea enrojece de vergüenza», y así por el estilo. Muchas páginas podrían llenarse con principios semejantes expresados y seguidos por los «bárbaros».

Merece especial mención otro rasgo característico de los antiguos municipios lugareños. El de la extensión gradual de los lazos de solidaridad á aglomeraciones cada vez más numerosas. No se federaban solamente las tribus en poblaciones, sino que hasta éstas, aunque de origen diferente, se reunían en confederaciones. Tan íntimas eran sus reuniones, que en los vándalos, por ejemplo, habiéndose separado una parte de su confederación para ir hacia el Rhin y de allí a España y al Africa, los que quedaron respetaron durante cuarenta años consecutivos las divisiones de la tierra y las aldeas abandonadas por sus antiguos confederados y no tomaron posesión de ellas hasta que los mensajeros de los que partieron fueron a asegurarles que no tenían intención de volver. En otros

bárbaros el terreno era cultivado por una parte del grupo, mientras la otra combatía en las fronteras del territorio común o más allá. Las ligas entre varios poblados eran muy frecuentes. Los sicambros se unieron con los cheruscos y los suevos, los quades con los sármatas, los sármatas con los alanos, los carpos y los hunos. Más tarde vemos desarrollarse gradualmente la concepción de nación en Europa, mucho antes de que se constituyese ninguna organización semejante a Estado en ninguna parte del continente ocupado por los bárbaros. Estas naciones—pues no es posible negar el nombre de nación a la Francia merovingia o a la Rusia de los siglos XI y XII—no estaban unidas más que por la comunidad de lenguaje y por un acuerdo tácito entre las pequeñas repúblicas para escoger sus duques únicamente en una familia especial.

Las guerras, ciertamente, eran inevitables; emigración significa guerra; pero Henry Maine ya demostró completamente, en su notable estudio sobre los orígenes de la ley internacional en las relaciones entre tribus, que «el hombre no ha sido nunca bastante feroz o bastante estúpido para someterse a un mal como la guerra sin haber hecho un cierto esfuerzo para impedirlo», y ha demostrado cuán considerable es «el número de las antiguas instituciones que tuvieron por objeto impedir o atenuar la guerra. En realidad, el hombre está muy lejos de ser la belicosa criatura que algunos suponen, a tal punto que, cuando los bárbaros se hubieron fijado, perdieron tan rápidamente sus hábitos guerreros, que se vieron obligados a mantener «duques» especiales seguidos de «scholas» o bandas de guerreros encargados de protegerles contra posibles intrusos. Preferían los trabajos pacíficos a la guerra. Así el carácter pacífico del hombre fué causa de la especialización que más tarde trajo la servidumbre y todas las guerras del «Período de los Estados» de la historia de la humanidad.

*
* *

Grandes son las dificultades con que tropieza el historiador cuando intenta sondear las instituciones de los bárbaros. Halla a cada paso débiles indicaciones que no pueden ser explicadas únicamente por los documentos históricos. Pero la luz se proyecta sobre aquel pasado tan pronto como estudiamos las instituciones de numerosísimas tribus que viven aún con una organización social casi idéntica a la de nuestros antepasados bárbaros. Aquí no tenemos más que la dificultad de la elección, porque las islas del Pacífico, las estepas del Asia y las mesetas del Africa son verdaderos museos históricos que contienen muestras de todos los estados intermedios posibles por que atravesó la humanidad para pasar de las *gentes* salvajes a la organización por Estados. Examinemos algunos.

Si tomamos las comunidades lugareñas de los buriatas (mogoles), particularmente los de la estepa Kudinsk sobre el Lena superior, que más han escapado a la influencia rusa, hallamos en ellos fieles representantes del Estado bárbaro que marca la transición entre la ganadería y la agricultura. Estos buriatas viven aún en «familias indivisas», es decir, que aunque cada hijo cuando se casa se establezca en una cabaña separada, de todos modos las cabañas de tres generaciones, por lo menos, permanecen dentro de un mismo recinto, y los miembros de la familia indivisa trabajan en común en sus campos y en común poseen sus hogares unidos y sus ganados, así como sus «parques para bueyes» (pequeñas piezas de terreno empalizado, donde hacen crecer la hierba tierna para los bueyes). En general, hacen sus comidas por separado en cada cabaña; pero cuando asan carne, todos los miembros de la familia indivisa, de veinte a sesenta individuos, toman parte juntos en el festín. Varias familias indivisas establecidas en un mismo sitio, así como las familias más pequeñas que habitan el mismo pueblo (restos en su mayor parte de antiguas familias indivisas) forman el *ulús* o municipio rural; varios *ulús* forman una tribu, y las cuarenta y seis tribus o clanes de la estepa Kudinsk están unidas en una confederación. Tienen otras federaciones más estrechas formadas por una parte de las tribus para objetivos especiales en caso de necesidad. La propiedad privada de la tierra es desconocida, la tierra

la poseen en común todos los miembros del *ulús*, o mejor, de la confederación; si es necesario un nuevo reparto de tierra entre los diferentes *ulús*, lo efectúa la asamblea popular de la tribu, y entre las cuarenta y seis tribus la asamblea de la confederación. Es de notar que la misma organización prevalece entre los 250.000 buriatas de la Siberia oriental, aunque vivan hace tres siglos bajo la autoridad rusa y estén al corriente de las instituciones rusas.

A pesar de ello, se desarrollan rápidamente entre los buriatas desigualdades de fortuna, particularmente desde que el gobierno ruso da una importancia exagerada a sus *taichas* (principes electos), considerados como los recaudadores de contribuciones responsables de los impuestos y representantes de las confederaciones en sus relaciones administrativas y hasta comerciales con los rusos. Esto proporciona a algunos buenas ocasiones para enriquecerse, mientras que el empobrecimiento del mayor número coincide con la apropiación de las tierras buriatas por los rusos. Pero es costumbre entre los buriatas, y particularmente entre los de Kudinsk—y una costumbre es más que una ley—, que si una familia ha perdido sus ganados, las familias más ricas le dan algunas vacas y algunos caballos para que pueda rehacerse. El indigente que no tiene familia toma sus comidas en las cabañas de sus congéneres; entra en la cabaña, se sienta al lado del fuego—por derecho, no por caridad—y comparte la comida, repartida siempre escrupulosamente en partes iguales; luego duerme donde ha cenado. En general, estas costumbres de los buriatas llamaron tanto la atención de los conquistadores rusos de la Siberia, que les dieron el nombre de *bratskiye*—«los fraternales»—y escribieron a Moscou: «Entre ellos todo es común; todo lo que tienen se lo reparten.» Aún en la actualidad, en los buriatas de Lena, cuando se trata de vender trigo o de enviar algunos ganados para ser vendidos a un comerciante ruso, las familias del *ulús*, o de la tribu, reúnen su trigo y sus ganados y los venden en bloque. Cada *ulús* tiene, además, grano en reserva para préstamos en caso de ocasión; tiene su horno comunal (el horno banal de los antiguos municipios franceses) y su herrero, el cual, como el herrero de los

Comunes de la India, por ser miembro del municipio, no es pagado por la labor que efectúa. Debe trabajar gratuitamente, y si utiliza su tiempo fabricando placas de hierro cincelado y plateado con que adornar sus vestidos las buriatas, puede venderlas a una mujer de otro clan, pero a las de su propio clan tiene que regalárselas. Las ventas y las compras no pueden practicarse dentro del municipio, y la regla es tan severa, que cuando una familia rica alquila a un trabajador, este trabajador tiene que pertenecer a otro clan o ser ruso. Esta costumbre no es especial de los buriatas, y está tan extendida entre los bárbaros modernos, los arjos y los uralaltaianos, que seguramente debe haber sido universal.

El sentimiento de unión en el interior de la confederación está mantenido por los intereses comunes de las tribus, por las asambleas comunales y por las fiestas que siempre tienen lugar en tiempos de asamblea. Este mismo sentimiento se mantiene asimismo gracias a otra institución, la *aba*, o caza en común, que es una reminiscencia de un pasado muy antiguo. Cada otoño se reúnen los cuarenta y seis clanes de Kudinsk para efectuar esta caza, cuyo producto se reparte entre todas las familias. Además se convocan *abas* nacionales de tarde en tarde para afirmar la unidad de toda la nación buriata. En este caso todos los clanes buriatas, que están diseminados sobre centenares de kilómetros al Oeste y al Este del lago Baikal, están obligados a enviar sus cazadores delegados. Millares de hombres se reúnen, aportando cada uno provisiones para todo un mes. La parte de cada uno debe ser igual, y antes de mezclarse las unas con las otras, pesa todas las partes un antiguo elegido («siempre a mano»; las balanzas serían una profanación de la antigua costumbre). Después los cazadores se dividen en grupos de veinte, y cada grupo se va a cazar siguiendo un plan bien establecido. En estas *abas* toda la nación buriata revive las tradiciones épicas de una época en que una liga poderosa reunía a todos sus miembros. Agreguemos que semejantes cazas comunales son del todo habituales entre los pieles rojas y los chinos de los bordes del Ussuri (*Kada*).

Los kabyilas, cuyas costumbres han sido tan bien des-

critas por dos exploradores franceses nos muestran unos «bárbaros» algo más avanzados en agricultura. Sus campos, regados y abonados, son cuidadosamente cultivados, y en los terrenos montañoses cualquier pieza de terreno utilizable es cultivada con azada. Los kabyilas han visto muchas vicisitudes en su historia; durante cierto tiempo adoptaron la ley musulmana para las herencias, pero se acostumbraron mal a ella y hace cincuenta años volvieron a la antigua ley consuetudinaria de las tribus. Por esto su posesión de la tierra tiene un carácter mixto, y la propiedad territorial privada existe al lado de la posesión comunal. Actualmente la base de su organización es el municipio rural, el *thaddart*, formado generalmente por varias familias compuestas, (*kharubas*), que reivindican un común origen, y también por varias pequeñas familias extranjeras. Varios pueblos se agrupan en clanes o tribus (*ârch*); varias tribus forman la confederación (*thak'ebilt*), y varias confederaciones pueden a veces constituir una liga, sobre todo cuando se trata de armarse para la defensa.

Los kabyilas no reconocen más autoridad que la de la *djemmâa*, o asamblea de los municipios lugareños. Todos los hombres de edad toman parte en estas asambleas al aire libre o en un edificio especial con asientos de piedra, y los acuerdos de la *djemmâa* se toman por unanimidad, es decir, que las discusiones continúan hasta que todos los presentes aceptan o admiten someterse a algún acuerdo. Como no hay «autoridades» en un Común rural para imponer un acuerdo, aquel sistema ha sido practicado por la humanidad en todas partes donde ha habido municipios rurales, y está aún en vigor allí donde continúan existiendo, es decir, entre varios centenares de millares de hombres. La *djemmâa* nombra el poder ejecutivo, el escriba y el tesorero; fija los impuestos y dirige el reparto de las tierras comunes, así como toda clase de trabajos de utilidad pública. Muchos trabajos se ejecutan en común: los caminos, las mezquitas, las fuentes, los canales de riego, las torres altas para defenderse de los saqueadores, los cercados, etc., los efectúa el municipio, mientras que las carreteras, las grandes mezquitas y las

grandes plazas para el mercado, son obra de la tribu. Continúan existiendo buen número de vestigios del cultivo en común, y las casas son construidas con ayuda de todos los hombres y de todas las mujeres del pueblo. Las «ayudas» son de frecuente uso y se invocan para efectuar el cultivo de los campos, para recolectar las cosechas, etc. Tocante al trabajo profesional, cada municipio tiene su herrero, que disfruta de su parte de tierra comunal y trabaja para el Común; cuando comienza la estación de la labranza, este obrero visita todas las casas y repara los instrumentos y los arados sin retribución alguna. La fabricación de nuevos arados es considerada como una obra piadosa que no se puede recompensar de ningún modo con dinero ni con ninguna otra forma de salario.

Como los kabyilas conocen ya la propiedad privada, tienen sus pobres y sus ricos entre ellos. Pero como todas las gentes que viven cerca unas de otras saben de qué modo se inaugura la pobreza, la consideran como un accidente que puede herir a cada uno. «No digas nunca que no llevarás jamás el saco del mendigo, ni que no irás nunca a la cárcel» —dice un proverbio de los campesinos rusos; los kabyilas lo ponen en práctica y no se puede descubrir ninguna diferencia de actitud entre ricos y pobres; cuando el pobre convoca una «ayuda», el hombre rico irá a trabajar al campo del pobre, y éste a su vez lo hará recíprocamente. Además, los *djemmas* reservan ciertos campos y jardines, a veces cultivados en común, para uso de los miembros más pobres. Muchas costumbres parecidas continúan existiendo. Como las familias pobres no pueden comprar carne, se compra, regularmente, con el producto de las muftas o con donativos hechos al *djemma*, o con el producto de los pagos por el uso de las cubas comunales para hacer el aceite, y esta carne se distribuye en partes iguales a los que no tienen medios para comprarla. Cuando una familia mata un carnero o un buey para su uso particular y no es día de mercado, el prisionero lo anuncia por las calles, a fin de que los enfermos y las mujeres en cinta puedan ir a buscar la carne que desean. El apoyo mutuo se manifiesta en toda la vida de los kabyilas; si uno de ellos, durante un viaje

al extranjero, encuentra a otro kabyila necesitado, debe ir en su auxilio aunque arriesgue su fortuna o su vida; si no lo hace, el *djemma* del necesitado eleva una queja, y el *djemma* del hombre egoísta reparará inmediatamente el daño. En esta costumbre hallamos una muy familiar a todos los que han estudiado las gildas de mercaderes de la Edad Media. Todo extranjero que entra en un pueblo kabyila tiene derecho a cobijarse bajo techo, si es en invierno y sus caballos pueden pacer en las tierras comunales durante veinticuatro horas. Pero en caso de necesidad puede contar con una asistencia casi ilimitada. Así, durante la carestía de 1867-68, los kabyilas recibieron y alimentaron a todos los que buscaron refugio en sus pueblos, sin distinción de origen. En el distrito de Dellys no hubo menos de 12.000 personas que llegaron de todas partes de Argel, hasta de Marruecos, y que fueron socorridas de este modo. Mientras en Argel la gente se moría de hambre, no se registró ni un solo caso de muerte, debido a esta causa, en todo el territorio kabyila. Privándose de lo necesario, los *djemmas* organizaron socorros, sin pedir apoyo alguno al gobierno ni quejarse siquiera; consideraban esto como un deber natural. Y mientras entre los colonos europeos se tuvieron que tomar toda clase de medidas policiales para impedir los robos y los desórdenes resultantes de la afluencia de extranjeros, no hubo necesidad de nada parecido sobre el territorio kabyila. Los *djemmas* no tenían necesidad ni de ayuda ni de protección del exterior (1).

Citaré rápidamente otros dos interesantes rasgos de la vida de los kabyilas; la *anaya*, o protección asegurada a los pozos, a los canales, a las mezquitas, a las plazas-mercados, a ciertos caminos, etc., en caso de guerra, y los *cofs*. En la *anaya* tenemos una serie de instituciones que tienden a disminuir los males de la guerra a la vez que a prevenir los conflictos. Así la plaza-mercado es *anaya*, sobre todo si está situada sobre una frontera y pone en relación a kabyilas y extranjeros; nadie osa tur-

(1) El mismo respeto a los extranjeros es la regla en los mogoles. El mogol que ha negado su techo a un extranjero, debe pagar por entero el precio de la sangre si el extranjero ha sufrido por esta causa.

bar la paz del mercado; si se produce un disturbio lo apaciguan inmediatamente los extranjeros que se reúnen en el pueblo del mercado. El camino que recorren las mujeres para ir del pueblo a la fuente es *anaya* en caso de guerra, y así por el estilo. Respecto del *qof*, es una forma muy extendida de la asociación que tiene ciertos caracteres comunes con las *Bürgschaften* o *gegilden* de la Edad Media. Son sociedades para la protección mutua y para toda clase de necesidades variadas—intelectuales, políticas y morales—que no pueden ser satisfechas por medio de la organización territorial del pueblo, del clan y de la confederación. El *qof* no conoce límites territoriales; recluta sus miembros en diferentes pueblos, hasta entre los extranjeros, y les protege en todas las eventualidades posibles de la vida. Es un esfuerzo para añadir al grupo territorial un grupo extraterritorial con objeto de responder a las afinidades mutuas de toda clase, que sin cesar se producen en las fronteras. La libre asociación internacional de los gustos y de las ideas individuales que nosotros consideramos como uno de los grandes progresos de nuestro tiempo, tiene de este modo su origen en la antigüedad bárbara.

Buen número de ejemplos igualmente interesantes e instructivos, nos ofrecen los montañeses caucásicos. Estudiando las costumbres actuales de los ossetas — sus familias compuestas, sus municipios y sus concepciones de la justicia. — Máximo Kovalevski, en su notable obra *La coutume moderne et la loi ancienne*, ha trazado metódicamente las disposiciones análogas de los viejos códigos bárbaros y ha visto en lo vivo los orígenes del feudalismo. En otros grupos del Cáucaso encontramos a veces de qué modo nació el municipio rural cuando no descendía de la tribu, sino que se constituía por la unión voluntaria de familias de distinto origen. En este caso se hallaron recientemente algunos pueblos *khevsuras*, cuyos habitantes prestaron el juramento de la «comunidad y fraternidad». En otra región del Cáucaso, el Daghestán, vemos el establecimiento de relaciones feudales entre dos tribus, las dos conservando al propio tiempo sus municipios (y hasta huellas de las antiguas «clases» de la

organización por *gens*); es un viviente ejemplo de lo que pasó cuando la conquista de Italia y de la Galia por los bárbaros. Los lezghinos, que habían conquistado varios pueblos georgianos y tártaros en el distrito de Zakadaly, no los repartieron entre las familias de los conquistadores; constituyeron un clan feudal que comprende actualmente 12.000 hogares en tres pueblos y que no posee menos de veinte pueblos georgianos y tártaros en común. Los conquistadores dividieron sus propias tierras entre sus clanes, y estos clanes los repartieron en partes iguales entre las familias, pero no se inmiscuyeron en los *djemnâas* de sus tributarios, que practican aún la siguiente costumbre señalada por Julio César: el *djemnâa* acuerda cada año qué parte de territorio comunal debe ser cultivada, y este terreno se divide en tantas partes como familias, sorteándose las. Es digno de notar que mientras se encuentra un cierto número de proletarios entre los lezghinos (que viven bajo un régimen de propiedad privada para las tierras y de propiedad común para los siervos) (1), son raros entre sus siervos georgianos, que continúan poseyendo sus tierras en común.

El derecho consuetudinario de los montañeses del Cáucaso es, poco más o menos, el mismo del de los longobardos o de los francos saliens, y varias de sus disposiciones ayudan a comprender el procedimiento judicial de los antiguos bárbaros. Siendo de carácter muy impresionable, hacen todo lo que pueden para impedir que las disputas tengan un fin fatal. Así entre los *khevsuras* se tira de la espada tan luego como se declara una disputa, pero si una mujer arroja entre los combatientes el pañolón que lleva en la cabeza, las espadas vuelven inmediatamente a sus vainas y la disputa queda terminada. El tocado de las mujeres es *anaya*. Si una disputa no se ha apaciguado a tiempo y ocurre un homicidio, es tan considerable la suma que ha de pagarse en compensación, que el agresor queda arruinado toda su vida, a no ser que lo adopte la familia lesionada; si en una disputa echó mano a la espada y causó una herida sin importancia, pier-

(1) Los «equipos en común» para la labranza, son tan frecuentes entre los lezghinos como entre los ossetas.

de para siempre la consideración de su clan. En todas las disputas intervienen mediadores para arreglarlas; escogen jueces entre los miembros del clan, seis para los asuntos de poca importancia y de diez a quince para los que la tienen, y los observadores rusos testimonian que estos jueces son en absoluto incorruptibles. El juramento tiene tal importancia, que los hombres que gozan de una estimación general están dispensados de prestarlo; basta una simple afirmación, tanto más cuanto que en los asuntos graves el khevsura no titubea y reconoce en seguida su culpabilidad (bien entendido que hablo del khevsura que no está tocado de civilización). El juramento está, sobre todo, reservado para los casos de disputa que se refieren a la propiedad o si se trata de dar una cierta apreciación además de la simple comprobación de los hechos; en estos casos, los hombres cuya afirmación debe decidir del asunto obran con la mayor circunspección. Por regla general no es la falta de honradez o de respeto a los derechos de sus congéneres lo que caracteriza las sociedades bárbaras del Cáucaso.

Las poblaciones del Africa ofrecen una variedad tan grande de sociedades en extremo interesantes, comprendiendo todos los grados intermedios desde el municipio rural primitivo hasta las monarquías bárbaras y despóticas, que he de abandonar la idea de dar aquí los resultados, siquiera sumarios, de un estudio comparado de sus instituciones. Basta decir que, hasta bajo el despotismo más horrible de sus reyezuelos, las asambleas de los municipios aplican el derecho consuetudinario y continúan siendo soberanos en una parte muy importante de asuntos. La ley del Estado permite al rey ejecutar a cualquier súbdito; pero el derecho consuetudinario del pueblo continúa manteniendo la red de instituciones de apoyo mutuo que hallamos en otros bárbaros o que existieron entre los antiguos. En algunas tribus más favorecidas (en el Bornu, en el Uganda, en Abisinia y sobre todo entre los bogos), ciertas disposiciones del derecho consuetudinario denotan sentimientos verdaderamente impregnados de gracia y de delicadeza.

Los municipios lugareños de los indígenas de las dos

Américas tienen igual carácter. Los tupis del Brasil vivían en las «casas largas», ocupadas por clanes enteros, y cultivaban en común sus campos de trigo y de batatas. Los arañas, cuya civilización era más adelantada, tenían la costumbre de cultivar sus campos en común. Lo mismo los ueagas, que bajo un sistema de comunismo primitivo y de «casas largas», habían aprendido a construir buenos caminos y poseían diversas industrias domésticas, tan desarrolladas como las de principios de la Edad Media en Europa. Todas estas poblaciones vivían bajo el régimen de un derecho consuetudinario parecido al de los ejemplos que acabamos de dar. En otro extremo del mundo hallamos el feudalismo malayo, pero este feudalismo ha sido impotente para desarraigir los *negarias* o municipios rurales, los cuales poseen cada uno en común por lo menos una parte de la tierra, y cuando la necesidad se presenta, distribuyen de nuevo las tierras entre los diferentes *negarias* de la tribu. En las alturas de Minahasa hallamos la recolección de la cosecha en común; en las tribus indias de los wyandots encontramos los repartos periódicos de las tierras efectuados por el clan; en todas las partes del Sumatra donde las instituciones musulmanas no han destruido por completo la vieja organización, se encuentra la familia compuesta (*sulka*) y el municipio rural (*kota*), que conserva su derecho sobre la tierra, hasta si una parte de esta tierra ha sido desmontada sin su autorización. Es decir, que encontramos también todas las costumbres para protegerse mutuamente y para prevenir las disputas y las guerras, costumbres que han sido brevemente indicadas en las páginas precedentes y características del municipio rural. Hasta podemos agragar que, cuanto más la costumbre de la posesión en común de la tierra ha sido mantenida en su integridad, más dulces y mejores son los hombres. De Stuers afirma de un modo positivo que en las tribus donde la institución del municipio rural ha sido menos desnaturalizada, es donde hay menos desigualdades de fortuna y menos crueldad, hasta en las prescripciones de la ley del talión. Al contrario, en todas partes donde quedó enteramente disuelto el municipio rural, «los habitantes han sufrido la mayor de las

«presiones por parte de sus dueños despóticos». Y esto es natural. Cuando Waitz observa que las tribus que han conservado sus confederaciones tribales poseen un desarrollo más elevado y tienen una literatura más rica que las tribus que han perdido los viejos lazos de unión, no hace más que constatar un hecho que podía preverse de antemano.

Más ejemplos nos llevarían a fatigosas repeticiones; tan curiosa es la semejanza entre las sociedades bárbaras bajo todos los climas, y en todas las razas. El mismo proceso de evolución se ha efectuado en la humanidad con una similitud sorprendente. Cuando la organización por clanes fué atacada desde el interior por la familia separada y desde el exterior por el desmembramiento de los clanes emigrantes y la necesidad de admitir extranjeros de diferente descendencia, entonces el Común rural, basado en una concepción territorial, hizo su aparición. Esta nueva institución, hija natural de la precedente, el clan, permitió a los bárbaros atravesar un período muy agitado de su historia sin verse dispersados en familias aisladas que hubieran sucumbido en la lucha por la vida. Al amparo de la nueva organización se desarrollaron nuevas formas de cultura; la agricultura alcanzó un estado no superado hasta nuestros días; las industrias domésticas subieron a un alto grado de perfección. Las sociedades fueron conquistadas, sembradas de caminos y pobladas de grupos surgidos como enjambres de las comunidades madres. Establecieronse mercados, construyéronse fortines y santuarios para el culto común. La concepción de una unión más amplia, extendida a poblaciones enteras y de orígenes diversos, se fué elaborando lentamente. La antigua concepción de la justicia, que no contenía más que una idea de venganza, sufrió una lenta y profunda modificación: la reparación del daño causado se substituyó a la venganza. La ley consuetudinaria, que aun es ley de la vida diaria para dos terceras partes de la humanidad, se fué elaborando bajo esta organización, así como todo un sistema de hábitos tendentes a impedir la opresión de las masas por las minorías, cuyo poder se aggrandaba en proporción de las facilidades ofrecidas a la

acumulación de las riquezas particulares. Tal fué la nueva forma que tomaron las tendencias de las masas hacia el apoyo mutuo. Y el progreso—económico, intelectual y moral—que la humanidad efectuó bajo esta nueva forma popular de organización fué tan grande, que cuando más tarde comenzaron a constituirse los Estados modernos, no hicieron más que tomar simplemente posesión, a beneficio y en interés de las minorías, de todas las funciones, económicas, judiciales y administrativas, que anteriormente desempeñaba el Común rural, en interés de todos.

APENDICES

I

ENJAMBRES DE MARIPOSAS, LIBELULAS, ETC. NECROFOROS

En *Natuurkundig Tijdschrift voor Nederlandsch Indië*, 1891, *Deel*, L, pág. 198 analizado en *Naturwetenschappelijke Rundschau*, 1891, vol. VI, pág. 573 ha publicado C. Piepers interesantes investigaciones sobre los grandes vuelos de mariposas que se observan en las Indias orientales holandesas. Parece que estos vuelos deben su origen a las grandes sequías ocasionadas por el monzón occidental. Generalmente tienen lugar en los primeros meses en que comienza a soplar el monzón, y en estos vuelos se encuentra por lo general a individuos de los dos sexos de las *catopsilpa* (*callidryas*) *crocale*, pero a veces el enjambre se compone de individuos pertenecientes a tres especies diferentes del género *euphata*. Parece que el objeto de estos vuelos es la cópula. Es posible, por otra parte, que estos vuelos no sean el resultado de una acción concertada, sino más bien un efecto de la imitación o de un deseo de seguirse unas a otras.

Bates ha visto en el Amazonas al *callydras* amarillo

«presiones por parte de sus dueños despóticos». Y esto es natural. Cuando Waitz observa que las tribus que han conservado sus confederaciones tribales poseen un desarrollo más elevado y tienen una literatura más rica que las tribus que han perdido los viejos lazos de unión, no hace más que constatar un hecho que podía preverse de antemano.

Más ejemplos nos llevarían a fatigosas repeticiones; tan curiosa es la semejanza entre las sociedades bárbaras bajo todos los climas, y en todas las razas. El mismo proceso de evolución se ha efectuado en la humanidad con una similitud sorprendente. Cuando la organización por clanes fué atacada desde el interior por la familia separada y desde el exterior por el desmembramiento de los clanes emigrantes y la necesidad de admitir extranjeros de diferente descendencia, entonces el Común rural, basado en una concepción territorial, hizo su aparición. Esta nueva institución, hija natural de la precedente, el clan, permitió a los bárbaros atravesar un período muy agitado de su historia sin verse dispersados en familias aisladas que hubieran sucumbido en la lucha por la vida. Al amparo de la nueva organización se desarrollaron nuevas formas de cultura; la agricultura alcanzó un estado no superado hasta nuestros días; las industrias domésticas subieron a un alto grado de perfección. Las sociedades fueron conquistadas, sembradas de caminos y pobladas de grupos surgidos como enjambres de las comunidades madres. Establecieron mercados, construyéronse fortines y santuarios para el culto común. La concepción de una unión más amplia, extendida a poblaciones enteras y de orígenes diversos, se fué elaborando lentamente. La antigua concepción de la justicia, que no contenía más que una idea de venganza, sufrió una lenta y profunda modificación: la reparación del daño causado se substituyó a la venganza. La ley consuetudinaria, que aun es ley de la vida diaria para dos terceras partes de la humanidad, se fué elaborando bajo esta organización, así como todo un sistema de hábitos tendentes a impedir la opresión de las masas por las minorías, cuyo poder se aggrandaba en proporción de las facilidades ofrecidas a la

acumulación de las riquezas particulares. Tal fué la nueva forma que tomaron las tendencias de las masas hacia el apoyo mutuo. Y el progreso—económico, intelectual y moral—que la humanidad efectuó bajo esta nueva forma popular de organización fué tan grande, que cuando más tarde comenzaron a constituirse los Estados modernos, no hicieron más que tomar simplemente posesión, a beneficio y en interés de las minorías, de todas las funciones, económicas, judiciales y administrativas, que anteriormente desempeñaba el Común rural, en interés de todos.

APENDICES

I

ENJAMBRES DE MARIPOSAS, LIBELULAS, ETC. NECROFOROS

En *Natuurkundig Tijdschrift voor Nederlandsch Indië*, 1891, *Deel*, L, pág. 198 analizado en *Naturwetenschappelijke Rundschau*, 1891, vol. VI, pág. 573 ha publicado C. Piepers interesantes investigaciones sobre los grandes vuelos de mariposas que se observan en las Indias orientales holandesas. Parece que estos vuelos deben su origen a las grandes sequías ocasionadas por el monzón occidental. Generalmente tienen lugar en los primeros meses en que comienza a soplar el monzón, y en estos vuelos se encuentra por lo general a individuos de los dos sexos de las *catopsilia* (*callidryas*) *crocale*, pero a veces el enjambre se compone de individuos pertenecientes a tres especies diferentes del género *euphata*. Parece que el objeto de estos vuelos es la cópula. Es posible, por otra parte, que estos vuelos no sean el resultado de una acción concertada, sino más bien un efecto de la imitación o de un deseo de seguirse unas a otras.

Bates ha visto en el Amazonas al *callydras* amarillo

y al callydras anaranjado «juntarse en masas densas y compactas, a veces de dos o tres metros de circunferencia, manteniendo sus alas levantadas, de modo que la orilla parecía llena de parterres de crocus». Sus colonias emigratorias atravesaban el río de Norte a Sur y «se seguían sin interrupción desde que amanecía hasta al anochecer. (Naturalist on the River Amazons, pág. 131).

En sus grandes emigraciones a través de las Pampas, las libélulas se reúnen en masas innumerables, y sus inmensos enjambres se componen de individuos pertenecientes a diferentes especies. (Hudson, Naturalist on the La Plata, págs. 130 y sigs.)

Uno de los caracteres de la langosta (*Zoniopoda tarsata*) consiste asimismo en vivir en bandadas. (Hudson, ob. cit., pág. 125.)

J. H. Fabre, cuyos ocho pequeños tomos, *Souvenirs entomologiques*, (Paris, 1879-1890), son bien conocidos se ha tomado gran trabajo para poner en duda lo que él llama, con más vehemencia que justicia, «la anécdota de Clairville» sobre cuatro necróforos llamados para ayudar a esconder una cosa bajo tierra. Evidentemente no niega el hecho de que cuatro necróforos hayan colaborado en aquel acto, pero no quiere admitir (en este caso, como en tantos otros, niega la inteligencia en los animales y no quiere admitir más que el «instinto») que hubiere concurso inteligente. «Fueron trabajadores fortuitos—dice,—pero no requeridos. Se les acoge sin disputa, pero también sin gratitud. No se les convoca, se les tolera» (vol. VI, pág. 136).

Dejando a un lado la cuestión de saber si en este hecho hubo o no «convocatoria», sacamos del mismo autor el interesante hecho de que la colaboración, por lo menos en los necróforos, es enteramente desinteresada. De tres o cuatro machos y una hembra que ayudaron a enterrar un topo, no quedaron más que dos necróforos para beneficiarse. Siempre se encontró una sola pareja en

la tumba mortuoria. Después de haber ayudado, los demás se retiran (pág. 124).

No insisto sobre las observaciones apasionadas que hace Fabre contra la observación de Gleditsch. Según mi modo de ver, los experimentos de Fabre confirman plenamente la idea que Gleditsch se formó de la inteligencia de los necróforos.

Es sabido que muy a menudo dos escarabajos se ayudan para hacer rodar una pelotilla hecha con boñiga para llevarla a la madriguera de uno de los dos. Cuando se trata de subirla a un talud, la ayuda del compañero resulta preciosa. Durante mucho tiempo se ha pensado que esta asociación tenía por objeto depositar un huevo en la pelotilla y preparar así el alimento a la larva; pero resulta de las observaciones del mismo naturalista (*Souvenirs entomologiques*) que a menudo no contiene huevo alguno y sirve simplemente de alimento para uno o para ambos escarabajos. La ayuda, en este caso, sería interesada en el camarada que ayuda a rodar la pelotilla y es inteligentemente aceptada por el pelotero que la confeccionó. A veces hay tentativa de robo por parte del compañero.

Agreguemos que después de haber leído atentamente los ocho volúmenes del sabio entomologista, uno se confirma aún más en la idea de que el apoyo mutuo es la esencia misma de la vida en grandes divisiones de la clase de los insectos.

II

LAS HORMIGAS

Las *Recherches sur les mœurs de fourmis*, de Pedro Huber (Ginebra, 1810), de las que Cherbuliez publicó en 1861 una edición popular (*Les fourmis indigènes*) en la *Bibliothèque Gênoise*, de la que debieran hacerse ediciones en todos los idiomas, no es tan sólo la mejor obra sobre el particular, sino que es al propio tiempo un modelo de investigaciones verdaderamente científicas. Darwin tenía razón cuando consideraba a P. Huber como

un naturalista superior hasta a su mismo padre. Su libro debería ser leído por todos los naturalistas jóvenes, no solamente por los hechos que contiene, sino por ser una lección de método en las investigaciones. La cría de hormigas en los hormigueros de cristal y los experimentos de pruebas efectuadas por los observadores que siguieron, incluso Lubbock, se hallan ya en la admirable obra de Huber. Los que han leído las obras de Forel y de Lubbock saben que el profesor suizo, así como el escritor inglés, comenzaron sus libros con la intención de refutar las afirmaciones de Huber sobre los admirables instintos de apoyo mutuo entre las hormigas, pero que después de atentas investigaciones tuvieron que confirmarlas. Es desgraciadamente un rasgo característico de la naturaleza humana creer voluntariamente que el hombre es capaz de cambiar a su antojo la acción de las fuerzas de la Naturaleza y rechazar la admisión de hechos científicamente establecidos, tendiendo a reducir la distancia entre el hombre y sus hermanos animales.

Fácilmente se ve que Sutherland (*Origin and Growth of Moral Instinct*) comenzó su libro con intención de demostrar que todos los sentimientos morales han nacido de la abnegación paternal y del amor filial, sentimientos que son monopolio de los animales de sangre caliente; por esto se esfuerza en disminuir la importancia de la simpatía y de la cooperación entre las hormigas. Cita el libro de Büchner, *La vida psíquica de las bestias* y conoce los experimentos de Lubbock. Respecto de las obras de Huber y de Forel, se desembaraza de ellas con la siguiente frase: «Pero todo o casi todo (los ejemplos de Büchner referentes a la simpatía entre las abejas) está falseado por un cierto aire de sentimentalismo... que hace de estas obras más bien libros de texto que verdaderas obras científicas, y se puede dirigir igual reproche (subrayo) a algunas de las *anécdotas* más conocidas de Huber y de Forel» (vol. I, pág. 298).

No obstante, Sutherland no nos dice a qué «anécdotas» se refiere, pero parece que nunca tuvo ocasión de leer los trabajos de Huber y de Forel. Los naturalistas que conocen estas obras no han hallado en ellas «anécdotas».

La obra reciente del profesor Gottfried Adler sobre las hormigas de Suecia (*Myrmecologiska Studier; Svenska Myror och des Lefnadsförhållanden, en Bihang til Svenska Akademiens Handlingar*, XI, núm. 18, 1886) puede ser mencionada aquí. Apenas necesitamos decir que el profesor sueco confirma plenamente todas las observaciones de Huber y de Forel referentes al apoyo mutuo en la vida de las hormigas, incluso este compartir de alimentos que tanto ha sorprendido a los que no habían sabido verlo (págs. 136-137).

Adlerz cita igualmente experimentos muy importantes, que confirman lo que Huber había observado ya, es decir, que las hormigas de dos hormigueros diferentes no siempre se atacan. Hizo un experimento con la hormiga *Lepidogaster erraticum*, y otro con la hormiga común *rufa*. Metió un hormiguero dentro de un saco y lo vació a seis pies de otro hormiguero. No hubo batalla, pero las hormigas del segundo hormiguero se pusieron a transportar las larvas de la primera. En general, cada vez que Adlerz puso enfrente unas de otras obreras con sus larvas, tomadas de dos diferentes hormigueros, no hubo batalla; ésta estallaba cuando las obreras estaban sin larvas (págs. 185-186).

Adlerz completa asimismo las observaciones de Forel y de Mac Cook sobre las «naciones» de hormigas, compuestas de muchos hormigueros diferentes, y según sus propios cálculos, que nos dan un promedio de 300.000 *formica execta* por cada hormiguero, concluye que estas «naciones» pueden contar hasta centenares de millones de individuos.

El libro de Maeterlinck sobre las abejas, tan admirablemente escrito, sería muy útil, por más que no contiene observaciones nuevas, si no lo estropearan tantas «palabras» metafísicas.

ASOCIACIONES PARA CONSTRUIR LOS NIDOS

El diario de Audubon (*Audubon and his Journal New York, 1898, pág. 35*), sobre todo en los pasajes donde cuenta su vida en las costas del Labrador y del río San

Lorenzo, en 1830, contiene excelentes descripciones de las asociaciones de nidificación formadas por los pájaros acuáticos. Hablando de la Roca, una de las islas Magdalena o islas de Amherst, escribe: «A las once, hallándome sobre el puente, distinguí claramente la cumbre de la isla y la creí cubierta de varios pies de nieve; parecía haberla en cada picacho, en cada arrecife.» Pero no era nieve, eran *fous* volando, como si una tormenta de nieve se desencadenara encima de nosotros. Las gaviotas kittawacke y los guillemots vivían en la misma Roca» (*Journal*, I, págs. 360-363).

A la vista de la isla de Anticosti, el mar «estaba literalmente cubierto de guillemots y de pingüinos comunes (*alca torva*)». Más lejos, el mar estaba cubierto de ánades aterciopelados, los estorninos (la especie grande, la especie ártica y probablemente también la especie de foster), los *tringa pusilla*, las gaviotas, los pingüinos, las ocas salvajes (*ansar canadensis*), los moñudos, los cormoranes, etcetera, vivían todos juntos. Las gaviotas abundaban, «hostigando sin cesar a los demás pájaros, devorando sus huevos y sus pequeñuelos»; «desempeñan el papel de las águilas y de los halcones».

Sobre el Misuri, más allá de San Luis, vió Audubon, en 1843, que los buitres y las águilas habían construido sus nidos formando colonias. Así menciona «una larga costa elevada, de enormes rocas calcáreas, llenas de curiosos agujeros, en los cuales por la noche entraban los buitres y las águilas», es decir, los *cathartes aura* y los pigargos de blanca cabeza (*haliaetus leucocephalus*), como así hace observar E. Couës en una nota (I, pág. 458).

Uno de los lugares más propicios para las nidadas sobre las costas inglesas se halla en las islas Farne. La obra de C. Dixon *Among the Birds in Northern Shires* hace una descripción animada de estos terrenos, donde millares de goelands, de estorninos, de eiders, de cormoranes, de pluviales de collar, de ostreros, de guillemots, etc., se reúnen cada año. «Cuando uno se acerca a ciertas islas, la primera impresión que causan es que el goeland (el goeland, de manto obscuro) monopoliza todo el terreno; en

tanta abundancia se encuentra. El aire parece lleno, el terreno y las rocas están cubiertas, y cuando por fin nuestro barco llega a la roca y saltamos a tierra, todo chilla y se agita a nuestro alrededor; es una terrible charla, gritos de protesta sostenidos con persistencia, hasta que abandonamos el sitio» (pág. 219).

IV

LA SOCIABILIDAD ENTRE LOS ANIMALES

El hecho que la sociabilidad de los animales se manifestaba mucho más cuando menos cazados eran por el hombre, está confirmado por muchos ejemplos demostrativos de que los animales que hoy viven aislados en los países habitados por el hombre continúan viviendo en bandadas en las regiones inhabitadas. En las mesetas desiertas y secas del Norte del Thibet, Prjevalsky encontró osos que vivían en sociedades. Menciona numerosos «rebaños de yacks, de hemiones, de antílopes y hasta de de osos». Estos últimos—dice—se alimentan de pequeños roedores que se hallan en gran número en estas regiones, y tan numerosos son, que «los indígenas me han asegurado haber encontrado más de cien durmiendo en una misma caverna» (*Rapport annuel* de la Soc. Geográfica rusa de 1885, pág. II, en ruso). Las liebres (*lepus lehmami*) viven en grandes sociedades sobre el territorio transcaspiano (N. Zarudny, «Recherches zoologiques dans la contrée transcaspienne», en el *Boletín de la Soc. de los naturalistas de Moscú*, 1889, 4). Los zorros pequeños de California, que según E. S. Holden viven en los alrededores del Observatorio de Licky tienen «un régimen compuesto mitad de bayas de manzanita y mitad de pollos del observatorio» (*Nature*, Noviembre 5, 1891) parecen asimismo muy sociables.

Varios y muy interesantes ejemplos del amor a la sociedad en los animales han sido recientemente evidenciados por C. J. Cornish (*Animals at Work and Play*, Londres, 1896). Todos los animales—observa con mucha

exactitud—aborrecen la soledad. Cita también un ejemplo divertido de la costumbre que tienen los perros de las praderas de colocar centinelas. Es tan vieja en ellos esta costumbre, que siempre hay uno de guardia, hasta en el Jardín Zoológico de Londres y en el Jardín de Aclimatación de París (pág. 46).

Kessler tenía mucha razón en hacer observar que las nidadas jóvenes se reúnen en otoño, contribuyendo al desarrollo de los sentimientos de sociabilidad. Cornish (ob. cit.) ha dado varios ejemplos de mamíferos jóvenes, como los corderillos, que parecen hallar gusto en las steeple-chases; cita asimismo cervatillos que se atrapan unos a otros.

V

LOS OBSTACULOS A LA SURPOBLACION

En su libro *Naturalist on the La Plata* (cap. III), Hudson cuenta de un modo muy interesante la repentina multiplicación de una especie de ratones y las consecuencias de esta «oleada de vida».

«Durante el verano de 1872-73 tuvimos muchos días asoleados y al mismo tiempo frecuentes chaparrones, de modo que durante los meses cálidos no carecimos de flores silvestres, como generalmente sucedía en otros años.» La estación fué por consiguiente muy favorable a los ratones, y «estas pequeñas criaturas prolíficas llegaron a abundar tanto, que los perros y los gatos hicieron exclusivo consumo de ellos. Los zorros, las comadrejas y los opossums no carecieron de alimento; hasta el insectívoro *tatu* se puso a cazar ratones». Las gallinas se volvieron rapaces, «los tiranos amarillos (*pitangus*) y los *quirás* no se alimentaban más que de ratones». En otoño llegaron numerosas cigüeñas y buhos braquiotas para tomar parte en el festín. Después vino un invierno de sequía continua; la hierba seca quedó roída o cayó convertida en polvo, y los ratones, privados de abrigo y de alimento, murieron en masa. Los gatos volvieron a las casas, los buhos—que son viajeros—abandonaron la región, mien-

tras los mochuelos quedaron reducidos a un régimen tan restringido que apenas si podían volar y «rodaban en torno de las casas al acecho de algún alimento». Las ovejas y los ganados perecieron durante este invierno en gran número durante un mes frío que siguió a la sequía. De los ratones dice Hudson que «apenas subsistieron algunos vestigios para perpetuar la especie después de esta gran reacción».

Este ejemplo tiene otro interés: demuestra de qué modo en las llanuras y en las mesetas el acrecentamiento repentino de una especie atrae inmediatamente enemigos procedentes de otras partes y cómo las especies que no hallan protección en su organización social necesariamente deben sucumbir.

El mismo autor nos proporciona otro excelente ejemplo observado en la República Argentina. El *mayopotamus coypú* es en aquel país un roedor muy común; tiene la forma de una rata, pero es tan grande como una nutria. Es acuático y muy sociable. «Por la noche—escribe Hudson—todos se echan al agua a nadar conversando juntos por medio de sonidos extraños que se parecen a gemidos o quejas de hombres heridos. El coypú, que tiene una piel fina de largos pelos, fué objeto de una gran exportación a Europa; pero luego hace cerca de sesenta años el dictador Rosas promulgó un decreto prohibiendo la caza de estos animales; abandonaron sus costumbres acuáticas, se volvieron terrestres y emigradores y grandes masas de coypús se extendieron por todos lados en busca de alimento. De pronto una enfermedad misteriosa los exterminó rápidamente; la especie quedó casi extinguida» (página 12).

Por un lado el exterminio que hace el hombre, por otro las enfermedades contagiosas: he aquí los principales obstáculos que dificultan el desarrollo de una especie, y no la lucha por los medios de existencia, que bien puede no haberla del todo.

Se podrían citar gran número de hechos demostrativos de que regiones que gozan de un clima mejor que la Siberia están, sin embargo, poco pobladas de animales. Así en la obra bien conocida de Bates hallamos igual

observación referente a las mismas orillas del río Amazonas.

«Se encuentra en este río—escribió Bates—una gran variedad de mamíferos, de pájaros y de reptiles, pero están muy diseminados y son muy tímidos en presencia del hombre. La región es tan vasta y tan uniformemente cubierta de bosques, que solamente a grandes intervalos se ven animales en abundancia en los sitios más atractivos» (*Naturalist on the Amazon*, 6.^a ed., pág. 31).

El hecho es tanto más sorprendente cuanto que la fauna del Brasil, que es pobre en mamíferos, no es pobre en pájaros, como se ha visto por una cita precedente relativa a las sociedades de pájaros. Y sin embargo, no es la surpoblación, sino todo lo contrario, lo que caracteriza los bosques del Brasil, como los del Asia y del Africa. Lo mismo es verdad por las pampas de la América del Sur. Hudson observa que es sorprendente que no se halle un solo pequeño rumiante sobre esta inmensa región herbosa que tanto se prestaría para los cuadrúpedos herbívoros. Millones de carneros, de caballos y de ganados, introducidos por el hombre, pacen actualmente, como es sabido, sobre una parte de estas praderas. Los pájaros terrestres son asimismo poco numerosos, tanto en especies como en individuos, en las pampas.

IV

ADAPTACIONES PARA EVITAR LA COMPETENCIA

Se mencionan numerosos ejemplos de adaptación en las obras de todos los naturalistas exploradores. Uno entre tantos, muy interesante, es el del tatú velludo del cual dijo Hudson: «Ha sabido crearse un camino para él solo, lo cual hace que prospere mientras sus congéneres desaparecen rápidamente. Su alimento es de los más variados. Devora toda clase de insectos y descubre gusanos y larvas a varias pulgadas bajo tierra. Gústale especialmente los huevos y los pájaros jóvenes; se nutre de carroñas como cualquier buitre, y cuando carece de ali-

mento animal adopta el régimen vegetal, granos de maíz y trébol. Así, mientras otros animales sufren hambre, el tatú velludo está siempre gordo y vigoroso» (*Naturalist on the La Plata*, pág. 71).

La facultad de adaptación de los avefrías les coloca en el número de las especies cuya área de propagación es muy vasta. En Inglaterra «el avefría se adapta tan fácilmente a las tierras cultivadas como a las tierras áridas». C. Dixon dice asimismo en su libro *Birds of Northern shires* (pág. 67): «La variedad del alimento es una regla más extendida en las aves de rapiña.» Así, por ejemplo, nos enseña el mismo autor (págs. 60-65) que «el busardo de las landas de la Gran Bretaña se nutre de pequeños pájaros tanto como de topos y de ratones, ranas, lagartos e insectos, y que la mayor parte de pequeños halcones se nutren muy a menudo de insectos».

El capítulo tan interesante que Hudson consagra a la familia de los trepadores de la América del Sur es otro excelente ejemplo de los medios a que recurren gran número de animales para evitar la competencia, así como el hecho que se multipliquen en ciertas regiones sin poseer ninguna de las armas consideradas generalmente como esenciales en la lucha por la existencia. La familia que acabamos de citar se encuentra sobre una inmensa extensión, desde el Méjico meridional a la Patagonia. Se conocen ya unas 290 especies repartidas en cerca de 46 géneros, y el rasgo más saliente de estas especies es la gran diversidad de costumbres de sus miembros. No tan sólo los diferentes géneros y las diferentes especies tienen costumbres que les son particulares, sino que la misma especie tiene costumbres de vida variadas según las diferentes localidades. «Ciertas especies de *xenops* y de *magarornis* trepan, como los picos verticalmente a lo largo de los troncos de los árboles para buscar insectos, pero al modo de los *mesanges*, exploran también las ramas pequeñas y el follaje en la extremidad de las ramas, de modo que el árbol entero, desde la raíz a las hojas más altas, les sirve de terreno de caza. El *sclerurus*, por más que habite en los bosques más som-

brios, nunca busca su alimento en los árboles, sino exclusivamente en el suelo, entre las hojas muertas; pero lo más curioso es que cuando se espanta huye volando hacia el tronco del árbol más próximo, al cual se coge en posición vertical y permanece quieto, silencioso, escapando a todas las miradas, gracias a su color obscuro.» Y así por el estilo. También las costumbres de nidificación varían muchísimo. En un solo género, tres especies construyen un nido de arcilla en forma de horno, una cuarta lo construye con ramitas sobre los árboles y una quinta constrúyese un agujero en la pendiente de un ribazo, como el martín pescador.

Ahora bien; esta inmensa familia, de la que Hudson dice que «ocupa toda la América del Sur, pues no hay clima, ni territorio, ni vegetación donde no se halle alguna especie apropiada, esta familia pertenece—para emplear sus propias palabras—a los pájaros más desprovistos de armas naturales». Como los ánares mencionados por Siévertsoff (véase en el texto), no poseen ni garras ni pico poderoso: «son seres tímidos, sin resistencia, sin fuerzas y sin armas; sus movimientos son menos vivos y menos vigorosos que los de otras especies y su vuelo es muy débil». Pero poseen—observan Hudson y Asara—«disposiciones sociales en grado eminente», por más que «las costumbres sociales estén contrabalanceadas en ellos por las condiciones de una vida que les hace necesaria la soledad». No pueden reunirse en grandes asociaciones para incubar como los pájaros marinos, porque se nutren con los insectos de los árboles y les es necesario explorar separadamente cada árbol, lo cual efectúan con gran cuidado, cada uno por sí; pero continuamente se llaman unos a otros en los bosques «conversando juntos a grandes distancias», y se asocian para formar estas «bandadas viajeras» que son tan bien conocidas por la descripción pintoresca que hace Bates. Por su lado, Hudson piensa «que en toda la América del Sur los dendrocóláptidos son los primeros en unirse para obrar de concierto, y que los pájaros de otras familias van detrás de ellos y con ellos se asocian, sabiendo por experiencia que así podrán procurarse un rico botín». No necesitamos agregar que Hudson

alaba muchísimo su inteligencia. La sociabilidad y la inteligencia siempre avanzan de la mano.

VII

EL ORIGEN DE LA FAMILIA

En el momento en que escribía el capítulo sobre los salvajes parecía que se había establecido entre los apolo- gistas un cierto acuerdo respecto a la aparición, relati- vamente tardía, en las instituciones humanas, de la fa- milia patriarcal, tal como la vemos en los hebreos o en la Roma imperial. Pero después se han publicado obras en las cuales se controvierten las ideas sostenidas por Bachofen y Mac Lennan, sistematizadas particularmente por Morgan y ulteriormente desarrolladas y confirma- das por Post, Maxim Kovalevsky y Lubbock. Las más importantes son las del profesor danés C. N. Starcke (*La famille primitive*, 1889) y la del profesor de Helsing- fors, Edward Westermarck (*The History of human Ma- rriage*, 1891, 2.^a ed., 1894). Y así ha ocurrido con esta cuestión de las formas primitivas del matrimonio, lo mismo que ocurrió con la cuestión de las instituciones pri- mitivas de la propiedad territorial. Cuando las ideas de Maurer y de Nasse sobre el municipio rural, desarrolladas por toda una escuela de exploradores de mérito, así co- mo las ideas de los antropólogos modernos sobre la constitución comunista primitiva del clan, hubieron ob- tenido una conformidad casi general, entonces provocaron la aparición de las obras de Fustel de Coulanges en Francia, de Federico Seebohm en Inglaterra y de otros varios, esforzándose, con más brillantez que real profun- didad, para desacreditar aquellas ideas y arrojar la duda sobre las conclusiones a que habían llegado las in- vestigaciones modernas. (Véase el prefacio del profesor Vinogradov, en su notable obra *Villainage in England*.) De igual modo cuando las ideas sobre la no existencia de la familia en la primitiva época del clan comenzaron a ser aceptadas por la mayor parte de los antropólogos

y de los estudiantes de derecho antiguo, provocaron la aparición de libros como los de Starcke y de Westermarck, en los cuales se representa al hombre según la tradición hebraica, principiando por la familia patriarcal y no habiendo pasado nunca por los estados descritos por Mac Lennan, Bachofen o Morgan. Estas obras, en particular la brillante *Historia del matrimonio humano*, han sido muy leídas y han causado cierto efecto. Titubeantes quedaron los que no leyeron los voluminosos libros que sostienen la tesis contraria, mientras algunos antropólogos familiarizados con el tema, como el profesor francés Durkheim, tomaron una actitud conciliadora, pero muy poco clara.

Esta controversia se sale un poco del tema en una obra sobre el apoyo mutuo. El hecho que los hombres han vivido en *tribus* desde las primeras edades de la humanidad no está disputado, ni siquiera por los que se extrañan de que el hombre haya podido pasar por un período en que la familia, tal como nosotros la entendemos, no existía. Con todo, el tema no deja de tener su interés y merece mencionarse. Verdad que sería necesario todo un libro para tratarlo a fondo.

Cuando nos esforzamos para descorrer el velo que nos tapa las antiguas instituciones, y particularmente las que datan de la primera aparición de seres del tipo humano, tenemos que efectuar, careciendo como carecemos de testimonios directos, un trabajo de los más difíciles, consistente en remontarnos hasta el origen de cada institución, anotando cuidadosamente las huellas más débiles que han dejado en las costumbres, los hábitos, las tradiciones, los cantos, el folk-lore, etc., y después, reuniendo los diversos resultados de cada uno de estos estudios, tenemos que reconstruir mentalmente una sociedad en la que todas estas instituciones hayan coexistido. Salta en seguida a la vista el formidable cortejo de hechos y el número enorme de estudios minuciosos de puntos particulares que es necesario efectuar para llegar a conclusiones ciertas. Y esto es lo que se encuentra en la monumental obra de Bachofen y de sus continuadores, pero es lo que falta en las obras de la escuela adversaria. La masa de hechos reunidos por el señor Westermarck es, sin duda, grande,

y su obra es, ciertamente, muy estimable como ensayo crítico; pero no es suficiente para hacer cambiar de opinión a los que habiendo estudiado las obras de Bachofen, de Morgan, de Mac Lennan, de Post, de Kovalevsky, etcétera, están familiarizados con los trabajos de la escuela partidaria del municipio rural y no pueden admitir así como así la teoría de la familia patriarcal.

Por esto los argumentos que Westermarck saca de las costumbres familiares de los primates no tienen, a nuestro modo de ver, el valor que les atribuye. Es muy inseguro lo que sabemos de las relaciones de familia en las especies sociables de los monos contemporáneos, mientras que las dos especies no sociables de los orangutanes y de los gorilas deben ponerse fuera de discusión, pues ambas, como he indicado en el texto, son especies que desaparecen. Menos sabemos aún sobre las relaciones entre los machos y las hembras en los primates del fin del período terciario. Probablemente están extinguidas las especies que entonces vivían e ignoramos en absoluto de que forma ancestral salió el hombre. Todo lo que podemos decir con alguna apariencia de probabilidad es que sin duda ha existido una gran variedad de relaciones de sexo en las diferentes especies de monos, en extremo numerosas en aquella época, y que deben haberse efectuado después grandes cambios en las costumbres de los primates, cambios por el estilo de los que se han producido durante los dos últimos siglos en las costumbres de muchas otras especies de mamíferos.

Por consiguiente, la controversia, debe limitarse a las instituciones humanas. En el examen minucioso de las diversas huellas de cada institución primitiva, *comparándolas con lo que sabemos sobre todas las demás instituciones del mismo pueblo o de la misma tribu*, es donde reside la fuerza principal de los que sostienen que la familia patriarcal es una institución de origen relativamente tardío.

En efecto, existía entre los hombres primitivos *todo un ciclo de instituciones* que se nos hacen comprensibles si aceptamos las ideas de Bachofen y de Morgan, pero que resultan incomprensibles en la hipótesis contraria, y

son: la vida comunista del clan, mientras no fué destruída por las familias paternas separadas; la vida en las *casas largas* y en *clases* ocupando casas largas separadas según la edad y el grado de iniciación de los jóvenes (M. Maclay; H. Schurz); las estrictaciones puestas a la acumulación personal de los bienes, de las que he dado varios ejemplos en el texto; el hecho de que las mujeres arrebatadas a otra tribu pertenecieran a la tribu entera antes de convertirse en posesión particular, y muchas otras instituciones similares analizadas por Lubbock. Todas estas instituciones, que cayeron durante el período de la *commune rural*, concuerdan perfectamente con la teoría del «matrimonio tribal», pero los partidarios de la teoría de la familia patriarcal las descuidan.

No es este seguramente el buen modo de discutir el problema. Los hombres primitivos no tenían varias instituciones sobrepuestas o yuxtapuestas, como tenemos nosotros actualmente. No tenían más que una institución, el clan, que comprendía *todas* las relaciones mutuas de los miembros del clan. Las relaciones de propiedad son relaciones que conciernen al clan. Los defensores de la teoría de la familia patriarcal debieran demostrarnos por lo menos cómo el ciclo de las instituciones citadas (y que desaparecieron más tarde) habría podido existir en una aglomeración de hombres viviendo bajo un sistema contradictorio a tales instituciones: el sistema de las familias separadas gobernadas por el *pater familias*.

El modo como dejan a un lado ciertas serias dificultades los partidarios de la teoría de la familia patriarcal no es más científico. Así Morgan ha demostrado, con gran número de pruebas, que existe en muchas tribus primitivas un sistema estrictamente observado de «clasificación de los grupos» y que todos los individuos de la misma categoría se dirigen la palabra unos a otros como si fuesen hermanos y hermanas, mientras que los individuos de una categoría más joven se dirigen a las hermanas de su madre como si fuesen otras madres suyas, y así por el estilo. Decir que esto no es más que un simple *modo de hablar*—un modo de expresar respecto a las personas de más edad—es desembarazarse fácilmente de la di-

ficultad de explicar por qué este modo especial de expresar el respeto, y no otro, ha prevalecido entre tantos pueblos de origen diferente hasta el punto de subsistir en muchos de ellos hasta nuestros días. Se puede admitir que *ma* y *pa* son las sílabas más fáciles para que las pronuncie un bebé, pero la cuestión estriba en saber: ¿por qué estos vocablos del lenguaje infantil son empleados por adultos y aplicados a una cierta categoría bien definida de personas? ¿por qué en tantas tribus en las que a la madre y a sus hermanas se las llama *ma*, el padre es designado por *tiatía* (análogo a *diadía*—tío), *dad*, *da* o *pa*? ¿por qué la apelación de madre, dada a las tías maternas, se sustituyó más tarde por un nombre distinto? Y así por el estilo. Pero cuando averiguamos que en muchos salvajes la hermana de la madre asume tanta responsabilidad en los cuidados prodigados al hijo como la misma madre, y que si la muerte arrebató al hijo amado, la otra «madre» (la hermana de la madre verdadera) se sacrifica para acompañar al hijo en su viaje al otro mundo, entonces vemos ciertamente en estos nombres algo más profundo que un simple *modo de hablar* o una manera de expresar respeto. Y esto tanto más cuando averiguamos la existencia de todo un ciclo de supervivencias que Lubbock, Kovalevsky y Post han examinado cuidadosamente y que todas tienen el mismo significado. Se puede decir, sin duda, que el parentesco se reconoció del lado maternal «porque el hijo permanece más tiempo con la madre», o bien se puede explicar el hecho de que los hijos de un hombre y de varias mujeres de tribus diferentes pertenecen a los clanes de sus madres a causa de «la ignorancia de los salvajes en fisiología»; pero estos argumentos están lejos de ser bastante serios en cuestiones de esta importancia, sobre todo cuando sabemos que la obligación de llevar el nombre de su madre implica que se pertenece al clan de su madre bajo todas sus relaciones, es decir, confiere un derecho a toda la propiedad del clan maternal, así como el derecho a la protección del clan, la seguridad de no ser atacado por ninguno de sus miembros y el deber de vengar las injurias hechas a cada miembro del clan.

Aun cuando por un momento admitiéramos aquellas explicaciones como satisfactorias, en seguida veríamos que es necesario hallar una explicación diferente para cada categoría de hechos de esta naturaleza, que son muy numerosos. Citaremos solamente unos cuantos: la división de los clanes en clases en una época donde no había ninguna división de la propiedad o de la condición social; la exogamia y todas las costumbres que son su consecuencia, enumeradas por Lubbock; el pacto de la sangre y una serie de costumbres análogas destinadas a probar la unidad de descendencia; la aparición de los dioses de la familia viniendo después de los dioses de los clanes; el cambio de mujeres, que no existe tan sólo entre los esquimales en tiempos de calamidades, sino que es una costumbre muy extendida entre muchas tribus de origen muy diferente; el lazo matrimonial tanto más flojo cuanto más se desciende en el nivel de la civilización; los matrimonios «composites»—varios hombres esposando una sola mujer que les pertenece por turno;—la abolición de las restricciones al matrimonio durante las fiestas, o a cada quinto, sexto u otro día; la cohabitación de las familias en las «casas largas»; la obligación del tío maternal, hasta en una época avanzada, de criar el huérfano; el número considerable de formas transitorias demostrando el pasaje gradual de la filiación paterna; la limitación del número de hijos ordenada por el clan—no por la familia—y la abolición de esta medida rigurosa en tiempos de abundancia; la aparición de las restricciones de la familia después de las restricciones del clan; el sacrificio de los viejos en interés de la tribu; la *ley del talión* incumbiendo a la tribu, y muchos otros hábitos y costumbres que no se convierten en «asuntos de familia» hasta que hallamos la familia constituida, en el sentido moderno de la palabra; las ceremonias nupciales, de las que se hallan ejemplos característicos en la obra de sir Jhon Lubbock y en las de varios autores rusos modernos; la ausencia de las solemnidades del matrimonio allí donde la línea de la filiación es maternal y la aparición de estas solemnidades en las tribus donde la línea de la filiación se hace pa-

terna, estos y muchos otros hechos demuestran, como hace observar Durkheim, que el matrimonio propiamente dicho «no está más que tolerado y que a él se oponen fuerzas antagónicas»; la destrucción, cuando muere un individuo, de todo lo que le pertenecía personalmente, y en fin, el gran número de tradiciones, de mitos (véase Bachofen y sus numerosos discípulos), de folk-lore, etc., todo habla en el mismo sentido.

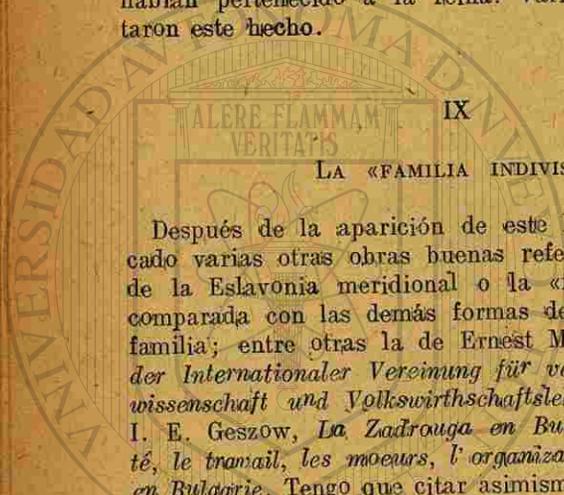
Naturalmente, esto no prueba que haya existido un período en que la mujer fuese mirada como superior al hombre, o que estuviese «a la cabeza» del clan; es una cuestión del todo diferente, y mi opinión personal es que semejante período no existió jamás. Tampoco prueba todo esto que haya habido un tiempo en que no existía ninguna restricción tribal a la unión de los sexos. Sería contrario a todo lo que conocemos. Pero cuando consideramos en sus relaciones recíprocas la masa de hechos recientemente sacados a luz, es necesario reconocer que si pudo haber parejas aisladas con sus hijos hasta en el clan primitivo, estas familias debutantes no fueron más que *excepciones toleradas* y no una institución de aquella época.

VIII

DESTRUCCION DE LA PROPIEDAD PRIVADA
SOBRE LA TUMBA

En un notable libro de J. M. de Groot, *Les systèmes religieux de la Chine*, publicado en Leyde en 1892-97, hallamos la confirmación de esta idea. Hubo una época en China (como en otras partes) en que todos los bienes personales de un muerto los destruían sobre su tumba: sus bienes mobiliarios, sus esclavos y hasta sus amigos y vasallos, y, naturalmente, su viuda. Se necesitó una acción enérgica por parte de los moralistas contra esta costumbre para poner término a ella. Entre los bohemios (gipsios) de Inglaterra ha sobrevivido hasta hoy

esta costumbre de destruir todo lo que perteneció a uno de ellos. Todos los bienes personales de la reina Gipsy, que murió en 1896 en las cercanías de Slough, fueron destruidos sobre su tumba. Prmeramente mataron su caballo y fué comido. Después quemóse su casa ambulante así como el arnés del caballo y diversos objetos que habían pertenecido a la reina. Varios periódicos relataron este hecho.



IX

LA «FAMILIA INDIVISA»

Después de la aparición de este libro se han publicado varias otras obras buenas referentes a la *zadruga* de la Eslavonia meridional o la «familia compuesta», comparada con las demás formas de organización de la familia; entre otras la de Ernest Miler en el *Jahrbuch der Internationaler Vereinung für vergleichende Rechtswissenschaft und Volkswirtschaftslehre*, 1897, y la de I. E. Geszow, *La Zadruga en Bulgarie* y *La Propriété, le travail, les moeurs, l'organisation de la Zadruga en Bulgarie*. Tengo que citar asimismo el estudio bien conocido de Bogosic *De la forme dite «inokosna» de la famille rurale chez les Serbes et les Croates*, Paris, 1884.

FIN DEL TOMO PRIMERO

DIRECCIÓN GENERAL

INDICE DEL TOMO PRIMERO

CAPITULO I

EL APOYO MUTUO ENTRE LOS BARBAROS

Págs.

INTRODUCCION 5

CAPITULO PRIMERO

EL APOYO MUTUO ENTRE LOS ANIMALES

La lucha por la existencia.—El apoyo mutuo, ley de la Naturaleza y principal factor de la evolución progresiva.—Invertebrados.—Hormigas y abejas.—Pájaros: asociaciones para la caza y la pesca.—Sociabilidad.—Protección mutua entre los pájaros pequeños.—Grullas; papagayos. 17

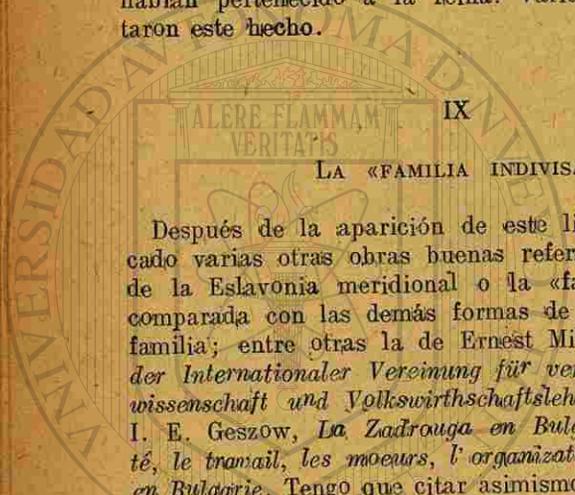
CAPITULO II

EL APOYO MUTUO ENTRE LOS ANIMALES

(Continuación)

Emigraciones de pájaros. — Asociaciones para la cría.—Sociedades otónales.—Mamíferos: número pequeño de especies no sociables.—Asociación para la caza en los lobos, los leones, etc.—Sociedades de roedores, de rumiantes, de monos. — Apoyo mutuo en la lucha por la vida. — Argumentos de Darwin para demostrar la lucha por la vida en una misma especie. — Obstáculos naturales a la surmultiplicación. — Supuesto exterminio de las especies intermedias. — Eliminación de la competencia en la Naturaleza. 42

esta costumbre de destruir todo lo que perteneció a uno de ellos. Todos los bienes personales de la reina Gipsy, que murió en 1896 en las cercanías de Slough, fueron destruidos sobre su tumba. Prmeramente mataron su caballo y fué comido. Después quemóse su casa ambulante así como el arnés del caballo y diversos objetos que habían pertenecido a la reina. Varios periódicos relataron este hecho.



IX

LA «FAMILIA INDIVISA»

Después de la aparición de este libro se han publicado varias otras obras buenas referentes a la *zadruga* de la Eslavonia meridional o la «familia compuesta», comparada con las demás formas de organización de la familia; entre otras la de Ernest Miler en el *Jahrbuch der Internationaler Vereinung für vergleichende Rechtswissenschaft und Volkswirtschaftslehre*, 1897, y la de I. E. Geszow, *La Zadruga en Bulgarie* y *La Propriété, le travail, les moeurs, l'organisation de la Zadruga en Bulgarie*. Tengo que citar asimismo el estudio bien conocido de Bogosic *De la forme dite «inokosna» de la famille rurale chez les Serbes et les Croates*, Paris, 1884.

FIN DEL TOMO PRIMERO

DIRECCIÓN GENERAL

INDICE DEL TOMO PRIMERO

CAPITULO I

EL APOYO MUTUO ENTRE LOS BARBAROS

Págs.

INTRODUCCION 5

CAPITULO PRIMERO

EL APOYO MUTUO ENTRE LOS ANIMALES

La lucha por la existencia.—El apoyo mutuo, ley de la Naturaleza y principal factor de la evolución progresiva.—Invertebrados.—Hormigas y abejas.—Pájaros: asociaciones para la caza y la pesca.—Sociabilidad.—Protección mutua entre los pájaros pequeños.—Grullas; papagayos. 17

CAPITULO II

EL APOYO MUTUO ENTRE LOS ANIMALES

(Continuación)

Emigraciones de pájaros. — Asociaciones para la cría.—Sociedades otónales.—Mamíferos: número pequeño de especies no sociables.—Asociación para la caza en los lobos, los leones, etc.—Sociedades de roedores, de rumiantes, de monos. — Apoyo mutuo en la lucha por la vida. — Argumentos de Darwin para demostrar la lucha por la vida en una misma especie. — Obstáculos naturales a la surmultiplicación. — Supuesto exterminio de las especies intermedias. — Eliminación de la competencia en la Naturaleza. 42

CAPITULO III

EL APOYO MUTUO ENTRE LOS SALVAJES

La supuesta guerra de cada uno contra todos.—Origen tribal de las sociedades humanas.—Tardía aparición de la familia separada.—Hotentotes y bosquimanos.—Australianos, papús.—Esquimales, aleutas.—Los caracteres de la vida salvaje son difíciles de comprender para los europeos.—La concepción de la justicia entre los dayaks.—El derecho común 80.

CAPITULO IV

EL APOYO MUTUO ENTRE LOS BARBAROS

La emigración de los pueblos.—Una nueva organización que se ha hecho necesaria.—La comunidad rural.—El trabajo comunal.—El procedimiento judicial.—La ley intertribal.—Ejemplos sacados de la vida de nuestros contemporáneos.—Burias.—Kabylas.—Montañeses caucásicos.—Razas del Africa. 113

APENDICES

I.—Enjambres de mariposas, libélulas, etc.—Ne-cróforos.	143
II.—Las hormigas.	145
III.—Asociaciones para construir nidos	147
IV.—La sociabilidad entre los animales.	149
V.—Los obstáculos a la surpoblación.	150
VI.—Adaptaciones para evitar la competencia.	152
VII.—El origen de la familia.	155
VIII.—Destrucción de la propiedad privada sobre la tumba.	161
IX.—La «familia indivisa».	162

EL APOYO MUTUO

UN FACTOR DE LA EVOLUCION

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DE BIBLIOTECAS

CAPITULO III

EL APOYO MUTUO ENTRE LOS SALVAJES

La supuesta guerra de cada uno contra todos.—Origen tribal de las sociedades humanas.—Tardía aparición de la familia separada.—Hotentotes y bosquimanos.—Australianos, papús.—Esquimales, aleutas.—Los caracteres de la vida salvaje son difíciles de comprender para los europeos.—La concepción de la justicia entre los dayaks.—El derecho común 80.

CAPITULO IV

EL APOYO MUTUO ENTRE LOS BARBAROS

La emigración de los pueblos.—Una nueva organización que se ha hecho necesaria.—La comunidad rural.—El trabajo comunal.—El procedimiento judicial.—La ley intertribal.—Ejemplos sacados de la vida de nuestros contemporáneos.—Burias.—Kabylas.—Montañeses caucásicos.—Razas del Africa. 113

APENDICES

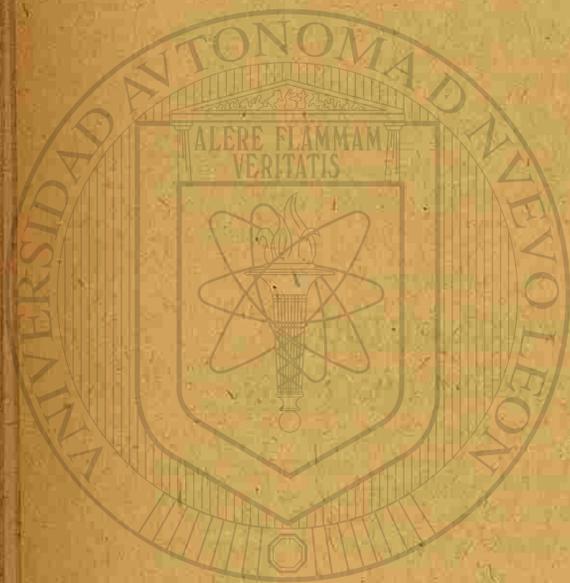
I.—Enjambres de mariposas, libélulas, etc.—Ne-cróforos.	143
II.—Las hormigas.	145
III.—Asociaciones para construir nidos	147
IV.—La sociabilidad entre los animales.	149
V.—Los obstáculos a la surpoblación.	150
VI.—Adaptaciones para evitar la competencia.	152
VII.—El origen de la familia.	155
VIII.—Destrucción de la propiedad privada sobre la tumba.	161
IX.—La «familia indivisa».	162

EL APOYO MUTUO

UN FACTOR DE LA EVOLUCION

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PEDRO KROPOTKINE

EL APOYO MUTUO

UN FACTOR DE LA EVOLUCION

TRADUCCIÓN DE LA JUVENTUD LITERARIA

TOMO SEGUNDO

EDITORIAL B. BAUZA

Aribau, 175 a 179

BARCELONA

VICENTE MATERA

C. de Chile, núm. 2115

BUENOS AIRES

Biblioteca de Cultura

OBRAS DE PEDRO KROPOTKINE

La conquista del pan.
Palabras de un rebelde.
Campos, fábricas y talleres.
Las prisiones.

EL APOYO MUTUO UN FACTOR DE LA EVOLUCION

CAPITULO V

EL APOYO MUTUO EN LA CIUDAD DE LA EDAD MEDIA

Aumento de la autoridad en la sociedad bárbara.—La servidumbre en los pueblos.—Rebelión de las ciudades fortificadas; su liberación, sus Cartas.—La guilda.—Doble origen de la ciudad libre de la Edad Media.—Soberanía judicial y administrativa.—El trabajo manual considerado honroso.—El comercio realizado por la guilda y la ciudad.

De tal modo es consustancial con la naturaleza humana el apoyarse mutuamente, que ni en las épocas más remotas de la historia, hallamos hombres viviendo en pequeñas familias aisladas, combatiéndose unas a otras para asegurarse sus medios de existencia. Al contrario, las investigaciones modernas, como hemos visto en los dos capítulos precedentes, demuestran que desde el mismo comienzo de su vida prehistórica, los hombres formaban aglomeraciones de *gentes*, clanes o tribus, sostenidas por la idea de un origen común y por el culto a los antepasados. Durante millares y millares de años, esta organización sirvió de lazo entre los hombres, por más que no hubiera ninguna clase de autoridad que la impusiera; ejerciendo una influencia profunda sobre el desarrollo ulterior de la humanidad, y cuando los lazos de común origen se relajaron en las grandes emigraciones, al compás que el desarrollo de la familia separada en el interior del clan destruía la antigua unidad, se desarrolló una nueva

forma de unión, territorial en principio: el municipio rural, creado por el genio social del hombre. Esta institución mantuvo, a su vez, la unión necesaria, permitiendo al hombre continuar el desarrollo ulterior de las formas de la vida social, franquear uno de los períodos más sombríos de la historia, sin que la sociedad se disolviera en vagas agregaciones de familias y de individuos, y elaborar buen número de instituciones secundarias, de las que algunas han sobrevivido hasta nuestros días. Vamos a examinar ahora este nuevo desarrollo de la tendencia, siempre viva, hacia el apoyo mutuo. Después de estudiar los municipios rurales de los sedicentes bárbaros, en una época en que vemos florecer una nueva civilización después de la caída del imperio romano, nos falta estudiar los nuevos aspectos que tomaron las tendencias sociales de las masas en la Edad Media, particularmente en las guildas y en las ciudades medioevales.

Lejos de ser los animales combativos con los cuales a menudo se les ha comparado, los bárbaros de los primeros siglos de nuestra Era—como tantos mogoles, africanos, árabes, etc., que aún se hallan en el mismo estado—preferían invariablemente la paz a la guerra. Algunas tribus constituyeron una excepción: las que fueron rechazadas durante las grandes emigraciones, hacia los desiertos o hacia las montañas improductivas, viéronse por este motivo obligadas a saquear periódicamente a sus vecinas más favorecidas. Pero fuera de estas tribus, la gran masa de los teutones, de los sajones, de los celtas, de los slavos, etc., retornaron a su azada y a sus ganados tan pronto como se hubieron establecido en los territorios nuevamente conquistados. Los códigos bárbaros más antiguos nos presentan ya sociedades compuestas de pacíficos municipios agrícolas y no hordas de hombres en guerra unos contra otros. Estos bárbaros cubrieron el suelo de pueblos y de cortijos; desmontaron los bosques, construyeron puentes sobre los torrentes, colonizaron las soledades que antes eran completamente inhabitables y abandonaron las aventureras expediciones guerreras a las bandadas de *scholas*, o compañías al mando de jefes temporales, que iban errantes, ofreciendo su espíritu aventu-

tero, sus armas y su conocimiento de la guerra, para proteger poblaciones que, ante todo, deseaban la paz. Estos guerreros, con sus nubes, llegaban, permanecían algún tiempo en el territorio y después se marchaban, continuando sus disensiones de familia; pero la gran masa del pueblo continuaba cultivando la tierra, prestando poca atención a estos guerreros que querían imponer su dominio, mientras no pusieran dificultades a la independencia de los municipios rurales. Poco a poco los nuevos ocupantes de Europa crearon los regímenes de posesión de la tierra y de cultivo que aún están en vigor entre centenares de millones de hombres; aprendieron los primeros rudimentos de la industria, y al propio tiempo que fortificaban sus pueblos con muros de empalizadas, que elevaban torres y fuertes donde refugiarse en caso de una nueva invasión, abandonaron la misión de defender estas torres y fuertes a los que hacían una especialidad del oficio de la guerra.

De este modo fueron colocándose los bárbaros bajo la férula y autoridad de jefes militares, no a impulsos del instinto guerrero que erróneamente se les atribuye, sino a causa de sus mismas tendencias pacíficas. Es evidente que el género de vida de las bandas armadas ofrecía más facilidades para enriquecerse de las que hallaban los cultivadores de la tierra en sus comunidades agrícolas. Actualmente aún vemos que los hombres de armas se reúnen a veces para matar a los matabeles y para despojarlos de sus rebaños, por más que los matabeles no deseen más que la paz y estén dispuestos a comprarla a elevado precio. Los *schola* de antes no eran seguramente más escrupulosos que los *schola* de hoy. Los rebaños de ganado, el hierro (que en aquella época tenía gran valor) y los esclavos se los apropiaban de este modo, y aunque la mayor parte de estas adquisiciones se despilfarraban sobre el terreno, en estas conquistas gloriosas, de que tanto habla la poesía épica, una parte de las riquezas servía, no obstante, para nuevos enriquecimientos. Las tierras incultas abundaban, y no faltaban hombres dispuestos a cultivarlas con tal de que obtuvieran el ganado y los instrumentos necesarios. Pueblos enteros arruinados por la

epizootia, las pestes, los incendios o las nuevas incursiones de los inmigrantes, quedaban a menudo abandonados por sus habitantes, que iban en busca de nuevas moradas. Esto sucede en Rusia actualmente en circunstancias parecidas. Y si alguno de los *hirðmen* de las compañías armadas ofrecía a estos campesinos algunos ganados para la nueva instalación, hierro para construir un arado, cuando no el arado mismo, su protección contra nuevas incursiones y la seguridad de cierto número de años libres de toda obligación antes de comenzar a pagar la deuda contraída, se establecían en su terreno; luego, después de una lucha contra las malas cosechas, las inundaciones y las epidemias, cuando estas avanzadas comenzaban a pagar sus deudas, el protector militar del terreno les imponía obligaciones de servidumbre. De este modo se acumulaban, ciertamente, riquezas, y el poder seguía siempre a la riqueza (1). Sin embargo, cuanto más penetramos en la vida de estas épocas, hacia el siglo VI y el VII de nuestra era, más vemos que, además de la riqueza y la fuerza militar, fué necesario otro elemento para constituir la autoridad de una minoría. Fué un elemento de ley y de derecho, fué el deseo de las masas de mantener la paz y de establecer lo que consideraban como justo, lo que dió a los jefes de los *scholæ*—reyes, duques, *kniazes* y demás—la fuerza que adquirieron dos o trescientos años más tarde. Esta misma idea de la justicia, concebida como una vindicta equitativa para cada sinrazón, idea que se había desarrollado bajo el régimen de la tribu, se encuentra nuevamente a través de la historia de las instituciones posteriores, y, mejor que las causas militares o económicas, esta idea se convirtió en la base sobre la cual se fundó la autoridad de los reyes y de los señores feudales.

La primordial preocupación de los municipios rurales bárbaros (de igual modo que en nuestros bárbaros contemporáneos) fué poner término, tan pronto como fuera posible, a las venganzas que suscitaba la concepción co-

(1) La principal riqueza de los jefes consistió durante mucho tiempo en dominios personales, poblados en parte de esclavos prisioneros, pero sobre todo de hombres libres obligados a establecerse del modo que queda descrito.

rriente de la justicia. Cuando surgía una disputa, el municipio intervenía inmediatamente, y después que la asamblea del pueblo había entendido en el asunto, fijaba la compensación que debía pagarse a la persona lesionada o a su familia (el *wergeld*), así como el *fred* o multa por la violación de la paz que debía pagarse al Común. Las querellas interiores fácilmente se apaciguaban por este medio. Pero cuando a pesar de todas las medidas tomadas para prevenirlas estallaban disensiones entre dos tribus diferentes o dos confederaciones de tribus, la dificultad consistía en hallar un árbitro capaz de formular una sentencia cuyo fallo fuese aceptado por las dos partes, tanto en razón de su parcialidad como por su conocimiento de la ley antigua. Esta dificultad era tanto más grande cuanto que las leyes consuetudinarias de las diferentes tribus y confederaciones variaban tocante a la compensación debida según los diferentes casos. Por esto tomaron la costumbre de escoger el árbitro entre ciertas familias y tribus reputadas por haber conservado la ley antigua en toda su pureza y versadas en el conocimiento de los cantos, de las triadas, de las sagas, etc., por medio de los cuales la ley se perpetuaba en las memorias. Y esta tradición de la ley se fué convirtiendo en una especie de arte, un «misterio», cuidadosamente transmitido en ciertas familias de generación en generación. Por esto en Islandia y en otros países escandinavos, a cada *allthing* o asamblea nacional, un *lövsögmáthr* recitaba de memoria la ley entera para edificación de la asamblea. En Irlanda existía, como es sabido, una clase especial de hombres reputados por su conocimiento de las viejas tradiciones, y por esto mismo gozaban de una gran autoridad como jueces. Cuando, por otra parte, vemos en los anales rusos que ciertas tribus del Noroeste de Rusia, impulsadas por el desorden creciente que resultaba de la lucha de los «clanes contra los clanes», acudieron a los *varíngias* normandos para que fuesen sus jueces y mandaran *scholæ* guerreras; cuando vemos a los *kniazes* o duques elegidos siempre en la misma familia normanda durante los doscientos años que siguieron, no es necesario reconocer que los slavs suponían a los normandos un conocimiento

superior de la ley que sería aceptado por sus diferentes poblaciones. En este caso, la posesión de *runes* para la transmisión de las antiguas costumbres era una ventaja a favor de los normandos, pero en otros casos existen vagos indicios que nos demuestran que se acudía a la rama «más antigua» de la población, a la que se suponía ser la raíz madre, para suministrar jueces cuyos fallos eran aceptados como justos, mientras que en una época posterior vemos una marcada tendencia a escoger los árbitros entre el clero cristiano, que se atenía aún al principio fundamental del cristianismo, hoy olvidado, según el cual las represalias no son un acto de justicia. En esta época, el clero cristiano abría las iglesias como lugares de asilo para los que huían de venganzas sangrientas y voluntariamente actuaba como árbitro en los casos criminales, oponiéndose siempre al viejo principio tribal que pedía vida por vida, herida por herida. En resumen, cuanto más profundamente penetramos en la historia de las instituciones primitivas, menos fundamento hallamos a la teoría del origen militar de la autoridad. La autoridad, que más tarde se convirtió en fuente de opresión, parece, al contrario, que debe su origen a las tendencias pacíficas de las masas.

En todos estos casos el *fred*, que a menudo subía a la mitad de la compensación, lo ingresaba la asamblea del pueblo, y desde tiempos inmemoriales se empleaba en obras de utilidad y de defensa común. Aun tiene idéntico destino (la construcción de torres) entre las kabylas y en ciertas tribus mogoles, y poseemos datos verídicos de que siglos más tarde las multas judiciales que se pagaban en Pskov y en varias ciudades francesas y alemanas continuaban empleándose para la reparación de los muros de la ciudad. Así se declara expresamente en la carta de San Quintín del año 1002; el importe de las casas condenadas a ser demolidas por crimen, debía destinarse a los muros de la ciudad. Igual destino se daba al *ungeld* en las ciudades alemanas. En Pskov la catedral era el banco de las multas, y de su fondo se sacaba el dinero para construir las murallas. Era por consiguiente muy natural que las multas fuesen a parar con el tiempo al

que «hallaba la sentencia», al juez, el cual a su vez estaba obligado a subvenir a los gastos de una *schola* de hombres armados para la defensa del territorio y para ejecutar las sentencias. Esto se convirtió en una costumbre universal en el siglo VIII y en el IX, hasta cuando la persona elegida para hallar las sentencias era un obispo. En todo esto germinaba ya la combinación de lo que hoy llamaríamos el poder judicial y el poder ejecutivo. Pero las atribuciones del duque o del rey se limitaban estrictamente a estas dos funciones. No era el dueño del pueblo—el poder supremo pertenecía aún a la asamblea del pueblo,—ni siquiera el comandante de la milicia popular; cuando el pueblo empuñaba las armas, dirigíalo un jefe distinto, nombrado también por elección, que no era un subordinado, sino un igual al rey. El rey únicamente era dueño en su dominio personal. En el idioma bárbaro la palabra *konung*, *koning* o *cynning*, sinónima de la palabra latina *rex*, no tenía otro sentido que el de jefe o comandante temporal de una tropa. El comandante de una flotilla de barcos de guerra, y hasta de un simple buque pirata, era asimismo un *konung*, y hasta en nuestros tiempos el jefe de pesca en Noruega se llama Not-Kong, «el rey de las redes». La veneración que más tarde se prodigó al rey aun no existía, y mientras que la traición a la tribu se castigaba con la pena de muerte, el regicidio podía rescatarse mediante el pago de una compensación: la única diferencia estaba en que un rey se evaluaba más caro que un hombre libre; (treinta y seis veces más que un noble, según la ley anglosajona. En el código de Rothari la muerte de un rey se castigaba, no obstante, con la muerte; pero (sin querer mencionar la influencia romana) esta nueva disposición fué introducida (en 646) en la ley lombarda—como hacen observar Leo y Botta—para proteger al rey contra la ley del talión. Siendo el mismo rey en aquel momento el ejecutador de sus sentencias (como antes lo era la tribu), debía estar protegido por una disposición especial, tanto más que varios reyes lombardos, antes de Rothari, habían sido asesinados unos después de otros). Y cuando el rey Knu (o Canut) mató a un hombre de

su propia schola, la saga lo representa convocando a sus camaradas a un *thing* e implorando su perdón de rodillas. Se le concedió, pero antes tuvo que prometer que pagaría nueve veces la compensación acostumbrada, de la cual un tercio sería para él mismo a fin de compensarle la pérdida de uno de sus hombres, un tercio a la familia del muerto y un tercio (*el fred*) a la schola. Fué necesario que bajo la doble influencia de la Iglesia y de los legistas versados en derecho romano se produjera un cambio completo en las concepciones corrientes, para que la idea de santidad se ligara a la persona del rey.

Nos llevaría fuera de los límites de este ensayo si quisiéramos seguir el desarrollo gradual de la autoridad, cuyos elementos acabamos de indicar. Historiadores como Green, por Inglaterra; Agustín Thierry, Michelet y Luchaire, por Francia; Kaufmann, Jansen, Arnold y Nitzsch, por Alemania; Leo y Botta, por Italia; Biélaeff, Kostomaroff y sus continuadores, por Rusia, han trazado suficientemente esta historia, demostrando cómo las poblaciones, libres al principio, consintieron en «afimentar» a una parte de sus defensores militares, convirtiéndose poco a poco en siervos de estos protectores; cómo el hombre libre a menudo veíase forzado a convertirse en «protegido» de la Iglesia o de un señor; cómo cada castillo de señores o de obispos se convirtió en una madriguera de bandidos; en una palabra, de qué modo las cruzadas, libertando a los siervos que empuñaban la cruz, dieron el primer impulso a la emancipación del pueblo. Todo esto no hay necesidad de repetirlo aquí. Nuestro principal objeto es seguir el genio constructivo de las masas en sus instituciones de apoyo mutuo.

*

* *

En la época en que se creyó que iban a desaparecer los últimos vestigios de la libertad bárbara, la vida europea tomó una nueva dirección. Caída Europa bajo el dominio de millares de gobernantes, parecía marchar, como las civilizaciones anteriores, hacia un régimen de teocracias y de

Estados despóticos, o bien hacia un régimen de monarquías bárbaras, por el estilo de las que actualmente vemos en el Africa; pero entonces se produjo un movimiento parecido al que dió nacimiento a las ciudades de la antigua Grecia.

Cón una unanimidad que parece incomprensible, y que durante mucho tiempo no la comprendieron los historiadores, las aglomeraciones urbanas de toda clase, y hasta los burgos más pequeños, comenzaron a sacudir el yugo de sus dueños espirituales y temporales. El lugar fortificado se rebeló contra el castillo del señor, primero desafiándole, atacándole luego y después destruyéndolo. El movimiento se extendió arrastrando en pos todas las villas de Europa, y en menos de cien años creáronse ciudades libres sobre las costas del Mediterráneo, del mar del Norte, del Báltico, del Océano Atlántico, hasta los fjords de Escandinavia; al pie de los Apenninos, de los Alpes, del Bosque-Negro, de los Granpians y de los Cárpatos; en las llanuras de Rusia, de Hungría, de Francia, de España. En todas partes se produjo la misma rebelión, con iguales manifestaciones, pasando por idénticas fases, conducente a los mismos resultados. En todas partes donde los hombres hallaban o esperaban hallar alguna protección detrás de los muros de sus villas, instituyeron sus «conjuraciones», sus «fraternidades», sus «amistades», unidas por una idea común y marchando atrevidamente hacia una nueva vida de apoyo mutuo y de libertad. Y tanto lo lograron, que en tres o cuatrocientos años cambiaron la misma faz de la Europa. Cubrieron los países de bellos y suntuosos edificios, expresión del genio de las libres uniones de hombres libres, y cuya belleza y poder de expresión no fueron igualados después; legaron a las generaciones siguientes todas las artes, todas las industrias de que nuestra civilización actual, con todas sus adquisiciones y sus promesas para el porvenir, no es más que un desarrollo, y si intentamos descubrir qué fuerzas produjeron estos grandes resultados, los hallamos, no en el genio de los héroes individuales, no en la poderosa organización de los grandes Estados o en las capacidades políticas de sus gobernantes, sino

en aquella misma corriente de ayuda recíproca y de apoyo mutuo que vimos actuar en el municipio rural y que encontramos nuevamente en la Edad Media, vivificada y reforzada por una nueva clase de uniones inspiradas por el mismo espíritu, pero formadas sobre un nuevo modelo: las guildas.

Está actualmente demostrado que el feudalismo no implicaba una disolución del municipio rural. Por mucho que el señor hubiese logrado imponer el trabajo servil a los campesinos y se hubiese apropiado los derechos que antes pertenecían al Común rural (impuestos, manomuerta, derechos sobre las herencias, y los matrimonios), los campesinos habían conservado, a pesar de todo, los dos derechos fundamentales de sus comunidades: la posesión en común de la tierra y la autojurisdicción.

Antiguamente, cuando un rey enviaba su preboste a un pueblo, los campesinos recibíanle llevando flores en una mano y las armas en la otra y le preguntaban qué ley tenía intención de aplicar: la que encontraría en el lugar o la que él traía consigo. En el primer caso le ofrecían las flores y le recibían, pero en el segundo rechazábanlo con sus armas.

Más tarde aceptaron al enviado del rey o del señor que no podían rechazar, pero conservaron la jurisdicción de la asamblea popular y nombraban ellos mismos seis, siete o doce jueces que residían con el juez del señor en la asamblea y actuaban como árbitros o para hallar la sentencia. En la mayoría de los casos el juez impuesto no hacía más que confirmar la sentencia o cobrar el *fred* acostumbrado. Este precioso derecho de autojurisdicción, que en aquella época significaba autoadministración y autolegislación, se mantuvo a través de todas las luchas. Ni siquiera pudieron abolirlo los legistas de que se había rodeado Carlomagno; viéronse obligados a confirmarlo. Al propio tiempo, en todos los asuntos que concernían al dominio de la comunidad, la asamblea del pueblo conservaba su supremacía y (como ha demostrado Maurer) reivindicaba a menudo la sumisión del señor en los asuntos de posesión de tierras. No hubo desarrollo del feudalismo que pudiera vencer esta resistencia, y cuando en

los siglos IX y X las invasiones de los normandos, de los árabes y de los ugos hubieron demostrado que las *chateaux* militares eran de escaso valor para detener a los invasores, comenzó un movimiento general en toda Europa para proteger los lugares por medio de muros de piedra y de ciudadelas. Se elevaron millares de centros fortificados gracias a la energía de los municipios rurales, y cuando estos hubieron construido sus murallas y se hubo creado un interés común en este nuevo santuario—las murallas de la villa,—los comunales comprendieron que en adelante podían oponer una resistencia a sus enemigos interiores, los señores, y a las invasiones de los extranjeros. Entonces comenzó a desarrollarse una nueva vida de libertad dentro de estos recintos fortificados. La ciudad de la Edad Media había nacido.

Si sigo de este modo las teorías difundidas desde hace tiempo por Maurer, es porque ha demostrado claramente de qué modo se fué transformando el municipio rural en ciudad medioeval, en virtud de una evolución ininterrumpida y porque únicamente este modo de ver puede explicar la universalidad del movimiento comunalista. Sabigny y Eichhorn y sus continuadores, han demostrado, ciertamente, que las tradiciones de los municipios romanos no desaparecieron nunca del todo. Pero no tienen en cuenta para nada el período de los Comunes rurales de los bárbaros que precedieron a las ciudades. El hecho es que cada vez que la civilización recomenzó nuevamente, en Grecia, en Roma o en la Europa central pasó por las mismas fases—la tribu, el Común rural, la ciudad libre, el Estado,—cada una representando una evolución natural de la fase precedente. Bien entendido, la experiencia de cada civilización no había quedado perdida. La Grecia (también influida por las civilizaciones del Oriente) influyó sobre Roma y Roma influyó en nuestra civilización; pero cada una de estas civilizaciones comenzó por la tribu. Y si no podemos decir que nuestros Estados son la continuación del Estado romano, tampoco podemos decir que las ciudades de la Edad Media en Europa (incluso Escandinavia y Rusia) sean una continuación de las ciudades romanas. Eran una

continuación de los Comunes rurales bárbaros, hasta cierto punto influenciadas por las tradiciones de las ciudades romanas.

Ningún período de la historia puede demostrar mejor el poder creador de las masas populares que los siglos X y XI, cuando los lugares y las plazas de mercado fortificados—«oasis situados en el bosque feudal»—comenzaron a librarse del yugo de los señores y lentamente prepararon la futura organización de la ciudad; pero desgraciadamente es un período sobre el cual son raras las informaciones históricas: conocemos los resultados, pero poco sabemos de los medios con que se obtuvieron. Al abrigo de sus murallas, las asambleas populares de las ciudades—completamente independientes o conducidas por las principales familias nobles o mercaderes—conquistaron y conservaron el derecho de elegir el *defensor* militar de la ciudad y el supremo magistrado, o, por lo menos, escogerlo de entre los que pretendían ocupar esta posición. En Italia, los jóvenes comunes despedían continuamente a sus *defensores* o *domini*, combatiendo a los que no querían marcharse. Igualmente pasaba en el Este. En Bohemia, ricos y pobres a la vez (*Bohemicae gentis magni et parvi, nobiles et ignobiles*) tomaban parte en la elección, mientras que las *vietchés* (asambleas del pueblo) de las ciudades rusas elegían regularmente sus duques—escogidos siempre en la familia de los Rurik,—hacían sus convenios con ellos y despedían a su *kniaz* si no estaban satisfechas de él. En la misma época, en la mayor parte de las ciudades del Oeste y del Sur de Europa la tendencia era tomar por *defensor* a un obispo elegido por la misma ciudad, y tantos fueron los obispos que se pusieron al frente de la resistencia para la protección de las «inmunidades» de las villas y la defensa de sus libertades, que después de su muerte muchos fueron considerados como santos y se convirtieron en los patronos de diferentes ciudades: San Uthelred de Winchester, San Ulrik de Augsburg, San Wolfgang de Ratisbona, San Heriberto de Colonia, San Adalberto de Praga y así por el estilo. Asimismo muchos abates y monjes convirtieron en santos patronos de ciudades

por haber sostenido el partido de los derechos del pueblo. Con estos nuevos *defensores*—laicos o clericales—los ciudadanos conquistaron la antigua autonomía jurídica y administrativa para sus asambleas populares. Es necesario, no obstante, hacer observar que en las ciudades reales las asambleas del pueblo no obtuvieron jamás la independencia que tuvieron en otras partes. Hasta es cierto que las ciudades de Moscon y de París fueron escogidas por los reyes y por la Iglesia como cuna de la futura autoridad real en el Estado, por el motivo que estas ciudades no poseían la tradición de asambleas populares acostumbradas a obrar soberanamente en todas las cosas.

Efectuóse el progreso de liberación mediante una serie apenas perceptible de actos de abnegación en pro de la cosa común, viniendo de hombres del pueblo, de héroes desconocidos cuyos nombres ni siquiera han sido conservados por la historia. El maravilloso movimiento de la tregua de Dios (*treuga Dei*), en virtud del cual las masas populares pusieron un límite a las interminables disensiones de familias nobles, salió de las jóvenes ciudades, cuyos ciudadanos y obispos se esforzaron para hacer extensiva a los nobles la paz que habían establecido en el interior de sus murallas. Ya en aquella época las ciudades comerciales de Italia, y en particular Amalfi (que elegía sus cónsules el año 844 y cambiaba frecuentemente sus dogas en el siglo X), creaban la ley consuetudinaria marítima y comercial, que más tarde se convirtió en un modelo para toda Europa; Ravena elaboró su organización de los oficios, y Milán, que había hecho su primera revolución en 980, transformóse en un gran centro de comercio, gozando sus oficios de una completa independencia a partir del siglo XI. De igual modo Bruges y Gante, de igual modo en varias ciudades de Francia en las cuales el *Mahl* o *Forum* se había convertido en una institución del todo independiente. A partir de este período, comenzó la obra de ornamentación artística de las ciudades con los monumentos que aún admiramos, y que son un alto testimonio del movimiento intelectual

de aquel tiempo. «Las basílicas fueron entonces renovadas casi en todo el universo»—escribe Raul Glaber en su crónica—y algunos de los más bellos monumentos de la arquitectura de la Edad Media datan de este período: la maravillosa vieja iglesia de Brème fué construída en el siglo IX, San Marcos de Venecia terminóse en 1071, y la bella cúpula de Pisa en 1063. En realidad, el movimiento intelectual que se ha descrito con el nombre de Renacimiento del siglo XII y de Racionalismo del siglo XII—éste precursor de la Reforma—data de esta época, cuando la mayor parte de las ciudades eran aún simples aglomeraciones de pequeños Comunes lugareños o de parroquias encerradas en un recinto fortificado.

*
* *

Fué preciso, no obstante, que surgiera además del principio del municipio lugareño, otro elemento capaz de comunicar a estos centros de libertad y de luces, la unidad de pensamiento y de acción y la iniciativa que constituyeron su fuerza durante los siglos XII y XIII. La creciente diversidad de las ocupaciones, de los oficios y de las artes, y la extensión del comercio con países lejanos, hacían desear una nueva forma de unión, y el elemento necesario para esta unión lo suministraron las *guildas*. Se han escrito muchas obras sobre estas asociaciones que con el nombre de guildas, fraternidades, amistades o *drujestva*, *minne*, *artels* en Rusia, *esmaifs* en Servia y Turquía, *amkari* en Georgia, etc., tomaron un desarrollo tan considerable en la Edad Media y desempeñaron tan importante papel en la emancipación de las ciudades. Sesenta años necesitaron los historiadores para reconocer la universalidad de esta institución y su verdadero carácter. Únicamente en la actualidad, después que centenares de estatutos de guildas han sido publicados, estudiados y que se conocen sus relaciones de origen con los *collegia* romanos y las antiguas uniones de la Grecia y de la India, podemos hablar de ellas con pleno conocimiento de causa, y con certeza podemos afirmar que estas fraternidades

representaban un desarrollo de los mismos principios que hemos visto actuar en las *gentes* y en los Comunes rurales.

Estas guildas que se formaban a bordo de los buques, son las agrupaciones que con mayor exactitud representan la idea de las fraternidades en la Edad Media. Cuando un barco de la Hansa había hecho su primera media jornada de camino después de abandonar el puerto, el capitán (*schiffer*) reunía a toda la tripulación y pasajeros sobre el puente y les dirigía el siguiente discurso, que nos transcribe un contemporáneo:

«Cómo ahora estamos a merced de Dios y de las olas—decía,—cada uno de nosotros debe ser igual a otro, y estamos rodeados de tempestades, de piratas y otros peligros, debemos establecer un orden riguroso para llevar nuestro viaje a buen término. Por esto vamos a elevar nuestras paces para pedir un buen viento y un buen viaje, y según la ley marítima vamos a nombrar a aquellos de nosotros que actuarán de jueces durante el viaje (*schöffen-stellen*).» Después de esto la tripulación y viajeros elegían un *vogt* y cuatro *scabini* que debían desempeñar el oficio de jueces. Al final del viaje el *vogt* y los *scabini* abdicaban sus funciones y se dirigían a todos del modo siguiente: «Lo que haya pasado a bordo debemos perdonárnoslo mutuamente y considerarlo como asunto muerto (*tott und ab sein lassen*). Lo que hemos juzgado bueno lo hemos hecho por la causa de la justicia. Por esto rogamos a todos, en nombre de una honrada justicia, olviden toda animosidad que pudiéramos alimentar unos contra otros y jurar sobre el pan y la sal que no pensaremos más en lo que haya pasado. Sin embargo, si alguno se considera perjudicado, debe llevar su queja al *vogt* de tierra y pedirle justicia antes que se ponga el sol.» Y cuando desembarcaban entregaban el fondo de las multas del *fred* al *vogt*, del puerto para que lo distribuyera entre los pobres.

Este simple relato pinta mejor que cualquiera otra descripción el espíritu de las guildas de la Edad Media. Organizaciones parecidas se formaban en todas partes donde un grupo de hombres—pescadores, cazadores, mer-

caderes, viajeros, obreros de la edificación o artesanos establecidos—se reunían para un fin común. Por esto a bordo de los buques había la autoridad naval del capitán; pero para el éxito de la empresa común, todos los hombres de a bordo, ricos y pobres, dueños y tripulantes, capitán y marineros, aceptaban ser iguales en sus mutuas relaciones; ser simplemente hombres obligándose a ayudarse unos a otros y a arreglar sus diferencias posibles ante los jueces por todos elegidos. Del mismo modo cuando un cierto número de artesanos—albañiles, carpinteros, picapedreros, etc.—se reunían para realizar una construcción cualquiera, por ejemplo, una catedral, pertenecían ya todos a una sociedad que tenía organización política, y cada uno pertenecía, además, a su propio oficio; pero uníanse asimismo para su empresa común, que ellos mejor que nadie conocían, y se organizaban en un cuerpo expreso, uniéndose con estrechos lazos, aunque temporales; fundaban, en suma, la gilda para la construcción de la catedral. Podemos ver aún iguales hechos de la *çof* de los kabyilas (1): los kabyilas tienen su municipio rural; pero esta asociación no basta para todas las necesidades de unión, políticas, comerciales y personales, y por esto constituyen la fraternidad más estrecha de la *çof*.

Por lo que hace referencia a los caracteres sociales de las gildas de la Edad Media, cualquier estatuto de gilda puede darnos una idea exacta de ellos. Tenemos, por ejemplo, el *skraa* de alguna gilda primitiva danesa: primeramente leemos una exposición de los sentimientos de fraternidad general que deben reinan en la gilda; después vienen las reglamentaciones relativas a la autojurisdicción en el caso de que surgieran disensiones entre dos hermanos, o entre un hermano y un extranjero; después se enumeran los deberes sociales de los hermanos. Si se ha incendiado la casa de un hermano, o si ha perdido su barco, o si ha sufrido durante una peregrinación, todos los hermanos han de ir en su ayuda. Si un hermano cae enfermo de gravedad, dos hermanos deben ve-

(1) Véase el capítulo anterior.

lar a la cabecera de su cama hasta que esté fuera de peligro, y si muere, los hermanos deben enterrarle—cosa grandemente peligrosa en aquellos tiempos de epidemias—y acompañarle a la iglesia y hasta su tumba. Después de su muerte ha de ir en socorro de sus hijos si lo necesitaren; a menudo la viuda se convierte en una «hermana» de la gilda.

Conviene hacer constar, que estos dos rasgos se hallan en toda fraternidad creada con el objeto que fuere. Siempre los miembros se trataban como hermanos y se daban los nombres de hermano y hermana; todos eran iguales ante la gilda. En común poseían el «*cheptel*» (ganados, tierras, edificios, lugares de culto o «*fonds*»). Todos los hermanos prestaban juramento de olvidar todas las antiguas disensiones, y sin imponerse la obligación de no disputar de nuevo, convenían en que ninguna disputa podía degenerar en venganza o provocar un proceso ante otro tribunal que no fuese el de la gilda. Si un hermano estaba implicado en una querrela con un extranjero a la gilda, ésta debía sostenerle, con o sin razón, es decir, que tanto si estaba acusado injustamente de agresión, o como si realmente fuese el agresor, los hermanos debían sostenerle y llevar el asunto a términos pacíficos. Mientras no se tratase de una agresión secreta—en cuyo caso se le trataba como a un proscrito—la fraternidad le defendía. En la Edad Media únicamente la agresión secreta era tratada como homicidio. La venganza de sangre realizada públicamente no era un homicidio, era justicia; matar en una disputa no era homicidio mientras el agresor hiciera público testimonio de arrepentirse y de reparar el mal que había causado. Existen aún huellas profundas de esta distinción en los códigos criminales modernos, particularmente en Rusia.

Si los parientes del lesionado querían vengarse de la ofensa inmediatamente con una nueva agresión, la fraternidad procuraba al ofensor un caballo para que huyera, o un barco, un par de remos, un cuchillo y un eslabón; si quería permanecer en la ciudad, doce hermanos le acompañaban constantemente para protegerle mientras se cuidaba de arreglar satisfactoriamente el asunto. Los her-

manos presentábanse ante la corte de justicia a sostener el juramento de veracidad de las declaraciones de su hermano, y si se le reconocía culpable no le dejaban correr a una ruina cierta ni convertirse en esclavo. Si no podía pagar la debida compensación, la pagaban los hermanos, como hacía la *gens* en las precedentes épocas. Pero cuando un hermano había faltado a la fe jurada a sus hermanos de la guilda o hacia otras, se le excluía de la fraternidad «con el renombre de chisgarabís».

Estas eran las ideas dominantes de estas fraternidades que poco a poco se extendieron a toda la vida de la Edad Media. En efecto, conocemos guildas entre todas las profesiones posibles: guildas de siervos (1), guildas de hombres libres y de guildas mixtas de siervos y de hombres libres; guildas fundadas con un objeto especial como la caza, la pesca, una empresa comercial, disueltas cuando habían alcanzado su objeto, y guildas durante siglos para ciertas profesiones o ciertos oficios. Al propio tiempo que las actividades tomaban formas diversas crecía el número de las guildas. Así vemos que no tan sólo los mercaderes, los artesanos, los cazadores, los campesinos se unían con estos lazos; también había guildas de curas, de pintores, de maestros de escuelas primarias y profesores de universidades, guildas para representar la Pasión, para construir una iglesia, para desarrollar el «misterio» de tal o cual escuela, arte u oficio, o para un recreo cualquiera, y guildas hasta entre los mendigos, los verdugos, las prostitutas, todas organizadas sobre el doble principio de la autojurisdicción y del apoyo mutuo. Los pintores italianos de la Edad Media estaban asimismo organizados en guildas que en una época posterior se transformaron en academias de arte. Si las obras de arte de esta época están impregnadas de un carácter que permite distinguir aun hoy mismo las diferentes escuelas de Padua, Bassano, Trevisa, Verona, etc., aunque todas estas villas estaban bajo la in-

(1) Desempeñaban un papel importante en las rebeliones de los siervos, y fueron a causa de esto prohibidas varias veces en la segunda mitad del siglo IX. Naturalmente, estos interdictos del rey eran letra muerta.

fluencia de Venecia, es debido—como había observado J. Pablo Richter—al hecho de que los pintores de cada ciudad pertenecían a una guilda distinta, en buenas relaciones con las guildas de las demás, pero teniendo existencia propia. El estatuto más antiguo que conocemos de estas guildas es el de Verona, que data del año 1303, pero que seguramente está copiado de algún estatuto más antiguo. Entre las obligaciones de los miembros, hallamos: «Asistencia fraternal en toda especie de necesidad», «hospitalidad a los extranjeros cuando atraviesan la ciudad, pues de este modo pueden obtener informes sobre ciertas cosas que pueden desear conocer», y «obligación de ayudar al débil». Que se refieran a Rusia, hallamos la prueba manifiesta de que su consolidación fué tanto la obra de estos *artels* o asociaciones de cazadores, de pescadores y de mercaderes, como de la ramificación de los Comunes rurales. Aún en la actualidad, el país está cubierto de *artels*.

Patentizan estas informaciones cuán equivocada fué la opinión de los primeros que estudiaron las guildas creyendo ver en ellas la esencia de esta institución en su fiesta anual. De hecho, el día de la comida común coincidía con el día o el siguiente de la elección de los *aldermen*; entonces se discutían los cambios que podían introducirse en los estatutos y muy a menudo era el día en que se ventilaban las diferencias entre hermanos y se renovaba el juramento a la guilda. La comida común, lo mismo que la fiesta de la antigua asamblea popular del clan—el *mal* o *malum*—o la *aba* de los buriatas, o actualmente el banquete de la parroquia y la cena de la cosecha, era simplemente una afirmación de fraternidad. Esta comida simbolizaba los tiempos en que todo era común en el clan. En este día por lo menos todo pertenecía a todos; todos se sentaban a una misma mesa y tomaban parte en una misma comida. En una época muy posterior, el pensionista del hospicio de una guilda de Londres se sentaba en día tal al lado del rico regidor. Respecto a la distinción que varios escritores han intentado establecer entre la «frith guild» de los antiguos sajones y las guildas llamadas «sociales» o «religiosas», no existe: todas

las gildas eran «frith gilde» en el sentido de que acabamos de hablar y todas eran religiosas en otro sentido allí donde un municipio rural o una ciudad colocada bajo la protección de un santo especial era religioso o social. Si las gildas han tomado extensión en Asia, en Africa y en Europa, si han vivido millares de años reapareciendo siempre de nuevo cuando condiciones análogas motivaron su existencia, es porque eran algo más que asociaciones para comer o asociaciones para el ejercicio de un culto en determinado día, o cofradías para los funerales. Las gildas respondían a una profunda necesidad de la humana vida y reunían todas las atribuciones que el Estado se apropió más tarde por medio de su burocracia y de su policía. Eran más que todo esto, puesto que representaban asociaciones para apoyarse mutuamente en todas las circunstancias y para todos los accidentes de la vida, «para la acción y para el consejo»; eran asimismo organizaciones para mantener la justicia, diferentes de nuestro Estado en que en ellas intervenía en todas ocasiones un elemento humano fraternal, en lugar del elemento formalista que es la característica esencial de la intervención del Estado. Cuando el hermano comparecía ante el tribunal de la gilda, debía responder a hombres que le conocían bien y habían estado a su lado en el trabajo diario, en la comida común, durante el cumplimiento de sus deberes confraternales: hombres que eran sus iguales y verdaderamente hermanos, no unos teóricos de la ley ni defensores de los intereses ajenos (1).

*

* *

No podía dejar de arraigarse y extenderse una institución tan sabiamente ideada, que sin privar al individuo de su propia iniciativa satisfacía plenamente las necesidades de unión. La dificultad estribaba en hallar una forma que permitiera federar las uniones de las gildas, sin que obstaculizaran las uniones de los Comunes rurales y fe-

(1) Véase apéndice X.

derar unas y otras en un todo armonioso. Cuando se halló esta combinación y que una serie de circunstancias favorables hubo permitido a las ciudades afirmar su independencia, realizáronlo con una unidad de pensamiento tal, que excita nuestra admiración aun en nuestro siglo de ferrocarriles, de telégrafos y de imprentas. Centenares de Cartas, en las cuales las ciudades proclamaban su emancipación, han llegado a nuestro conocimiento, y en todas—a pesar de la variedad infinita de detalles, lo cual dependía de la emancipación más o menos completa—se encuentra la misma idea dominante. La ciudad se organizaba en una federación de pequeños municipios rurales y de gildas.

«Todos los que pertenecen a la amistad de la ciudad—se lee en una Carta dada en 1188 a los burgueses de Aire por Felipe, conde de Flandes—han prometido y confirmado por fe y juramento que se ayudarían unos a otros como a hermanos en todo lo que es útil y honrado. Si uno comete contra otro algún delito de palabra o por acto, el perjudicado no tomará venganza por sí mismo o por los suyos... pero presentará su queja y el culpable reparará el delito según el arbitraje de los doce jueces elegidos. Y si el culpable, o el que haya sido su víctima, no quiere, una vez advertido por tres veces, someterse a este arbitraje, se le expulsará de la amistad por malo y perjurio.»

«Todo miembro guardará en toda ocasión fidelidad a su hermano y le prestará ayuda y consejo según lo que haya dictado la justicia»—dicen las Cartas de Amiens y de Abbeville.—«En los límites del Común, todos los hombres se ayudarán mutuamente según su poder, y de ningún modo permitirán que nadie robe o haga pagar tributo a ninguno de ellos»—leemos en las Cartas de Soissons, Compiègne, Senlis y en muchas otras de igual estructura. Y así por el estilo, con innumerables variaciones sobre el mismo tema.

«¡Commune! ¡Nombre nuevo, nombre detestable! Gracias a ella, los censatarios (*capite censi*) quedan emancipados de toda servidumbre mediante un simple censo anual; gracias a ella, cuando infringen las leyes no son condena-

dos más que a una multa legalmente determinada; gracias a ella cesan de estar sometidos a las otras cargas pecuniarias que aplastan a los siervos.»

Igual oleada de emancipación se extendió en el siglo XII a través de todo el continente, atrayéndose lo mismo ciudades ricas que pobres villas. Y si podemos decir que, en general, las ciudades italianas fueron las primeras en libertarse, no podemos designar ningún centro de donde partiera el foco. Muy a menudo era un pequeño burgo de la Europa central quien tomaba la iniciativa para su región y las grandes aglomeraciones aceptaban luego la Carta del pequeño burgo como modelo para las suyas. La Carta de la pequeña villa de Larris fué adoptada por ochenta y tres ciudades en el Suroeste de la Francia; la de Beaumont sirvió de modelo a más de quinientas villas y ciudades en Bélgica y en Francia. Las ciudades enviaban diputados especiales a sus vecinos para obtener copia de su Carta y la constitución del Común se establecía según este modelo. Con todo, no se limitaban siempre a copiarse mutuamente; redactaban también sus propias cartas según las concesiones que habían obtenido de sus señores, dando por resultado que las cartas de los municipios de la Edad Media ofrezcan, como hizo observar un historiador, igual variedad que la arquitectura gótica de las iglesias y de las catedrales. Se ve la misma idea dominante, la catedral simbolizando la unión de las parroquias y de las gildas en la ciudad, y la misma infinita variedad en la riqueza de los detalles.

La autojurisdicción era el punto esencial, y autojurisdicción significaba autoadministración. Pero el municipio no era simplemente una parte «autónoma» del Estado—entonces no se habían aún inventado estas palabras ambiguas—era un Estado en sí mismo. Tenía el derecho de guerra y de paz, de federación y de alianza con sus vecinos. Era soberano en sus propios asuntos y no se mezclaba en los ajenos. El poder político supremo podía conferirse enteramente a un fórum democrático, como sucedía en Pskov, donde el *vietché* enviaba y recibía embajadores, concluía tratados, aceptaba y rechazaba príncipes o se pasaba sin ellos durante docenas de años; o bien el poder lo

ejercía o usurpaba una aristocracia de mercaderes o de nobles, como en centenares de ciudades de Italia y del centro de Europa. Con todo, el principio quedaba siendo siempre el mismo: la ciudad era un Estado, y lo que era más notable, cuando el poder en la ciudad estaba usurpado por una aristocracia de mercaderes o de nobles, la vida interior de la ciudad no se resentía gran cosa y el carácter democrático de la vida diaria no desaparecía: es que tanto una como otra dependían poco de esto que se podría llamar la forma política del Estado.

El secreto de esta aparente anomalía está en que una ciudad de la Edad Media no era un Estado centralizado. Durante los primeros siglos de su existencia, apenas si la ciudad podía ser llamada Estado por lo que concierne a su organización interior, porque la Edad Media no conocía tampoco ni la actual centralización de las funciones ni la centralización territorial de nuestro tiempo. Cada grupo tenía su parte de soberanía. La ciudad se dividía generalmente en cuatro barrios, o en cinco, seis o siete secciones, que radiaban de un centro; cada barrio o sección correspondía aproximadamente a un oficio o profesión dominante, pero albergaba, sin embargo, habitantes de diferentes posición y ocupación sociales, nobles, mercaderes o semisiervos. Cada sección o barrio constituía una aglomeración completamente independiente. En Venecia cada isla formaba una comunidad política independiente. Tenía sus oficios organizados, su comercio de sal, su jurisdicción, su administración y su fórum, y el nombramiento de un dogo para la ciudad en nada cambiaba la independencia interior de las unidades. En Colonia vemos a los habitantes divididos en *geburschaften* y *heimschaften* (*vicinæ*), es decir, en gildas de vecindad que databan del período franco. Cada una tenía su juez (*burrichter*) y los doce regidores elegidos (*schoffen*), su preboste y su *greve*, o comandante de la milicia local. La historia de los primeros tiempos de Londres antes de la conquista—dice Green—es la de «una cantidad de pequeños grupos diseminados en el recinto de las murallas, desarrollándose cada uno con vida propia y con sus propias instituciones, gildas, «sokes», capillas, etc.; muy lentamente

consolidándose en unión municipal». Y si consultamos los anales de las ciudades rusas Novgorod y Pskov, ambas relativamente ricas en detalles locales, encontramos las secciones (*konets*), consistentes en calles (*ulitsa*) independientes, y cada una, aunque estuviere principalmente poblada de artesanos de cierto oficio, contaba entre sus habitantes a mercaderes y propietarios y formaba un Común separado. Este asumía la responsabilidad comunal de todos sus miembros en caso de que se cometiera un crimen, tenía su jurisdicción y su administración independientes desempeñados por los regidores de las calles (*ulitchanskiye starosty*), su sello particular y en caso de necesidad su forum aparte, su milicia propia, así como sus sacerdotes, elegidos por la sección, la cual tenía asimismo su vida colectiva propia y sus empresas colectivas.

La ciudad de la Edad Media aparece, por lo tanto, como una doble federación: primeramente, de todos los jefes de familia constituyendo pequeñas uniones territoriales —la calle, la parroquia, la sección— y luego, de los individuos unidos por juramento en gildas según sus profesiones; la primera era un producto del municipio rural, origen de la ciudad, mientras que la segunda era una creación posterior cuya existencia se debía a las nuevas condiciones.

*
* *

La autoadministración y la garantía de la libertad era el objetivo principal de la ciudad medioeval y su base el trabajo, como más adelante veremos al tratar de los gildas de oficio. Pero la «producción» no absorbía toda la atención de los economistas de la Edad Media. Con su espíritu práctico comprendieron que el «consumo» debía de estar garantizado a fin de obtener la producción, y, por consiguiente, el principio fundamental de cada ciudad consistía en procurar la subsistencia común y el alojamiento, tanto de los pobres como de los ricos (*gemeine notdurft und gemach armer und reicher*.) La compra de viveres y de otros objetos de primera necesidad (carbón, leña, etc.)

antes que hubiesen pasado por el mercado, o en condiciones particularmente favorables que pudiera excluir a otros —en una palabra, la *preemptio*—, estaba completamente prohibida. Todo debía pasar por el mercado y su adquisición ser ofrecida a todos, hasta que la campana tocaba a cierre de mercado. Únicamente entonces se podía adquirir lo que quedaba y aun su beneficio no debía pasar de una «honrada ganancia». Además, cuando un panadero compraba trigo al por mayor después del cierre del mercado, cada ciudadano tenía derecho a reclamar una parte del trigo (medio cuarterón) para su uso particular, al precio de compra al por mayor, a condición de reclamarla antes de que se cerrara el mercado, y recíprocamente cada panadero podía reclamar el mismo derecho si un ciudadano compraba trigo para revenderlo. En el primer caso, el trigo debía llevarse al molino de la ciudad para ser molido por turno a un precio convenido, y el pan podía ser cocido en el *foyer banal* u horno comunal. En resumen, que si una carestía hería a la ciudad, todos sufrían por ella más o menos, pero aparte estas calamidades, mientras las ciudades libres existieron nadie podía morir de hambre, como por desgracia sucede a menudo en nuestros tiempos. Cuando un barco traía un cargamento de carbón a Wüzzburg, el carbón no podía ser vendido más que al detall durante los ocho primeros días, y cada familia no tenía derecho más que a unos cincuenta canastos. El resto del cargamento podía ser vendido al por mayor, pero el comerciante al detall no podía percibir más que un beneficio honrado; el beneficio deshonesto estaba prohibido. Lo mismo pasaba en Londres, y de hecho, en todas partes. Apenas es necesario agregar que la tasa sobre el pan, así como la de la cerveza, no se establecía sino después de cuidadosos experimentos sobre la cantidad de pan y de cerveza que se podía obtener de una cantidad dada de grano. Los archivos de Amiens poseen las minutas de estos estudios. Igualmente los archivos de Londres.

Todas estas reglamentaciones pertenecen a periodos avanzados de la vida de las ciudades, pues en los primeros tiempos era la misma ciudad la que compraba todas

las subsistencias necesarias para uso de los ciudadanos. Los documentos recientemente publicados por Gross son bien terminantes sobre este particular, y confirman plenamente sus conclusiones, que tienden a demostrar que los cargamentos de viveres los compraban funcionarios cívicos en nombre de la ciudad y se distribuían entre los burgueses mercaderes y nadie podía comprar mercancías desembarcadas en el puerto, a no ser que las autoridades municipales las hubiesen rechazado.» Esto—añade—parece que fué una costumbre común en Inglaterra, en Irlanda, en el País de Galles y en Escocia. En el siglo XVI hallamos aún que las compras de trigo se efectuaban «para comodidad y provecho en todas las cosas de esta... Ciudad y Cámara de Londres y de todos los ciudadanos y habitantes de aquella, mientras podamos»—como escribía el alcalde en 1565. Es sabido que en Venecia todo el comercio de los trigos estaba en manos de la ciudad; los «barrios», después de haber recibido los cereales de manos de los administradores de la importación, debían enviar a cada ciudadano la cantidad que le estaba asignada. En Francia, la ciudad de Amiens tenía la costumbre de comprar sal y de distribuirla a todos los ciudadanos al precio de costo, y aun hoy se puede ver en muchas ciudades francesas las *halles* que antes servían de depósitos municipales para el trigo y la sal. En Rusia era costumbre habitual en Novgorod y en Nskov.

Todavía no ha sido suficientemente estudiado por los historiadores cuanto se relaciona con las compras comunales para uso de los vecinos, pero algo diseminado hallamos, no obstante, algunos hechos muy interesantes que arrojan nueva luz sobre el tema. Así, entre los documentos de C. Gross hallamos una ordenanza de Kilkenny del año 1367, que nos enseña de qué modo se fijaba el precio de las mercancías. «Los mercaderes y los marinos—escribe Gross—debían, bajo juramento, dar a conocer el precio de costo de las mercancías y los gastos de transporte. Después el alcalde de la ciudad y dos «prud' hommes» fijaban el precio a que debían ser vendidas las mercancías.» Idéntica regla se estilaba en Thurso para las mercancías que venían «por mar o por tierra». Este mo-

do de «establecer el precio» habla tan claramente a favor de la concepción misma que del comercio se tenía formada en la Edad Media, que casi debe haber sido universal. Era la vieja costumbre de hacer fijar el precio por los «prud' hommes», para todos los cambios en el interior de la ciudad era ciertamente una costumbre muy extendida que fijara el precio un tercero y no el vendedor ni el comprador. Pero este estado de cosas nos hace remontar más lejos en la historia del comercio, a una época en que la ciudad entera efectuaba el comercio de sus productos, en que los mercaderes no pasaban de ser simples comisionistas de la ciudad, encargados de vender las mercancías que la ciudad exportaba. Una ordenanza de Waterford, publicada asimismo por Gross, dice «que toda clase de mercancías, sea de la naturaleza que fuere... debían ser compradas por el alcalde y los bailíos, los cuales, siendo compradores en común (en nombre de la ciudad) en aquel momento dado, debían repartirlas entre los hombres libres de la ciudad (excepto los bienes propios de los ciudadanos libres y de los habitantes)».

Esta ordenanza no se puede explicar de otro modo sino admitiendo que todo el comercio exterior de la ciudad se efectuaba por medio de sus agentes. Tenemos además la prueba directa de que se efectuaba de este modo en Novgorod y en Pskov. Eran «la Soberana Novgorod» y la Soberana Pskov» quienes enviaban sus caravanas de mercaderes a lejanos países.

Sabemos asimismo que en casi todas las ciudades de la Edad Media, en el Centro y en el Oeste de Europa, las gúldas de oficio tenían la costumbre de comprar en común todas las primeras materias necesarias y de vender el producto de su trabajo por medio de sus comisiones. Probable es que sucediera lo mismo con el comercio exterior, tanto más probable cuanto que hasta el siglo XIII no eran únicamente los mercaderes de una misma ciudad los responsables en bloque de las deudas contraídas por uno de ellos, sino que hasta la ciudad entera respondía de las deudas de cada mercader. En los siglos XII y XIII las ciudades del Rhin abolieron esta responsabilidad por tratados especiales. En fin, tenemos

el notable documento de Ipswich publicado por Gross, que nos enseña que la gilda de los mercaderes de esta ciudad estaba constituida por todos los que tenían la franquicia de la ciudad y que pagaban su contribución («su hanse») a la gilda; el municipio entero discutía las medidas que debían adoptarse en bien de la gilda de los mercaderes, asignándola ciertos privilegios. La gilda mercader de Ipswich mejor parece haber sido un cuerpo de comisionistas de la ciudad que una gilda privada ordinaria.

En resumen, cuanto más a fondo conocemos la ciudad medioeval, mejor vemos que no era una simple organización política para la defensa de ciertas libertades políticas. Era una tentativa, en mas grande escala que en el municipio rural, para organizar una estrecha unión de ayuda y de apoyo mutuos para el consumo y la producción y para la vida social en su conjunto, sin imponer los obstáculos del Estado, pero dejando plena libertad de expresión al genio creador de cada grupo, tanto en las artes como en los oficios, las ciencias, el comercio y la política. Veremos mucho mejor hasta qué punto este ensayo tuvo éxito cuando hayamos analizado, en el capítulo siguiente, la organización del trabajo en la ciudad de la Edad Media y las relaciones de las ciudades con la población de los campos que la rodeaban.

CAPITULO VI

EL APOYO MUTUO EN LA CIUDAD DE LA EDAD MEDIA

Semejanzas y diferencias entre las ciudades de la Edad Media.—Las gildas de oficio: atributos del Estado en cada una de ellas.—Actitud de la ciudad para con los campesinos; tentativas para libertarlos.—Los señores.—Resultados obtenidos por la ciudad de la Edad Media en artes y ciencias.—Causas de decadencia.

(Continuación)

Las ciudades de la Edad Media no estuvieron organizadas según un plan preconcebido por la voluntad de un legislador. Cada una de ellas fué un producto natural en la plena acepción de la palabra, un resultado siempre variable de la lucha entre fuerzas que se unían y volvían a unirse entre sí, según sus energías, el azar de los conflictos y el apoyo que hallaban en el medio ambiente. Por esto no se encuentran dos ciudades cuya organización interior y los destinos hayan sido idénticos. Cada una, tomada separadamente, se transforma de siglo en siglo. Y sin embargo, cuando examinamos en conjunto todas las ciudades de Europa desaparecen las diferencias locales y nacionales y nos quedamos maravillados ante la asombrosa semejanza que vemos en ellas, por más que cada una se hubiese desarrollado por sí misma, independientemente de las demás y en condiciones diferentes. Una pequeña ciudad del Norte de Escocia, con su población de labradores y de rudos pescadores; una rica ciudad de Flandes con su comercio exterior, su lujo, su amor

el notable documento de Ipswich publicado por Gross, que nos enseña que la gilda de los mercaderes de esta ciudad estaba constituida por todos los que tenían la franquicia de la ciudad y que pagaban su contribución («su hanse») a la gilda; el municipio entero discutía las medidas que debían adoptarse en bien de la gilda de los mercaderes, asignándola ciertos privilegios. La gilda mercader de Ipswich mejor parece haber sido un cuerpo de comisionistas de la ciudad que una gilda privada ordinaria.

En resumen, cuanto más a fondo conocemos la ciudad medioeval, mejor vemos que no era una simple organización política para la defensa de ciertas libertades políticas. Era una tentativa, en mas grande escala que en el municipio rural, para organizar una estrecha unión de ayuda y de apoyo mutuos para el consumo y la producción y para la vida social en su conjunto, sin imponer los obstáculos del Estado, pero dejando plena libertad de expresión al genio creador de cada grupo, tanto en las artes como en los oficios, las ciencias, el comercio y la política. Veremos mucho mejor hasta qué punto este ensayo tuvo éxito cuando hayamos analizado, en el capítulo siguiente, la organización del trabajo en la ciudad de la Edad Media y las relaciones de las ciudades con la población de los campos que la rodeaban.

CAPITULO VI

EL APOYO MUTUO EN LA CIUDAD DE LA EDAD MEDIA

Semejanzas y diferencias entre las ciudades de la Edad Media.—Las gildas de oficio: atributos del Estado en cada una de ellas.—Actitud de la ciudad para con los campesinos; tentativas para libertarlos.—Los señores.—Resultados obtenidos por la ciudad de la Edad Media en artes y ciencias.—Causas de decadencia.

(Continuación)

Las ciudades de la Edad Media no estuvieron organizadas según un plan preconcebido por la voluntad de un legislador. Cada una de ellas fué un producto natural en la plena acepción de la palabra, un resultado siempre variable de la lucha entre fuerzas que se unían y volvían a unirse entre sí, según sus energías, el azar de los conflictos y el apoyo que hallaban en el medio ambiente. Por esto no se encuentran dos ciudades cuya organización interior y los destinos hayan sido idénticos. Cada una, tomada separadamente, se transforma de siglo en siglo. Y sin embargo, cuando examinamos en conjunto todas las ciudades de Europa desaparecen las diferencias locales y nacionales y nos quedamos maravillados ante la asombrosa semejanza que vemos en ellas, por más que cada una se hubiese desarrollado por sí misma, independientemente de las demás y en condiciones diferentes. Una pequeña ciudad del Norte de Escocia, con su población de labradores y de rudos pescadores; una rica ciudad de Flandes con su comercio exterior, su lujo, su amor

a los placeres y su vida animada; una ciudad italiana enriquecida por sus cambios con el Oriente y cultivando dentro de sus murallas un gusto artístico y una civilización refinada; una pobre ciudad agrícola en la región de los lagos y de las marismas de Rusia, parece que han de tener pocos puntos de contacto; con todo, las líneas principales de su organización y el espíritu que las animaba les daba un aire de familia muy acentuado, asemejándolas. En todas partes vemos las mismas federaciones de pequeños municipios de guildas, las mismas «ciudades menores» sometidas a la ciudad madre, la misma asamblea del pueblo y los mismos emblemas de su independencia. El *defensor* de la ciudad, con nombres e insignias diferentes, representa la misma autoridad y los mismos intereses; los viveres, el trabajo y el comercio, organizados están según planes muy semejantes; las mismas ambiciones sostienen las luchas interiores y exteriores. ¿Qué más? Hasta las mismas fórmulas empleadas en estas luchas, así como en las anafes, en las ordenanzas y en las fojas, son idénticos. Los monumentos arquitectónicos, tuvieren estilo gótico, romano o bizantino, expresan las mismas aspiraciones y el mismo ideal; están concebidos y construidos del mismo modo. Muchas semejanzas no son más que diferencias de época, mientras que las diferencias reales entre ciudades hermanas se encuentran en diversas partes de Europa. La unidad de la idea directriz y la identidad del origen compensan las diferencias de clenia, de situación geográfica, de riqueza, de lengua y de religión. Por esto podemos hablar de la *ciudad* de la Edad Media como de una fase bien definida de la civilización, y por más que cualquier investigación que haga resaltar las diferencias locales e individuales tenga vivo interés, podemos, no obstante, indicar las grandes líneas de desarrollo comunes a todas las ciudades.

No cabe duda que la protección otorgada al lugar del mercado desde los primeros tiempos bárbaros ha representado un papel importante, pero no exclusivo, en la emancipación de la ciudad de la Edad Media. Los antiguos bárbaros no tenían comercio alguno en el interior de

sus municipios lugareños; únicamente comerciaban con los extranjeros y en ciertos sitios y días determinados, y a fin de que el extranjero pudiera acudir al sitio donde se efectuaban los cambios sin correr el riesgo de que lo mataran en cualquier contienda entre dos familias enemigas, el mercado estaba siempre colocado bajo la protección especial de todas las familias. Era un lugar inviolable como el santuario bajo cuya sombra se situaba. Entre los kabylas aun es *amaya*, así como el sendero que recorren las mujeres para ir a sacar agua de los pozos, y en donde no puede transitarse llevando armas, ni siquiera durante una guerra entre tribus. En la Edad Media, el mercado disfruta universalmente de igual protección. (Kulischer, en su excelente ensayo sobre el comercio primitivo, demuestra asimismo que, según Herodoto, los agripinos eran considerados inviolables, porque el comercio entre los escitas y las tribus del Norte se efectuaba sobre dicho territorio. Un fugitivo era sagrado desde que ponía en él los pies y a menudo se le pedía actuara de árbitro entre sus vecinos.) La venganza de sangre no podía ejercerse sobre el terreno donde se comerciaba ni en cierto radio alrededor. Si surgía una disputa entre la abigarrada multitud de compradores y vendedores, debían juzgarla los que tenían el mercado bajo su protección: el tribunal de la comunidad, o del obispo, o del señor, o el juez del Rey. Un extranjero ido allí para comerciar era un huésped y se le daba este nombre. Hasta el mismo señor, que no tenía ningún escrúpulo para robar a un mercader en la carretera, respetaba el *Weichbild*, es decir, el poste plantado en el sitio del mercado y que llevaba las armas del rey, un guante, la imagen de un santo local, o simplemente una cruz, según el mercado estuviere bajo la protección del rey, del señor, de la iglesia local o de la asamblea del pueblo—la *vietché*.

(Recientemente han surgido discusiones sobre el *Weichbild* y la ley del *Weichbild*, muy embrolladas aún para saber a qué atenerse. La explicación que dejo hecha parece la más probable; de todos modos, es necesario que se confirme con nuevas investigaciones. Es también evidente que, empleando una expresión escocesa, «thé

mercet cröss», la cruz del mercado, puede ser considerada como un emblema de la jurisdicción de la iglesia, pero nosotros la hallamos a la vez en las ciudades episcopales y en las ciudades donde la asamblea popular era soberana.)

Fácilmente puede comprenderse que la autojurisdicción de la ciudad pudo haber nacido de la jurisdicción especial del mercado cuando éste fué otorgado, de buen o mal grado, a la misma ciudad. Este origen de las libertades de la ciudad, cuyas huellas hallamos algunas veces, necesariamente imprimía cierto carácter a su desarrollo ulterior. De ahí el predominio de la parte comerciante de la comunidad. Los burgueses que poseían una casa en la ciudad, cuando esta principió a formarse, y eran copropietarios de los terrenos de la ciudad, constituían a menudo una gilda comercial que tenía en su poder el comercio de la ciudad, y por más que al principio cada burgués, rico o pobre, pudo formar parte de la gilda comercial, y que parece que el comercio haya sido efectuado por la ciudad entera mediante sus comisionistas, la gilda se fué poco a poco, convirtiéndose en una especie de cuerpo privilegiado. A los extranjeros que pronto afluyeron a las ciudades libres se les impidió formar parte de la gilda; ésta reservaba las ventajas del comercio a unas cuantas «familias» de algunos «burgueses» que figuraron cuando el momento de la emancipación. Evidentemente había un peligro en constituir de este modo una oligarquía comercial; pero ya en el siglo X, y más acentuado durante los dos siglos siguientes, los principales oficios organizados en gildas fueron bastante poderosos para poder oponerse a las tendencias oligárquicas de los mercaderes.

Cada gilda de artesanos tenía entonces la venta en común de sus productos y la compra en común de las materias primeras. Sus miembros eran mercaderes y obreros al propio tiempo. De este modo, el predominio que adquirieron las antiguas gildas de artesanos a principios de la vida de la ciudad aseguró al trabajo manual la elevada posición que en lo sucesivo ocupó en la ciudad. En efecto, en una ciudad de la Edad Media el trabajo manual no era un signo de inferioridad; al con-

trario, guardaba las huellas del respeto de que se le rodeaba en el municipio rural. El trabajo manual, en uno de los «misterios», era considerado como un deber piadoso para con los ciudadanos: una función pública (*aml*) tan honrosa como cualquier otra. Productores y traficantes estaban entonces penebrados de una idea de «justicia» para con la comunidad, de respeto de los «derechos», tanto del productor como del consumidor, cosa que hoy nos parecería extraña. La labor del curtidor, del tonelero, del zapatero, debía ser «labor buena y honrada», como se escribía en aquellos tiempos. La madera, el cuero o el hilo que empleaba el artesano tenían que ser «buena» madera, «buen» cuero, o «buen» hilo; el pan debía ser cocido «con justicia», y así en todo. Si trasladamos este lenguaje a nuestra vida actual, parecerá afectado y poco natural; pero entonces era corriente y simple, porque el artesano de la Edad Media no producía para un comprador desconocido o para enviar sus mercancías a un mercado desconocido. Producía, en primer término, para su gilda: para una fraternidad de hombres que se conocían mutuamente, que conocían la técnica del oficio, y que al establecer el precio de cada producto tenían en cuenta la habilidad desplegada en la fabricación y la cantidad de trabajo que era necesario efectuar. Además, era la gilda, no el productor particular, quien ofrecía las mercancías para la venta en el municipio, y éste, a su vez, ofrecía a la fraternidad de los municipios aliados las mercancías que exportaba asumiendo la responsabilidad de su buena calidad. Una organización de este género hacía nacer en cada cuerpo de oficio la ambición de ofrecer mercancías que no fuesen de calidad inferior; los defectos técnicos o las falsificaciones eran cosa que afectaba al crédito del municipio entero, porque, decía una ordenanza, «esto destruiría la confianza pública». Siendo la producción un deber social, colocada bajo la vigilancia de la *amitas* entera, el trabajo manual no pudo caer en el descrédito, en que actualmente se encuentra, mientras la ciudad libre vivió robusta.

Desde los orígenes de las ciudades de la Edad Media existía una indiferencia entre el maestro y el aprendiz o

entre maestro y obrero (*compayne, Geselle*); pero esto fué al principio una simple diferencia de edad y de habilidad, no de riqueza y de poder. Después de un aprendizaje de siete años, y después de haber demostrado su saber y sus capacidades para una obra de arte, él aprendiz se convertía en maestro. Fué mucho más tarde, en el siglo XVI, después que el poder real hubo destruido el municipio y la organización de los oficios, que el aprendiz pudo ser maestro en virtud de una simple herencia o riqueza. Pero también fué esta una época de decadencia general en las industrias y en las artes de la Edad Media.

No había sitio para el trabajo alquilado en los primeros periodos florecientes de las ciudades medioevales y menos aún para los asalariados aislados. El trabajo de los tejedores, de los arqueros, de los herreros, de los panaderos, etc., efectuábase por la corporación y para la ciudad, y cuando se alquilaban obreros para trabajos de edificación, trabajaban en calidad de corporaciones temporales (como hacen aún en los *artels* rusos), cuyo trabajo se pagaba en bloques. El trabajo para un patrono no comenzó a implantarse hasta más tarde; pero hasta en este caso el obrero estaba mejor pagado de lo que lo es actualmente en los oficios mejor retribuidos y mucho más de lo que generalmente se le pagaba en Europa durante toda la primera mitad del siglo XIX. Thorold Rogers ha ilustrado a los lectores ingleses sobre este particular. Lo mismo pasaba en el resto de Europa, como lo demuestran las investigaciones de Falke y de Schönberg, así como muchos otros indicios. En el siglo XV, un albañil, un carpintero, o un herrero, se pagaba en Amiens 4 *sols* diarios, lo que equivalía a cuarenta y ocho libras de pan o la octava parte de un buey. El salario del *Geselle* en Sajonia, en los trabajos de construcción, era tal, sirviéndome de los mismos términos de Falke, que con el salario de seis días podía comprar tres carneros y un par de zapatos. Los donativos de los obreros (*Geselle*) a las catedrales son asimismo un testimonio de su bienestar relativo, y no digamos nada de los dones magníficos de ciertas gúildas de artesanos, ni de la

costumbre que tenían de gastar en fiestas y galas. Cuanto más conocemos la ciudad medioeval más claramente vemos que en ningún otro tiempo el trabajo ha disfrutado una prosperidad y merecido un respeto tal como en los tiempos florecientes de esta institución.

Aún hay más. No tan sólo estaban realizadas en la Edad Media muchas de las aspiraciones de nuestros radicales modernos, sino que hasta ciertas ideas que hoy se consideran utópicas entonces eran aceptadas como indiscutibles realidades. Riense de nosotros cuando decimos que el trabajo ha de ser agradable, pero «cada uno debe complacerse en el trabajo—dice una ordenanza de Kuttenberg—y nadie podrá apropiarse, sin trabajar (*mit nichts thun*), lo que los demás hayan producido con su aplicación y su trabajo, pues que las leyes deben proteger la aplicación y el trabajo». En presencia de las actuales discusiones sobre la jornada de ocho horas, bueno será recordar una ordenanza de Fernando I relativa a las minas imperiales de carbón, que regulaba la jornada a ocho horas «según costumbre de antes» (*wie vor Alters herkommen*) y se prohibía el trabajo en la segunda mitad de la jornada del sábado. Era muy raro trabajar más de ocho horas diarias, nos dice Janssen, pero menos de ocho horas era un hecho muy común. En Inglaterra, en el siglo XV, dice Rogers, «los obreros no trabajaban más de cuarenta y ocho horas por semana». De igual modo la media jornada de descanso del sábado, que nosotros consideramos como una conquista moderna, era, en realidad, una institución antigua de la Edad Media. La tarde del sábado la destinaban para el baño la mayor parte de los ciudadanos del Común, mientras la tarde del miércoles hacían lo propio los *Geselle*. Y aunque las comidas escolares no existiesen—probablemente porque ningún niño iba a la escuela en ayunas,—se distribuía dinero para los

(1) En París, la jornada de trabajo variaba de siete a ocho horas en invierno a catorce en verano en ciertos oficios; en otros era de ocho a nueve en invierno y de diez a doce en verano. El trabajo del sábado terminaba a las cuatro y también cada veinticinco días terminaba a igual hora (*días de feria común*); el domingo y otros treinta días del año no se trabajaba en absoluto. La conclusión general es que el obrero de la Edad Media trabajaba *menos horas*, todo contado, que el obrero actual. (Dr. E. Martín Saint-Léon, *Histoire des corporations*, pág. 121.)

baños a los niños cuyos padres no podían subvenir a esta necesidad, siendo esta costumbre muy corriente en varios sitios. También los Congresos del Trabajo eran frecuentes en la Edad Media. En ciertas partes de Alemania los artesanos de un mismo oficio pertenecientes a diferentes municipios tenían la costumbre de reunirse cada año para discutir cuestiones relativas a su oficio: años de aprendizaje, años de viaje, salarios, etc.; y en 1572 las ciudades hanseáticas reconocieron formalmente a los artesanos el derecho de reunirse en Congresos periódicos y de tomar todas las resoluciones que quisieran, mientras no fuesen contrarias al papel que desempeñaban las ciudades respecto a la calidad de las mercancías. Es sabido que estos Congresos del Trabajo, en parte internacionales como estos de la Hansa, celebráronlos los panaderos, los fundidores, los forjadores, los curtidores los armeros y los toneleros.

La organización de los cuerpos de oficios exigía, por parte de la gilda, una vigilancia estrecha de los artesanos, y para ello se nombraban jurados especiales. Y lo más curioso es que mientras las ciudades disfrutaron de toda su libertad, jamás se dió el caso de alzarse una queja contra esta vigilancia, mientras que, a partir de la intervención del Estado, después de confiscar las propiedades de las gildas y de destruir su independencia a favor de su burocracia, las quejas se hicieron innumerables. De otra parte, los inmensos progresos realizados en todas las artes bajo el régimen de las gildas de la Edad Media, son la mejor prueba de que aquel sistema no era un obstáculo a la iniciativa individual. (Adam Smith y sus contemporáneos sabían bien lo que condenaban cuando escribían contra la ingerencia del Estado en el comercio y contra los monopolios creados por el Estado. Desgraciadamente, sus continuadores, deplorablemente superficiales, metieron dentro de un mismo saco las gildas de la Edad Media y la ingerencia del Estado, sin hacer ningún distingo entre un edicto de Versalles y una ordenanza de la gilda. Apenas tenemos necesidad de decir que los economistas que han estudiado seriamente este tema, como Schönberg (el autor bien conocido del curso de *Economía*

Politique), no caen en semejante error. Recientemente, confusiones de este género pasaban aún por ser «ciencia» económica.) El hecho es que la gilda de la Edad Media, como la parroquia de esta misma época, la «calle» o el «barrio», no era un cuerpo de ciudadanos colocado bajo la tutela del Estado; era una unión de todos los hombres que se ocupaban en un oficio dado: compradores-jurados de primeras materias, vendedores de mercancías manufacturadas, patronos-obreros, compañeros y aprendices. Para la organización interior de cada oficio, su asamblea era soberana. Bastaba que no entorpeciera la marcha de las demás gildas, en cuyo caso el asunto se ventilaba ante la gilda de las gildas, la ciudad. Pero en la gilda aún había algo más que todo esto. Tenía su jurisdicción propia, su fuerza armada, sus asambleas generales, sus tradiciones de luchas, de gloria y de independencia, sus relaciones directas con las demás gildas de igual oficio en otras ciudades; era, en una palabra, un organismo completo que existía porque representaba un conjunto de funciones vitales. Cuando la ciudad empuñaba las armas, la gilda marchaba formando compañía separada (*schaar*), armada con sus propias armas (y más tarde con sus propios cañones, amorosamente adornados por la gilda), mandada por sus propios jefes, por ella elegidos. Era una unidad tan independiente en la federación como la república de Uri o de Ginebra lo era, cincuenta años atrás, en la confederación suiza. Comparar la gilda a un sindicato obrero o a una trade-unión moderna, despojados de todos los atributos de la soberanía del Estado y reducidos a algunas funciones de importancia secundaria, resulta tan poco razonable como comparar Florencia o Bruges a un municipio francés vegetando bajo el Código de Napoleón, o a una ciudad rusa colocada bajo la ley municipal de Catalina II. Ambas tienen sus alcaldes por elección, y esta última tiene asimismo sus corporaciones de oficios; pero la diferencia consiste en toda la diferencia que media entre Florencia y Fontenay-les-Oises o Tsarevokokchaisk, o entre un doga veneciano y un alcalde moderno, que tiene que descubrirse ante un empleado del gobernador.

Las guildas de la Edad Media sabían hacer respetar y mantener su independencia, y más tarde, particularmente en el siglo XIV, cuando a consecuencia de varias causas que pronto reseñaremos, la vieja vida municipal sufrió una transformación, los oficios jóvenes se mostraron bastante fuertes para conquistar su justa parte en la gestión de los asuntos de la ciudad. Las masas, organizadas en artes «menores», se sublevaron para quitar el poder de las manos de una oligarquía creciente, y la mayor parte tuvieron éxito en esta empresa, abriendo de este modo una nueva era de prosperidad. Verdad que en ciertas ciudades quedó el movimiento ahogado en sangre y que hubo ejecuciones en masa de obreros, como sucedió en París el año 1306 y en Colonia el año 1371. En estos casos las franquicias de las ciudades cayeron rápidamente en decadencia y la ciudad fué gradualmente sometida por la autoridad central. Pero la mayoría de las ciudades conservó vitalidad suficiente para salir de esta lucha con un vigor y una vida nuevos. Un nuevo período de rejuvenecimiento fué su recompensa. Hubo un retoñar de la vida que se manifestó por medio de espléndidos monumentos de arquitectura, por un nuevo período de prosperidad, por un repentino progreso, tanto en la técnica como en la invención, y por un nuevo movimiento intelectual que trajo el Renacimiento y la Reforma.

*
* *

Caracterízase la vida en la sociedad de la Edad Media por su marcada tendencia a conquistar la libertad, y la rudeza de las batallas para afianzarla y sostenerla. Es verdad que durante estas luchas se desarrolló una raza fuerte y tenaz de burgueses; verdad es que el amor y el respeto de la ciudad maternal fué sostenido por estas luchas y que las grandes cosas realizadas por los municipios de la Edad Media fueron una consecuencia directa de este amor. Pero los sacrificios que tuvieron que sufrir los municipios en este combate por la libertad

fueron, sin embargo, crueles y dejaron huellas profundas de división hasta en su vida interior. Muy pocas ciudades fueron las que, por un concurso de circunstancias favorables, lograron obtener la libertad de una sola vez, y este pequeño número la perdió en general con igual facilidad; la mayor parte tuvieron que combatir durante cincuenta o cien años seguidos, a veces más tiempo, antes que sus derechos a una vida libre quedaran reconocidos, y aun después otro centenar de años tuvieron que combatir para establecer su libertad sobre una base firme, pues las Cartas del siglo XII no fueron más que los primeros peñales de la libertad. La ciudad medioeval era un oasis fortificado en medio de un país caído en la sumisión feudal y tuvo que hacerse sitio por medio de las armas. A consecuencia de circunstancias a que aludimos en el capítulo precedente, cada municipio rural había caído poco a poco bajo el yugo de algún señor laico o clerical. La mansión de este señor se había engrandecido hasta convertirse en un castillo, y sus hermanos de armas habíanse vuelto la hez de los aventureros, siempre prontos para saquear a los campesinos. Además de los tres días por semana en que debían de trabajar para el señor, tenían que soportar toda clase de vejaciones para tener el derecho de sembrar y de cosechar, de estar alegres o tristes, de vivir, de casarse o de morir. Lo peor eran los continuos saqueos realizados por los bandidos armados que pertenecían a algún señor vecino, que se complacía en considerar a los campesinos como si fuesen de la familia de su dueño y ejercía sobre ellos, sobre sus rebaños y sus cosechas, la vindicta que perseguía contra su dueño. Cada prado, cada campo, cada arroyo, cada camino alrededor de la ciudad y cada hombre del campo pertenecía a un señor.

El odio de los burgueses contra los barones feudales se expresa de modo muy característico en los términos en diferentes Cartas que los señores vieron obligados a firmar. Enrique V vióse obligado a firmar en la Carta otorgada a Spire en 1111, que libra a los burgueses de «la horrible y execrable ley de manomuerta que ha sumido la villa en la más profunda miseria». La de Ba-

ona, escrita en 1273, contiene párrafos como este: «Los pueblos son anteriores a los señores; fueron los pueblos pequeños, más numerosos que los otros, quienes, queriendo vivir en paz, nombraron señores para que contuvieran y abatieran a los más fuertes», y así casi todas. Una Carta sometida a la firma del rey Roberto es igualmente característica. En ella se le hace decir: «No detendré a los mercaderes, ni les quitaré su dinero, ni les pediré rescate. Desde el día de la Anunciación hasta el de Todos los Santos no arrebataré caballos, ni jumentos, ni gallinas en las praderas. No quemaré los molinos ni robaré la harina. No protegeré a los ladrones», etc. La Carta «otorgada» por el arzobispo de Besanzón, Hugues, en la cual se vió obligado a enumerar todos los desaguisados originados por la manomuerta, es asimismo característica. Y en todas partes sucedía poco más o menos lo mismo.

Con semejantes vecinos la libertad no podía conservarse y las ciudades se veían obligadas a hacer la guerra fuera de sus murallas. Los burgueses enviaban emisarios a que sublevaran los pueblos, recibían a los pueblos en sus corporaciones y guerreaban directamente contra los nobles. En Italia, donde había un gran número de castillos feudales, la guerra adquiría proporciones heroicas y se hacía con encarnizamiento por ambas partes. Florencia sostuvo durante setenta y siete años una serie de guerras sangrientas a fin de librar de nobles su *contado*; pero cuando la conquista se hubo efectuado, en 1181, tuvo que comenzar de nuevo. Los nobles se aliaban; constituyeron sus propias ligas en oposición a las ligas de las ciudades, y recibiendo nuevos refuerzos del emperador unas veces y del Papa otras, hicieron durar la guerra otros ciento treinta años. Lo mismo ocurrió en Roma, en Lombardia, en toda Italia.

Los ciudadanos desplegaron en estas guerras prodigios de valor, de audacia y de tenacidad. Pero los arcos y las hachas de los artesanos y de los burgueses no siempre salían victoriosos cuando topaban con los caballeros cubiertos con armaduras y muchos castillos resistieron a las ingeniosas máquinas de sitio y a la perseverancia

de los ciudadanos. Algunas ciudades, como Florencia, Bólonia y otras varias de Francia, de Alemania y de Bohemia, lograron emancipar a los pueblos de sus alrededores, y sus esfuerzos quedaron recompensados por una prosperidad y una tranquilidad extraordinarias. Pero hasta estas ciudades, y aún más en las ciudades menos fuertes o menos emprendedoras, extenuados los mercaderes y los artesanos por tanta guerra y desconociendo sus propios intereses, acabaron por firmar tratados por los cuales sacrificaban a los campesinos de los alrededores.

Los señores vieron obligados a jurar alianza con la ciudad; fueron derribados sus castillos del campo y tuvieron que edificar su morada y residir en la ciudad, transformándose en *coburgués* (*concittadini*); pero en cambio conservaron la mayor parte de sus derechos sobre los campesinos, que no obtuvieron más que un alivio parcial en sus censos. Los burgueses de las ciudades no comprendieron que podían concederse iguales derechos de ciudad a los campesinos, con los cuales tenían que contar para aprovisionarse, y el resultado fué que se abrió un abismo profundo entre la ciudad y el lugar. En ciertos casos los campesinos no hacían más que cambiar de dueño, porque la ciudad había comprado los derechos de los barones y los revendía por partes a sus propios ciudadanos. La servidumbre quedó subsistente y solamente mucho más tarde, a fines del siglo XIII, fué cuando la revolución de los artesanos acometió la empresa de poner término a la servidumbre personal, pero entonces desposeyó al mismo tiempo a los siervos de sus tierras. No tenemos por qué agregar que los resultados funestos de esta política pronto los sintieron las mismas ciudades. El campo se había vuelto enemigo de la ciudad.

La guerra contra los castillos tuvo otra consecuencia fatal. Arrastró las ciudades a una larga serie de guerras entre ellas, y esto ha dado nacimiento a la teoría, en voga hasta nuestros días, de que las ciudades perdieron su independencia a consecuencia de sus propias rivalidades y de sus recíprocas luchas. Los historiadores imperialistas son quienes han sostenido con más empeño esta teoría, que no se halla de todos modos confirmada por

las investigaciones modernas. Es verdad que en Italia las ciudades se combatieron mutuamente con una animosidad testaruda, pero en ninguna otra parte estas luchas tuvieron las mismas proporciones, y hasta en Italia mismo las guerras de las ciudades, particularmente las del primer período, tuvieron sus causas especiales. No fueron (como han demostrado Sismondi y Ferrari) más que una simple continuación de la guerra contra los castillos; fué el principio de la libre municipalidad y de la libre federación que entró inevitablemente en lucha violenta contra el feudalismo, el imperialismo y el papado. Muchas ciudades que no habían podido sacudir sino parcialmente el yugo del obispo, del señor o del emperador, viéronse literalmente empujadas contra las ciudades libres por los nobles, el emperador y la Iglesia, cuya política consistía en dividir las ciudades y armarlas una contra otra. Estas circunstancias especiales (que sufrieron un contragolpe parcial en Alemania) explican por qué las ciudades italianas, unas buscando tener el apoyo del emperador para poder combatir al Papa, mientras otras buscaban el apoyo de la Iglesia para resistir al emperador, estuvieron prontamente divididas en dos campos, güelfos y gibelinos, y explican por qué la misma división se reprodujo en cada ciudad.

El inmenso progreso económico realizado por la mayor parte de las ciudades italianas en la época misma en que más encarnizadas eran sus guerras (1) y las alianzas tan fácilmente concertadas entre ciudades, demuestran muy bien el carácter de estas luchas y acaban por echar por tierra la teoría de que acabamos de hablar. Ya durante los años 1130-1150 se habían formado ligas poderosas. Algunos años más tarde, cuando Federico Barbarroja invadió Italia, y sostenido por los nobles y por algunas ciudades retardatarias marchó contra Milán, el pueblo se sublevó lleno de entusiasmo por ciertas predicaciones populares en muchas ciudades. Crema, Piacen-

(1) Únicamente las ciudades que sostuvieron obstinadamente la causa de los barones, como Pisa y Verona, perdieron en estas guerras. Para muchas que combatieron al lado de los barones, la derrota fué también el comienzo de la liberación y del progreso.

za, Brescia, Tortona, etc., entraron en liza; los estandartes de las gildas de Verona, Padua, Vicenzio y Trevisa flamearon hermanadas en el campo de las ciudades contra los estandartes del emperador y de los nobles. Al siguiente año se creó la liga lombarda, y sesenta años más tarde, vémosla reforzada con otras ciudades formando una sólida organización que tenía la mitad de su tesoro federal para la guerra en Génova y la otra mitad en Venecia. En Toscana, Florencia se puso a la cabeza de otra liga poderosa a la que pertenecían Lucca, Bolonia, Pistoia, etc., que desempeñó importante papel aplastando a los nobles del centro de Italia: otras ligas más pequeñas se formaron con frecuencia. Así, a pesar de las mezquinas rivalidades que fácilmente engendraban la discordia, las ciudades se unían para la defensa común de la libertad. Cuando más tarde las ciudades se convirtieron en pequeños Estados, entonces estallaron las guerras entre ellas, como es fatal siempre que los Estados entran en lucha por la supremacía o por la posesión de colonias.

Con el mismo objeto se formaron ligas semejantes en Alemania. Cuando bajo los sucesores de Conrado el país fué presa de interminables quereñas entre los nobles, las ciudades de Westfalia concertaron una liga contra los caballeros, y una de sus cláusulas estipulaba no prestar más dinero a un caballero que guardara mercancías robadas. Los «caballeros vivían de rapiña y mataban al que se les antojaba», decía en las quejas formuladas por el *Wormser Zorn*; las ciudades del Rhin (Maguncia, Colonia, Spire, Strasburgo y Bale) tomaron entonces la iniciativa de una liga que pronto contó sesenta ciudades aliadas, reprimió los saqueos y mantuvo la paz. Más tarde la liga de las ciudades de Suabia, dividida en tres «distritos de paz» (Augsburgo, Constanza y Ulm) tuvo el mismo objetivo. Y hasta cuando estas ligas quedaron deshechas, habían vivido lo bastante para demostrar que mientras los que se ha intentado presentar como pacificadores—los reyes, los emperadores y la Iglesia—fomentaban la discordia y ellos mismos eran impotentes contra los caballeros bandidos, de las ciudades vino el impulso para el restablecimiento de la paz y de la unión.

Las ciudades, no los emperadores, fueron los verdaderos fundadores de la unidad nacional.

Federaciones análogas con iguales objetivos fundáronse también entre pueblos pequeños. Ahora que Luchaire ha despertado la atención sobre este particular, podemos esperar que pronto sabremos algo más. Por de pronto sabemos que un cierto número de lugares se reunieron en pequeñas federaciones en el *condado* de Florencia, y que lo mismo ocurrió en las comarcas de Novgorod y Pskov. Respecto de Francia sabemos de modo cierto que existió en el Laonesado una federación de diecisiete lugares de campesinos. Durante cerca de cien años (hasta 1256) y combatió vigorosamente por su independencia. Asimismo existían en las cercanías de Laon otras tres repúblicas campesinas que prestaron juramento sobre Cartas parecidas a las de Laon y de Soissons; como sus territorios eran vecinos, se sostenían mutuamente en sus guerras de liberación. Luchaire piensa que debieron formarse otras varias federaciones semejantes en Francia en los siglos XII y XIII, pero que se habrán perdido los documentos que podían referirse a estas federaciones. No estando protegidas por murallas, fácilmente podían ser aniquiladas por los reyes y los señores; pero gracias a circunstancias favorables, habiendo hallado ayuda de alguna liga de ciudades o protegidas por sus montañas, estas repúblicas campesinas se han convertido en las unidades independientes de la confederación suiza.

Las uniones entre ciudades para objetivos pacíficos eran muy frecuentes. Las relaciones que se habían establecido durante el período de liberación no quedaron rotas. Algunas veces, cuando los regidores de una ciudad alemana tenían que fallar en un caso nuevo y complicado y declaraban no conocer la sentencia (*des Urtheiles nitche weise zu sein*), enviaban delegados a otra ciudad para hallarla. Lo mismo pasaba en Francia, y es sabido que Forlì y Ravenna naturalizaron recíprocamente a sus ciudadanos y les otorgaron todos sus derechos en dichas ciudades. Entraba en el espíritu de la época someter toda desavenencia entre dos ciudades, o en el interior de una ciudad, a otro municipio que fallaba como árbitro. Los

tratados comerciales entre ciudades eran cosa muy corriente. Las uniones para reglamentar la fabricación y la capacidad de los toneles empleados en el comercio de vinos, las «uniones para el comercio del araque», etc., no fueron otra cosa que las vanguardias de la gran federación comercial de la Hansa flamenca y más tarde de la gran Hansa de la Alemania del Norte, cuya historia llenaría páginas y páginas, dando una idea del espíritu de federación que caracterizaba a los hombres de la época. Casi es ocioso añadir que más contribuyeron las ciudades medioevales con sus uniones hanseáticas al desarrollo de las relaciones internacionales, de la navegación y de los descubrimientos marítimos, que todos los Estados de los primeros diecisiete siglos de nuestra Era.

En resumen, las federaciones entre pequeñas unidades territoriales, así como entre hombres unidos para los trabajos comunes en sus gildas respectivas y las federaciones entre ciudades y grupos de ciudades, constituían la esencia misma de la vida y del pensamiento en aquella época. El período comprendido entre el siglo X y el XVI de nuestra Era podría describirse como un inmenso esfuerzo efectuado para establecer la ayuda y el apoyo mutuos en vastas proporciones, aplicando el principio de federación y de asociación a todas las manifestaciones de la vida humana y en todos los grados posibles. Este esfuerzo fué en su mayor parte coronado por el éxito. Unió a hombres que antes estaban divididos; les aseguró mucha libertad y decupló sus fuerzas. En una época en que tantas circunstancias engendraban el particularismo y en que las causas de discordia y de celos podían haber sido tan numerosas, conforta el ánimo ver ciudades diseminadas sobre un vasto continente tener tanto en común y estar dispuestas a confederarse para la realización de tantos objetivos comunes. Con el tiempo sucumbieron ante enemigos poderosos. Por no haber interpretado el principio del apoyo mutuo más ampliamente cometieron faltas fatales. Pero no perecieron por sus recíprocas envidias, y sus errores no procedían de la falta de espíritu de federación.

*

* *

Sin caer en exageración, puede afirmarse que este nuevo progreso de la humanidad, repercutió de manera asombrosa en la ciudad medioeval. Al principiar el siglo XI, las ciudades de Europa eran pequeños grupos de chozas miserables, adornadas solamente con igesias bajas y pesadas, cuyos constructores a duras penas sabían formar un arco; las artes—no había más que tejedores y herreros—estaban en su infancia; el saber se hallaba encerrado en raros monasterios. Trecientos cincuenta años después, la faz de Europa había cambiado. El territorio estaba sembrado de ricas ciudades rodeadas de gruesas murallas con torreones y puertas, cada una verdadera obra de arte. Las catedrales, de un estilo lleno de grandeza y decoradas con abundancia, alzaban al cielo sus campanarios de una pureza de forma y un atrevimiento de imaginación que en vano hoy intentamos imitar. Las artes y los oficios llegaron a tal grado de perfección, que no podemos asegurar haberlo superado en nuestros días en ciertos ramos, si es que queremos apreciar más la habilidad inventiva del obrero y lo acabado de su labor que la rapidez de la fabricación. Los buques de las ciudades libres surcaban los mares interiores de Europa en todas direcciones. Un esfuerzo más, e iban a atravesar los océanos. El bienestar había arrojado a la miseria de grandes espacios de territorio; el saber se había desarrollado, extendido. Se creaban los métodos científicos, las bases de la física quedaban asentadas y estaban abiertos los caminos a todos los inventos mecánicos de que está orgulloso nuestro siglo. Tales fueron los cambios realizados en Europa en menos de cuatrocientos años. Y si uno quiere darse cuenta de las pérdidas que sufrió Europa con la destrucción de las ciudades libres, no tiene más que comparar el siglo XVII con el XIV o el XIII. La prosperidad que antes caracterizaba Escocia, Alemania, las llanuras de Italia, había desaparecido; los caminos estaban abandonados; las ciudades se habían despoblado; el

trabajo gemía bajo la servidumbre, el arte decayó; el mismo comercio declinaba.

Si las ciudades de la Edad Media no nos hubiesen legado ningún monumento escrito por testimonio de su esplendor y no hubiesen dejado más que los monumentos de arquitectura que contemplamos en toda Europa, desde Escocia a Italia y desde Gerona en España hasta Breslau en territorio slavo, podríamos ya, desde luego, afirmar que la época en que las ciudades tuvieron una vida independiente, fué la de mayor desarrollo del espíritu humano desde la Era cristiana hasta fines del siglo XVIII. Si contemplamos, por ejemplo, un cuadro de la Edad Media representando Nuremberg, con sus torres y sus campanarios altísimos, con el sello cada uno de un arte creador, apenas podemos concebir que, trescientos años atrás, la ciudad no era más que un revoltijo de miserables chozas. Y nuestra admiración crece de punto cuando entramos en los detalles de la arquitectura y de las decoraciones de cada una de las innumerables iglesias, atalayadas, concejos comunales, puertas de las ciudades, etc., que encontramos en Europa, tan distantes como el Este de Bohemia y las ciudades, hoy muertas de la Galitzia polonesa. No era solamente en Italia, patria de las artes; era toda Europa que estaba cubierta de estos monumentos. El mismo hecho que entre todas las artes, la arquitectura—arte social por excelencia—hubiese logrado tan elevado desarrollo, es ya, de por sí solo, muy significativo. Para llegar al grado de perfección que adquirió este arte, forzosamente tenía que ser producto de una vida eminentemente social.

La arquitectura de la Edad Media logró su grandeza, no porque fuese únicamente el florecimiento natural de esta profesión, como recientemente se ha dicho; no solamente porque cada cuerpo de edificio, cada decoración arquitectónica fuese obra de hombres que conocían por la experiencia de sus propias manos los efectos artísticos que se pueden obtener de la piedra, del hierro, del bronce y hasta de simples vigas y de mortero; no porque cada monumento fuese el resultado de la experiencia colectiva acumulada en cada «misterio» u oficio; la archi-

itectura medioeval fué grande porque nació de una idea grande. Como el arte griego, brotó de una concepción de fraternidad y de unidad engendrada por la ciudad. Tenía la audacia que no se adquiere sino por luchas atrevidas y victorias; reflejaba el vigor, porque de vigor estaba saturada toda la vida de la ciudad. Una catedral, un edificio municipal simbolizaban la grandeza de un organismo del cual cada albañil y cada picapedrero era un constructor, y un monumento medioeval no se nos aparece nunca como un esfuerzo solitario en el que millares de esclavos hubiesen ejecutado la parte de trabajo asignada por la imaginación de un hombre solo, sino que era la ciudad entera que contribuía a la obra. El alto campanario se elevaba sobre una construcción que tenía grandeza por sí misma, en la que se podía sentir palpar la vida de la ciudad. No era un andamiaje absurdo como la torre de hierro de 300 metros de París, ni una obra de piedra para ocultar la fealdad de una armadura de hierro como el Tower Bridge de Londres. A semejanza de la Acrópolis de Atenas, la catedral de una ciudad medioeval estaba construída con la intención de glorificar la grandeza de la ciudad victoriosa, de simbolizar la unión de sus artes y oficios, de expresar el orgullo de cada ciudadano en una ciudad que era su propia creación. A menudo, cuando se hubo realizado la segunda revolución de los oficios menores, se veía a la ciudad comenzar una nueva catedral a fin de expresar la nueva unión, más amplia, más vasta, que acababa de ser llamada a la vida.

Los recursos disponibles para estas grandes empresas sorprenden por su medianía. La catedral de Colonia comenzó con un presupuesto anual de 500 marcos; un donativo de 100 marcos se inscribió como una cosa extraordinaria; y hasta cuando los trabajos tocaban a su fin y los donativos afluían, el gasto anual en dinero no bajó de 5.000 marcos ni pasó de 14.000. La catedral de Bâle fué igualmente edificada con módicos recursos. Pero cada corporación contribuía por su parte con piedra, con trabajos e inventos decorativos a ir formando su monumento común. Cada guilda expresaba en estos monumentos sus concepciones políticas, cantando por medio

del bronce y de la piedra la historia de la ciudad, glorificando los principios de «Libertad, Igualdad y Fraternidad» (1), ensalzando a los aliados de la ciudad y condenando al infierno a sus enemigos. Y cada guilda daba testimonio de amor al monumento comunal decorándolo con vidrieras, pinturas, «verjas de hierro dignas de servir para puertas del Paraíso», como dijo Miguel Angel, o decorando con esculturas de piedra los rincones más pequeños del edificio. Las ciudades pequeñas, hasta las pequeñas parroquias, rivalizaban con las grandes aglomeraciones en estos trabajos, y las catedrales de Laon y de Saint-Ouen en nada desmerecen de las de Reims o de la casa consistorial de Bréne o la casa del Concejo de Breslau. «Ninguna obra ha de ser emprendida por el Común sin estar concebida según el gran corazón del Común, compuesto de los corazones de todos los ciudadanos unidos en una común voluntad.» Son palabras del Concejo de Florencia, y este espíritu aparece en todas las obras comunales de una utilidad social: los canales, los terraplenes, los viñedos y los jardines frutales de los alrededores de Florencia, o los canales de riego que surcan las llanuras lombardas, o el puerto y el acueducto de Génova, en suma, todos los trabajos de este género que llevaron a cabo casi todas las ciudades (2).

Todas las artes habían progresado de igual modo en las ciudades medioevales. Las artes de nuestros días son en su mayor parte una continuación de las que se habían desarrollado en aquella época. La prosperidad de las ciudades flamencas se basaba en la fabricación de magníficos tejidos de lana. A principios del siglo XIV, antes de la peste negra, Florencia fabricaba de 70.000 a 100.000 *panni* de tejidos de lana evaluados en 1.200.000 florines de oro. (En 1336, Florencia tenía de 8 a 10.000 niños y niñas en sus escuelas primarias, de 1.000 a 1.200 muchachos en sus siete escuelas secundarias y de 550 a

(1) Estas tres estatuas figuran entre los decorados exteriores de Nuestra Señora de París.

(2) El gran canal, *Naviglio grande*, que trae el agua del Tessino, fué empezado en 1179, es decir, después de la conquista de la independencia, y terminó en el siglo XIII. Sobre la decadencia que luego sobrevino, véase el cap. XVI, 355.

600 estudiantes en sus cuatro universidades. Sus treinta hospitales comunales contenían más de 1.000 camas para una población de 90.000 habitantes. Más de una vez, autorizados escritores han emitido la opinión que la educación estaba en general a un nivel mucho más elevado de lo que suele suponerse. Con toda certeza era así en la democrática ciudad de Nuremberg.) El cincelaje de los metales, el arte de fundirlos, los magníficos hierros forjados, creaciones fueron de los «misterios» de la Edad Media, que lograron ejecutar cada uno en su propia esfera todo lo que era posible hacer a mano sin auxilio de poderosos motores.

Con la inventiva y la mano, pues, sirviéndonos de las mismas palabras de Whewell:

«El pergamino y el papel, la impresión y el grabado, el vidrio y el acero perfeccionados, la pólvora, los relojes, los telescopios, la brújula, el calendario reformado, la numeración decimal, el álgebra, la trigonometría, la química, el contrapunto (invento que equivale a una creación de la música), todas estas adquisiciones nos proceden de aquel período que con tanto desprecio se ha llamado período estacionario.»

Es verdad que, como dice Whewell, ninguno de estos descubrimientos había sido el resultado de algún nuevo principio; pero la ciencia de la Edad Media hizo más que el descubrimiento de los nuevos principios. Preparó el descubrimiento de los nuevos principios que conocemos actualmente en las ciencias mecánicas; habituó al investigador a observar los hechos y razonarlos. Era ya la ciencia inductiva sin haber visto la importancia y el poder de la inducción, y sentaba ya los cimientos de la mecánica y de la física. Francisco Bacon, Galileo y Copérnico fueron los descendientes directos de un Roger Bacon y de un Michael Scot, del mismo modo que la máquina a vapor fué un producto directo de las investigaciones efectuadas en las universidades italianas de aquella época sobre el peso de la atmósfera y de los estudios técnicos y matemáticos que constituían la característica de Nuremberg.

Pero ¿por qué tomarnos el trabajo de insistir sobre los

progresos de las ciencias y de las artes en la ciudad de la Edad Media? ¿No basta con mencionar las catedrales en el dominio de la habilidad técnica, o la lengua italiana y los poemas del Dante en el dominio del pensamiento, para dar inmediatamente la medida de lo que creó la ciudad medioeval durante los cuatro siglos que vivió?

Las ciudades medioevales han prestado un servicio inmenso a la civilización europea. Impidieron que se dirigiera por el camino de las teocracias y de los Estados despóticos de la antigüedad; le dieron la variedad, la confianza en sí misma, la fuerza de iniciativa y las inmensas energías intelectuales y materiales que hoy posee y que son la mejor garantía de su aptitud para resistir a cualquier invasión que viniere del Oriente. Pero ¿por qué no vivieron más tiempo estos centros de civilización que intentaron responder a necesidades tan profundas de la vida humana, centros tan llenos de vida? ¿Por qué les atacó la debilidad senil en el siglo XVI, y después de haber rechazado tantos asaltos del exterior y haber hallado un nuevo vigor en sus luchas interiores, por qué, finalmente, sucumbieron bajo estos dobles ataques?

*
* *

Diversas fueron las causas que influyeron a este efecto, muchas de ellas derivadas de un lejano pasado, otras procediendo de las faltas cometidas por las ciudades mismas.

Hacia fines del siglo XV comenzaron ya a constituirse Estados poderosos, reconstruidos sobre el viejo modelo romano. En cada región algún señor feudal más hábil, más sediento de riquezas, y a menudo menos escrupuloso que sus vecinos, había logrado apropiarse más dominios personales, tener más campesinos en sus tierras, más caballeros en su séquito y más tesoros en sus cofres. Había escogido para residencia suya un grupo de pueblos bien situados, donde no se había desarrollado la libre vida municipal—París, Madrid o Moscov—y con el tra-

bajo de sus siervos los transformó en ciudades reales fortificadas. Dando liberalmente pueblos se atrajo compañeros de armas y mercaderes ofreciéndoles su protección al comercio. El germen del futuro Estado, que comenzaba gradualmente a absorber otros centros parecidos, se había formado de este modo. En estos centros abundaban los juriconsultos versados en el estudio del Derecho romano, raza de hombres tenaces y ambiciosos, salidos de los burgueses. Lo mismo detestaban el ceño arrugado de los señores que lo que ellos llamaban el espíritu rebelde de los campesinos. La forma misma del Común rural, desconocida en sus códigos, y los principios del feudalismo, les repugnaba, por ser herencia de los «bárbaros». Su ideal era el cesarismo, sostenido por la ficción del consentimiento popular y por la fuerza de las armas, y con persistencia trabajaron a favor de aquellos que les prometieron realizar este ideal suyo.

La Iglesia cristiana, antes rebelde a la ley romana y ahora su aliada, trabajó en la misma dirección. Habiendo fracasado la tentativa de constituir el imperio teocrático de Europa, los obispos más inteligentes y los más ambiciosos prestaron entonces su concurso a aquellos con quienes contaban para reconstituir el poder de los reyes de Israel o de los emperadores de Constantinopla. La Iglesia consagró a estos dominadores nacentes, púsoles en las frentes la corona de representantes de Dios sobre la tierra; a su servicio puso la ciencia y el espíritu político de sus ministros, sus bendiciones y sus maldiciones, sus riquezas y las simpatías que había conservado entre los pobres. Los campesinos, que las ciudades no pudieron o no quisieron emancipar, al ver que los burgueses no lograban poner fin a las guerras interminables entre nobles —guerras que tan caras les costaban— pusieron sus esperanzas en el rey, el emperador o el gran príncipe, y ayudándoles a aplastar los poderosos propietarios de feudos les ayudaron al propio tiempo a constituir el Estado centralizado. En fin, las invasiones de los mogoles y de los turcos, la guerra santa contra los moros en España, así como las terribles guerras que pronto estallaron entre los nacentes centros de soberanía — la isla de Francia y

de Borgoña, Escocia e Inglaterra, Lituania y Polonia, Moscou y Tver, etcétera, etcétera,—contribuyeron a dicho fin. Quedaban constituidos los Estados poderosos. Desde entonces las ciudades tuvieron que hacer frente, no a vagas federaciones de señores, sino a centros sólidamente organizados, con ejércitos de siervos a su disposición.

Lo peor fué que estas autocracias crecientes hallaron auxiliares en las divisiones que se habían formado en el seno de las mismas ciudades. La idea fundamental de la ciudad de la Edad Media era grande, pero no era bastante amplia. La ayuda y el sostén mutuos no pueden estar limitados a una pequeña asociación; deben hacerse extensivos a todo lo que la rodea, porque de no ser así lo que rodea a la asociación acaba por absorberla. Bajo este aspecto la ciudad medioeval había cometido una terrible falta ya desde el principio. En lugar de ver en los campesinos y los artesanos que se reunían bajo la protección de sus murallas otros tantos auxiliares que contribuirían por su parte a la prosperidad de la ciudad—como así era efectivamente—se levantó una profunda división entre las «familias» de los viejos burgueses y los recién llegados. A los primeros fueron reservados todos los beneficios del comercio comunal y de las tierras comunales; a los segundos no se les dejó más que el derecho de servirse libremente de la habilidad de sus manos. Así la ciudad quedó dividida: a un lado «los burgueses» o «la commune»; a otro «los habitantes» (1). El comercio, que al principio era comunal, se fué convirtiendo en privilegio de las «familias» de mercaderes y de artesanos y no faltaba más que dar un paso para que se transformara en privilegio individual o privilegio de grupos opresores. Este paso era inevitable y se dió.

Igual división se estableció entre la ciudad propiamente dicha y los lugares circundantes. El municipio, al principio, había intentado libertar a los campesinos; pero sus guerras contra los señores convirtieronse, como ya diji-

(1) Brentano ha comprendido bien los efectos fatales de la lucha entre los «viejos burgueses» y los recién llegados. Miaskowski, en su obra sobre los municipios de Suiza, ha indicado lo mismo referente a los municipios rurales.

mos, mejor en guerras para libertar la ciudad que para libertar a los campesinos. La ciudad dejó al señor sus derechos sobre los villanos a condición de que ya no la inquietara más y se convirtiera en un coburgués. Pero los nobles, «adoptados» por la ciudad y entonces residiendo dentro de sus murallas, no hicieron más que continuar sus guerras de antes dentro del mismo recinto de la ciudad. Les disgustaba tener que someterse a un tribunal de simples artesanos y de mercaderes, y continuaron con sus viejas hostilidades de familia y sus particulares guerras en las mismas calles de la ciudad. Ahora cada ciudad tenía ya sus Colonna y sus Orsini, sus Overstolze y sus Wise. Sacando grandes rentas de las tierras que habían conservado, pudieron rodearse de numerosos clientes y feudalizaron las costumbres y los hábitos de la misma ciudad. Y cuando comenzaron a surgir disensiones en la ciudad entre los artesanos, ofrecieron su espada y su mesnada armada para zanjar las diferencias por medio de combates, en lugar de dejar que las disensiones hallaran soluciones más pacíficas, como no dejaban de encontrarse nunca en los viejos tiempos.

El mayor error y el más fatal que tienen en el haber de sus faltas la mayoría de las ciudades, fué sin duda alguna el tomar por base de su riqueza el comercio y la industria en detrimento de la agricultura. Repitieron de este modo el error en que ya incurrieron las ciudades de la antigua Grecia, y por esto mismo cometieron los mismos crímenes. Extrañas a la agricultura, gran número de ellas se vieron necesariamente arrastradas hacia una política hostil a los campesinos. Esto hizose más evidente durante la época de Eduardo III, de la Jaquerie en Francia, de las guerras hussitas y de la guerra de los campesinos en Alemania. De otra parte, la política comercial las hacía aventurarse en lejanas empresas. Los italianos fundaron colonias en el Sudeste, las ciudades alemanas en el Este, las ciudades slavas hacia el extremo

Nordeste. Creáronse ejércitos mercenarios para las guerras coloniales y a poco para la defensa de la misma ciudad. Contratáronse empréstitos en proporciones tan desmesuradas, que desmoralizaron por completo a los ciudadanos, y las querellas interiores empeoraban a cada elección en que se ventilaba la política colonial en interés de algunas familias solamente. La división entre ricos y pobres se hizo más profunda, y en el siglo XVI la autoridad real halló ya en cada ciudad aliados solícitos y un apoyo entre los pobres.

Hubo aún otra causa de ruina de las instituciones comunales, más profunda a la vez y de un orden más elevado que todas las señaladas. La historia de las ciudades de la Edad Media ofrece uno de los más notables ejemplos del poder de las ideas y de los principios sobre los destinos de la humanidad y de la diferencia absoluta de resultados que acompañan toda profunda modificación de las ideas directoras. Las ideas directoras en el siglo XI eran la confianza en si mismo y el federalismo, la soberanía de cada grupo y la constitución del cuerpo político de lo simple a lo compuesto. Pero después de esta época, las concepciones habían cambiado por entero. Los estudiantes en Derecho romano y los preladados de la Iglesia, estrechamente unidos desde la época de Inocencio III, lograron paralizar la idea—la antigua idea griega—que presidió a la fundación de las ciudades. Durante dos o trescientos años predicaron desde el púlpito, enseñaron en la Universidad y en el banco de la penitencia que era necesario buscar la salud en un Estado fuertemente centralizado, colocado bajo una autoridad semidivina. Unicamente un hombre, dotado de plenos poderes, un dictador, podía ser y sería el salvador de la sociedad; en nombre de la salvación pública podía entonces cometer toda clase de violencias: quemar hombres y mujeres, hacerlos perecer en medio de indescriptibles tormentos, sumir provincias enteras en la miseria más abyecta. Y no dejaron de poner en práctica estas teorías con una crueldad inaudita en todas partes donde pudieron levantar la espada del rey o encender el fuego de la Iglesia o los dos a un mismo tiempo. Con estas enseñanzas y

estos ejemplos continuamente repetidos y forzando la atención pública, el mismo espíritu de los ciudadanos moldeose de nuevo modo. Bien pronto no hubo autoridad que se hallara excesiva, ni asesinato a fuego lento que pareciese cruel mientras se ejecutara «para la seguridad pública». Y con esta nueva dirección del espíritu y esta nueva fe en el poder de un hombre, desvaneci6se el principio federalista y se apag6 hasta el genio creador de las masas. La idea romana triunfaba, y en estas circunstancias el Estado centralizado hall6 en la ciudad una segura presa.

La Florencia del siglo XV es el tipo de este cambio. Una revoluci6n popular era antiguamente se6al de nuevos vuelos. Pero ahora, cuando el pueblo desesperado se sublevaba, ya no tenia ideas constructivas: ninguna idea nueva surgia a luz. Un millar de representantes entran en el concejo municipal en lugar de los cuatrocientos de antes; cien hombres entran en la *Signoria* en vez de ochenta. Pero una revoluci6n en cifras no quiere decir nada. El descontento del pueblo aumenta y nuevas rebeliones estallan. Entonces se hace un llamamiento a un salvador, al «tirano». Este aplasta a los rebeldes, pero la disgregaci6n del cuerpo comunal no cesa, al contrario, empeora. Y cuando despu6s de una nueva revuelta el pueblo de Florencia se dirige al hombre m6s popular de la ciudad, Jer6nimo Savonarola, el monje responde: ¡Oh, pueblo mío! t6 tú sabes bien que yo no puedo ocuparme de los asuntos del Estado... purifica tu alma, y si en esta disposici6n de esp6ritu reformas tu ciudad, entonces, pueblo de Florencia, habr6s inaugurado la reforma de toda Italia.» Quem6ronse las m6scaras de Carnaval y los malos libros, se promulg6 una ley de caridad y otra contra los usureros, pero la democracia de Florencia continuaba en su p6sima situaci6n. El esp6ritu del viejo tiempo habia muerto. Por haber tenido demasiada confianza en el Gobierno, los ciudadanos dejaron de tenerla en s6 mismos. Incapacit6ronse para hallar nuevos caminos. Ya no faltaba m6s sino que el Estado interviniera y aplastara las 6ltimas libertades.

Con todo, la fuente de ayuda rec6proca y de apoyo mutuo no estaba del todo ag6tada en las masas; continu6

manando aun despu6s de esta derrota. Engros6 nuevamente con formidable fuerza despu6s de los llamamientos comunistas de los primeros propagadores de la Reforma y continu6 existiendo aun despu6s que las masas, no habiendo logrado realizar la vida que esperaban inaugurar bajo la inspiraci6n de la religi6n reformada, cayeron bajo el dominio de un poder autocr6tico. La fuente contin6a manando actualmente y busca hallar una nueva expresi6n que no sea ya el Estado ni la ciudad de la Edad Media, ni el Com6n rural de los b6rbaros, ni el clan salvaje, sino que participe de todas estas formas y les sea superior en virtud de una concepci6n m6s amplia y m6s profundamente humana.

CAPITULO VII

EL APOYO MUTUO ENTRE LOS CONTEMPORANEOS

Rebeliones populares al principio del período de los Estados.—Instituciones de apoyo en la época actual.—El municipio rural; sus luchas para resistir a la abolición por el Estado.—Costumbres originarias de la vida de los municipios rurales y conservadas en nuestros modernos lugares.—Suiza, Francia, Alemania, Rusia.

A tan lejana fecha se remonta en el hombre su instintiva inclinación hacia el apoyo mutuo, y tan estrechamente marcha aparejada esta tendencia a la incesante y gradual evolución de nuestra raza, que la humanidad la ha conservado hasta la época actual a través de todas las vicisitudes de la historia. Desarrollóse, sobre todo, durante los períodos de paz y de prosperidad; pero hasta cuando las mayores calamidades aplastaron a los hombres, cuando regiones enteras quedaron devastadas por las guerras y numerosas poblaciones fueron diezmadas por la miseria o gimieron bajo el yugo de la tiranía, continuó existiendo la misma tendencia en los pueblos y entre las clases más pobres de las ciudades, uniendo a los hombres y a la larga hasta reaccionó sobre las minorías dominadoras, combativas y destructivas, que la habían rechazado como una necedad sentimental. Y cada vez que la humanidad tuvo que crear una nueva organización social que correspondiera a una nueva fase de su evolución, de esta misma tendencia, siempre viva, el genio constructor del pueblo sacó la inspiración y los elementos del nuevo progreso. Las nuevas instituciones económicas y

sociales, mientras fueron una creación de las masas, y los nuevos sistemas de moral y las nuevas religiones, tienen su origen en la misma fuente; y el progreso moral de nuestra raza, mirado en sus grandes líneas, aparece como una extensión gradual de los principios del apoyo mutuo, desde la tribu a las aglomeraciones cada vez más numerosas, hasta que por último abraza un día la entera humanidad, con sus diferentes creencias, sus lenguas y sus razas diversas.

Después de haber atravesado por el estado de tribu salvaje y por el de Común rural, los europeos habían logrado encontrar en la Edad Media una nueva forma de organización que tenía la ventaja de dejar una gran latitud a la iniciativa individual sin dejar de satisfacer ampliamente la necesidad de apoyo mutuo que siente el hombre. Una federación de municipios rurales con una multiplicidad de gildas y de fraternidades: esto era la ciudad de la Edad Media. Los inmensos resultados alcanzados por esta nueva forma de unión—el bienestar para todos, el desarrollo de las industrias, de las artes, de las ciencias y del comercio — analizados quedan en los dos capítulos precedentes. Asimismo hemos intentado explicar por qué las repúblicas de la Edad Media, a fines del siglo XV—rodeadas de dominios de señores feudales hostiles, incapaces de libertar de su servidumbre a los campesinos y corrompidas poco a poco por las ideas del cesarismo romano—se hallaron condenadas a ser presa de los Estados militares que comenzaban a desarrollarse.

Sin embargo, antes de someterse a la autoridad absorbente del Estado durante los tres siglos siguientes, las masas populares hicieron un esfuerzo formidable para reconstituir la sociedad sobre la antigua base del apoyo mutuo y del mutuo sostén. Hoy se sabe ya de cierto que el gran movimiento de la Reforma no fué una simple rebelión contra los abusos de la Iglesia católica. Encerraba también un ideal constructivo, y este ideal era la vida en Comunes fraternales y libres. Los primeros escritos y los primeros sermones de la Reforma que mejor tocaron el corazón de las masas, estaban imbuidos de ideas de fraternidad económica y social. Los «Doce Artículos»

y las profesiones de fe del mismo género que circulaban entre los campesinos y los artesanos alemanes y suizos no sostenían únicamente el derecho para cada uno de interpretar la Biblia según su propio raciocinio: pedían asimismo la restitución de las tierras comunales a los municipios rurales y la abolición de las servidumbres feudales. Siempre hacían un llamamiento a la «verdadera» fe, una fe de fraternidad. En la misma época, decenas de millares de hombres y de mujeres se reunían a las cofradías comunistas de Moravia, entregándoles toda su fortuna y creando establecimientos prósperos y numerosos, organizados según los principios del comunismo.

Únicamente los asesinatos en masa, a millares, pudieron detener este movimiento popular muy extendido. Los jóvenes Estados aseguraron su primera y decisiva victoria sobre las masas mediante el fuego, el tormento y la espada (1).

Durante los tres siglos siguientes los Estados trabajaron sistemáticamente, tanto en el Continente como en las islas Británicas, para aniquilar todas las instituciones en que antes había el apoyo mutuo hallado su expresión. Los municipios rurales se vieron privados de sus asambleas populares, de sus tribunales, de su administración independiente, y sus tierras fueron confiscadas. Se expolió a las gildas de sus bienes y de sus libertades y fueron sometidas, bajo el registro del Estado, a merced del capricho y de la venalidad de sus funcionarios. Despojóse a las ciudades de su soberanía, y los principales resortes de su vida interior—la asamblea del pueblo, la justicia y la administración por elección, la parroquia soberana y la gilda soberana—quedaron anulados; los funcionarios del Estado tomaron posesión de cada una de las partes que antes formaban un todo orgánico.

Bajo esta política funesta, y durante las guerras que engendró quedaron totalmente arruinadas y devastadas regiones enteras, antes populosas y ricas; ciudades florecientes transformáronse en burgos insignificantes; los

(1) Estímase en 100 a 150.000 hombres el número de campesinos asesinados después de su derrota en Alemania.

mismos caminos que las unían se hicieron impracticables. La industria, el arte y la ciencia sumiéronse en la decadencia. La instrucción política, científica y jurídica, púsose al servicio de la idea de centralización del Estado. En las universidades e iglesias se enseñó que las instituciones que habían permitido a los hombres expresar su necesidad de apoyo mutuo, no podían ser toleradas en un Estado bien organizado. Únicamente el Estado podía representar los lazos de unión entre sus súbditos. El federalismo y el «particularismo» eran los enemigos del progreso, y el Estado el único iniciador del progreso, la única guía verdadera hacia el progreso. A finales del siglo XVIII, los reyes en la Europa central, el Parlamento en las islas Británicas y la Convención revolucionaria en Francia, por más que todos estos países estuviesen en guerra unos contra otros, se hallaban de acuerdo entre ellos para declarar que no debía existir en el Estado ninguna unión distinta entre ciudadanos; que los trabajos forzados o la muerte eran los únicos argumentos para convencer a los trabajadores que osaran formar parte de las «coaliciones». «Nada de estado dentro del Estado.» Únicamente el Estado y la Iglesia del Estado deben ocuparse de los asuntos de interés general; los súbditos deben representar vagas aglomeraciones de individuos, sin ningún lazo especial, obligados a hacer un llamamiento al Gobierno cada vez que sientan una necesidad común. Hasta mediados del siglo XIX, esta fué la teoría y la práctica que imperó en Europa. Hasta fueron miradas con desconfianza las sociedades comerciales e industriales. Tocante a los trabajadores, sus asociaciones fueron tratadas como ilegales en Inglaterra hasta mediados del siglo XIX, y en el resto de Europa hasta estos veinte años últimos. Todo el sistema de nuestra educación de Estado fué de tal índole, que hasta la época actual, incluso en Inglaterra una gran parte de la sociedad consideró como una medida revolucionaria la concesión de aquellos mismos derechos que, libre o siervo que fuese, ejercitaba hace quinientos años en la asamblea popular de su pueblo, en la gilda, en la parroquia o en la ciudad.

Esta observación que el Estado hizo de todas las funciones favoreció necesariamente el desarrollo de un individualismo desenfundado y limitado a sus particulares intereses. A medida que iba creciendo el número de obligaciones para con el Estado, los ciudadanos se sentían dispensados de sus obligaciones para con ellos mismos. En la gilda—y en la Edad Media no había quien no perteneciera a alguna gilda o fraternidad—dos «hermanos» estaban obligados a velar en la cabecera del lecho de un hermano que hubiese caído enfermo; hoy se considera suficiente darle la dirección del hospital público más próximo. En la sociedad bárbara, el solo hecho de presenciar una riña entre dos hombres a consecuencia de una disputa y no impedir un desenlace sangriento, exponía al individuo espectador a ser perseguido como homicida; pero con la teoría del Estado protector de todos, el espectador no tiene por qué mezclarse en ello; el agente de policía intervendrá o no intervendrá. Y mientras que en los países salvajes, por ejemplo, entre los hotentotes, sería escandaloso comer sin haber hecho por tres veces y en alta voz un llamamiento a los que desearan compartir la comida, todo lo más que un ciudadano respetable debe de hacer en la actualidad es pagar el impuesto y dejar que los hambrientos se arreglen conforme puedan. Así la teoría según la cual los hombres pueden y deben buscar su propia felicidad despreciando las necesidades de los demás, triunfa en toda la línea, en derecho, en ciencia, en religión. Es la religión del día, y dudar de su eficacia equivale a ser un peligroso utopista. La ciencia proclama altamente que la lucha de cada uno contra todos es el principio dominante de la Naturaleza, así como de las sociedades humanas. La biología atribuye a esta lucha la evolución progresiva del mundo animal. La historia adopta este mismo punto de vista, y los economistas, en su cándida ignorancia, relacionan todo el progreso de la industria y de la mecánica moderna con los «maravillosos efectos» de este mismo principio. La misma religión de los predicadores de la Iglesia es una religión de individualismo, ligeramente mitigado por relaciones más o menos caritativas

con los vecinos, particularmente el domingo. Hombres de acción «prácticos» y teóricos, hombres de ciencia y predicadores religiosos, hombres de ley y políticos, todos están de acuerdo en un punto: «El individualismo—dice—puede estar más o menos suavizado en sus consecuencias terribles por medio de la caridad, pero es la única base cierta para mantener la sociedad y para su progreso ulterior.»

Parece inútil, por consiguiente, buscar instituciones de apoyo mutuo en nuestra sociedad moderna. ¿Podrían existir? Y sin embargo, tan pronto como intentamos analizar cómo viven los millones de seres humanos y en seguida que comenzamos a estudiar sus relaciones diarias, nos quedamos sorprendidos al ver la parte inmensa que ocupan en la humanidad los principios de ayuda recíproca y de apoyo mutuo. Por mucho que la destrucción de las instituciones de apoyo mutuo haya continuado práctica y teóricamente hace más de tres o cuatrocientos años, centenares de millones de hombres continúan viviendo con tales instituciones, las conservan piadosamente y se esfuerzan para reconstituirlas allí donde dejaron de existir. Más aún; en nuestras relaciones mutuas cada uno tiene sus movimientos de rebeldía contra la fe individualista hoy dominante, y los actos en que los hombres se dejan guiar por sus inclinaciones de apoyo mutuo constituyen de tal modo una parte tan grande de nuestras relaciones diarias, que, si tales acciones pudiesen ser suprimidas, toda clase de progreso moral quedaría inmediatamente detenido. La misma sociedad humana no duraría una generación más.

Estos hechos, en su mayor parte descuidados por los sociólogos, de importancia tan capital para la vida y para el progreso de la humanidad, es lo que vamos a analizar ahora, comenzando por las instituciones permanentes de apoyo mutuo y pasando en seguida a los actos de mutua ayuda que tienen su origen en simpatías personales o sociales.

*
* *

Siempre que analizamos la constitución actual de la sociedad de Europa, nos llama inmediatamente la atención el hecho que, por muchos que hayan sido los esfuerzos para destruir el Común rural, esta forma de unión continúa existiendo—pronto veremos hasta qué grado—y que se están haciendo serias tentativas en la actualidad, sea para reconstituirla bajo una u otra forma o sea para hallarle un sustituto. Es teoría corriente, en lo que concierne al municipio rural, que en el Oeste de Europa murió de muerte natural porque la posesión en común del terreno era incompatible con las necesidades de la agricultura moderna. Pero la verdad es que en ninguna parte ha desaparecido con el buen ver de los que lo componían; en todas, al contrario, las clases directoras tuvieron que hacer persistentes esfuerzos durante siglos, y no siempre los coronó el éxito, para abolir el Común y confiscar las tierras comunales.

En Francia los Comunes comenzaron a verse privados de su independencia y a ser despojados de sus tierras desde el siglo XVI. Sin embargo, tan sólo al siguiente siglo, cuando la masa de los campesinos quedó reducida por las vejaciones y las guerras a aquel estado de servidumbre y de miseria descrito por todos los historiadores, fué posible el saqueo de las tierras comunales, saqueo que alcanzó proporciones escandalosas. «Cada uno se las ha apropiado a su gusto... se las han repartido... para despojar a los Comunes se han simulado deudas» (1). Naturalmente, el remedio que puso el Estado a estos males fué esclavizarlas más y saquearlas él mismo. En efecto, dos años más tarde todos los ingresos comunales en metálico fueron confiscados por el rey. Tocante a la apropiación de tierras comunales llevada a cabo por los particulares, el mal empeoró de continuo, y en el siglo siguiente los nobles y el clero ya habían tomado posesión de inmensas extensiones de tierras—la mitad del espacio cultivado, según ciertos cálculos—, a menudo para dejarlas incultas. Con todo, los campesinos continuaron manteniendo aún sus institu-

(1) Edicto de Luis XIV, en 1667, citado por varios autores. Ocho años antes de esta fecha, los Comunes habían sido puestos bajo la administración del Estado.

ciones comunales; en 1787 las asambleas populares de las aldeas, compuestas de todos los jefes de familia, tenían aún la costumbre de reunirse a la sombra del campanario o de un árbol para partir y repartir lo que de sus campos habían conservado, distribuirse los impuestos y elegir sus miembros ejecutivos, exactamente como el *mir* ruso hace aún en la actualidad. Las investigaciones de Babeau lo han demostrado.

El gobierno, empero, halló que estas asambleas populares eran «demasiado ruidosas», demasiado desobedientes, y las sustituyó en 1787 por medio de concejos elegidos, compuestos de un alcalde y de tres a seis concejales, escogidos de entre los campesinos más ricos. Dos años más tarde la Asamblea Constituyente revolucionaria, que sobre este particular estaba de acuerdo con el antiguo régimen, ratificó por entero esta ley (el día 14 de Diciembre de 1789) y entonces les tocó el turno a los burgueses del pueblo de entrar a saqueo en las tierras comunales, lo que no descuidaron hacer durante todo el período revolucionario. No obstante, en 16 de Agosto de 1792, y bajo la presión de las insurrecciones campesinas, la Convención acordó devolver a los municipios las tierras que durante dos siglos les habían arrebatado los señores, laicos y religiosos (1), pero al propio tiempo ordenó que estas tierras se dividirían en partes iguales y solamente entre los campesinos más ricos (los ciudadanos activos), medida que provocó nuevas insurrecciones y fué abolida al año siguiente, en 1793; entonces ordenóse repartir las tierras comunales entre todos los miembros del municipio, ricos y pobres, «activos» e «inactivos».

Estas dos leyes, sin embargo, eran tan opuestas a las concepciones de los campesinos, que éstos no las obedecieron, y en todas partes donde pudieron recuperar la posesión de una parte de sus tierras, guardáronselas indivisas. Pero entonces vinieron años y años de guerras, y las tierras comunales fueron pura y simplemente confiscadas por el Estado (en 1794) como hipotecas para sus em-

(1) En el Este de Francia, la ley no hizo más que confirmar lo que los campesinos habían hecho por sí mismos; en otras partes de Francia la ley quedó a menudo siendo letra muerta.

préstitos; como tales fueron puestas en venta; después fueron de nuevo devueltas a los municipios y confiscadas otra vez (en 1813). En fin, en 1816, lo que quedaba de ellas, es decir, más de 5.000.000 de hectáreas de las tierras menos productivas, fueron devueltas a los municipios. No pararon aquí las tribulaciones de los municipios. Cada nuevo régimen vió en las tierras comunales un medio de recompensar a sus partidarios; tres leyes (la primera en 1837 y la última bajo Napoleón III) se promulgaron para que los municipios rurales se resolvieran a repartir sus dominios. Estas tres leyes tuvieron que ser abolidas a causa de la oposición que encontraron en los pueblos; pero cada vez quedaba algo entre uñas, y Napoleón III, con el pretexto de estimular los métodos perfeccionados de agricultura, otorgaba grandes dominios a sus favoritos, sacándolos de las tierras comunales.

Después de tantos rudos golpes, ¿qué podía quedar de la autonomía de los municipios rurales? El alcalde y los síndicos no eran mirados más que como funcionarios gratuitos del mecanismo del Estado. Actualmente, bajo la tercera República, es difícil emprender algo en un municipio sin que se ponga en movimiento toda la enorme máquina del Estado, gobernadores y ministros inclusive. Es increíble, pero no deja de ser verdad, que cuando, por ejemplo, un campesino quiere pagar en dinero su parte de la observación de un camino vecinal, en vez de ir él mismo a recomponerlo, necesita, por lo menos, la aprobación de doce diferentes funcionarios del Estado. *Cinuenta y dos* actos personales diferentes tienen que efectuarse y cambiarse entre éstos últimos antes que el campesino obtenga el permiso de pagar su dinero el municipio, y así en todo.

Lo que tuvo lugar en Francia se efectuó en todas partes en el Oeste y en el centro de Europa. Hasta coinciden las principales fechas de los grandes asaltos que sufrieron las tierras de los campesinos. Referente a Inglaterra, la única diferencia consistió en que la expoliación se llevó a cabo mejor por actos separados que por grandes medidas generales, con menos precipitación, pero más por completo que en Francia. Los señores comenzaron a apoderarse

de las tierras comunales en el siglo XV, después de la derrota de la insurrección campesina de 1380, según se lee en la *Historia* de Rossus y en un estatuto de Enrique VII, en el cual se mencionan estas ocupaciones, calificándolas de enormidades y perjudiciales al bien común. Más tarde comenzó la gran investigación, como es sabido, bajo Enrique VIII, con objeto de impedir la acaparación de las tierras comunales, pero se terminó sancionando lo que estaba consumado. Las tierras comunales continuaron siendo usurpadas y los campesinos arrojados de ellas. A partir de la segunda mitad del siglo XVIII fué cuando, tanto en Inglaterra como en todas partes, aplicáronse sistemáticamente a destruir hasta los vestigios de la propiedad comunal. No sería de extrañar, por lo tanto, que las propiedades comunales hubiesen desaparecido; lo que sorprende es que se hubiesen podido conservar algunas hasta en Inglaterra, al punto de estar «muy extendidas aun en la época de los abuelos de la actual generación». El objetivo de los «Enclosure Acts», como ha demostrado Seebohm, tendía a suprimir este sistema, y tan suprimido quedó después de las cuatro mil actas promulgadas entre 1760 y 1844, que hoy apenas quedan huellas de tierra comunal. Los señores se apoderaron de las tierras comunales, y en cada caso particular la apropiación fué sancionada por un acta del Parlamento.

El Estado destruyó asimismo el municipio rural en Alemania, en Austria, en Bélgica. Muy raros fueron los casos en que los mismos propietarios de bienes comunales repartieran sus tierras. El último golpe asestado a la propiedad común en la Europa central data también de mediados del siglo XVIII. En Austria el gobierno recurrió a la fuerza brutal (1768) para obligar a los municipios a repartir sus tierras, y dos años más tarde nombró una comisión especial a este objeto. En Prusia Federico II recomendó en varias de sus ordenanzas (en 1752, 1763, 1765 y 1769) al *Justiccollegien* obligara a los campesinos a que las repartieran. En Silesia se tomó un acuerdo especial con igual objeto en 1771. Lo mismo ocurrió en Bélgica, y como los municipios no obedecieran, se promulgó una ley en 1847, dando plenos poderes al gobierno para comprar los prados

comunales, revenderlos al detall y proceder a una venta forzosa del terreno comunal tan pronto como saliera comprador.

En suma, que hablar de la muerte natural de los Comunes rurales «en virtud de leyes económicas» es un bromazo tan pesado como hablar de la muerte natural de los soldados que caen en el campo de batalla. El hecho es que los Comunes lugareños mantuvieron más de mil años y que en todas partes donde los campesinos no fueron arruinados por las guerras y las exacciones no cesaron de perfeccionar sus métodos de cultivo. Pero como el valor de la tierra crecía a consecuencia del aumento de población y del desarrollo de la industria y que la nobleza había adquirido, bajo la organización del Estado, un poder que jamás poseyó bajo el régimen feudal, se apoderó de las mejores partes de las tierras comunales e hizo todo lo que pudo para destruir las instituciones comunales.

*
* *

Y a pesar de esto, satisfacen tan bien las instituciones del municipio rural a las necesidades y tan bien responden a las concepciones de los cultivadores del suelo, que aun actualmente Europa está cubierta de vestigios *vivientes* de los municipios rurales, y la vida del campo en Europa está plagada de hábitos y de costumbres que datan del periodo de los Comunes. En la misma Inglaterra, a pesar de todas las medidas radicales que se tomaron contra el antiguo orden de cosas, prevaleció hasta principios del siglo XIX. Mr. Gomme—uno de los pocos sabios ingleses que se hayan ocupado de este asunto—demuestra en su obra que en Escocia se encuentran aun muchas huellas de la posesión común del suelo; el «runrig-tenancy» conservóse en el Porfarshire hasta el año 1813, y en ciertos pueblos de Invernens subsistió hasta 1801 la costumbre de efectuar la labranza en común, sin trazar límites, y repartir después que se había efectuado. En la parroquia de Kilmoire (isla de Arran) la distribución y la redistribución de los campos estuvo en pleno vigor

«en estos últimos veinticinco años», y la comisión de los Crofters halló este sistema en vigor en otras islas. En Irlanda se sostuvo el Común hasta que sobrevino la gran carestía, y tocante a Inglaterra, las obras de Marshall, sobre las cuales Nasse y sir Henry Maine han llamado la atención, no dejan ninguna duda de que el sistema del municipio rural estaba muy extendido en casi todos los condados ingleses a principios del siglo XIX. No hace siquiera veinticinco años que Henry Maine se halló «grandemente sorprendido al ver el número de títulos de propiedades irregulares que implicaban forzosamente la existencia anterior de una propiedad colectiva y de un cultivo en común», que descubrió en una corta información que tuvo que hacer. Habiéndose mantenido tanto tiempo las instituciones comunales no cabe duda que podrían descubrirse actualmente un gran número de costumbres y hábitos de apoyo mutuo en los pueblecillos ingleses, a poco que los escritores de este país quisieran prestar su atención a la vida de los lugares.

Las instituciones comunales se encuentran, vivas aún, en muchas partes de Francia, de Suiza, de Alemania, de Italia, de Escandinavia y de España. Y nada digamos del Este de Europa. En todas estas comarcas la vida de los pueblos está saturada de hábitos y de costumbres comunales. La literatura de estos países se enriquece anualmente con obras serias que tratan de este tema y de lo que a él se refiere. Limitaré, pues, mis ejemplos a los más típicos. Suiza es, indudablemente, uno de los mejores. No tan sólo las cinco repúblicas de Uri, Schwytz, Appenzell, Glaris y Unterwald conservan una parte considerable de sus tierras en propiedades indivisas y están administradas por sus asambleas populares; también en los demás cantones los municipios rurales continúan gozando de amplia autonomía y considerables partes del territorio federal permanecen siendo propiedad comunal. (También en Suiza las tierras no cercadas de los campesinos cayeron bajo el dominio de los señores. Buena parte de sus bienes pasaron a manos de los nobles en los siglos XVI y XVII. Pero la guerra de los campesinos en Suiza no terminó con una derrota aplastante de éstos,

como en los demás países sucedió; pudieron conservar una gran parte de derechos y de tierras comunales. La autonomía de los municipios es, en efecto, el fundamento de las libertades suizas). Las dos terceras partes de todos los prados alpestres y los dos tercios de todos los bosques suizos son aún en la actualidad tierras comunales, y los municipios poseen gran número de campos, de viñedos, de vergeles, de hornagueras, de canteras, etc. En el de Vaud, donde los cabeza de familia tienen el derecho de tomar parte en las deliberaciones de sus concejos comunales elegidos, el espíritu comunal es muy vivo. Al final del invierno los jóvenes de varios pueblos márchanse a los bosques para cortar árboles y hacerles bajar rodando por las pendientes escarpadas; la madera de armadura y la leña se reparte en seguida entre las familias o se vende a beneficio suyo. Estas excursiones son verdaderas *fiestas* del trabajo viril. En las orillas del lago Lemán se efectúan en común los trabajos que necesitan los terraplenes de los viñedos. Si durante la primavera el termómetro amenaza descender a bajo cero antes de salir el sol, hay un vigilante especial que llama a todos los habitantes para que enciendan fogatas de paja y de estiércol y protejan sus viñas de la helada gracias a la nube artificial que se forma. En casi todos los cantones los municipios rurales poseen «Bürgernutzen»: un cierto número de ciudadanos, descendientes o herederos de las antiguas familias, poseen en común cierto número de vacas o algunos campos o viñedos cuyo producto se reparten. A veces el municipio alquila algunas tierras a beneficio de los ciudadanos.

Puede darse como cosa cierta que los municipios han conservado en todas partes numerosas atribuciones que hacen de ellos partes vivientes del organismo nacional, y allí donde no han sido reducidos a la extrema miseria nunca dejan de tener sus tierras bien cultivadas. Así las propiedades comunales en Suiza ofrecen un contraste notable con los miserables «commons» de Inglaterra. Los bosques comunales del cantón de Vaud y del Valais están muy bien administrados conforme a las reglas de la silvicultura moderna. En otras partes las «parcelas»

de campos comunales que cambian de propietarios según el sistema de las redistribuciones, están bien cultivadas y especialmente bien abonadas. Los prados de las regiones elevadas están muy bien cuidados y en buen estado los caminos vecinales. Y cuando admiramos los chalets, los caminos de las montañas, el ganado de los campesinos, los terraplenes de viñedos y las escuelas de Suiza, tenemos que recordar que a menudo la madera de armadura para los chalets se saca de los bosques comunales, la piedra de las canteras comunales, las vacas pacen en prados comunales y los caminos, así como las escuelas, han sido construídos por el trabajo comunal. No hay duda que en Suiza, como en todas partes, el municipio ha perdido mucho en sus atribuciones y que la «corporación», limitada a un pequeño número de familias, se ha sustituido al antiguo Común lugareño. Pero lo que queda de atribuciones está lleno de vitalidad, según parecer de los que han estudiado este asunto.

Ocioso resulta agregar que en los pueblos suizos persisten gran número de hábitos y de costumbres de ayuda recíproca: reuniones de noche para monda de nueces, un día en cada casa; veladas para coser la canastilla de boda de una muchacha; llamamientos de «ayudas» para construir las casas y entrar las cosechas, así como para toda especie de trabajos de que pueda tener necesidad cualquier miembro de la comunidad; costumbre de cambiar los niños de un cantón a otro a fin de que puedan aprender dos idiomas, el francés, el alemán, etcétera; todo esto son cosas muy habituales (1) y las nuevas necesidades que puedan surgir se satisfacen de igual modo. La mayor parte de los prados alpestres del cantón de Glaris fueron vendidos en un período de calamidades; pero los municipios continúan comprando campos, y cuando éstos han estado en posesión de diferentes miembros del municipio durante diez, veinte o treinta años, pasan al fondo común y se vuelven a distribuir según las necesidades de cada individuo. Además se van creando gran número de aso-

(1) Los regalos de boda, que en este país contribuyen a menudo materialmente al confort de los recién casados, son evidentemente un resto de hábitos comunales.

ciaciones pequeñas para producir por medio del trabajo en común el pan, el queso y el vino en pequeña escala, y la cooperación agrícola se extiende en Suiza con gran facilidad. Frecuentemente se encuentran asociaciones de diez a treinta campesinos que compran campos y prados en común y los cultivan como copropietarios, y en todas partes hallamos las cooperativas para la venta de la leche, de la manteca y del queso. Suiza es, en efecto, el país de origen de esta forma de cooperación. Ofrece, además, un vasto campo para el estudio de toda clase de grandes y pequeñas sociedades creadas para satisfacer diversas necesidades modernas. En ciertas partes de Suiza existen casi en cada pueblo asociaciones para la protección contra incendios, para la navegación, para la conservación de los muelles de los lagos, para canalizar el agua, etc., sin hablar de las sociedades, muy extendidas, de arqueros, tiradores, topógrafos, «exploradores de senderos», etc., efecto del militarismo moderno de los grandes Estados.

Pero Suiza no es de ningún modo una excepción en Europa, pues iguales instituciones y costumbres se encuentran en los pueblos de Francia, de Italia, de Alemania, de Dinamarca, etc. Más arriba vemos lo que hicieron en Francia diversos gobiernos para destruir el municipio rural y para que la burguesía pudiera apropiarse sus terrenos; pero a despecho de todo esto, una décima parte del territorio bueno para el cultivo, es decir, 5.460.000 hectáreas, comprendiendo la mitad de todos los prados naturales y casi el quinto de todos los bosques del país, continúan siendo posesión comunal. Los bosques suministran leña a los miembros del municipio, y la madera de armadura córtase en gran parte para el trabajo comunal con toda la regularidad deseable; los pastos son libres para el ganado de los miembros del municipio, y lo que queda de campos comunales se parte y reparte en varios lugares de Francia, por ejemplo, en las Ardennes, de modo habitual.

Estas fuentes de aprovisionamiento suplementario que ayudan a los más pobres a atravesar un año de malas cosechas sin verse obligados a vender sus lotes de terreno o sin tener que recurrir a funestos empréstitos, tienen

ciertamente su importancia, a la vez para los obreros agrícolas y para los pequeños propietarios campesinos, que son cerca de tres millones. Hasta puede preguntarse si la pequeña propiedad campesina podría mantenerse sin estos recursos suplementarios. Pero aún es más grande que su valor económico la importancia moral de las posesiones comunales, por pequeñas que sean, pues que conservan en la vida lugareña un núcleo de costumbres y de hábitos de apoyo mutuo que obra como un freno poderoso sobre el desarrollo del individualismo y de la ambición demasiado fácilmente desarrollados por la pequeña propiedad. En todas las circunstancias posibles de la vida aldeana el apoyo mutuo forma parte de la vida diaria en toda Francia. En todas partes encontramos con nombres diferentes el *charroi*, es decir, el apoyo mutuo de los vecinos para entrar la cosecha, para la vendimia o para construir una casa; en todas hallamos iguales reuniones de noche como hemos visto en Suiza; en todas se asocian los miembros del pueblo para toda clase de trabajos. Casi todos los que han escrito sobre la vida de los pueblecillos franceses mencionan estas costumbres. Tal vez sea mejor dar aquí algunos extractos de cartas que recibí de un amigo a quien pedí me comunicara sus observaciones sobre el particular. Proceden de un hombre de edad avanzada que durante cuatro años fué alcalde de su municipio, en el Mediodía de Francia (en el Ariège); los hechos que menciona le son familiares por sus largos años de observación personal, y tienen la ventaja de ser observados en un espacio limitado en vez de ser recogidos sobre un vasto espacio. Algunos pueden parecer insignificantes, pero en conjunto pintan muy bien un pequeño rincón de la vida de los pueblos:

«En varios municipios de las cercanías de Foix (valle del Bargailliere) está aún en vigor la vieja costumbre llamada el *emproutant* (el préstamo): cuando en una alquería se tiene necesidad de muchos brazos para realizar rápidamente un trabajo, por ejemplo, cuando se trata de recoger las patatas, cortar el heno, se convoca a la juventud de los alrededores; jóvenes y muchachas acuden, trabajan

riendo, con ardor y gratuitamente, y por la noche, después de cenar, bailotean de lo lindo.

»En estos mismos municipios, cuando va a casarse una muchacha, las demás de la vecindad la ayudan gratuitamente a confeccionar la canastilla de boda. En varios municipios del cantón de Ax (Ariege) las mujeres y las muchachas hilan aún mucho. Cuando se trata de devanar el hilo en una familia, reúnen los amigos de ésta y gratuitamente ayudan a efectuar la operación en una sola velada que termina con una cena. En muchos municipios del Ariege y otros departamentos del Sureste, cuando se trata de quitar la envoltura a las mazorecas, los vecinos ayudan generalmente, siendo luego obsequiados con castañas y vino. Y después de comer, la juventud baila.

»En otros municipios, cuando se trata de hacer aceite de nueces, los jóvenes de ambos sexos se reúnen por la noche, en invierno, en casa del propietario que quiere fabricar el aceite, y, gratuitamente, unos mondan las nueces y los otros las rompen. Las muchachas van por las noches, gratuitamente, por las casas a preparar el cáñamo, después llegan los jóvenes y se arma el bailoteo y los cantos. En el municipio de L., cuando se trata de transportar las gavillas, cada familia recurre a la juventud de toda la comarca para efectuar este fatigoso trabajo. Y estas rudas jornadas transforman en días de fiesta, pues cada familia tiene el puntillo de ofrecer buenas comidas a los trabajadores. No obtienen otra remuneración, se hace el trabajo para los demás a cambio del suyo cuando sea necesario. Trabajo por trabajo (1).

»En el municipio de S. los pastos comunales aumentan de tal modo a cada año que pasa, que casi todo el terreno municipal es comunal. Los propietarios de ganado escogen los pastos por elección y las mujeres toman parte en estas elecciones cuando son propietarias. Los toros necesarios para la reproducción son comunales.

»En M. reúnen sus cuarenta o cincuenta rebaños en tres o cuatro durante la estación buena y los llevan a

(1) Los georgianos del Cáucaso hacen más: como una comida resulta cara a un pobre, los mismos vecinos que llegan para ayudarle en el trabajo ofrecen, un carnero para que no falte aquella.

que pazcan en la alta montaña. Los propietarios alternan en la vigilancia, uno por semana, del rebaño del cual forman parte sus borregos. Hay vaqueros comunales, pagados por los propietarios a prorrata del número de vacas de cada propietario. El presupuesto municipal subvenciona el coste y sostén de dos toros.

»En la aldea de C. tres cultivadores han comprado una batidora, de la que se sirven sucesivamente cada uno ayudado por las familias de los otros dos, pues por lo menos se necesitan quince personas para hacerla funcionar. Otros tres cultivadores compraron otra y la alquilan por diez francos diarios. Su propietario está presente para dar las gavillas a la máquina. Tocante a las quince o veinte personas que son necesarias para que funcionen, se componen de los miembros de la familia que alquila la máquina, de los parientes, de los amigos, todos ayudando gratuitamente, esperando que les toque el turno de ser ayudados. La familia ofrece una comida.

»En nuestro municipio de R. hubo necesidad de reconstruir los muros del cementerio. La comisión provincial dió doscientos francos y dos personas ofrecieron otros doscientos, cuya suma total sirvió para pagar la cal y el salario de obreros expertos. El resto del trabajo hizo se gratuitamente por jornadas voluntarias: los vecinos se prestaron para recoger la arena y transportarla, llevar el agua necesaria, fabricar el mortero, servir a los albañiles (tal como se efectúa en la *djemmâa* de los kabylos). De igual modo se recomponen los caminos vecinales. Otros municipios construyen sus casas de idéntico modo. La prensa para hacer el vino y otros instrumentos de menor importancia los suministra a veces el municipio.

Dos personas que residen en el Ariege, interrogadas por nuestro amigo, le escribieron:

«En O. (Ariege) hace años no tenían molino. El municipio lo construyó. Pero faltaba confiar el molino a un molinero, y para impedir todo fraude y parcialidad se convino en que el grano sería molido gratuitamente y que al molinero pagárasele a razón de dos francos por persona capaz de comer pan.

»En el L.-G. (Ariege) muy pocas son las personas

que están aseguradas de incendios; pero cuando una familia es víctima de un siniestro, se procede como recientemente procedieron en B. y en T. Todos dan algo a los damnificados: quién una marmita, quién una sábana, etc. De este modo se reconstituye el ajuar; se da albergue gratuito a los desgraciados y cada individuo ayuda a construir su nueva casa. Hasta los habitantes de los pueblos vecinos dan algo. Los habitantes de M. están en vísperas de crear una caja de seguros contra incendios teniendo por base el apoyo mutuo.»

Estos hábitos de mutuo apoyo, que podríamos ir citando indefinidamente, explican, sin duda, la facilidad con que se asocian los campesinos franceses para servirse uno en pos de otro del arado con su pareja de caballos, de la prensa, de la máquina para batir el grano cuando es un solo miembro del pueblo que los posea, y se comprende fácilmente que se unan para efectuar en común toda clase de trabajo rural. La conservación de los canales de riego, el desmonte de los bosques, la plantación de los árboles, la desecación de los pantanos, etc., todo esto realizábanlo los municipios lugareños desde tiempo inmemorial y continúa realizándose actualmente. Hace algunos años que en La Borne, en el Lozère, se transformaron en fértiles jardines las áridas colinas por obra del trabajo en común.

«Careciendo de terreno, construyeron terraplenes; faltando tierra, transportáronla en hombros. Sobre estos terraplenes plantaron castaños, viñas, melocotoneros, buen número de árboles frutales, legumbres, etc.,. Para fertilizar este suelo artificial construyeron *beals* o canales de una longitud de tres, de cinco kilómetros; recientemente construyeron uno de diecisiete kilómetros.»

A este mismo espíritu se debe el éxito recientemente obtenido por los *sindicatos agrícolas* o asociaciones de campesinos y arrendatarios. No hace muchos años, en 1884, que las asociaciones de más de diecinueve personas fueron autorizadas en Francia, y no tengo necesidad de decir que cuando se arriesgó esta «peligrosa experiencia»—así calificada en ambas Cámaras—tomaron todas las «precauciones» posibles los funcionarios públicos;

pero a pesar de estos peros Francia principia a estar llena de sindicatos. Al principio fundáronse simplemente con objeto de comprar abonos y semillas—la falsificación había alcanzado proporciones colosales en ambos comercios,—pero poco a poco extendieron sus funciones en diversas direcciones, comprendiendo la venta de los productos agrícolas y el mejoramiento de las tierras. En el Mediodía de Francia la filoxera ha dado nacimiento a gran número de asociaciones de viticultores: diez o treinta viñateros constituyen un sindicato, compran una máquina a vapor para extraer agua y organizar las instalaciones necesarias para inundar sus viñedos uno en pos de otro. (Al principio el sindicato se encargaba de suministrar el agua y los demás poníanse de acuerdo para utilizarla juntos. «Lo que acaba de caracterizar este género de asociación es que no media contrato alguno entre el propietario del agua y el comprador. Basta la palabra, y no hay ejemplos de discordias entre ambas partes.») Continuamente se forman nuevas asociaciones para preservar las tierras de inundaciones, para el riego, para la conservación de canales, y la unanimidad de los campesinos de la región, requerida por la ley, no es nunca un obstáculo. En otros sitios hay los *fruitières*, es decir, asociaciones lecheras, de las que algunas reparten el queso y la manteca producidas en partes iguales, sin tener en cuenta el rendimiento de cada vaca. En el Ariège hallamos una asociación de ocho municipios distintos para el cultivo en común de las tierras que han reunido. En la misma provincia se han formado sindicatos para la asistencia médica gratuita en 172 municipios de los 337 que contiene, y se crean asimismo asociaciones de consumidores relacionadas con estos sindicatos. «Se efectúa una verdadera revolución en nuestros pueblos—escribe A. Baudrillart—con estas asociaciones, que toman un carácter particular en cada región.»

Poco más o menos puede decirse lo mismo de Alemania. En todas partes donde los campesinos pudieron hacer frente al saqueo de sus tierras, las han conservado como propiedad común. Este estado de cosas predomina

en el Wurtemberg, en el ducado de Baden, en el Hohenzollern y en la provincia de Starkenberg (Hesse). En general, los bosques comunales están bien cuidados en Alemania, y en millares de municipios se reparte cada año entre sus habitantes toda la madera de construcción y la leña. La vieja costumbre del *Lesholztag* está muy extendida: cuando tañe la campana del pueblo, todo el mundo va al bosque y se procura cuanta leña puede llevarse. En Westfalia hallamos municipios en los cuales todo el terreno se cultiva como si fuese una sola propiedad común y con todos los perfeccionamientos de la agronomía moderna. Respecto a las viejas costumbres comunales, puede decirse que están en vigor en la mayor parte de Alemania. El llamamiento de «ayudas», es habitual en Westfalia, en el Hesse y en Nassau. En las regiones bien pobladas de bosque, toda la madera de construcción para edificar una casa nueva se saca del bosque común y todos los vecinos se juntan para construir la casa. Estas costumbres de mutuo apoyo se encuentran hasta en los alrededores de las ciudades: los jardineros de los arrabales de Francfort tienen la costumbre cuando uno de ellos cae enfermo, de ir juntos el domingo a cultivar su jardín.

En Alemania, gual que en Francia, desde que los gobiernos suprimieron las leyes contra las asociaciones de campesinos—en 1884-1888—comenzaron a desarrollarse estas uniones con maravillosa rapidez, a pesar de todos los obstáculos legales con que se intentó detenerlas. «El hecho es—escribió Buchenberg—que en millares de municipios rurales, donde eran desconocidos el abono químico y el forraje racional, son de uso corriente estos dos perfeccionamientos y han tomado una extensión imprevista, gracias a las asociaciones» (II, 507). Estas asociaciones adquieren hoy toda clase de instrumentos que economizan trabajo, máquinas agrícolas y las mejores razas de animales y establecen convenios para mejorar la calidad de las tierras. Creáronse también uniones para la venta de los productos agrícolas y para la mejora permanente de los terrenos.

Desde el punto de vista de la economía social, todos

estos esfuerzos de los campesinos son, ciertamente, de poca importancia. No pueden aliviar de modo efectivo, y menos aún definitivamente, la miseria a que están condenados en toda Europa los cultivadores del suelo. Pero desde el punto de vista moral en el cual nos colocamos en este momento, su importancia es de gran estima. Demuestran que, aun bajo el sistema del individualismo sin freno que hoy prevalece, las masas conservan piadosamente sus tradiciones de apoyo mutuo. Desde el instante que los gobiernos aflojan las leyes de hierro con que rompieron todos los lazos entre los hombres, estos lazos se reanudan inmediatamente, a pesar de las dificultades políticas, económicas y sociales, que son numerosas y que se reconstituyen con las formas que mejor responden a las necesidades modernas. Demuestran en qué dirección y bajo qué forma debe lograrse el progreso ulterior.

Fácilmente podría multiplicar estos ejemplos sacándolos de Italia, de España, de Dinamarca, etcetera, indicando ciertos rasgos interesantes que son propios de cada uno de estos países. Las poblaciones slavas de Austria y de la península de los Balkanes, en las cuales la «familia compuesta» u «hogar indiviso» aún subsiste, deberían asimismo ser mencionadas. Pero me apremia pasar a Rusia, donde la misma tendencia de mutua ayuda toma ciertas formas nuevas e imprevistas. Además, respecto al municipio rural ruso tenemos la ventaja de poseer una cantidad enorme de materiales, reunidos durante la colosal investigación que de casa en casa efectuaron, recientemente varios *zemstvos* (concejos provinciales), y que abarca una población de cerca de veinte millones de campesinos en diferentes regiones.

Dos importantes conclusiones pueden sacarse de la masa de los testimonios reunidos por las investigaciones rusas. En la Rusia central, donde un tercio por lo menos de los campesinos han sido reducidos a una ruina completa (por los gravosos impuestos, la demasiado pequeña dimensión de las parcelas concedidas a los campesinos cuando su emancipación, un alquiler excesivo y los muy severos cobros de impuestos cuando las cosechas faltaron), hubo,

durante los primeros veinticinco años que siguieron a la emancipación de los siervos, en el seno mismo de los municipios rurales, hubo, repito, una marcada tendencia hacia la constitución de propiedades individuales. Muchos campesinos arruinados, sin caballos, abandonaron la tierra a que tenían derecho en el municipio, y esta tierra se convirtió a menudo en propiedad de esta clase de campesinos más afortunados que se enriquecen con el comercio, o de comerciantes de fuera que compran la tierra para sacar alquileres excesivos a los campesinos. Es necesario asimismo agregar que un vicio en la ley de 1861 concerniente al rescate de la tierra, presentaba grandes facilidades para la compra a infimo precio de las tierras de los campesinos. El rescate debía ser pagado por anualidades en el transcurso de cuarenta y nueve años. A medida que pasaban los años y que la mayor parte de la suma quedaba pagada, era mucho más fácil «rescatar» la pequeña parte que faltaba pagar, y como cada lote de terreno podía ser rescatado separadamente, los traficantes se apresuraron a beneficiarse comprando a los campesinos arruinados la tierra por mitad de su valor. Después se promulgó una ley para poner término a estas maniobras. Casi siempre los funcionarios empleaban su poderosa influencia a favor de la prosperidad individual y contra la propiedad comunal. No obstante, en los últimos veinte años se dejó sentir nuevamente un poderoso viento de oposición a la apropiación individual de la tierra en los pueblos de la Rusia central y la masa de los campesinos que forman el término medio entre los ricos y los muy pobres hace titánicos esfuerzos para defender el municipio rural. Tocante a las fértiles llanuras del Sur, que actualmente constituyen la parte más populosa y la más rica de la Rusia europea, fueron en su mayor extensión colonizadas durante el siglo XIX, bajo el sistema de ocupación o de apropiación individual, sancionada por el Estado. Pero desde que se introdujeron en la región los métodos perfeccionados de agricultura con auxilio de las máquinas, los propietarios campesinos han comenzado poquito a poco a transformar ellos mismos sus propiedades individuales en posesiones comunales, y hoy se encuentra, en este granero

de abundancia de la Rusia, un gran número de Comunes rurales de origen reciente que se ha formado espontáneamente.

La Crimea y la región situada al Norte de la Crimea (la provincia de Taurida), sobre las cuales poseemos documentos detallados, son un excelente ejemplo de este movimiento. Este territorio comenzó a ser colonizado, después de su anexión en 1783, por pequeños y grandes rusos, por habitantes de la Rusia Blanca y por cosacos, y por hombres libres y siervos fugitivos que llegaron aisladamente o en pequeños grupos de todos los lados de Rusia. Ocupáronse primero en la cría de ganados, y cuando más tarde comenzaron a cultivar el terreno, cada uno cultivaba tanto como sus medios se lo permitían. Pero a medida que la inmigración continuaba y se introducían los arados perfeccionados, la tierra fué muy solicitada y entre los colonos surgieron las disputas. Estas duraron años, hasta que los colonos, que antes no estaban unidos por ningún lazo mutuo, resolvieron poner término a las disensiones creando la propiedad comunal de la tierra. Adoptaron acuerdos estipulando que la tierra que poseían individualmente sería en adelante propiedad comunal y la repartieron entre los habitantes según las reglas habituales del municipio rural. A poco el movimiento adquirió una gran extensión y sobre una parte tan sólo de este territorio las estadísticas contaron 161 pueblos en los cuales la propiedad comunal había sido establecida por los mismos propietarios campesinos, principalmente durante los años 1855-1885, sustituyendo a la propiedad individual. De este modo los colonos crearon libremente toda una variedad de tipos de municipios rurales. (En ciertos casos procedieron con gran circunspección. En un pueblo pusieron en común todos los prados y únicamente una pequeña parte de campos (dos hectáreas por individuo); el resto continuó siendo propiedad individual. Más tarde, en 1862-1864, se extendió el sistema, y en 1884 quedaba ya la posesión comunal establecida por completo.) Lo que da más interés a esta transformación es que se efectuó no tan sólo entre los grandes rusos habituados a la vida del municipio rural, sino entre los pequeños rusos que tuvieron tiempo de olvidarla

estando bajo el dominio polonés, entre los griegos, los búlgaros y hasta entre los atémanes. Estos últimos crearon hace tiempo en sus prósperas colonias, sobre el Volga, un tipo especial de municipio rural semiindustrial.

Los tártaros musulmanes de la Taurida poseen sus tierras según la ley consuetudinaria musulmana, o sea la posesión personal limitada, pero hasta entre ellos se ha introducido en algunos casos el municipio rural europeo. Referente a las demás nacionalidades que se encuentran en la Taurida, la propiedad individual ha sido abolida en seis pueblos esthonianos, dos griegos, dos búlgaros, uno tcheque y uno alemán.

Este movimiento es característico en toda la fértil región de las estepas del Sur. Pero también se encuentran ejemplos aislados en la Pequeña Rusia. Así, en cierto número de pueblos de la provincia de Tchernigov los campesinos eran antes propietarios personales de sus tierras; tenían títulos legales distintos para sus terrenos y estaban acostumbrados a alquilar y vender sus tierras a voluntad. Pero hacia el año 1850 se dibujó entre ellos un movimiento a favor de la posesión comunal, dando por principal argumento el número siempre creciente de familias indigentes. Un pueblo tomó la iniciativa y los demás siguieron; el último caso señalado data del año 1882. Claro está que hubo luchas entre los pobres, que suelen reclamar siempre la posesión comunal, y los ricos, que generalmente prefieren la propiedad individual, y estas luchas duraron a veces muchos años. En ciertos sitios era imposible recabar la unanimidad que entonces exigía la ley, y el pueblo se dividía en dos, uno bajo el régimen de la propiedad individual y otro bajo el de la posesión comunal, viviendo así hasta que nuevamente se juntaban en un solo pueblo, o continuando divididos. Referente a la Rusia central, es un hecho que en muchos pueblos que tendían a la propiedad individual se observa desde 1880 un acentuado movimiento en pro del restablecimiento del Común rural. Proprietarios campesinos que hacía años vivían bajo el sistema individualista optaron en masa por volver a las instituciones comunales. Hay un número considerable de ex siervos que no recibieron más que una

cuarta parte de los lotes otorgados por la ley de emancipación, pero los recibieron libres de todos los derechos de rescate y en propiedad individual. Bajo este régimen tuvieron hasta 1890, pero luego se produjo entre ellos un gran movimiento (en las provincias de Kursk, Riazan, Tambov, Orel, etc.) en pro de poner en común sus lotes y de la introducción del Común rural. De igual modo los «agricultores libres» (*volnyie khlebopachtsy*) emancipados de la servidumbre por ley de 1803, que habían comprado sus lotes para cada familia separada, actualmente viven bajo el sistema del Común que ellos mismos introdujeron. Todos estos movimientos son de origen reciente y a ellos se juntan nuevos rusos extranjeros. Los búlgaros del distrito de Tiraspol introdujeron el Común rural durante los años 1876-1882, después de haber vivido durante sesenta bajo el sistema de la propiedad personal. Los atémanes mennonitas de Berdiansk luchaban en 1890 para obtener el Común lugareño y los pequeños propietarios campesinos (*kleinwirthschaftliche*) entre los bautistas alemanes se agitaban en igual sentido.

Otro ejemplo: el Gobierno ruso creó en la provincia de Samara (1840) y a título de experimento 103 pueblos bajo el régimen de la propiedad individual. Cada familia recibió una espléndida propiedad de 40 hectáreas. En 1890, los campesinos de 72 pueblos de entre aquellos 103, notificaron su deseo de introducir el Común rural. Cojo todos estos ejemplos de la excelente obra de «V. V.», que se limitó a clasificar los hechos aportados en la investigación de que hemos hablado más arriba.

Este movimiento a favor de la posesión comunal va en redondo contra las teorías económicas corrientes, según las cuales el cultivo intensivo es incompatible con el Común rural. Pero todo lo que caritativamente puede decirse de estas teorías es que jamás han sido sometidas a la prueba de la experiencia: pertenecen al dominio de la metafísica política. Los hechos que acabamos de presentar nos enseñan, al contrario, que en todas partes donde los campesinos rusos son menos miserables que de ordinario gracias al concurso de ciertas circunstancias, y en todas partes donde encuentran hombres instruidos y de

iniciativa entre sus vecinos, el Común rural resulta el mejor medio de introducción de los perfeccionamientos variados en la agricultura y en el conjunto de la vida del pueblo. Aquí, como en otras partes, el apoyo mutuo es mejor guía hacia el progreso que la guerra de cada uno contra todos. Verémoslo en los hechos siguientes.

Bajo el gobierno de Nicolás I muchos funcionarios de la corona y propietarios de siervos obligaban a los campesinos a adoptar el cultivo en común de una parte de las tierras del lugar a fin de llenar cada año los graneros de provisiones comunales después de haber prestado grano a los miembros necesitados. Estos cultivos, que en el espíritu de los campesinos iban unidos a los peores recuerdos de la servidumbre, fueron abandonados tan pronto como la servidumbre quedó abolida; pero hoy los campesinos los van reanudando por su propia cuenta. En el distrito de Ostrogojsk, gobierno de Kursk, bastó la iniciativa de una sola persona para hacer revivir el cultivo comunal en las cuatro quintas partes de todos los pueblos. Idéntico fenómeno se observa en otras localidades. El día determinado los miembros del Común se marchan al trabajo: el rico con su arado y su carro, el pobre no aportando más que el trabajo de sus brazos, y no se efectúa evaluación ninguna del trabajo de cada uno. La cosecha sirve luego para hacer préstamos a los más pobres del pueblo, sin imponer condiciones de devolución, o bien se destina su producto al sostén de los huérfanos y de las viudas, o se emplea en la iglesia, en la escuela, o sirve para pagar una deuda comunal.

(Existen cultivos comunales parecidos en 159 pueblos de los 195 del distrito de Ostrogojsk; en 150 de los 187 del de Slavianoserbsk; en 107 del de Alexandrovsk; en 93 de Nikolaievsk; en 35 de Elisabethgrad. En una colonia alemana el cultivo comunal sirve para pagar una deuda municipal. Todos se unen para ejecutar el trabajo, por más que la deuda fué contraída por 94 miembros de los 155 que contiene la colonia.)

Precisamente lo que debe esperarse de gentes que vivan bajo el sistema del Común rural es que todos los trabajos que entran, por decirlo así, en la vida diaria del

pueblo (conservación de caminos, canalización de las aguas de riego, tala de bosques, plantación de árboles, etc.) se ejecuten por municipios enteros, que el municipio alquile las tierras a los propietarios vecinos y que los prados los riegue el municipio, tal como describe Tolstoi: jóvenes y viejos, hombres y mujeres, todos tomando parte en el trabajo. Son hechos que todos los días pueden observarse en toda la nación rusa. El municipio rural no se opone a los perfeccionamientos de la agricultura moderna cuando puede soportar los gastos y cuando los conocimientos, hasta el presente reservados a los ricos, penetran en la casa del campesino.

Acabamos de decir que los arados perfeccionados se extienden rápidamente por toda la Rusia meridional y que en muchos casos el mismo municipio contribuye a extender su empleo, comprando y ensayando el arado sobre una parte del terreno comunal. A menudo los mismos fabricantes hacen modificaciones, sugeridas por los mismos municipios, para vender los arados a bajo precio, como pequeña industria rural. En el distrito de Moscou, donde en cinco años los campesinos compraron 1.560 arados, el impulso vino de los municipios, que alquilaban tierras precisamente con el propósito de introducir un cultivo perfeccionado.

En el Nordeste (Viatka) las pequeñas asociaciones de campesinos que circulan con sus máquinas para el aecho (fabricadas por la pequeña industria en los pueblos de un distrito metalúrgico) han extendido el uso de estas máquinas para batir el grano que se encuentran en las provincias de Samara, Saratov y Kerson se debe a las asociaciones de campesinos, que se hallan en situación de poderlas comprar, mientras que no podría el campesino aislado. Y mientras leemos en todos los tratados de economía que el municipio rural estuvo condenado a desaparecer cuando el amelga Trienal tuvo que sustituirse por el amojonamiento quinquenal de los cultivos, vemos que muchos municipios rusos toman ellos mismos la iniciativa para introducir el amojonamiento perfeccionado de las cosechas. Antes de aceptarlo los campesinos reservan, por lo general, una parte de los campos comunales para expe-

rimentar los prados artificiales y el municipio compra las semillas (1). Si el experimento da resultado, el municipio vence todas las dificultades que le impedirían repartir los campos, de modo que se pueda aplicar el sistema de cinco o seis amelgas.

Este sistema se está usando en *centenares* de pueblos, de los gobiernos de Moscou, de Tver, Smolensk, Viatka y Pskv. (En la Rusia del Sur comienzan a fundarse asociaciones entre campesinos «sin caballos»). Otro hecho en extremo interesante es el repentino desarrollo, en el Mediodía de la Siberia occidental, de numerosas cooperativas lecheras para fabricar la manteca. A centenares surgieron en Tobolsk y en Tomsk, sin que se sepa de dónde partió este nacimiento. La iniciativa vino de los cooperativistas de Dinamarca, que tenían la costumbre de exportar su leche de buena calidad y comprar manteca de calidad inferior para su propio uso. Después de varios años introdujeron sus lecheras en Siberia y gracias a sus esfuerzos se han ido creando un importante comercio de exportación). Allí donde pueden disponer de un trozo de tierra los municipios dan una parte de su dominio para convertirla en verjenes. En fin, la repentina extensión que últimamente han adquirido las pequeñas granjas modelo, los jardines, las huertas y las «magnaneries» creadas en las escuelas municipales, bajo la dirección del maestro de escuela o de un vecino de buena voluntad, se debe asimismo el apoyo que estas nuevas creaciones recibieron de los municipios rurales.

A menudo estos municipios emprenden trabajos de perfeccionamiento permanente, como los riegos y las grandes remociones de tierra. En tres distritos de la provincia de Moscou—en gran parte industrial—se han efectuado durante estos últimos diez años grandes trabajos de remoción continua de tierras en 180 a 200 pueblos diferentes; todos los vecinos fueron a trabajar con sus azadones. A otro extremo de Rusia, en las secas estepas

(1) En el gobierno de Moscou el experimento solía hacerse en el campo reservado para el cultivo comunal arriba mencionado.

de Novo-uzen, se han construido más de un millar de diques para formar pantanos y centenares de pozos profundos. Y todo es obra del municipio. En una rica colonia alemana del Sudeste todos los miembros del municipio, hombres y mujeres, trabajaron durante cinco semanas seguidas para construir un dique de tres kilómetros destinado al aprovechamiento de las aguas. ¿Qué podría hacer aisladamente el hombre en esta lucha contra la sequedad del clima? ¿Qué hubiera podido obtenerse del esfuerzo individual cuando las marmotas invadieron la Rusia meridional y todos los habitantes de la región, ricos y pobres, comunistas e individualistas, tuvieron que poner juntos manos a la tarea para combatir dicho azote? Remedio inútil hubiera resultado llamar a los gendarmes del Estado; el único remedio era la asociación.

*

* *

Y observo que después de haber analizado el apoyo mutuo entre los campesinos de los países que pretenden aparecer como mentores en la civilización, muy bien podría escribir un voluminoso libro con los ejemplos entresacados de la vida de los centenares de millones de hombres que están asimismo bajo la tutela de Estados más o menos centralizados, pero que no se hallan en contacto con la civilización moderna y las modernas ideas. Podría describir la organización interior de un pueblo turco y su red de admirables costumbres y de tradiciones de apoyo mutuo. Repasando mis notas llenas de ejemplos de la vida de los campesinos del Cáucaso, encuentro actos de apoyo mutuo muy conmovedores. Sigo la huella de idénticas costumbres en la *djemmâ* árabe y en la *parra* de los Afghanes, en los pueblos de la Persia, de la India y de Java, en la familia indivisa de los chinos, en los campamentos seminómadas del Asia central y en los nómadas del extremo Norte. Si consulto al azar mis notas sacadas de las obras referentes al Africa, las encuentro llenas de hechos semejantes: ayudas convocadas para

CAPITULO VIII

EL APOYO MUTUO EN LA ACTUALIDAD

Uniones de trabajadores creadas después que el Estado destruyó las gildas.—Sus luchas.—El apoyo mutuo y las huelgas.—Cooperación.—Asociaciones libres con objetivos diversos.—Espíritu de sacrificio.—Sociedades para la acción en común bajo todos los aspectos posibles.—El apoyo mutuo entre los indigentes.—La ayuda personal.

Si examinamos con alguna detención el modo de vida que hoy practican en Europa las poblaciones rurales, no podemos menos de apercibirnos de que, a pesar de los titánicos esfuerzos realizados por los estados modernos, para desvanecer hasta el último vestigio del Común rural, obsérvanse todavía restos importantes de la posesión comunal, y la vida de los jornaleros está aún saturada de costumbres y de hábitos de ayuda y de apoyo mutuos. Observemos asimismo que tan pronto como desaparecieron los obstáculos legales a la asociación rural, hace algunos años, se formó rápidamente entre los campesinos toda una red de uniones libres para diversos objetivos económicos, siendo la tendencia de este nuevo movimiento reconstituir una especie de unión para alcanzar igual objetivo que el que persiguieron los municipios rurales de antaño. Habiendo sido estas las conclusiones a que arribamos en el capítulo precedente, faltanos ahora examinar las instituciones de apoyo mutuo que puedan existir al presente entre las poblaciones industriales.

Durante los tres últimos siglos, las condiciones para

el desarrollo de tales instituciones han sido tan desfavorables en las ciudades como en las aldeas. En efecto, cuando las ciudades medioevales quedaron sometidas en el siglo XVI a los nacientes Estados militares, todas las instituciones que mantenían la unión en las gildas y en las ciudades, entre los artesanos, los maestros y los mercaderes, fueron destruidas violentamente. La autonomía y la autojurisdicción de la gilda considerose como un acto de felonía hacia el Estado; los bienes de las gildas fueron confiscados de igual modo que las tierras de los Comunes lugareños, y la organización interior y técnica de cada oficio fué acaparada por el Estado. Hiciéronse leyes cada vez más severas para impedir que los artesanos pudiesen unirse. Durante algún tiempo fueron tolerados algunos vestigios de las antiguas gildas: las gildas de mercaderes pudieron subsistir á condición de otorgar generosamente subsidios a los reyes, y las gildas de artesanos continuaron subsistiendo, pero como órganos de la administración central. Unas pocas continúan aún arrastrando una existencia insignificante. Pero lo que antes hacía la fuerza de vida de la Edad Media y de su industria, ha desaparecido hace tiempo bajo el peso aplastante del Estado centralizado.

En la Gran Bretaña, país que ofrece el mejor ejemplo de la política industrial de los Estados modernos, vemos al Parlamento destruyendo las gildas ya desde el siglo XV; pero, sobre todo, en el XVI fué cuando se procedió definitivamente a su exterminio con medidas decisivas. Enrique VIII no se limitó a destruir la organización de las gildas, sino que confiscó sus bienes, y, como dice Toulmin Smith, con menos pretextos y menos formalidades de los que empleó para confiscar los bienes de los monasterios. Eduardo VI acabó su obra, y desde la segunda mitad del siglo XVI vemos al Parlamento juzgando todas las diferencias entre los artesanos y los mercaderes, cuando antes lo eran en cada ciudad por la ciudad misma. No tan sólo el Parlamento y el rey hicieron la ley en estas contiendas, sino que haciendo el juego de los intereses de la corona en la exportación, emprendieron bien pronto la tarea de fijar el número de

aprendices en cada oficio y reglamentaron minuciosamente hasta la técnica de cada fabricación: los pesos de los materiales, el número de hilos en cada metro de tela. Con poco éxito, hay que decirlo todo, pues las dificultades técnicas y las diferencias, que desde siglos venían reglamentándose por medio de convenios entre las gildas, dependiendo unas de otras estrechamente, y por las ciudades federadas, escapaban completamente a la competencia del Estado centralizado. La continua ingerencia de sus funcionarios paralizaba, en efecto, los oficios y reducía la mayor parte de ellos a una ruina completa, y tanto es así, que cuando los economistas del siglo XVIII protestaron contra la reglamentación de las industrias por el Estado, no hicieron más que expresar el descontento general. Cuando la Revolución francesa abolió esta ingerencia, fué acogido como un acto de liberación, y pronto el ejemplo de Francia fué seguido por otros países.

Tampoco tuvo éxito el Estado con la reglamentación de los salarios. En las ciudades medioevales, cuando en el siglo XV se acentuó la división entre maestros y aprendices o jornaleros, las asociaciones de aprendices (*gesellenverbande*), que a veces tenían un carácter internacional, hacían frente a las asociaciones de maestros y de mercaderes. En lo sucesivo, fué el Estado quien se encargó de arreglar las diferencias, y por el Statut de Elisabeth (1563), los jueces de paz quedaron encargados de fijar los salarios, a fin de asegurar una existencia «conveniente» a los jornaleros y a los aprendices. Pero los jueces tuvieron que confesarse impotentes para conciliar los intereses en conflicto y para obligar a los maestros a obedecer sus fallos. La ley se convirtió gradualmente en letra muerta y fué abolida a últimos del siglo XVIII. Sin embargo, al mismo tiempo que el Estado abandonaba de este modo la función de reglamentar los salarios, no por esto dejó de prohibir severamente las asociaciones de jornaleros y de obreros que tendían a elevar aquéllos o a mantenerlos a un cierto nivel. Durante todo el siglo XVIII, el Estado hizo leyes contra las asociaciones de obreros, y en 1799 prohibió defini-

tivamente toda clase de uniones bajo pena de severos castigos. En esto no hizo el Parlamento inglés más que seguir el ejemplo de la Convención revolucionaria francesa, que había promulgado una ley draconiana contra las asociaciones obreras, considerando toda asociación entre un cierto número de ciudadanos como un atentado contra la soberanía del Estado, que se suponía extendía su protección igualmente a todos sus súbditos. La obra de destrucción de las uniones de la Edad Media estaba consumada. Desde entonces el Estado imperó en la ciudad y en los pueblos, sobre agregaciones de individuos sin cohesión, pronto a impedir con medidas severísimas la reconstitución de toda clase de asociaciones particulares entre ellos. Tales fueron los obstáculos a través de los cuales tuvo que abrirse camino la tendencia al apoyo mutuo en el siglo XIX.

¿Será preciso decir que ni con todas estas medidas pudo destruirse esta tendencia? Durante todo el siglo XVIII las uniones de obreros se reconstituyeron continuamente. Ni siquiera pudo detener las crueles persecuciones que tuvieron lugar en virtud de las leyes de 1797 y 1799. Cada deficiencia de la vigilancia, cada demora de los maestros en denunciar las asociaciones, fueron bien aprovechadas. Con la máscara de sociedades de amigos, de clubs para los funerales, o de cofradías secretas, las asociaciones se extendieron en las industrias textiles, entre los cuchilleros de Sheffield, los mineros, etc., creándose robustas organizaciones federales para defensa de los diversos cuerpos de oficios durante las huelgas y las persecuciones.

La abolición de las leyes sobre las asociaciones, en 1825, dió un nuevo impulso a este movimiento. Creáronse uniones y federaciones nacionales de oficios (1), y cuando Roberto Owen fundó la «Grand National Consolidated Trades Unions», en pocos meses reunió medio

(1) La Asociación Nacional para la Protección del Trabajo comprendía cerca de 150 uniones distintas, que pagaban cuotas crecidas y contaban 100.000 miembros. La Unión de los obreros de la edificación y la de los mineros eran también organizaciones robustas.

millón de miembros. Verdad es que este período de libertad relativa no duró mucho tiempo. Las persecuciones comenzaron de nuevo en 1830 y fueron seguidas de condenas feroces desde 1832 a 1844. La Gran Unión Nacional de los Oficios fué disuelta a rajatabla, y en todas partes los patronos, así como el gobierno en sus propios talleres, obligaron a los obreros a no tener ninguna relación con las asociaciones, haciéndoles firmar a este efecto el «Document». Persiguióse en masa a los miembros de la Unión, en virtud del «Acta de los Maestros y Servidores», y a los obreros se les detenía y condenaba sumariamente, sin más ley que una simple queja de mala conducta que presentara el patrono. Las huelgas fueron prohibidas de modo autocrático y condenas estu- pendas fueron prodigadas simplemente por haber declarado una huelga o por haber actuado de delegado, esto sin hablar de la represión militar de los motines de huelguistas, ni de las frecuentes condenas por actos de violencia cometidos. Poco fácil resultaba practicar el apoyo mutuo en semejantes condiciones. Y sin embargo, a pesar de todos los obstáculos, de los que nuestra generación apenas puede formarse idea, el renacimiento de las asociaciones comenzó de nuevo en 1841 y la organización obrera continuó con perseverancia. Después de una lucha que duró más de cien años, quedó conquistado el derecho de asociación y en la época actual, casi una cuarta parte de los obreros regularmente empleados, es decir, cerca de 1.500.000, forman parte de los sindicatos. (Desde 1840 la actitud de las clases ricas para con los trabajadores ha sufrido grandes cambios. Sin embargo, por allá el 1860 los patronos se concertaron e hicieron un gran esfuerzo para aplastar a las uniones, despidiendo en masa a colectividades enteras. Hasta el año 1869 el solo hecho de ser partidario de la huelga y su anuncio por medio de carteles, fueron castigados como actos de coacción. En 1875 pudo al fin ser abolida el acta de «Maestros y Servidores», se permitieron las manifestaciones pacíficas y los actos «de violencia y coacción» durante una huelga cayeron bajo el dominio del derecho común. Con todo, durante la huelga de

los obreros de los docks, en 1887, tuvieron éstos que gastarse el dinero enviado en su socorro para sostener ante los tribunales el derecho del «picketing», es decir, el derecho de los obreros a apostar centinelas en las cercanías de los talleres para invitar a los trabajadores que a ellos acudían a trabajar a que hicieran causa común con los huelguistas. Las persecuciones de estos últimos años amenazan una vez más hacer ilusorios los derechos conquistados en Inglaterra.)

Respecto de los demás Estados europeos, basta decir que hasta una época muy reciente toda clase de uniones eran perseguidas como actos de conspiración. No obstante, existen en todas partes, aunque a veces tengan que tomar la forma de sociedades secretas. La extensión y la fuerza de las organizaciones del trabajo, particularmente la de los Caballeros del Trabajo, en los Estados Unidos, han sido reveladas suficientemente por las grandes huelgas ocurridas desde el año 1890. Es necesario, empero, recordar que, además de las persecuciones, el simple hecho de pertenecer a una unión obrera trae consigo sacrificios considerables de dinero, de tiempo, de trabajo no pagado, e implica continuamente el riesgo de perder el empleo por el hecho de pertenecer a la unión. Además, cada miembro de un sindicato tiene siempre ante la vista la negra perspectiva de la huelga, y esta realidad significa que el crédito concedido por el panadero o por el prestamista pronto se agota, que la paga del huelguista es insuficiente hasta para el simple comer, y que el hambre no tarda en dibujarse en las caras de los hijos. Para todo aquel que vive en contacto con los obreros, una huelga que dura demasiado es siempre un espectáculo dolorosísimo, y fácilmente se concibe lo que era una huelga en Inglaterra cuarenta años atrás y lo que es aún en casi todas las comarcas de Europa, sobre todo en las más pobres. Las huelgas actuales terminan a veces con la ruina total y la emigración forzosa de poblaciones enteras, y tocante a los fusilazos por la más ligera provocación, o hasta sin provocación (1), es un hecho habitual en Europa.

(1) Véase, por ejemplo, los debates sobre las huelgas de Falkenau en Austria,

De todos modos, cada año surgen millares de huelgas y de contrahuelgas en Europa y en América, y las luchas más largas y terribles son las llamadas «huelgas de solidaridad» emprendidas por los obreros para sostener a sus camaradas despedidos o para defender el derecho de asociación. Y mientras una parte de la prensa se explica las huelgas como un efecto de la «coacción», los que han vivido entre los huelguistas hablan con admiración de la ayuda y apoyo mutuos que constantemente practican los obreros parados. Todo el mundo ha oído hablar del enorme trabajo ejecutado por los obreros voluntarios para organizar socorros durante la huelga de los docks de Londres, o bien de los mineros ingleses que después de haber estado en huelga durante semanas pagaban una cuota de cuatro shillings por semana al fondo de la huelga tan pronto reanudaron el trabajo; de la viuda del minero que durante la huelga en el Yorkshire (1894) aportó al fondo huelguista los ahorros que había hecho su marido durante toda su vida; de la última rebanada de pan repartida entre vecinos; de los mineros de Radstock, que teniendo la ventaja de poseer grandes jardines plantíos, invitaron a cuatrocientos huelguistas a ir a tomar su parte de coles y de patatas... No acabaríamos nunca. Todos los corresponsales de los periódicos, durante la huelga de los mineros del Yorkshire (1894), sabían gran número de hechos por el estilo, pero no quisieron dar detalles tan «fuera de lugar» a sus respectivos periódicos.

El sindicato no es, de todos modos, la única forma por la que se manifiesta en el obrero la necesidad de apoyarse mutuamente. Hay también las sociedades políticas, consideradas por buen número de obreros como más conducentes al bienestar general que las sociedades de oficios, que hasta el presente no tienen más que deseos limitados. Bien entendido que el simple hecho de pertenecer a un partido político no puede ser mirado como una manifestación de la tendencia a la recíproca ayuda. Todos sabemos

en el Parlamento austriaco, el 10 de Mayo de 1894, en los cuales quedó confirmado este hecho por el ministerio en pleno y por el propietario de la mina. Consúltese igualmente la prensa inglesa de aquella época.

que la política es el campo donde los elementos puramente egoístas de la sociedad amalgaman las combinaciones más complejas con las aspiraciones altruistas. Pero todo político experimentado sabe que los grandes movimientos políticos han sido los que tenían grandes objetivos, a menudo muy lejanos, y que los más poderosos han sido los que provocaron el entusiasmo más desinteresado. Todos los grandes movimientos históricos han presentado este rasgo saliente, y por lo que toca a nuestra generación, el socialismo se halla en este caso. «Son agitadores pagados»—dicen los que no saben nada de nada. Pero la verdad es que,—por no hablar más que de lo que personalmente he visto—si yo hubiese tenido un periódico durante estos últimos veinticuatro años y hubiese inscrito en sus columnas todas las abnegaciones y sacrificios que he presenciado en el partido socialista, el lector del periódico hubiera tenido constantemente la palabra «heroísmo» en los labios. Y sin embargo, los hombres de quienes yo hubiera hablado no eran héroes; eran hombres ordinarios, inspirados por una gran idea. Cualquier periódico socialista—y en Europa tan sólo, los hay a centenares—ofrece igual historia de sacrificios, sin ninguna esperanza de lucro, y a menudo sin ninguna ambición personal. He visto a familias viviendo sin saber qué comerían al día siguiente, boicoteado el marido por todas partes porque escribía en el periódico y la mujer sosteniendo con su trabajo de costura a toda la familia. Y una situación así duraba años y años, hasta que al fin la familia se retiraba, sin una palabra de reproche, diciendo simplemente a los amigos: «¡Continuad vosotros; nosotros ya no podemos más!» He visto a hombres que se morían de puro tísicos, y no lo ignoraban, corriendo, sin embargo, todo el día por encima de la nieve y a través de la niebla, para preparar mítines, hablando en ellos pocas semanas antes de morir, yéndose luego a fenecer en el hospital, con estas palabras: «Amigos míos, esto se acabó; los médicos dicen que no me quedan muchos días de vida. Decid a los compañeros que me alegraré si van a verme.» He visto actos de los que se diría, «es idealismo puro» si aquí los contara, y los nombres mismos de estos

héroes, apenas conocidos en un limitado círculo de amigos, pronto quedarán olvidados, cuando los mismos amigos hayan desaparecido. A decir verdad, no sé qué admirar más: si la abnegación sin límites de estos individuos o la suma total de los pequeños actos de abnegación de la gran mayoría. Cada paquete de periódico vendido a cinco céntimos ejemplar, cada mitin, cada centenar de votos ganados en una elección socialista, representan una suma de energía y de sacrificios de la que no tienen la menor idea los que están fuera del movimiento. Y lo que hacen hoy los socialistas lo hizo antes cada partido popular avanzado, político o religioso. Todo el progreso pasado es obra de hombres así y ha sido realizado gracias a abnegaciones parecidas.

*
* *

Por regla general, preséntase a las asociaciones cooperativas, principalmente en Inglaterra donde esta práctica del mutuo apoyo ha tomado gran incremento, como compañías de accionistas de un individualismo muy marcado. Y es evidente que en el estado actual la cooperación tiende a crear un egoísmo, no solamente entre la comunidad, sino también entre los mismos cooperativistas. Pero no es menos cierto que en su origen el movimiento tenía esencialmente un carácter de apoyo mutuo. Presentemente aún, sus más ardientes partidarios están persuadidos de que el cooperativismo conducirá la humanidad a un estado más perfecto de armonía en sus relaciones económicas, y no es posible vivir algún tiempo en algunas de las plazas fuertes de las cooperativas en el Norte de Inglaterra sin convencerse de que la gran mayoría, la masa de los cooperativistas, comparte esta opinión. La mayor parte no vería ningún interés en este movimiento si perdiere esta su fe, y es necesario agregar y reconocer que durante los últimos años ha comenzado a tener curso entre los cooperativistas un ideal más elevado de bienestar general y de solidaridad entre productores. Actualmente hay una tendencia a establecer

mejores relaciones entre los propietarios de los talleres cooperativos y los obreros.

Conocida la importancia del cooperativismo en Inglaterra, en Holanda y en Dinamarca; en Alemania, particularmente en todo el Rhin, las sociedades cooperativas ya son un factor importante de la vida industrial (1). Rusia es la que ofrece el mejor campo para estudiar las cooperativas bajo una infinita variedad de aspectos. En Rusia es un desarrollo natural, una herencia de la Edad Media, y mientras que una sociedad cooperativa formalmente establecida tendría que luchar contra un gran número de dificultades legales y de suspicacias burocráticas, las cooperaciones espontáneas—los *artels*—forman la sustancia misma de la vida de los campesinos rusos. La historia de la formación de Rusia y de la colonización de la Siberia, es una historia de los *artels* (o gildas) para la caza y el comercio continuada por los municipios rurales, y actualmente encontramos *artels* en todas partes: en los grupos de campesinos procedentes de un mismo pueblo para trabajar en las fábricas de las ciudades, entre los pescadores y los cazadores, entre los deportados cuando los transportan a la Siberia o durante su permanencia en presidio, entre los comisionistas en las estaciones ferroviarias, en la Bolsa, en las aluanas, en fin, en todas las industrias rurales que ocupan siete millones de hombres. En una palabra, existen desde lo más alto a lo más bajo del mundo trabajador, temporales o permanentes, para la producción y para el consumo, bajo todos los aspectos posibles. Presentemente, muchas pesquerías de los afluentes al mar Caspio son explotadas por *artels*, y el río Ural pertenece al conjunto de los cosacos del Ural, que parten y reparten entre sus pueblos, sin ingerencia de las autoridades, los lugares de pesca, tal vez los más ricos del mundo. La pesca se hace todavía por *artels* en todo el Ural, el Volga y en los lagos del Norte de Rusia. Pero además de estas organizaciones perma-

(1) Las 31.473 sociedades de producción y de consumo en la mitad del Rhin, giraban en 1890 por valor de 460.937.500 francos anuales; durante el año 1891 prestaron por valor de 91.875.000 francos.

nentes, hay los *artels* interinos, numerosos, creados para toda clase de propósitos. Cuando diez o veinte campesinos llegan de un pueblo a una gran ciudad para trabajar como tejedores, ebanistas, albañiles, constructores de barcas, etc., siempre forman un *artel*. Alquilan cuartos, contratan una cocinera (muy a menudo la mujer de uno de ellos), eligen un «anciano» y toman sus comidas en común, pagando cada uno su parte de alimentación y del alquiler al *artel*. Un convoy de deportados a la Siberia hace lo mismo, y el anciano elegido es el intermediario oficialmente reconocido entre los condenados y el jefe militar del convoy. Idéntica organización en los presidios. Los conductores de los trenes, los comisionistas de la ciudad en las capitales, organizados en poderosos *artels*, y todos colectivamente responsables de cada miembro, gozan de tan buena reputación, que las sumas de cuantía y los fajos de billetes del Banco pasan de mano en mano confiados por los comerciantes a los miembros de estos *artels*. En los oficios de la edificación, se forman *artels* de 10 a 200 miembros, y los contratistas de obras públicas y de ferrocarriles prefieren siempre tratar con un *artel* antes que con obreros contratados separadamente. Los últimos ensayos del ministerio de la Guerra para tratar directamente con los *artels* de producción, formados exprofeso en las pequeñas industrias, parece que han dado buenos resultados. Y cuando hace siete u ocho años atrás se alquiló un taller metalúrgico de la Corona (Votkinsk) a un *artel* de obreros, fué un verdadero éxito.

En Rusia vemos asimismo que la antigua institución medioeval, allí donde no se vió dificultada por el Estado en sus manifestaciones no oficiales, ha sobrevivido hasta nuestros días, revistiendo gran variedad de formas, según las modernas necesidades de la industria y del comercio. En los Balkanes, en el imperio turco y en el Cáucaso, subsisten por completo las antiguas gildas. Los *esnafs* de Servia han conservado por entero su carácter medioeval; comprenden a la vez patronos y artesanos; reglamentan los oficios y son instituciones de apoyo mutuo para el trabajo o casos de enfermedad, mientras que

los *ambari* del Cáucaso, y particularmente del Tiflis, agregan a estas funciones una influencia considerable en la vida municipal.

*
* *

Al lado de las asociaciones de cooperación debería tal vez mencionar las *friendly societies* inglesas, los clubs de los *Odd Fellows*, los clubs organizados en pueblos y ciudades para pagar al médico, los clubs para comprar vestidos o para costear entierros; los pequeños clubs, muy frecuentes entre los obreros de las fábricas, que pagan una cuota semanal y después sortean una libra entre todos sus miembros, y muchos otros por el estilo. Una considerable suma de espíritu social o jovial anima estas sociedades y estos clubs, hasta cuando «el debe y el haber» de cada miembro está estrechamente vigilado. Pero hay tantas otras asociaciones que piden a sus miembros el sacrificio de su tiempo, de su salud y de su vida, si así es necesario, en pro de un interés común que es preferible presentar ejemplos de estas mejores formas de apoyo mutuo.

La asociación de los barcos de salvamento en Inglaterra y de instituciones parecidas en los demás países de Europa, deben ser citadas en primer término. La de Inglaterra cuenta actualmente con más de trescientos barquichuelos a lo largo de las costas de las islas Británicas, y a no ser por la pobreza de los pescadores, que no siempre cuentan con medios suficientes para hacerse con un bote salvavidas, muchísimos más contaría. Los tripulantes son siempre voluntarios; todos los años traen consigo la muerte de algunos de estos héroes que se sacrifican sin titubear para ir en socorro de gentes que no conocen. Y si pedimos a estos hombres qué es lo que les impulsa a sacrificar sus vidas, hasta cuando ni siquiera tienen probabilidades de éxito, su respuesta será, poco más o menos, la que una vez escuché. Una tempestad horrible de nieve que se desencadenó en el canal de la Mancha hacía estragos en la costa baja y arenosa de un

pequeño pueblecillo del Kent, y un esmirriado buque de cabotaje, cargado de naranjas, iba a embarrancar sobre la playa. En estas aguas de poca profundidad no se puede tener más que un bote salvavidas de fondo plano, de modelo simplificado, y botarlo al agua con una tempestad de aquella índole era correr en pos de un desastre casi cierto. Sin embargo, sus tripulantes se hicieron a la mar, lucharon durante varias horas con el viento, y el bote zozobró dos veces. Un hombre se ahogó, y otros dos fueron arrojados sobre la playa. Uno de estos, excelente guardacostras, fué hallado al siguiente día medio helado y herido sobre la nieve. Preguntéle cómo es que habían hecho aquel esfuerzo desesperado. «Ni yo mismo lo sé»—fué toda su respuesta.—«Veíamos al buque náufrago correr a la muerte, todas las gentes del lugar estaban en la playa, y todos decían que sería una locura salir al mar, que no podríamos aguantar el temporal. Por cinco o seis veces vimos a los tripulantes del buque náufrago hacernos señales desesperadas. Todos sentimos que era necesario intentar algo. Pasó una hora, dos, y allí estábamos clavados. Nuestro embarazo crecía de punto, cuando de pronto nos pareció oír los gritos de angustia de los náufragos, y no pudimos ya aguantar más. Todos juntos gritamos: «Es preciso ir.» Lo mismo dijeron las mujeres. Cobardes nos hubieran llamado si no hubiésemos ido, por más que al día siguiente dijeron que fuimos unos locos. Como un solo nombre nos arrojamos al bote y partimos. El bote zozobró, pero fuimos acercando. Lo más triste fué ver a nuestro náufrago y no poder salvarlo. Después vino una ola monstruosa, el bote volcó de nuevo, y hétenos arrojados a la playa. La tripulación del buque náufrago fué recogida por la del bote de D... el nuestro fué a parar a muchas leguas distante... a mí me encontraron al día siguiente extenuado sobre la nieve.»

Este mismo sentimiento animaba a los mineros del valle de Rhonda cuando fueron en socorro de sus camaradas encerrados en una mina inundada. Treinta y dos metros de carbón habían agujereado, y no faltaban más que tres metros para encontrar a sus compa-

ñeros, cuando se vieron envueltos por el grisú. Las lámparas se apagaron, y los salvadores tuvieron que retroceder. Trabajar en semejantes condiciones significaba correr el riesgo de saltar a cada instante. Pero los golpes que daban los encerrados no dejaban de escucharse. Estaban vivos y pedían socorro... Varios mineros se ofrecieron voluntariamente para intentar un nuevo esfuerzo, y mientras descendían en la mina, las mujeres les miraban con ojos preñados de lágrimas silenciosas, pero ni una sola palabra dijeron que pudiera detenerles.

Es el fondo de la psicología humana. A no ser que los hombres estén alocados sobre un campo de batalla, «no pueden oír voces que piden auxilio y dejar de responder. El héroe se lanza, y lo que el héroe hace todos sienten que deberían hacer lo mismo. Los sofismas del cerebro no resisten al sentimiento de apoyo mutuo, porque este sentimiento se ha nutrido con millares de años de vida humana social y centenares de millares de años de vida prehumana en sociedades.

«¿Pero qué diremos de estos hombres que se ahogaron en el Serpentina (1) en presencia de una multitud, de la que ni un solo individuo se movió para ir en su auxilio?—se nos preguntará.—¿Qué diremos del niño que se cayó en el canal de Regent's Park (2)—ante un público, dominguero—y se salvó gracias tan sólo a la presencia de ánimo de una criada que lanzó en su auxilio a un perro de Terranova?» La respuesta es fácil: el hombre es a la vez un producto de sus instintos hereditarios y de su educación. Entre los mineros y los marinos las ocupaciones comunes y el contacto diario crean un sentimiento de solidaridad, al propio tiempo que los peligros que les rodean mantienen el valor y la audacia. En las ciudades, al contrario, la ausencia de intereses comunes produce la indiferencia, mientras que el valor y la audacia, que raras veces tienen ocasión de ejercerse, desaparecen o toman otra dirección. Además, la tradi-

(1) Lago en Hyde-Park de Londres, el hielo había cedido bajo el peso de los patinadores.

(2) Parque de Londres.

ción del héroe de la mina o del mar se mantiene viva entre los mineros y los pescadores de los pueblos costeros, aureolada poéticamente. ¿Pero qué tradiciones tiene la abigarrada multitud de Londres? La única tradición que podría tener en común debiera crearla la literatura, y una literatura que equivalga a los relatos lugareños apenas existe. El clero está tan deseoso de probar que todo lo que viene de la naturaleza humana es pecado y que todo bien en el hombre tiene un origen sobrenatural, que a menudo pasa en silencio los hechos que no pueden ser citados como ejemplos de una inspiración divina o de la gracia venida de lo alto. En cuanto a los escritores laicos, su atención se dirige principalmente hacia una sola clase de heroísmo, el heroísmo que exalta la idea del Estado. Por esto admiran al héroe romano o al soldado en la batalla, mientras pasan ante el heroísmo del pescador sin que les llame la atención. El poeta y el pintor podrían naturalmente conmoverse ante la belleza del corazón en sí misma; pero muy poco es lo que conocen de la vida de las clases pobres, y mientras pueden cantar o pintar al héroe romano o al héroe militar, decorándolo convencionalmente, no pueden cantar ni pintar de modo conmovedor al héroe que actúa en estos modestos ambientes que ellos desconocen. Cuando intentan hacerlo les resulta una página de retórica (1).

Las innumerables sociedades, clubs y uniones para disfrutar de los placeres de la vida, para el estudio, para

(1) Un prisionero se escapó de una de las prisiones de Francia. Logró esconderse durante todo un día, por más que la alarma se extendió y los campesinos de la vecindad fueron en su persecución. Al siguiente día estaba bien acurrucado en un foso, cerca de un pueblecillo. Tal vez tenía intención de robar algunos alimentos o ropa para sustituir la de la cárcel que llevaba puesta. Mientras estaba tendido en el foso estalló un incendio en el pueblo. Desde su escondrijo vio salir a una mujer de una de las casas incendiadas y oyó sus gritos de angustia desesperada para salvar a un hijo suyo que había quedado en los pisos superiores. Nadie se movió para ir en su auxilio. Entonces el prisionero escapado salió de su escondrijo, se arrojó a través de las llamas y salió de nuevo con la cara quemada y los vestidos inflamados, pero con el niño sano y salvo en sus brazos. Naturalmente, entonces surgió el gendarme para arrestarlo y fué de nuevo conducido a la cárcel. El hecho fué relatado por todos los periódicos franceses, pero ni uno solo pidió la libertad del prisionero. Si hubiese librado a un gendarme del puñetazo de un obrero, hubieran hecho de él un héroe. Pero su acción era puramente humana, no avaloraba la idea del Estado; él mismo no la atribuyó a una repentina inspiración divina, y esto bastó para que se le dejara en el olvido. Tal vez añadieron diez o doce meses más a su condena por haber robado «efectos del Estado», el uniforme de la cárcel.

las investigaciones, para la educación, etc., en tan gran número desarrolladas últimamente que se necesitarían años solamente para catalogarlas, son otra manifestación de la misma tendencia, siempre activa, a la asociación y al apoyo mutuo. Algunas de estas asociaciones, parecidas a las nidadas de pájaros jóvenes de diferentes especies que se reúnen en otoño, están por entero consagradas a compartir en común los goces de la vida. Cada pueblo de Inglaterra, de Suiza, de Alemania, etc., tiene sus clubs de cricket, de football, de tennis, de billar, de bolos, de canto y de música.

Otras sociedades hay muy numerosas, y algunas, como la Alianza de los Ciclistas (1), han adquirido de sopetón un desarrollo inmenso. Aunque los miembros de esta alianza no tengan de común más que su afición al ciclismo, se ha formado entre ellos una especie de masonería para ayudarse mutuamente, particularmente entre los lugares retirados no invadidos por los ciclistas; en los pueblos consideran el «C. A. C.»—Club de la Alianza de los Ciclistas—como una especie de «home», y en su Asamblea anual se han formado amistades duraderas. Los Kegelbrüder, los Hermanos del Juego de bolos, forman en Alemania una asociación semejante, lo mismo que las Sociedades de gimnasia (300.000 miembros en Alemania), los clubs de regatas en Francia, los Yachtings Club, etcétera. Claro está que estas asociaciones no modifican las estratificaciones económicas de la sociedad, pero de todos modos contribuyen, sobre todo en las ciudades pequeñas, a nivelar las distinciones sociales, y como todas tienden a unirse en grandes federaciones nacionales e internacionales, ayudan, ciertamente, al desarrollo de relaciones amistosas entre todas las clases de hombres diseminados en diferentes partes del globo.

Los clubs alpinos, el *Jagdschutzverein* en Alemania, que cuenta más de 100.000 miembros (cazadores, guardabosques profesionales, zoologistas o simples amantes de la Naturaleza) y la Sociedad Ornitológica internacional, que comprende zoologistas, ganaderos y simples campe-

(1) En Francia, el Touring-Club

sinos, en Alemania, tienen aquel mismo carácter. No tan sólo estas sociedades han producido en pocos años una gran cantidad de trabajos útiles que únicamente podían efectuar de modo conveniente grandes asociaciones (mapas, cabañas de refugio, caminos en los montes, estudios de la vida animal, de insectos nocivos, de emigraciones de pájaros, etc.), sino que van creando nuevos lazos de unión entre los hombres. Dos alpinistas de diferente nacionalidad que se encuentran en una cabaña de refugio en el Cáucaso, el profesor y el campesino ornitólogos que se albergan en una misma casa, dejan de ser extranjeros uno para otro; y la Sociedad del Tío Toby, de Newcastle, que ha persuadido a más de 260.000 muchachos y muchachas a que no destruyan nidos de pájaros y sean buenos para con los animales, ciertamente ha hecho más en pro del desarrollo de los sentimientos humanos y del gusto por las ciencias naturales que muchos moralistas y la mayor parte de nuestras escuelas.

No podemos dejar de mencionar en esta sumaria revista los millares de sociedades científicas, literarias, artísticas y pedagógicas. Hasta el presente los cuerpos científicos, estrechamente regulados y a menudo subvencionados por el Estado, han evolucionado por lo general dentro de un círculo restringido; se les ha mirado a veces como simples mercados para obtener retribuciones del Estado, y la misma estrechez de sus límites engendró no pocas rivalidades mezquinas. Con todo es verdad que estas asociaciones han ido suavizando gradualmente las diferencias de nacimiento, de partidos políticos y de creencias. En las pequeñas ciudades apartadas, estas sociedades científicas, geográficas o musicales, particularmente aquellas que hacen un llamamiento a un amplio círculo de aficionados, se convierten en pequeños centros de vida intelectual, una especie de lazo entre la pequeña ciudad y el mundo, y son sitio adecuado para que hombres de muy diferente condición se relacionen bajo un mismo pie de igualdad. Para apreciar completamente el valor de tales centros es necesario haberlo visto, por ejemplo, en Siberia. Tocante a las innumerables sociedades pedagógicas que ahora comien-

zan a abrir brecha en el monopolio del Estado y de la iglesia para la enseñanza, es seguro que dentro de poco se convertirán en un poder directo en este orden de cosas. Los *Jardines para niños*, se deben a las «Unions Froebel», y a un gran número de asociaciones pedagógicas, legales o clandestinas, se debe el elevado nivel de la educación de las mujeres en Rusia, a pesar de que estas sociedades y grupos han tenido que batallar siempre contra la fuerte oposición del gobierno. Es un hecho bien conocido que las diferentes sociedades pedagógicas de Alemania han tomado parte principal en la elaboración de los métodos modernos de enseñanza científica en las escuelas populares. El profesor halla en estas asociaciones un apoyo preciosísimo. Sin su auxilio, el pobre maestro rural, recargado de trabajo y poco retribuido, sería bien miserable. La Academia de medicina para las mujeres (que ha dado a Rusia una gran parte de éstas 700 mujeres doctoras con título), las cuatro universidades para mujeres (cerca de mil alumnas en 1887, cerradas éste año y reabiertas en 1895) y la Escuela comercial superior para mujeres, son *enteramente* obra de sociedades privadas. A estas sociedades debemos el elevado nivel que han alcanzado los Institutos de enseñanza para mujeres desde que fueron abiertos en el año 1860. Estas cien entidades, repartidas por todo el imperio ruso (más de 70.000 alumnas), equivalen a los High Schools de niñas en Inglaterra; pero todos los profesores tienen títulos universitarios.

Todas estas asociaciones, sociedades, fraternidades, alianzas, institutos, etc., que actualmente se cuentan a millares en Europa, representando cada una inmensa suma de trabajo voluntario, sin ambición o poco retribuido, ¿qué son sino otras manifestaciones, bajo una variedad infinita de aspectos, de esta perpetua tendencia del hombre hacia el apoyo mutuo y la ayuda recíproca? Durante cerca de tres siglos impidióse al hombre que se tendiera la mano, ni siquiera con propósitos literarios, artísticos o de educación. Las sociedades no podían formarse más que bajo la protección del Estado o de

la Iglesia, o como cofradías secretas, al modo de la masonería. Pero ahora que la resistencia está quebrantada y rota, se esparcen en todas direcciones, se extienden por todas las múltiples ramas de la humana actividad, se hacen internacionales y contribuyen inludablemente, en grado que no puede aún apreciarse debidamente, a derribar las barreras creadas por el Estado entre las diferentes nacionalidades. A despecho de las envidias engendradas por las rivalidades comerciales y de las provocaciones al odio que aun lanza el fantasma de un pasado moribundo, se va desarrollando cada vez más la conciencia de una solidaridad internacional entre los mejores cerebros del mundo, así como en las masas obreras, desde que conquistaron el derecho a las relaciones internacionales, y este espíritu de solidaridad internacional impidió ya que estallara una guerra europea en el último cuarto de siglo.

También debemos citar aquí las asociaciones religiosas caritativas, que son todo un mundo. No cabe duda que la gran masa de sus miembros están animados de los mismos sentimientos de apoyo mutuo que son comunes a toda la humanidad. Desgraciadamente, los pastores religiosos de los hombres prefieren atribuir a estos sentimientos un origen sobrenatural. Muchos de ellos pretenden que el hombre no obedece conscientemente a la inspiración de apoyo mutuo hasta que ha sido iluminado por las enseñanzas de la religión especial que representan, y con San Agustín, la mayor parte no reconocen estos sentimientos en el «salvaje pagano». Por otro lado, mientras que el cristianismo primitivo, como todas las demás religiones, era un llamamiento a los grandes sentimientos humanos de simpatía y de apoyo mutuo, la Iglesia cristiana ayudó al Estado a destruir todas las instituciones de apoyo mutuo y de recíproco sostén ya formadas anteriormente o que se desarrollaban fuera de ella. En lugar del *apoyo mutuo*, que todo salvaje considera como *debido* a su aliado, la Iglesia ha predicado la *caridad*, que toma un carácter de inspiración divina y consiguientemente implica una cierta superioridad del que da sobre el que recibe. Con esta reserva, y sin in-

tención de ofender a los que se consideran como un cuerpo elegido, cuando ejecutan acciones simplemente humanas, podemos, ciertamente, considerar el número inmenso de las asociaciones caritativas religiosas como un resultado de la tendencia al apoyo mutuo.

*
* *

Todos estos hechos demuestran que el encarnizado perseguido de intereses personales sin consideración a las necesidades de los demás, no es la única característica de la vida moderna. Al lado de esta corriente que tan orgullosamente reclama la dirección de los asuntos humanos, vemos que las poblaciones rurales e industriales sostienen una lucha obstinada a fin de reformar de nuevo instituciones duraderas de ayuda y de apoyo mutuos, y descubrimos en todas las clases de la sociedad un movimiento muy extenso hacia el establecimiento de una variedad infinita de instituciones más o menos permanentes tendiendo a igual objetivo. Pero cuando pasamos de la vida pública a la privada de los individuos modernos, descubrimos otro mundo de ayuda y de sostén mutuos, mundo en que la mayor parte de los sociólogos no se fijan, porque está limitado al círculo restringido de la familia y de la amistad personal. (Muy pocos escritores en sociología han prestado su atención a este asunto. El doctor Jhering ha escrito, sin embargo, algo sobre este particular y su caso es muy instructivo. Cuando este gran juriconsulto alemán comenzó su obra filosófica («El objeto del derecho») tenía la intención de analizar «las fuerzas activas que producen el progreso de la sociedad y lo mantienen», y dar de este modo «la teoría del hombre social». Analizó primero la acción de las fuerzas egoístas, incluyendo en éstas el sistema actual de salarios y de coerción en toda la variedad de las leyes políticas y sociales, y siguiendo el plan cuidadosamente trazado de su obra, tenía la intención de consagrar el último capítulo a las fuerzas morales—el

sentido del deber y el amor mutuo—que contribuyen al mismo objeto. Pero cuando fué ocasión de estudiar las funciones sociales de estos dos factores, tuvo que escribir un segundo tomo dos veces mayor que el primero, y sin embargo, no trató más que de los factores *personales*, que en nuestro libro sólo ocuparán unas pocas líneas. L. Dargun trató este mismo tema en 1885, añadiendo algunos hechos nuevos. *El Amor*, de Büchner, y varias paráfrasis de esta obra publicadas en Inglaterra y en Alemania, tratan del mismo asunto.

En el sistema social actual ha sido destruido todo lazo de unión permanente entre los habitantes de una misma calle o de una misma vecindad. En los barrios ricos de una gran ciudad, las gentes viven sin conocer a sus vecinos más próximos. Pero en las callejuelas populosas todo el mundo se conoce y todos se hallan continuamente en contacto. Naturalmente, surgen disputas en las callejuelas como surgen en otras partes; pero se desarrollan agrupaciones según las afinidades personales y en estos grupos se practica el apoyo mutuo hasta un punto del que los ricos no pueden formarse una idea. Si, por ejemplo, contemplamos a los niños de un barrio pobre que juegan juntos en una calle o en un cementerio, o sobre un prado, en seguida nos apercibimos de que entre ellos existe una estrecha unión, a pesar de los combates accidentales, y que esta unión los protege contra toda clase de desgracias. Desde que uno de estos pequeños se asoma a la abertura de un albañal, no falta otro pequeño que le grita en seguida: «No te pares aquí, cogieras la fiebre.» «No subas a este muro, el tren te mataría si cayeses al otro lado.» «No te acerques al foso.» «No comas este fruto, es veneno y te morirías.» He aquí las primeras enseñanzas que reciben los pequeños cuando se mezclan con sus compañeros de calle. ¡Cuántos niños que han jugado por las calles circundantes a las «casas modelos para obreros» o en los muelles y puentes de los canales, hubieran sido aplastados por los coches o ahogádose en las sucias aguas a no haber tenido esta especie de apoyo mutuo! Y cuando un rubio-
te Jacquot se cae en el foso sin barandilla del patio de

cualquier lechero, o que una pequeña Lizzie de coloreadas mejillas tiene la desgracia de zambullirse en el canal, son tan estridentes los chillidos de la nidada infantil, que toda la vecindad oye la alarma y se lanza a socorrer al infortunado bebé.

*
* *

Existe también la alianza que las madres forman entre ellas. «No puede usted imaginarse—decíame una señora médico que vive en un barrio pobre—lo que estas gentes se ayudan. Si una mujer no ha preparado, o no pudo preparar nada para el hijo que va a nacer—y esto sucede con frecuencia,—todas las vecinas traen algo para el recién nacido. Una se cuidará de los demás hijos, otra de los quehaceres del hogar, y así todas, mientras la madre permanece en cama.» Este hábito es general. Lo dirán todos los que han vivido entre pobres. Las madres se ayudan unas a otras de mil modos diversos y se cuidan de niños que no son suyos. Buena o mala, dejemos que lo decidan ellas mismas, es necesario estar muy acostumbrado, para que una mujer de las clases ricas sea capaz de pasar por el lado de un niño que tiembla de frío y de hambre y no prestarle siquiera su atención. Pero las madres de las clases pobres no tienen esta costumbre. No soportan el espectáculo de un niño hambriento; es necesario que le den algo, y se lo dan. «Cuando los niños de la escuela piden pan, raras veces, o mejor, nunca encuentran una negativa»—me escribe una señora amiga que ha trabajado durante años en Whitechapel en relación con un club de obreros. Pero mejor será que traslade aquí algunos pasajes de su carta.

«Es costumbre muy general entre obreros que los vecinos se asistan en caso de enfermedad, sin pensar siquiera en retribución alguna. De igual modo cuando una mujer tiene hijos y ha de marcharse al taller, no falta otra madre que se cuide de ellos.

»Si en la clase obrera no se ayudaran unos a otros no podrían vivir. Conozco muchas familias que se ayu-

dan proporcionándose dinero, combustible, cuidándose de los niños, asistiéndose cuando caen enfermas o cuando muere alguno.

«Lo tuyo» y «lo mío» es mucho menos estricto entre los pobres que entre los ricos. Constantemente se prestan los zapatos, los vestidos, los sombreros, etc., todo lo que en un momento dado puedan necesitar, así como toda clase de efectos caseros.

»Durante el último invierno los miembros del United Radical Club reunieron un poco de dinero y pasado Navidad comenzaron a repartir sopa y pan gratuitamente a los niños de las escuelas. Poco a poco tuvieron que servir a unos 1.800 niños. El dinero venía de fuera, pero todo el trabajo que esto implicaba lo efectuaban los miembros del Club. Algunos que se hallaban sin trabajo acudían ya desde las cuatro de la madrugada para lavar o mondar las legumbres. Cinco mujeres llegaban a las nueve o a las diez, después de haber efectuado el trabajo de sus propias casas, y cocinaban, esperando hasta las siete para poder lavar los platos. Veinte o treinta obreros servían la sopa, de doce a una y media, robando tiempo a su propia comida. Esto duró dos meses. Nadie cobró ni un solo céntimo.»

Mi amiga menciona asimismo diferentes casos particulares, de los cuales son muy característicos los siguientes:

«Ana W. fué llevada por su madre a casa de una señora anciana (en Willmot-Street) que debía encargarse de guardarla y mantenerla. Al poco tiempo la madre murió y la vieja, muy pobre asimismo, se quedó con la niña, sin recibir un céntimo. Cuando murió a su vez la anciana, la niña, que entonces tenía cinco años y que había estado bastante descuidada durante la enfermedad de su protectora, estaba vestida con puros harapos; pero inmediatamente fué recogida por la esposa de un zapatero, con cinco hijos. Ultimamente, mientras el marido estuvo enfermo, apenas si pudieron comer unos y otra.»

»Días atrás la señora M., madre de seis hijos, cuidó a la señora A. durante su enfermedad, y se encargó del niño mayor de esta última. Pero ¿tiene usted necesi-

dad de saber estos hechos? Son muy comunes. Conozco también a la señora D... (Oval, Hackney Road) que tiene una máquina de coser y cose constantemente para otros sin querer remuneración ninguna, por más que tiene que cuidarse de sus cinco hijos y de su marido...»

Para todo aquel que conoce un poco la vida de las clases obreras es evidente que si éstas no practicasen el apoyo mutuo ampliamente no podrían vencer las dificultades con que topan a cada momento. Es una pura casualidad hallar una familia obrera que haya pasado la vida sin tener que hacer frente a circunstancias parecidas a la crisis descrita por el obrero cintero José Gutteridge, en su autobiografía. Si todos no naufragan en semejantes circunstancias lo deben al apoyo mutuo. En el caso de Gutteridge es una vieja criada, extremadamente pobre, que se presenta en el momento en que la familia acercábase a una catástrofe final y aporta un poco de pan, de carbón, de ropa, obtenidos a crédito. En otros casos es un vecino cualquiera, que salva a una familia. Pero sin el auxilio de otro pobre, ¡cuántos quedarían arruinados para siempre cada año! (Muchísimos ricos no pueden comprender cómo es posible que los más pobres *pueden* ayudarse unos a otros porque no se forman una idea justa de qué cantidades infinitesimales de alimento o de dinero depende a menudo la vida de un desgraciado de las clases más pobres. Lord Shaftesbury había comprendido esta terrible verdad cuando creó el Fondo de las Pequeñas vendedoras de Flores y de Berros, fondo sobre el cual se hacían préstamos de una libra (25 francos) y a veces de dos, para que las muchachas pudiesen comprar un cesto y flores en invierno, que es cuando más apremia la necesidad. Los préstamos se hacían a muchachas que no tenían «un sixpence» (60 céntimos), pero a las que nunca faltaba otro pobre que saliera a fiador por ellas. «De todas las obras en que he estado mezclado—escribe lord Shaftesbury—considero que ésta es la que más éxito ha obtenido... La inauguramos en 1872; desembolsamos de 800 a 1.000 préstamos y durante todo este período apenas si hemos perdido cincuenta libras... Lo que se ha perdido—y es poco en estas circunstancias—ha

sido siempre a causa de enfermedad o muerte, no de fraude.)

M. Plimsoll, después de haber vivido algún tiempo entre pobres, gastando siete shillings seis pence por semana (9,35 francos), hubo de reconocer que los sentimientos de benevolencia que experimentó al principiar esta vida «se cambiaron en admiración y cordial respeto» cuando vió de qué modo las relaciones de los pobres abundan en hechos de apoyo mutuo y conoció la sencillez con que este apoyo se prodiga. Después de muchos años de experiencia sacó en conclusión que «cuanto más se reflexiona seriamente puede decirse que tal como son estos hombres, tal es la gran mayoría de las clases obreras». Es costumbre tan extendida encargarse de huérfanos, hasta en las familias más pobres, que se la puede considerar como una regla general. La investigación efectuada después de las explosiones en las minas de Warren Vale y de Lund Hill evidenció que «casi un tercio de los mineros muertos mantenían, además de su familia propia, a individuos de las ajenas». «¿Habéis reflexionado—agrega Plimsoll—lo que esto representa? No dudo que hay gentes ricas o simplemente acomodadas que hacen igual; pero considerad la diferencia; considerad lo que la suma de un shilling suscrito por cada obrero para ayudar a una viuda de un camarada, o de seis pence para costear los gastos de un entierro, representa para el que gana 16 schillings por semana y que tiene mujer y a menudo cinco o seis hijos a quienes mantener». Y estas suscripciones son muy usuales entre los obreros de todo el mundo, hasta en casos de menos gravedad que los apuntados. Ayudarse en el trabajo es de lo más común en su vida.

Por lo demás, estas mismas costumbres de apoyo mutuo se encuentran también entre las clases ricas. Cierta es que cuando uno piensa en la dureza de corazón que los patronos demuestran a menudo para con sus obreros, se siente tentado a ver la naturaleza humana bajo un aspecto pesimista. Recordemos la indignación que se levantó como un latigazo durante la gran huelga del Yorkshire, en 1894, cuando los propietarios de las mi-

nas hicieron procesar a unos mineros ancianos que habían tomado un poco de carbón de un pozo abandonado. Y dejando a un lado los horrores de los períodos de lucha y de guerra social, horrores como el exterminio de millares de obreros encarcelados después de la caída de la Commune, ¿quién podría leer, por ejemplo, las revelaciones de la información sobre el trabajo que en 1840 se hizo en Inglaterra, o lo que escribió lord Shaftesbury sobre «el espantoso despilfarro de vidas humanas en las fábricas, a las que iban a parar todos los niños recogidos en los *Workhouses*, o simplemente comprados en todo el país (Inglaterra), para luego ser vendidos como clavos de las fábricas?» ¿Quién podría leer, repito, todas estas infamias sin impresionarle profundamente esta bajeza de que es capaz el hombre cuando se trata de satisfacer su avaricia? Pero es necesario decir asimismo que la responsabilidad de tales tratamientos no ha de arrojarse por entero sobre la criminalidad de la naturaleza humana. ¿Acaso las enseñanzas de los hombres de ciencia y de una gran parte del clero, hasta época reciente, no eran lecciones de desconfianza, de desprecio y de odio contra las clases pobres? ¿No enseñaba la ciencia que desde que la esclavitud quedó abolida, si aun había pobres éranlo por sus propios vicios? ¿Qué poco numerosos eran en la Iglesia los que tenían el valor de vituperar a los «asesinos de niños!» La gran mayoría continuaba enseñando que los sufrimientos de los pobres y hasta la misma esclavitud de los negros formaban parte del plan divino. ¿Acaso el no conformismo no fué sobre todo una protesta popular contra el duro tratamiento que los representantes de la Iglesia anglicana oficial infligían a los pobres?

Con tales conductores espirituales, necesariamente los sentimientos de las clases ricas tenían que quedar, no embotados, como hace observar Plimsoll, sino «estratificados». Raramente piensan en los pobres, de los que están separados por su manera de vivir y a los que no conocen en sus mejores aspectos: en su vida diaria. Pero entre los ricos—dejando ahora a un lado su avaricia y los despilfarros que la misma riqueza les im-

pone,—entre ellos, en el círculo de su familia y de sus amigos, los ricos practican la misma ayuda y el mismo apoyo que los pobres. El doctor Hering y L. Dargun tienen perfectamente razón cuando dicen que si se pudiese hacer una estadística de todo el dinero que pasa de mano en mano en forma de ayuda o de préstamos amistosos, la suma total sería enorme, hasta comparada con las transacciones del mundo comercial. Y si pudiéramos añadir, como deberíamos, lo que se gasta en la hospitalidad, en pequeños favores mutuos, sin contar el arreglo de los asuntos ajenos, los donativos y las caridades, ciertamente nos llenaría de asombro la importancia de tales transferencias en la economía nacional. Hasta en el mismo mundo gobernado por el egoísmo comercial, la expresión corriente «esta casa nos ha tratado duramente», demuestra que hay asimismo el tratamiento amistoso, opuesto al duro trato que no conoce más que la ley. Todo comerciante sabe bien que sin este sostén amistoso de los demás, quebrarían anualmente muchas casas de comercio.

Tocante a los donativos caritativos y a la suma de trabajo que para el bienestar general suministran voluntariamente tantas personas acomodadas, tantos obreros y tantos hombres de la clase profesional (médicos, etcétera), cada uno de nosotros conoce el papel que desempeñan estas dos categorías de beneficencia en la vida moderna. Si el deseo de adquirir notoriedad, poder político o alguna distinción social estropea a menudo el verdadero carácter de esta clase de beneficencia, no es posible dudar que el impulso viene, en la mayoría de los casos, de estos mismos sentimientos de apoyo mutuo. A menudo los hombres que han adquirido riquezas no hallan en ellas la satisfacción que esperaban. Los hay que principian a darse cuenta de que aunque los economistas representen la riqueza como una recompensa al mérito, su propia recompensa es exagerada. La conciencia de la solidaridad humana principia a dejarse sentir, y aunque la vida de la sociedad esté organizada de modo que ahoga este sentimiento por mil medios artificiosos, a menudo vence el sentimiento de solidari-

dad. Entonces muchos buscan dar una salida a esta necesidad profundamente humana y ponen su fortuna o sus fuerzas a disposición de algo, que según ellos ayudaría a traer el bienestar general.

*
* *

Resumiendo: ni el aplastante poder del Estado, ni las enseñanzas de odio recíproco y de lucha despiadada que dieron, adornándolas con los atributos de la ciencia, los filósofos y sociólogos oficiosos, han podido destruir el sentimiento de solidaridad humana, profundamente arraigado en la inteligencia y en el corazón del hombre y robustecido por toda una evolución anterior. Lo que es producto de la evolución desde los primeros periodos no puede ser dominado por uno de los aspectos de esta misma evolución. Y la necesidad de apoyarse y de ayudarse mutuamente que había hallado un último refugio en el círculo estrecho de la familia o entre los vecinos de los barrios pobres de las grandes ciudades, de los lugares y las aldeas o en las asociaciones secretas de obreros, se afirma de nuevo en nuestra misma sociedad moderna y reivindica su derecho a ser, como fué siempre, el principal factor del progreso. Tales son las conclusiones a que necesariamente llegamos cuando consideramos atentamente cada grupo de hechos brevemente enumerados en estos dos últimos capítulos.

CONCLUSION

Si ahora examinamos las enseñanzas que pueden sacarse del análisis de la sociedad moderna y las relaciones con el conjunto de los datos relativos a la importancia de la ayuda recíproca de la evolución del mundo animal y de la humanidad, podremos resumir nuestra investigación de la siguiente manera:

Hemos visto que en el mundo animal la gran mayoría de las especies animales viven en sociedad y que en la asociación hallan su mejor arma para la «lucha por la vida», comprendida ésta, bien entendido, en el sentido amplio de Darwin, no como una lucha por los simples medios de existencia, sino como una lucha contra todas las condiciones naturales desfavorables a la especie. Las especies animales en las cuales la lucha individual ha sido reducida a sus límites más estrechos, y en que el hábito de la ayuda recíproca ha adquirido el desarrollo más grande, son invariablemente las más numerosas, las más prósperas y las más abiertas al progreso. Obtenida de este modo la protección mutua, la posibilidad de llegar a una edad avanzada y de acumular experiencia, un estado intelectual más avanzado y el desarrollo de hábitos cada vez más sociales, aseguran la conservación de la especie, su extensión y su evolución progresiva. Las especies que no son sociables están, al contrario, condenadas a perecer.

Pasando al hombre, hemosle visto viviendo en clanes y en tribus en los mismísimos albores de la edad de piedra; hemos señalado un gran número de instituciones sociales durante el estado salvaje primitivo, en el clan y en la tri-

bu, y hemos comprobado que las costumbres y los hábitos sociales más antiguos, nacidos en el seno de la tribu, dieron a la humanidad el embrión de todas las instituciones que más tarde determinaron las líneas principales del progreso. De la tribu salvaje se fué desarrollando el municipio rural de los bárbaros, y desde entonces se formó un nuevo ciclo, más amplio que el precedente, de hábitos y de instituciones sociales, tomando por base la posesión en común de un territorio dado y su defensa en común bajo la jurisdicción de la asamblea del lugar y teniendo por medio la federación de los lugares que pertenecían a una misma fuente o se suponía tal. Y cuando nuevas necesidades empujaban a los hombres a dar un nuevo paso progresivo, diéronlo constituyendo las ciudades, que representaban una doble red de unidades territoriales (Comunes rurales) combinadas con las guildas, éstas creadas para ejercer en común un arte o una industria cualquiera o bien para el auxilio y la defensa común.

En fin, en los dos últimos capítulos se han mencionado hechos para demostrar que, por mucho que el desarrollo del Estado modelado en la Roma imperial haya puesto violentamente fin a todas las instituciones de apoyo mutuo de la Edad Media, este nuevo aspecto de la civilización no ha podido durar. Basado el Estado sobre vagas agregaciones de individuos y queriendo ser su único lazo de unión, no llenó su objeto. Entonces la tendencia al apoyo mutuo rompió las leyes de bronce del Estado; reapareció y se afirmó de nuevo con una infinidad de asociaciones que tienden actualmente a englobar todas las manifestaciones de la vida social y a tomar posesión de todo lo que el hombre necesita para vivir y para reparar las pérdidas causadas por la vida.

Probablemente se nos objetará que el apoyo mutuo, aun siendo uno de los factores de la evolución, no representa, sin embargo, más que un sólo aspecto de las relaciones humanas; que al lado de esta corriente, por poderosa que sea, existe y ha existido otra corriente, la de afirmación del «yo» del individuo. Y esta afirmación se manifiesta no tan sólo en los esfuerzos del individuo para alcanzar una superioridad personal o una superioridad

dad de casta, económica, política o espiritual, sino también en una función mucho más importante aunque menos evidente: la de romper los lazos, siempre expuestos a inmovilizarse demasiado, que la tribu, el municipio rural, la ciudad y el Estado imponen al individuo. En otros términos: existe la afirmación del «yo» individual considerada como un elemento de progreso.

Es evidente que ninguna exposición de la evolución podrá ser completa si no se tienen en cuenta estas dos corrientes dominantes. Pero la afirmación del individuo o de un grupo de individuos, sus luchas por la superioridad y los conflictos resultantes han sido ya analizados, descritos y glorificados desde tiempos inmemoriales. A decir verdad, hasta el presente únicamente esta corriente ha llamado la atención del poeta épico, del anarista, del historiador y del sociólogo. La historia, tal como se ha escrito hasta el presente, no es más, por decirlo así, que una descripción de los caminos y medios por los cuales la teocracia, el poder militar, la autocracia, y más tarde la plutocracia, se han formado, establecido y mantenido. Las luchas entre estas diferentes fuerzas forman la esencia misma de la historia. Podemos, por consiguiente, admitir que es ya conocido el factor individual en la historia de la humanidad, aunque no deje de ser un vasto campo de nuevos estudios sobre este tema, considerado desde el punto de vista que acaba de ser indicado. En cambio, el factor apoyo mutuo no ha merecido hasta el presente ninguna atención. Los escritores de la actual generación y de la pasada lo niegan pura y simplemente y hasta se burlan si a mano viene. Era, por lo tanto, necesario demostrar el papel importante que este factor representa en la evolución del mundo animal y en la de las sociedades humanas. Cuando esto esté plenamente reconocido, entonces será posible proceder a una comparación entre los dos factores.

Intentar una evolución, ni siquiera aproximada, de su importancia relativa, por medio de algún método estadístico, sería evidentemente imposible. Una sola guerra—es cosa sabida de todo el mundo—puede producir más daño inmediato y lejano que centenares de años de

acción ininterrumpida del principio del apoyo mutuo los producirá de bien. Pero cuando vemos que en el mundo animal el desarrollo progresivo y la ayuda recíproca van de braceté, mientras que la lucha en el interior de la especie corresponde muy a menudo a períodos de regresión; cuando observamos que en el hombre, hasta en la lucha y la guerra, el éxito es proporcional al desarrollo del apoyo mutuo en cada una de las naciones, ciudades, partidos o tribus que entran en conflicto, y que en el curso de la evolución la misma guerra estuvo, hasta cierto punto, al servicio del progreso del apoyo mutuo en el seno de las naciones, de las ciudades o de los clanes, entrevemos ya la influencia dominante del factor apoyo mutuo como elemento de progreso. Vemos, además, que la práctica del apoyo mutuo y sus desarrollos sucesivos han creado las condiciones mismas de la vida social, en la cual el hombre ha podido desarrollar sus artes, sus conocimientos y su inteligencia, y que los períodos en que las instituciones basadas en las tendencias de apoyo mutuo adquirieron su mayor desarrollo son precisamente los períodos de los más grandes progresos en artes, industrias y ciencias. El estudio de la vida interior de la ciudad en la Edad Media y de las antiguas ciudades griegas nos enseña, efectivamente, que el apoyo mutuo, tal como fué practicado en la guilda y en el clan griego, combinado con la amplia iniciativa dejada al individuo y a los grupos con la aplicación del principio federativo, dió a la humanidad las dos épocas más grandes de su historia: la de las antiguas ciudades griegas y de las ciudades de la Edad Media. En cambio, la ruina de las instituciones de apoyo mutuo durante los períodos siguientes de la historia, cuando el Estado estableció su dominio, corresponde en ambos casos a una decadencia rápida.

Respecto al repentino progreso industrial que se ha producido durante nuestro siglo, y que generalmente se atribuye al triunfo del individualismo y de la competencia, tiene un origen mucho más profundo. Los grandes descubrimientos del siglo XV, particularmente el de la presión atmosférica, así como una serie de otros descubrimientos en física y en astronomía, efectuáronse du-

rante el régimen de la ciudad medioeval. Una vez efectuados estos descubrimientos debían necesariamente seguirles los de la invención del vapor y toda la revolución que implicaba la conquista de esta nueva fuerza motriz. Si las ciudades de la Edad Media hubieran durado lo bastante para llevar estos descubrimientos hasta este punto, las consecuencias éticas de la revolución efectuada por el vapor hubieran podido ser diferentes, pero la misma revolución de la industria y en las ciencias se habría efectuado inevitablemente. Hasta puede uno preguntarse si la decadencia general de las industrias que siguió a la ruina de las ciudades libres, y que fué tan grande en la primera parte del siglo XVIII, no retardó tal vez considerablemente la aparición de la máquina a vapor, así como la revolución industrial que fué su consecuencia. Cuando consideramos la sorprendente rapidez del progreso industrial desde el XII al XV siglo—en el tejido de las telas, en el trabajo de los metales, en la arquitectura y en la navegación—y cuando pensamos en los descubrimientos científicos a que condujo este progreso industrial a fines del siglo XV, como de la mano vémonos llevados a preguntarnos si la humanidad no se retrasó en la posesión de todas las ventajas de estas conquistas a causa de la depresión general de las artes y de las industrias en Europa que siguió a la decadencia de las ciudades medioevales. La desaparición del obrero artista, la ruina de las grandes ciudades y el cese de sus relaciones, ciertamente no podía favorecer la revolución industrial. Y efectivamente, sabemos que James Watt perdió veinte o más años de su vida haciendo utilizable su invento porque en el siglo XVIII no podía hallar lo que fácilmente hubiera encontrado en la Florencia o la Bruges de la Edad Media: artesanos capaces de comprender sus indicaciones, de ejecutarlas en metal y darles el retoque artístico y la acabada precisión que existe la máquina a vapor.

Atribuir el progreso industrial de nuestro siglo a esta lucha de cada uno contra todos que se viene proclamando, es razonar como un hombre que desconociendo las causas de la lluvia la atribuye a la víctima que ha inmolido ante su ídolo de barro. Para el progreso in-

dustrial, como para cualquiera otra conquista sobre la Naturaleza, el apoyo mutuo y las buenas relaciones entre los hombres son ciertamente, como han sido siempre, mucho más ventajosos que la lucha recíproca.

En el dominio de la ética es donde resplandece más la importancia dominante del principio de ayuda recíproca. Que el apoyo mutuo es el verdadero fundamento de nuestras concepciones éticas, parécenos suficientemente demostrado. Sean cuales fueren nuestras opiniones sobre el origen primero del sentimiento o del instinto del apoyo mutuo, que se le asigne una causa biológica o una causa sobrenatural, forzoso es reconocer su existencia hasta en los peldaños más bajos del mundo animal, y desde este punto podemos seguir la evolución sin interrupción, a pesar de la oposición de gran número de fuerzas contrarias, a través de todos los grados del desarrollo humano, hasta la época actual. Hasta las nuevas religiones que aparecieron intervaladas—y siempre en épocas en que decaía el principio de apoyo mutuo, en las teocracias y en los Estados despóticos del Oriente o cuando declinaba el imperio romano,—hasta las nuevas religiones, repito, no hicieron más que afirmar de nuevo este principio. Hallaron sus primeros partidarios entre los humildes, en las capas más bajas y más oprimidas de la sociedad, allí donde el principio del apoyo mutuo era el fundamento necesario de la vida diaria, y las nuevas formas de unión que se introdujeron en las comunidades primitivas de los budhistas y de los cristianos, en las cofradías moravas, etc., tomaron el carácter de un retorno a las mejores formas de apoyo mutuo en la vida de la tribu primitiva.

Pero cada vez que se intentó un retorno hacia este viejo principio, la idea fundamental se fué ensanchando. Del clan, el apoyo mutuo se extendió a las tribus, a la federación de tribus, a la nación, y, en fin—por lo menos como ideal,—a la humanidad entera. Al mismo tiempo, el principio se iba perfeccionando. En el budhismo primitivo, en los primeros cristianos, en los escritos de algunos de los doctores musulmanes, en los primeros tiempos de la Reforma, y particularmente en las ten-

dencias morales y filosóficas del siglo XVIII y de nuestra propia época, se afirma cada vez más vigorosamente el completo abandono de la idea de venganza o de «justa retribución»—de bien por bien y mal por mal.—La concepción más elevada que nos dice «nada de venganza por las injurias» y que nos aconseja dar a nuestros vecinos más de lo que de ellos se espera, es una concepción que se proclama como verdadero principio de la moral, principio superior a la simple noción de equivalencia, de equidad o de justicia, conducente a una mayor felicidad. De este modo se hace un llamamiento al hombre para que se guíe, no únicamente por el amor, que siempre es personal o que todo lo más se hace extensivo a la tribu, sino por la consciencia de que forma un solo sér con todos los demás seres humanos. En la práctica del mutuo apoyo, que se remonta a los más lejanos comienzos de la evolución, hallamos de este modo la fuente positiva y cierta de nuestras concepciones éticas, y desde luego podemos afirmar que, para el progreso moral del hombre, el apoyo mutuo fué el gran factor por excelencia y no la lucha. Y presentemente aún, en una extensión más amplia del apoyo mutuo, es donde vemos la mejor garantía de una más elevada evolución de nuestra especie.

APENDICES

X

EL ORIGEN DE LAS GUILDAS

El nacimiento de las guildas ha dado materia para muchas discusiones. Ninguna duda ofrece la existencia de las guildas de oficios, o «colegios» de artesanos, en la Roma antigua. En efecto, se ve en un pasaje de Plu-

tarco que Numa los reglamentó. «Dividió el pueblo—dice—en cuerpos de oficios... ordenándoles tuvieran cofradías, hicieran fiestas y tuvieran reuniones e indicando el culto que debían celebrar ante los dioses, según la dignidad de cada oficio.» De todos modos, es casi cierto que no fué el rey romano quien inventó o instituyó los «colegios de oficios». Habían éstos existido ya en la Grecia antigua. Lo más probable es que no hizo más que someterlos a la legislación real, lo mismo que Felipe le Bel, quince siglos más tarde, sometió los oficios de Francia, en detrimento de éstos, a la vigilancia y a la legislación reales. Asimismo se dice que uno de los sucesores de Numa, Servius Tullius, promulgó ciertas leyes concerniendo a los colegios.

Es, por consiguiente, muy natural que los historiadores se hayan preguntado si las guildas, que tan gran desarrollo tomaron en el siglo XII y hasta en los siglos X y XI, no serían tal vez un renacimiento de los antiguos «colegios» romanos, y con mayor motivo por cuanto estos últimos correspondían en todo a la guilda de la Edad Media. Se sabe, en efecto, que en la Galia meridional hubo corporaciones calcadas en el modelo romano hasta el siglo V. Además una inscripción hallada en unas excavaciones efectuadas en París demuestra que una corporación de *navita* existió ya en tiempos de Tiberio, y en una Carta otorgada a los «mercañeros de agua de París en 1170 mencionanse sus derechos como existentes *ab antiquo* (autor citado, pág. 51). No tendría, por tanto, nada de extraordinario que se mantuvieran las corporaciones de la Edad Media en Francia después de las invasiones bárbaras.

No obstante, no se puede sostener que las corporaciones holandesas, las guildas normandas, los *artels* rusos, los *amkari* georgianos, etc., tengan forzosamente asimismo un origen romano o bizantino. Verdad que las relaciones entre los normandos y la capital del imperio romano de Oriente eran activas, y los eslavones (como han demostrado los historiadores rusos y particularmente Rambaud) tomaban viva parte en ellas. Los

dencias morales y filosóficas del siglo XVIII y de nuestra propia época, se afirma cada vez más vigorosamente el completo abandono de la idea de venganza o de «justa retribución»—de bien por bien y mal por mal.—La concepción más elevada que nos dice «nada de venganza por las injurias» y que nos aconseja dar a nuestros vecinos más de lo que de ellos se espera, es una concepción que se proclama como verdadero principio de la moral, principio superior a la simple noción de equivalencia, de equidad o de justicia, conducente a una mayor felicidad. De este modo se hace un llamamiento al hombre para que se guíe, no únicamente por el amor, que siempre es personal o que todo lo más se hace extensivo a la tribu, sino por la consciencia de que forma un solo ser con todos los demás seres humanos. En la práctica del mutuo apoyo, que se remonta a los más lejanos comienzos de la evolución, hallamos de este modo la fuente positiva y cierta de nuestras concepciones éticas, y desde luego podemos afirmar que, para el progreso moral del hombre, el apoyo mutuo fué el gran factor por excelencia y no la lucha. Y presentemente aún, en una extensión más amplia del apoyo mutuo, es donde vemos la mejor garantía de una más elevada evolución de nuestra especie.

APENDICES

X

EL ORIGEN DE LAS GUILDAS

El nacimiento de las guildas ha dado materia para muchas discusiones. Ninguna duda ofrece la existencia de las guildas de oficios, o «colegios» de artesanos, en la Roma antigua. En efecto, se ve en un pasaje de Plu-

tarco que Numa los reglamentó. «Dividió el pueblo—dice—en cuerpos de oficios... ordenándoles tuvieran cofradías, hicieran fiestas y tuvieran reuniones e indicando el culto que debían celebrar ante los dioses, según la dignidad de cada oficio.» De todos modos, es casi cierto que no fué el rey romano quien inventó o instituyó los «colegios de oficios». Habían éstos existido ya en la Grecia antigua. Lo más probable es que no hizo más que someterlos a la legislación real, lo mismo que Felipe le Bel, quince siglos más tarde, sometió los oficios de Francia, en detrimento de éstos, a la vigilancia y a la legislación reales. Asimismo se dice que uno de los sucesores de Numa, Servius Tullius, promulgó ciertas leyes concerniendo a los colegios.

Es, por consiguiente, muy natural que los historiadores se hayan preguntado si las guildas, que tan gran desarrollo tomaron en el siglo XII y hasta en los siglos X y XI, no serían tal vez un renacimiento de los antiguos «colegios» romanos, y con mayor motivo por cuanto estos últimos correspondían en todo a la guilda de la Edad Media. Se sabe, en efecto, que en la Galia meridional hubo corporaciones calcadas en el modelo romano hasta el siglo V. Además una inscripción hallada en unas excavaciones efectuadas en París demuestra que una corporación de *navita* existió ya en tiempos de Tiberio, y en una Carta otorgada a los «mercañeros de agua de París en 1170 mencionanse sus derechos como existentes *ab antiquo* (autor citado, pág. 51). No tendría, por tanto, nada de extraordinario que se mantuvieran las corporaciones de la Edad Media en Francia después de las invasiones bárbaras.

No obstante, no se puede sostener que las corporaciones holandesas, las guildas normandas, los *artels* rusos, los *amkari* georgianos, etc., tengan forzosamente asimismo un origen romano o bizantino. Verdad que las relaciones entre los normandos y la capital del imperio romano de Oriente eran activas, y los eslavones (como han demostrado los historiadores rusos y particularmente Rambaud) tomaban viva parte en ellas. Los

normandos y los rusos pudieron, pues, importar la organización romana de las corporaciones de oficios a sus respectivos países. Pero cuando vemos que el *artel* constituía la esencia misma de la vida diaria de todos los rusos, ya en el siglo X, y que este *artel*, por más que ninguna especie de legislación lo haya jamás reglamentado hasta los tiempos modernos, tiene los mismos rasgos característicos que el «colegio» de los romanos o que la guilda de los países occidentales, estamos mucho más inclinados a creer que la guilda de los países orientales tenía un origen muchísimo más viejo que los colegios romanos. En efecto, los romanos sabían muy bien que sus *sodalitia* y *collegia* eran «lo que los griegos llamaban *hetairiai*» (Martín Saint-Leon, pág. 2), y según lo que sabemos de la historia de los países orientales podemos concluir, con pocas probabilidades de error, que las grandes naciones del Este, así como el Egipto, han tenido asimismo la misma organización de las guildas. Los rasgos esenciales de esta organización son idénticos en todas partes donde los hallamos. Es una unión de hombres de un mismo oficio o profesión. Esta unión, como el clan primitivo, tiene sus dioses y su culto propios, encerrando siempre ciertos misterios particulares a cada unión distinta; la unión considera *hermanos y hermanas* a todos sus miembros—al principio tal vez con todas las consecuencias que un parentesco tal implicaba en la *gens*, o por lo menos con las ceremonias que indicaban o simbolizaban las relaciones que existían en el clan entre hermanos y hermanas; en fin, todas las obligaciones de mutuo sostén que existían en el clan se encuentran nuevamente en esta unión: entre otras, la exclusión de la misma posibilidad de un homicidio en el seno de la cofradía, la responsabilidad de todo el clan ante la justicia y la obligación, en caso de una disputa de poca importancia, de llevar el asunto ante los jueces, o mejor, ante los árbitros de la guilda. Hasta se puede decir que la guilda está modelada sobre el clan.

Las observaciones que he hecho en el texto sobre el origen del municipio rural se aplican, por consiguiente, y todo me induce a creerlo, a la guilda, al *artel* y a la

cofradía de oficio o de buena vecindad. Cuando los lazos que antes unían a los hombres en sus clanes se relajaron a consecuencia de las emigraciones, de la aparición de la familia paterna y de la diversidad creciente de las ocupaciones, surgió y se creó un nuevo *lazo territorial*, el Común lugareño, y un *lazo de ocupaciones* unió a los hombres en el seno de una nueva cofradía, *el clan imaginario*. Cuando se trataba solamente de dos, tres o unos cuantos hombres, este clan imaginario fué «la cofradía de la mezcla de las sangres» (el *pobratimstvo* de los slavos), y cuando hubo precisión de unir a un mayor número de hombres de diferentes orígenes, es decir, salidos de diferentes clanes, pero habitando en el mismo pueblo o ciudad (a veces de pueblos o de ciudades diferentes), fué la *phratric*, la *hetairie*, el *artel*, la guilda (1).

Respecto de la idea y forma de una organización semejante, existían ya sus elementos desde el período salvaje. Sabemos, en efecto, que en todos los clanes de salvajes hay organizaciones secretas de guerreros, de hechiceros, de jóvenes, etc., y «misterios» de oficios en los cuales se transmite la ciencia de la caza o de la guerra, en una palabra, «clubs» como los describe Miklukho Maclay. Estos «misterios» fueron, según toda probabilidad, los prototipos de las futuras guildas. (La obra de H. Schurz, consagrada a las «clases por rango de edad» y a las uniones secretas durante las épocas bárbaras de la civilización, obra que me llega a las manos mientras estoy releendo las pruebas de la etición francesa, contiene buen número de hechos que confirman esta hipótesis susodicha sobre el origen de las guildas. El arte de construir una gran casa comunal de modo que no se ofenda los espíritus de los árboles que hubo necesidad de derribar; el arte de forjar los metales de modo adecuado para conciliarse los espíritus hostiles; los secretos

(1) Llama la atención ver con qué evidencia se expresa esta misma idea en el pasaje de Plutarco concerniente a la legislación de los «colegios de oficios» por Numa. «Y por este medio escribe Plutarco—fué el primero en desterrar de la ciudad este estado de espíritu que hacía decir al pueblo: «yo soy un sádbino», o «yo soy un romano», o «yo soy un súbdito de Tatius», o «yo soy un súbdito de Rómulus», en otros términos, excluyó la idea de descendencia diferente.

de la caza y de las ceremonias y las danzas de máscaras que la vuelven propicia; el arte de enseñar las artes a los jóvenes salvajes; los medios secretos para preservarse de los sortilegios de los enemigos y como corolario el arte de la guerra; la fabricación de barquichuelos, de redes, de trampas para coger a los animales y trampas para los pájaros, y, en fin, las artes de las mujeres referentes al telar y tintura de las telas, eran en los tiempos antiguos otros tantos «artificios» o «misterios» (*crafts*) que exigían el secreto para ser efectivos. Por esto, ya desde los tiempos más antiguos no se transmitían más que por medio de las sociedades secretas a los únicos que habían sufrido una penosa iniciación. H. Schurtz demuestra que en la vida de los salvajes hay toda una red de sociedades secretas y de «clubs» (de guerreros, de cazadores) que tienen un origen tan antiguo como las «clases matrimoniales» y contienen ya todos los elementos de la futura guilda: carácter secreto, independencia con relación a la familia y algunas veces con relación al clan, culto en común de dioses especiales, comidas en común, jurisdicción ejercida en el seno de la sociedad y cofradía. La fragua y el varadero de los barcos son habitualmente las dependencias de los clubs de los hombres, y las «casas largas» o «pafabres» están construídas por artesanos especiales que saben de qué modo se conjuran los espíritus de los árboles derribados).

El libro de E. Martin Saint-Leon que he citado más arriba contiene preciosas informaciones sobre la organización de los oficios en París—está descrita tal cual en el *Livre des métiers* de Boileau—y un buen resumen de informes sobre los municipios de las diferentes partes de Francia, con indicaciones bibliográficas. Pero es necesario recordar que París era una «ciudad real» (como Moscou o Westminster) y que, por consiguiente, las instituciones de la libre ciudad de la Edad Media no pudieron tomar nunca en ella el desarrollo que alcanzaron en las ciudades libres. Lejos de representar «la imagen de una corporación típica», las corporaciones de París habían «nacido y desarrolládose bajo la tutela di-

recta de la realeza», y por esta misma razón no pudieron lograr nunca la maravillosa expansión y la influencia sobre toda la vida de la ciudad que lograron en el Nordeste de Francia, así como en Lyon, Montpellier, Nîmes, etc., o en las ciudades libres de Italia, de Flandes, de Alemania, etc. El autor considera esta tutela como una causa de superioridad, cuando, al contrario, lo era de inferioridad, ya que él mismo enseña claramente en diferentes partes de su libro de qué modo destruyo y paralizó la vida de las guildas de artesanos esta ingerencia del poder imperial en Roma y del poder real en Francia.

XI

LA CIUDAD Y EL MERCADO EN LA EDAD MEDIA

En su obra sobre la ciudad de la Edad Media (*Markt- und Stadt in ihrem rechtlichen Verhältnis*, Leipzig, 1896), Reitschel ha desarrollado la idea de que el origen de los municipios alemanes de la Edad Media debe buscarse en el mercado. El mercado local, colocado bajo la protección de un obispo, de un monasterio o de un príncipe, agrupaba toda una población de comerciantes y de artesanos, pero no una población de agricultores. La división habitual de las villas en secciones, radiando en torno de la plaza del mercado y pobladas de artesanos de diferentes oficios, es una prueba de ello: estas secciones formaban generalmente la Ciudad Vieja, mientras que la Ciudad Nueva era un pueblo rural perteneciente al príncipe o al rey. Las dos se regían por leyes diferentes.

No hay duda que el mercado ha representado un papel importante en el desarrollo primitivo de todas las ciudades de la Edad Media, contribuyendo a acrecentar la riqueza de los ciudadanos y dándoles ideas de independencia; pero, como ha hecho observar Karl Hegel—el bien conocido autor de una buena obra general sobre las ciudades alemanas de la Edad Media (*Die Emste-*

hung des deutschen Stadtewesens, Leipzig, 1898).—la ley de la ciudad no es la ley del mercado, y la conclusión de Hegel es que la ciudad medioeval ha tenido un doble origen (lo cual confirma las opiniones emitidas en nuestro libro). En la ciudad medioeval encontramos «dos poblaciones viviendo una al lado de la otra: una rural y otra puramente urbana»; es la población rural que al principio vivía bajo la organización del *Allmende*, o municipio rural, que se halla incorporada a la ciudad.

Por lo que concierne a las gildas de mercaderes, merece especial mención la obra de Hermann van den Linden (*Les guildes marchandes dans les Pays Bas au moyen âge*. Gante, 1896, en el *Recueil des Travaux publiés par la faculté de Philosophie et Lettres*). El autor traza el desarrollo gradual de su poder político y la autoridad que adquirieron poco a poco sobre la población industrial, particularmente sobre los tejedores, y describe la liga formada por los artesanos para oponerse a este poder creciente. La idea desarrollada más arriba, en el texto, referente a la aparición de la gilda comercial en un período tardío, que a menudo corresponde a la declinación de las libertades de la ciudad, parece, por lo tanto, confirmada por las investigaciones de H. van den Linden.

XII

ORGANIZACIONES DE APOYO MUTUO EN ALGUNOS PUEBLOS MODERNOS.—SUIZA, LOS PAISES BAJOS

Las supervivencias de la posesión comunal han tomado en Suiza ciertas formas interesantes sobre las cuales el doctor Brupbacher ha tenido la bondad de llamar recientemente mi atención enviándome las obras mencionadas más abajo.

El cantón de Zug comprende dos valles, el de Argeri y el fondo del valle de Zug. Diez «communes políticas», como las designa el doctor K. Rüttimann, entran en la composición de este cantón, y «en todos estos municipios políticos del cantón de Zug, a excepción de Menzingen,

Neuheine y Risch, existen al lado de las tierras de posesión privada considerables partes de territorio (campos y bosques) que pertenecen a corporaciones de Allmends, grandes y pequeñas, cuyos miembros administran estas tierras en común. Estas uniones de Allmends son actualmente conocidas en el cantón de Zug con el nombre de *corporaciones*. En los municipios políticos de Oberägeri, Unterägeri, Zug, Walchwil, Cham, Steinhausen y Hünenberg hay una corporación por cada municipio, pero hay cinco en el de Baar».

El fisco evalúa las propiedades de estas corporaciones en 6.786.000 francos.

Los estatutos de estas corporaciones reconocen que las propiedades de los Allmends son «su propiedad común, inalienable, indivisible y no pudiendo ser hipotecada».

Las antiguas «familias» de los *burgers* son los miembros de estas «corporaciones». Todos los demás ciudadanos del municipio que no pertenecen a estas familias, tampoco pertenecen a la corporación. Además, algunas familias de ciertos municipios del cantón de Zug son *burgers* del municipio rural de Zug. Antes había la clase de los extranjeros establecidos (*Beisassen*) que ocupaban una posesión intermedia entre los *burgers* y los que no son *burgers*; pero en la actualidad, esta clase no existe. Únicamente los *burgers* poseen derechos sobre el Allmend (o derechos de corporación), los cuales varían tocante a su extensión, y en algunos municipios van unidos a la posesión de una casa edificada sobre el terreno comunal. Estos derechos, llamados *Gerechtigkeiten*, pueden en la actualidad ser comprados por extranjeros.

La afluencia de los extranjeros ha producido de este modo en la república de Zug el mismo fenómeno que Miaskowski y Kovalevski señalan en otra parte de Suiza. Únicamente los descendientes de las familias antiguas tienen derecho al patrimonio comunal (bastante considerable aún). Respecto de los habitantes actuales de cada municipio, representan un «municipio político»,

que, como a tal, no es heredero de los derechos del antiguo Común.

Tocante al modo como fueron distribuidas las tierras comunales entre los habitantes, a fines del siglo XVIII, así como las formas complicadas que resultaron, se hallará la descripción detallada en la obra del doctor Karl Rüttimann, *Die Zugerischen Allmend Koporrationen*, en los *Abhandlungen zum schweizerischen Recht*, del profesor Max Gaiür, 2 foll., Berna 1904. (Contiene una biografía del tema.)

Hay otra obra reciente que da una excelente idea del antiguo municipio rural en el Jura bernés: es la monografía del doctor Hermann Rennefahrt, *Die Allmend im Berner Jura*, Breslau, 1905. (La obra del doctor Otto Gierke, *Untersuchungen zur Deutschen Staats- und Rechtsgeschichte*, pág. 277, contiene una bibliografía.) En este trabajo se halla una excelente exposición de las relaciones que existían entre el señor territorial y los municipios lugareños, así como de las reglas económicas que estaban en vigor en estos últimos, y una exposición en extremo interesante de las medidas que se tomaron cuando la conquista francesa para abolir el municipio lugareño y obligarle a repartir sus tierras a fin de entregarlas, excepto los bosques, a particulares. Nos enseña asimismo el completo fracaso de estas leyes. Otra parte interesante de esta obra enseña de qué modo los municipios del Jura bernés han logrado, durante estos últimos cincuenta años, sacar mejor partido de sus tierras y aumentar su productividad sin recurrir a la destrucción de la propiedad colectiva (págs. 165-175).

La monografía del doctor Ed. Graf, *Die Auftheilung der Allmend in der Gemeinde Schätz*, Berna, 1890, explica la misma historia del municipio rural y del reparto forzoso de las tierras en el cantón de Lucerna.

El doctor Brupbacher, que ha analizado estas importantes obras en la prensa suiza, me envió asimismo las siguientes:

Der Ursprung der Eidgenossenschaft aus der Mark-Genossenschaft, de Karl Bürkli, Zurich, 1891; la conferencia del Dr. Karl Bücher, *Die Allmende in ihrer wirths-*

chaftlichen und sozialen Bedeutung, Berlin, 1902 («Soziale Streitfragen», XII), y la del Dr. Martin Fassbender sobre el mismo tema (Leipzig, 1905).

Referente al estado actual de la propiedad comunal en Suiza se puede consultar, entre otros, el artículo «Feldgemeinschaft» en el *Handwörterbuch der schweizerischen Volkswirtschaft, Sozialpolitik und Verwaltung*, del doctor Reichesberg, Bd. I, Berna, 1903.

*

* *

La Memoria de la comisión agrícola de los Países Bajos contiene numerosos ejemplos de apoyo mutuo, y mi amigo Cornelissen tuvo la bondad de escoger entre estos gruesos volúmenes los pasajes que a dicho apoyo mutuo se refieren (*Uitkomsten van het Onderzoek naar den Toestand van den Leandbouw in Nederland*, 2 tomos, 1890).

La costumbre de emplear una batidora que pasa de cortijo en cortijo y que se alquila alternativamente, está muy extendida, como actualmente en casi todos los demás países. Pero aquí o acullá se encuentra algún municipio que posee una máquina batidora para todo el Común (vol. I, XVIII, pág. 31).

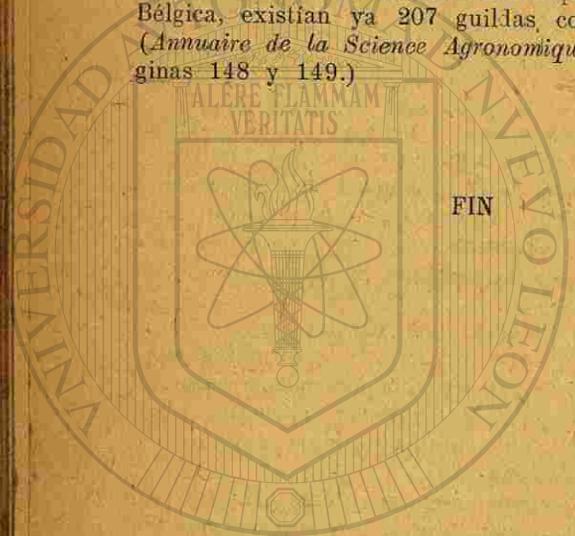
Los campesinos que no poseen bastantes caballos para sus labranzas se los hacen prestar por sus vecinos. La costumbre de mantener un toro comunal o un caballo padre comunal está muy extendida.

Cuando el pueblo tiene que efectuar transporte de tierras (en los distritos de las tierras bajas) a fin de construir una escuela comunal o para edificar una nueva casa para un campesino, se suele convocar un *bede*. Lo mismo si un cortijero se traslada. El *bede* es una costumbre muy extendida, y nadie, ni rico ni pobre, dejará de ir con su caballo y su carro.

Es costumbre en varias regiones que los obreros alquilen en común una pradera para guardar sus vacas; asimismo se ve frecuentemente que el cortijero que posee

caballos y arado labra la tierra de sus obreros asalariados (I, xxii, pág. 18, etc.)

En cuanto a las uniones para comprar granos, para exportar legumbres a Inglaterra, etc., son numerosísimas. Otro tanto ocurre en Bélgica. En 1896, siete años después de la creación de las guildas de campesinos en la parte flamenca del país y cuatro años solamente después de su introducción en las provincias valonas de Bélgica, existían ya 207 guildas, con 10.000 afiliados. (*Annuaire de la Science Agronomique*, I (2), 1896, páginas 148 y 149.)



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

INDICE DEL TOMO SEGUNDO

CAPITULO V

EL APOYO MUTUO EN LA CIUDAD DE LA EDAD MEDIA

Págs.

Aumento de la autoridad en la sociedad bárbara
—La servidumbre en los pueblos.—Rebelión de las ciudades fortificadas; su liberación, sus Cartas.—La guilda.—Doble origen de la ciudad libre de la Edad Media.—Soberanía judicial y administrativa.—El trabajo manual considerado honroso.—El comercio realizado por la guilda y la ciudad 5

CAPITULO VI

EL APOYO MUTUO EN LA CIUDAD DE LA EDAD MEDIA (Continuación)

Semejanzas y diferencias entre las ciudades de la Edad Media.—Las guildas de oficio: atributos del Estado en cada una de ellas.—Actitud de la ciudad para con los campesinos; tentativas para libertarlos.—Los señores. — Resultados obtenidos por la ciudad de la Edad Media en artes y ciencias.—Causas de decadencia. 33

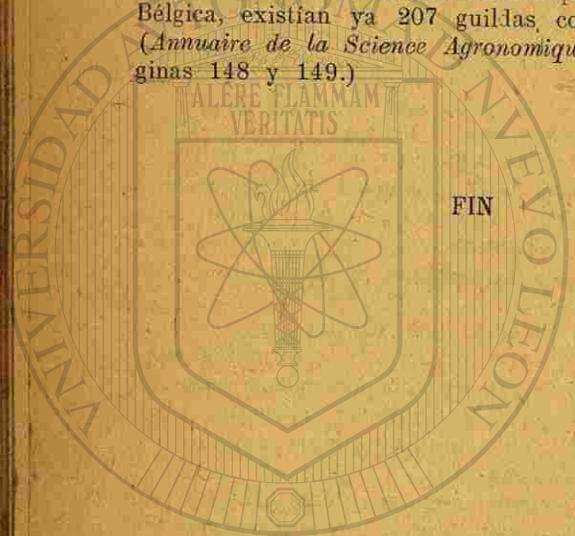
CAPITULO VII

EL APOYO MUTUO ENTRE LOS CONTEMPORANEOS

Rebeliones populares al principio del período de los Estados.—Instituciones de apoyo en la época actual.—El municipio rural; sus luchas para resistir a la abolición por el Estado.—Costumbres

caballos y arado labra la tierra de sus obreros asalariados (I, xxii, pág. 18, etc.)

En cuanto a las uniones para comprar granos, para exportar legumbres a Inglaterra, etc., son numerosísimas. Otro tanto ocurre en Bélgica. En 1896, siete años después de la creación de las guildas de campesinos en la parte flamenca del país y cuatro años solamente después de su introducción en las provincias valonas de Bélgica, existían ya 207 guildas, con 10.000 afiliados. (*Annuaire de la Science Agronomique*, I (2), 1896, páginas 148 y 149.)



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

INDICE DEL TOMO SEGUNDO

CAPITULO V

EL APOYO MUTUO EN LA CIUDAD DE LA EDAD MEDIA

Págs.

Aumento de la autoridad en la sociedad bárbara
—La servidumbre en los pueblos.—Rebelión de las ciudades fortificadas; su liberación, sus Cartas.—La guilda.—Doble origen de la ciudad libre de la Edad Media.—Soberanía judicial y administrativa.—El trabajo manual considerado honroso.—El comercio realizado por la guilda y la ciudad 5

CAPITULO VI

EL APOYO MUTUO EN LA CIUDAD DE LA EDAD MEDIA (Continuación)

Semejanzas y diferencias entre las ciudades de la Edad Media.—Las guildas de oficio: atributos del Estado en cada una de ellas.—Actitud de la ciudad para con los campesinos; tentativas para libertarlos.—Los señores. — Resultados obtenidos por la ciudad de la Edad Media en artes y ciencias.—Causas de decadencia. 33

CAPITULO VII

EL APOYO MUTUO ENTRE LOS CONTEMPORANEOS

Rebeliones populares al principio del período de los Estados.—Instituciones de apoyo en la época actual.—El municipio rural; sus luchas para resistir a la abolición por el Estado.—Costumbres

originarias de la vida de los municipios rurales
y conservadas en nuestros modernos lugares.—
Suiza, Francia, Alemania, Rusia. 62

CAPITULO VIII

EL APOYO MUTUO EN LA ACTUALIDAD

Uniones de trabajadores creadas después que el
Estado destruyó las guildas.—Sus luchas. — El
apoyo mutuo y las huelgas.—Cooperación.—Aso-
ciaciones libres con objetivos diversos.—Espíritu
de sacrificio.—Sociedades para la acción en co-
mún bajo todos los aspectos posibles.—El apoyo
mutuo entre los indigentes.—La ayuda personal. 94

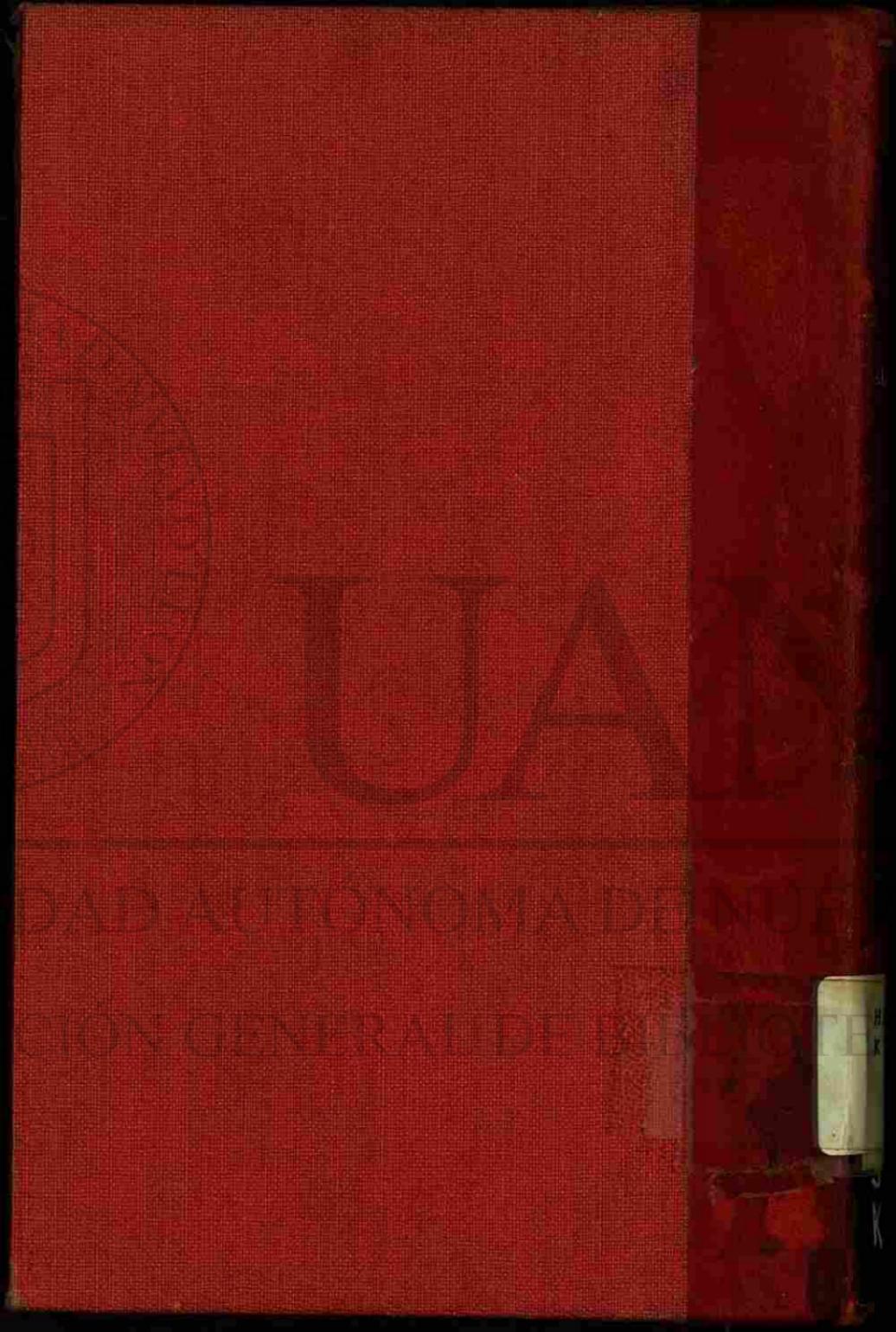
CONCLUSION 122

APENDICES

X.—El origen de las guildas 128
XI.—La ciudad y el mercado en la Edad Media. . 133
XII.—Organizaciones de apoyo mutuo en algunos
pueblos modernos.—Suiza, los Países Bajos. 134

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



U A

DAD AUTONOMA DE NUE

CION GENERAL DE E

H
K